3 1761 09373000 0

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

OBRAS DE SELGAS

XI

ESTUDIOS SOCIALES

V

FISONOMÍAS CONTEMPORÁNEAS

HECHOS Y DICHOS (CONTINUACIÓN DE LAS «COSAS DEL DÍA»)

113

LS
S4653f

FISONOMÍAS CONTEMPORÁNEAS

CURIOSA COLECCIÓN DE APUNTES DIGNOS DE ESTUDIO

Y

HECHOS Y DICHOS

(CONTINUACIÓN DE LAS «COSAS DEL DÍA»)

por

DON JOSÉ SELGAS

MADRID

IMPRENTA DE A. PÉREZ DUFRULL
Flor Baja, núm. 22

1889

381

21231
6

FISONOMÍAS CONTEMPORANEAS

CUATRO PALABRAS

No hay duda que conservamos todavía cierto orden categórico, que, aunque no sea más que mera apariencia, nos permite adornarnos con las insignias de las jerarquías. Es un punto de vista puramente pintoresco, vana superficie, nada más que perspectiva; porque en el fondo hemos llegado á esa familiaridad que nos autoriza á mirarnos unos á otros por encima del hombro.

No es ciertamente la igualdad lo que hemos conquistado, sino más bien la confusión. Nadie es más que otro, y todos son menos que uno. Cada cual se ha hecho á sí mismo superior al resto de los hombres, y al sumar el conjunto de tantas unidades superiores, resulta la sociedad en que vivi-

mos, esto es, *yo*, *yo* aquí, *yo* allí, *yo* arriba, *yo* abajo, *yo* en todas partes, *yo* siempre.

Ello es que no hay clases; pero, en fin, hay especies que se distinguen entre sí por rasgos que les son peculiares, y el propósito que me tiene con la pluma en la mano se reduce á bosquejar fielmente los tipos de cada una de esas especies, tal y como la sociedad moderna me los ofrece.

He llegado á creer que se muere mucha gente sin conocer la época en que ha nacido y la sociedad por que ha pasado, como si la intimidad en que vivimos y la familiaridad con que nos tratamos nos dispensara de la obligación de conocernos.

Sospecho que no se pierde gran cosa en pasar por el mundo ignorando las flaquezas de la vida, porque el conocimiento de los hombres no es una ciencia que suele llenar el ánimo de regocijo. Mas, acerca de este punto, cada cual hace su composición de lugar, y no todos se resignan á vivir en tan alegre ignorancia.

Los lectores son, por lo regular, curiosos; es un título que nadie les niega, y que, por lo tanto, lo disfrutan por el consentimiento unánime de cuantos escriben para ellos. Pues bien: el curioso lector no es siempre un ser tan desocupado que pueda consagrar su vida á la tarea de estas ociosas indagaciones, y bueno es que alguna vez sepa por dónde anda, con qué gentes se codea y en qué tiempos vive.

Tal vez se contriste su ánimo, si acerca de los hombres y de las cosas ha echado las cuentas del Gran Capitán, al ver que no es oro todo lo que reluce; pero, en fin, puede ser también que se eche el alma á la espalda, haga de su capa un sayo y tome el asunto á risa.

Ya lo sé: es mucho más fácil adular que corregir. Dichoso el espejo que embellece las monstruosidades y hermosea las imperfecciones, porque ese es el último refinamiento de la lisonja. La tarea de los antiguos cortesanos encerraba cierta sombra de sentido moral: suponía cualidades y virtudes para enaltecerlas. Ahora no; se toman las degradaciones y los vicios, se acogen y se enaltecen.

Estamos de acuerdo en que las majestades de la tierra bajan desastrosamente, mas no se van del todo, porque nos dejan los palaciegos. El poder de nuestra sociedad debe ser grande, en razón á que sus antesalas están llenas de cortesanos.

La verdad va siendo cada vez más rara, más inconcebible, más insoportable: casi da ya miedo de tener razón. Sin embargo, yo me atrevo alguna vez á incurrir en la extravagancia de tenerla.

A pesar de que el mundo todo se ha convertido ya en política, puedo asegurar que en las presentes páginas no me propongo acercarme, ni en cien leguas, á eso que llamamos la gestión de los negocios públicos, porque nada nuevo tengo que decir del concierto de los partidos ni del juego de las instituciones.

Me inspira mucho más interés la sociedad que el Estado.

Aquí tiene, pues, el lector el primer tomo ó la primera serie de las *Fisonomías* que el mundo en que vivimos me ha ido presentando con la perversa intención de que las copie, y yo, inocente de mí, al verlas, he caído en la tentación de copiarlas.

I.

VISTA EXTERIOR.

El género humano siempre ha sido el mismo, porque después de Adán ningún hombre puede atribuirse una verdadera originalidad. Pero, vamos, cada época tiene rasgos distintivos que le son peculiares, de tal manera, que algunas veces, así, á primera vista, no parecen todos los hombres individuos de la misma especie.

Nuestra época no es ciertamente una novedad que podamos ofrecer á los curiosos como cosa nunca vista. Es una época que tiene algo de los últimos tiempos de Babilonia, que tiene mucho de los últimos días de Grecia, y que bien puede compararse con el último período de la antigua Roma; podría decirse que el hombre moderno es ya bastante viejo en el mundo; mas sea como quiera, na-

die se atreverá á despojarnos de este aire de juventud que nos anima, porque, confesémoslo con candorosa ingenuidad: á frescura no hay quien nos gane.

En nuestro aspecto exterior, sobre todo, hay algo, digámoslo así, *sui generis,* que nos aleja de toda semejanza con los hombres de los tiempos antiguos. Yo no comprendo á Cicerón con frac, ni mi imaginación se presta á representarse á Julio César con botas de montar, y esto significa que existe entre el traje y el hombre una relación análoga á la que hay entre el fondo y la forma, el pensamiento y la palabra, el cuerpo y el alma. El grande hombre de la antigüedad á quien más admiremos no podrá resistir esa prueba sin perder á nuestros ojos todo el prestigio de su grandeza. Ante Alejandro ó Sócrates despojados de sus mantos y de sus túnicas y metidos en las estrecheces de nuestros pantalones, en la holgura de nuestros gabanes y bajo las alas de nuestros sombreros de copa, ó bien engalanados con cualquiera de nuestras casacas militares con su correspondiente sombrero de tres picos, no nos será posible contener la carcajada. En cambio, elegid al hombre más extraordinario de nuestra época y colgad de sus hombros la capa de Josef, la túnica griega ó el manto romano, el ferreruelo de Cervantes ó la armadura de Carlos V, y tendréis al ser más ridículo de la tierra.

Y bien: ¿es esto un mero capricho de la costumbre?... No; esa exterioridad que puede parecer indiferente y que es cada vez más mudable en sus

pormenores y en sus accidentes, viene á ser la primera fisonomía de cada época. Así como por la expresión del rostro se infiere la situación del ánimo, de la misma manera por las originalidades del vestido se puede penetrar en la índole de una generación y de un pueblo. Sí; hay algo en el vestido que revela el modo de ser moral de cada época. Nosotros, que naturalmente vivimos entre nosotros, no hemos reparado en la singularidad fisonómica de nuestros trajes, y al encontrarnos dentro de ellos, no siempre cómodamente, nos parecen tan propios, tan naturales, tan hechos á nuestra medida, que no comprendemos cómo en las edades pasadas han podido los hombres vestirse de otra manera, y hasta puede parecernos que hemos llegado á obtener los fundamentos permanentes del ropaje humano.

Desde luego, en el aspecto exterior que ofrecemos á la consideración de un observador curioso, descubrimos cierta tendencia bastante marcada á desfigurarnos. No sería tan fácil como creemos, averiguar que es un hombre el que respira dentro de un frac ó debajo de un gabán, si la costumbre no nos tuviese acostumbrados á las deformidades de la *moda*. Como si quisiéramos renegar de nuestro origen y renegar de nuestra ascendencia, parece que nos empeñamos en ocultar las nobles líneas con que fué trazada la figura humana. Hay en nuestros trajes una verdadera vulgaridad, y las exageraciones del capricho que dictan las incontes-

tables leyes de la *moda* sólo sirven para hacerlos grotescos; en vano buscaréis en ellos ni sencillez, ni gracia, ni belleza, ni majestad. Cualquiera que sea la distinción que hemos convenido en concederle al frac, es, estéticamente considerado, una prenda innoble, y el arte que inmortalizó á Fidias no encuentra la manera de elevar á la dignidad de la estatua la imagen del hombre moderno.

Si nos es lícito deducir algo del aspecto suntuario que nos adorna, podemos decir que hemos nacido en una época resueltamente anti-artística, y, valiéndome de una palabra también moderna, añadiré *cursi*. Pero en cambio se ha establecido una especie de uniformidad, por medio de la que todos somos iguales ante la ley momentánea de la *moda*. En nada se advierte tanto el espíritu á la vez democrático y aristocrático de nuestro siglo como en el prosaico ropaje con que cubrimos nuestras personas. Confieso ingenuamente que en algunas ocasiones no he sabido distinguir un lacayo de un duque. En cuanto á las mujeres, ¡cúán monstruosamente se embellecen!.... ¡Qué extravagancia tan inagotable de peinados, de faldas y de sombreros!.... ¡Qué gusto tan deplorable en los adornos y en los colores!.... ¡Dios mío, qué sobrefaldas.... qué cogidos, qué bullones!.... Y en medio de todo, ¡qué inquietud tan incansable!.... ¡qué novedad tan continua!.... Cuatro veces al año por lo menos hay que cambiar de cortes, de telas, de adornos y de colores. La elegancia, si puedo lla-

marla así, de nuestros días, no tiene sosiego, se cansa de sí misma con una volubilidad increíble: todo lo acepta en el acto, pero todo lo desecha inmediatamente; si busca algo, preciso es convenir en que no lo encuentra; pasa de una extravagancia á otra, de una ridiculez á otra; más que el capricho, parece la locura....

Decididamente no nos gustamos: nuestra *toilette* continua, incesante, nos presenta á nuestros ojos cada vez más feos....: por eso desechamos hoy la tela, el corte, el adorno que ayer acogimos. Al pronto, sí, muy bien, ¡qué novedad! ¡qué gracia! ¡qué belleza! Pero al día siguiente, el encanto se ha disipado.... la novedad, la gracia, la belleza se han desvanecido, y entonces, ¡qué horror!.... ¡qué vejez!.... ¡qué fealdad! Puede decirse que nos desconocemos de un día á otro, y que al volvernos la espalda nos reímos de nosotros mismos. Acaso por medio de esa transformación constante pretendemos conseguir la juventud perpetua, presentándonos á nuestros propios ojos como una sociedad siempre nueva. Mas ello es que cada novedad que altera los accidentes de nuestros vestidos, viene á ser un testimonio auténtico de la fecundidad del mal gusto.

En las comarcas apartadas de las grandes ciudades, en las aldeas, en los campos, conservan las gentes sus vestidos históricos; allí la tradición es la moda; los adornos y los colores están siempre en relación con la viveza ó la melancolía del paisa-

je que las rodea; se puede creer que el *figurín* á que se amoldan es la naturaleza, ese vejestorio siempre antiguo y siempre nuevo: la sencillez es, por decirlo así, el *patrón* de sus trajes....; nada hay en ellos que embarace la soltura de los movimientos; parece otro pueblo, otra generación, otra gente.

Nosotros no podríamos avenirnos á esa estabilidad inalterable, porque la inconstancia de nuestro carácter, la moviiidad de nuestras costumbres y la impaciencia de nuestros pensamientos exigen la transformación continua de nuestros trajes.—Es preciso que el talle suba y baje, y vuelva á subir y vuelva á bajar, con precipitación tan continua, que no esté nunca en su sitio; es necesario que el pantalón se ensanche y se estreche alternativamente, que las faldas pasen del abandono de las colas al recogimiento de los cogidos; hoy *hacen furor* las mangas anchas, pero al día siguiente hay que sujetar el brazo á los rigores de la manga estrecha. Los sombreros no descansan ni un momento; se alargan y se encogen; ya adoptan la forma de una campana boca arriba, ya dan media vuelta y se convierten en una campana boca abajo; tienden las alas y las recogen, y apenas las recogen cuando vuelven á tenderlas,—parecen condenados al suplicio de una convulsión interminable.—Nuestra sociedad forma un oleaje de mangas, de cuellos, de solapas, de faldones y de sombreros que cambian incesantemente, que va y que viene, que sube

y baja, que, como las sombras de los cuadros disolventes, se disipa para volver de nuevo. Nada más fantástico que esa movilidad en que vivimos.

Y no es este un rasgo especial de la sociedad civil; porque—advertidlo bien—los uniformes militares padecen la misma inquietud. ¡Cuánta variación!.... ¡qué diversidad tan continua de aspecto!.... El ejército también es preciso que siga las volubles leyes de la *moda*.—Hoy es uno; pues bien: mañana os parecerá otro; mas no os dejéis engañar por la variedad de las apariencias, porque es lo mismo; en todo ello no hay más que—lo diré vulgarmente—simples cambios de casaca.

Si las irregularidades de la aguja, encargada de señalar en la esfera del reloj la hora en que nos encontramos, descubren las descomposiciones de la máquina, acaso nos sea lícito deducir de la agitación exterior que acabo de indicar el desorden interior de nuestro espíritu; pero, en realidad, eso sería discurrir como un relojero, y, échese por donde se quiera, un reloj no es un hombre. Además, mi objeto al empezar las páginas del presente libro, no es otro que el de descubrir á los ojos del lector los rasgos más originales de nuestra común fisonomía.

Las generaciones que nos han precedido en el camino de la vida, se estancaban largos períodos de tiempo en el uso de unos mismos trajes. Cada época, cada nación, cada pueblo tenía el suyo; más aún: las jerarquías sociales se distinguían por el vestido; las profesiones, los oficios también te-

nían los suyos; de modo que cada uno iba diciendo por todas partes lo que era. ¡Santo Dios, qué algarabía, qué desorden! Pero no paraba aquí la cosa: la edad no se contentaba con los signos naturales de la vejez, y añadía al corte y al color del ropaje la grave austeridad que dan los años; los magistrados, los doctores, la autoridad en todas sus categorías, llevaban la seriedad de su carácter en la seriedad de sus vestidos. ¡Demonio! Habían tomado al pie de la letra los papeles respectivos que representaban en aquellas sociedades, y no había manera de sacarlos del rigor, digámoslo así, suntuario que á cada uno correspondía. Pudiera creerse que no querían olvidarse ni por un momento de lo que eran. ¡Oh, qué vanidosos! Así vivían años y años como si tal cosa.

Nosotros.... ¡Qué diferencia! París y Londres dan casi diariamente la medida, el corte y los tejidos, es decir, la materia y la forma, con que ha de vestirse el mundo civilizado, y desde este punto de vista no se distinguen ya más que dos naciones cultas sobre la tierra; París y Londres. Todos somos medio ingleses, medio franceses, según las oscilaciones del *figurín* dominante, y he ahí borradas las fronteras y confundidas las nacionalidades á la sombra del traje universal. Y este gran paso hacia la unidad, ó, mejor dicho, hacia la uniformidad de la especie humana, presenta en la sociedad moderna sus caracteres propios, esto es, la deliciosa confusión en que vivimos. El vestido ha

orillado la dificultad de las diferencias. La ley común del traje nos ha igualado real y verdaderamente á todos de tal manera, que no hay modo de evadirse del imperio absoluto de esa ley niveladora. Visto un hombre civilizado, están vistos todos, y en Europa, sólo los turcos se permiten no vestir á la europea. Las tenaces desigualdades de la sociedad han desaparecido, á la vista por lo menos, y la edad misma sería una para todos si la naturaleza no estuviese empeñada en conservar la impertinencia de las canas y la antigualla de las arrugas, porque en nuestros famosos días lo mismo se viste un joven que un anciano, lo mismo se visten las niñas que las viejas.

Antes un rey era un manto de púrpura, un cetro, una corona y una espada. Su persona no abandonaba nunca la majestad de las insignias reales. ¡Bah! ¡como si no pudiera dejar de ser rey nunca! Pues bien: ¿qué es el rey moderno? ¡Oh amable sencillez! Es un *frac*, un *gabán*, una *americana*, ni más, ni menos. Es verdad que aún para ciertas solemnidades deja el frac, el gabán ó la americana, y se cuelga el manto, se cala la corona, empuña el cetro y se ciñe la espada; arreos augustos, pero demasiado incómodos para el uso que ahora hacemos de la vida. De esta *toilette* extraordinaria se despoja inmediatamente que termina el espectáculo, y vuelve á la sencilla insignificancia de su frac, de su gabán ó de su americana; los próceres, los magnates, los magistrados, todos hacen lo mismo,

y la gran decoración desaparece, como un recuerdo que se olvida, como una sombra que se desvanece, como un sueño que se disipa, y todos vuelven á la familiaridad universal del traje común.

La sociedad, desnivelada por un momento, se rehace, y adiós majestad, dignidades, jerarquías. La perspectiva se rompe al tocar la realidad, como el vidrio al chocar con el bronce. Todas esas majestuosas vestiduras nos deslumbran algunos instantes, es un relámpago jerárquico que pasa pronto; disfraces que sólo brillan una mañana ó una noche. Disfraces para representar la autoridad, la justicia, el mérito y los honores en esos grandes espectáculos que todavía nos permitimos como simples recuerdos de lo pasado; porque nuestra fisonomía propia, original, característica, es el frac, el gabán, la americana; estas son las tres formas corrientes del ser moderno.

Rompióse para siempre la tremenda vara del alguacil, y ya sólo podemos soportar el amable revólver del agente de orden público que vigila detrás de la esquina.

Si se observa con alguna atención, se advierte fácilmente que el revólver es una facción importante en la fisonomía de nuestra época. Es, por una parte, el adorno necesario de la autoridad, y es, al mismo tiempo, el dije indispensable del ciudadano. Suprímase este ingenioso detalle, y la civilización que tan tiernamente nos estrecha habrá perdido toda la originalidad de su gracia.

II.

VISTA INTERIOR.

Es posible, y aun probable, que la historia, apropiándose ese magisterio supremo con que la vemos juzgar los hombres y las cosas que han pasado, erigiéndose en tribunal inapelable á título de posteridad, mire con cierto desdén las hondas agitaciones de nuestro siglo, y nos presente á la faz del mundo venidero como una generación frívola, insubstancial, aturdida, rematadamente loca. Acaso no vea en nosotros más que una colección variada de aventureros, y nuestros hechos no los considere más que como una serie de ruidosas calaveradas. Es de temer que, arrastrada por un arranque de mal humor, frunza el entrecejo, y en un momento de hipocondría nos denigre á los ojos de los tiempos futuros, lanzando

nuestro nombre al desprecio de las sucesivas posteridades, diciendo:

«Tuvieron bastante talento y bastante ciencia para destruirlo todo, y no alcanzaron ni sabiduría, ni genio para crear nada».

Muy bien. Este podrá ser, poco más ó menos, el juicio con que nos honre, y vaya V. á impedirle que se despache á su gusto. En la imposibilidad de sobornarla, no nos queda más recurso que abandonar nuestra causa á las injusticias de su fallo. ¡Ah!.... ¡Una historia asalariada nos vendría de molde!....

Ciertamente no legaremos á la posteridad ninguno de los grandes descubrimientos que forman época en la historia del mundo, porque cualquiera que sea el mérito de nuestras invenciones, no nos será permitido decir que hemos inventado la pólvora. Aquí, en la intimidad de la confianza, en el seno, digámoslo así, de la familia, bien podemos confesarlo. Bueno que el vulgo, dispuesto á prestarnos su inocente credulidad, viva persuadido del poder de nuestro genio; no hay para qué disipar ante sus ojos atónitos el encanto de los prodigios que obramos, porque no ha de ser él el que vaya á registrar el gran inventario de la herencia que hemos recibido de los siglos pasados. Guiñémonos los ojos al vernos, como los *augures* de Roma, y gocemos el *usufructo* de esa gloria vitalicia que nosotros mismos nos hemos adjudicado. Después de todo, el espectáculo que presenciamos

tiene el aspecto de una comedia casera, en la cual no hemos de ser nosotros los que nos neguemos la admiración y los aplausos.

Pero la historia.... ¡ah, la historia! Esa mano invisible que va detrás de todos los siglos, anotando sus grandezas y sus miserias; esa mirada penetrante que escudriña hasta los últimos rincones de los hechos que anota; esa vieja, curiosa y habladora, en fin, que todo lo averigua y todo lo cuenta, no ha de creernos por el simple testimonio de nuestras propias alabanzas, ni ha de tomar por documentos auténticos nuestras palabras; y si, como es de presumir, se empeña en descifrar el enigma de nuestra grandeza, buscando en el fondo de tantas engañosas apariencias la triste realidad de las cosas, entonces, ¡estamos frescos!

Ella deja pasar los hombres y los sucesos, y apartada del torbellino de la vida, espera que la muerte imponga silencio á la presuntuosa algazara del siglo, y sin contar con nadie, registra los archivos y las bibliotecas, pregunta á los monumentos é interroga á las ruinas; las letras y las artes le descubren la moral y las costumbres; ordena los hechos y los comprueba; pesa los vicios y las virtudes; mide la altura de la verdadera sabiduría, y sin dejarse deslumbrar por el vano esplendor de las falsas grandezas, decreta la admiración ó el desprecio, la gloria ó la ignominia.... ¡Ah, pícara historia!....

Es verdad que al venir al mundo nos hemos

encontrado sólidamente construidos los fundamentos de todas las ciencias, la literatura elevada á los más grandes prodigios del ingenio humano, el arte victorioso mostrando á nuestro asombro las maravillas de las obras maestras, la religión verdadera llevando la luz del amor divino á comarcas impenetrables, la moral definitiva esparciendo por la tierra la semilla de todas las virtudes. La antigüedad, como si quisiera recordarnos el valor de nuestra nobilísima ascendencia, nos ha transmitido en el curso sucesivo de las generaciones pasadas series admirables de grandes hombres, genios, héroes, mártires, sabios y santos. Grandiosos monumentos, semejantes á piedras miliarias, señalan sobre la tierra el paso de la especie humana. Nos hemos encontrado la familia constituida, la sociedad formada de un nuevo mundo añadido á la estrechez de la tierra.

Ciertamente hemos nacido demasiado tarde, y aunque nos cueste mucho trabajo reconocerlo, casi todo lo hemos encontrado hecho. Es sin duda alguna un chasco para nuestro amor propio, que tantas generaciones se nos hayan anticipado en la tarea de la vida, usurpándonos el privilegio de ser los primeros. Mas he aquí que nos proponemos hacer creer que el género humano empieza en nosotros, y que hasta ahora no ha sido más que el embrión de nuestra especie; y ante la idea de conquistar tan gloriosa primogenitura, se ha desatado el furor de nuestra actividad. Por de pronto, y como si en

las edades pasadas se hubiesen agotado los errores, hemos desenterrado todos los antiguos. La urgencia del caso no nos permitía crear nuevas teorías, y, vistiendo aquellos delirios con la novedad de las apariencias, hemos agitado el mundo con el vértigo de la filosofía moderna. De un salto hemos retrocedido á las obscuridades del paganismo, y colocando la ciencia en el caos de todas las dudas, abrimos las puertas de la inteligencia, diciendo: «Todo está averiguado, y no hay nada cierto».

Así, desechada la Revelación por orgullo y la Redención por soberbia, hemos entregado la sabiduría humana al libertinaje de la razón, sustituyendo las creencias con las opiniones, el reposo de la Fe con el desasosiego de la incredulidad, y el mundo moral divinamente construido con lo que, si se me permite, podré llamar la orgía de la ciencia.

Desembarazado de este modo nuestro espíritu de las preocupaciones de la religión y de las quimeras de la moral, hemos apartado completamente los ojos del cielo para no ver más que la tierra. No era cosa de dejarnos seducir por la poesía de un origen excelso, y, sea como quiera, hemos hecho de la naturaleza nuestra casa de maternidad. La tierra nos ha producido por un capricho inexplicable de la materia, y abandonándose á una generosidad inaudita, nos ha concedido una inteligencia de que ella carece, nos ha dotado de una voluntad que á ella misma le es desconocida; somos hijos

de una ciega casualidad, ó, lo que viene á ser lo mismo, á nadie le debemos ni nuestra vida ni nuestras facultades, y he aquí conciliados dos términos que parecían opuestos; la razón del hombre y la libertad del bruto.

Aquí empieza el afán incansable de la vida moderna, la agitación continua del espíritu y la rebelión impaciente de los apetitos. Concedido á los intereses materiales el honor supremo de la omnipotencia, y haciendo del oro la divinidad que adoramos, le rendimos el culto propio de su majestad; el culto de los placeres. ¡Esta sí que es religión positiva!

Jamás las ciencias naturales y las ciencias exactas han sido más útiles, ni nunca el comercio y la industria han alcanzado mayores ventajas de sus ingeniosas aplicaciones: no es posible negarlo. Por todas partes brotan nuevas máquinas, nuevos instrumentos, nuevas combinaciones. Parece que la naturaleza, cansada de guardar sus últimos secretos, nos los ha confiado todos: sólo las regiones del polo se resisten con salvaje tenacidad á las desastrosas exploraciones de la geografía, y el centro de Africa se niega á descubrir los misterios de su existencia; pero el resto del mundo es nuestro, el istmo de Suez se abre como un libro, el vapor encarcelado rompe el seno de las montañas y corre rugiendo de un extremo á otro de la tierra, y la electricidad encadenada, esto es, el rayo sujeto á la fragilidad de un alambre, lleva con la rapidez

del relámpago nuestra voz á las regiones más apartadas.

Si la historia no reconoce el mérito extraordinario de esos prodigios so pretexto de que no hay en ellos más que meras aplicaciones de conocimientos adquiridos mucho antes de nuestra aparición sobre la tierra, ¿dónde, podremos preguntarle, en qué ciencia estaban anunciadas las maravillas del *daguerreotipo?*—Nadie había sospechado la existencia de ese secreto tan cuidadosamente guardado en el último rincón de la cámara obscura; la novedad del suceso nos pertenece íntegra. Desde los encantos de la fotografía hasta las portentosas virtudes de la *Revalenta arábiga*, hay una larga serie de descubrimientos, que por todas partes y de mil maneras fecundan los manantiales inagotables de la industria moderna.

Mas bien podemos abandonar al desdén de las futuras edades el mérito original de esas invenciones con que diariamente las ciencias dan continuo alimento á la vida del comercio, porque realmente nuestro orgullo se funda en aquellos adelantos que forman especialmente la fisonomía más característica de la civilización que nos rodea de prosperidades.

Desde el momento en que la filosofía, entregada á las flaquezas de la razón, sin más guía que ella misma, ha venido en los tiempos presentes, como en los tiempos antiguos, á caer en el abismo de las negaciones, sin haber podido adquirir el funda-

mento de ninguna verdad permanente, la sociedad, sin saber á qué atenerse entre la diversidad de tantos pareceres, de tantas contradicciones y de tantos sistemas, burlándose á la vez del *Yo* de *Fichte*, de la *razón pura* de *Kant*, de la *unidad absoluta* de *Hegel* y del *contenido no causado* de *Krause*, ha echado sus cuentas, y golpeándose suavemente el bolsillo, ha dicho: «Oros son triunfos».

II.

El paganismo, lo mismo en Grecia que en Roma, fué el culto de muchos dioses; cada pasión, cada vicio tenía su divinidad protectora; todas las degradaciones humanas tuvieron su altar, y el Olimpo vino á ser el teatro de todas las prostituciones, y los actores de esa comedia vergonzosa eran los mismos dioses: todas aquellas divinidades fueron muy inferiores á los hombres que las adoraron. Resucitar aquel paganismo grosero, levantar altares á aquel Júpiter mujeriego, á aquella Venus lasciva, volver á las vergonzosas sandeces de la mitología, no era cosa digna de nuestra civilización; retroceder al principio del *renacimiento*, cuando estamos á punto de recoger sus últimas consecuencias.... ¡Qué absurdo!

Paganismo, sí; porque él está de acuerdo con nuestras pasiones, conforme con nuestros vicios; digámoslo así, identificado con nuestras sensualidades. Sí, paganismo en la ciencia, en la moral, en

el arte, en las costumbres.... Bien; pero ¿con qué dioses? La dificultad no era floja. Estúdiese la historia de todas las falsas religiones que han corrompido las verdades de la revelación, y advertiremos cuán difícil es ya inventar nuevos dioses. Sin embargo, la cosa estaba hecha; del fondo mismo de las tinieblas del escepticismo filosófico, de las profundidades del caos en que flota perdida la razón libre, brota sobre la tierra el nuevo Olimpo: aquellos dioses sin virtudes debían ser reemplazados por divinidades sin alma, porque después de aquellos númenes sin conciencia, sólo podíamos rendir el homenaje de nuestra adoración á deidades sin entrañas, y los intereses materiales fueron declarados dioses tutelares de la sociedad moderna.

Las ciencias han sido las primeras que se han acercado al altar de estos nuevos dioses á rendir el tributo de sus ofrendas.

«Nuestros adelantos, exclama un periódico inglés, han sido limitados más ó menos á lo que directamente conduce al desarrollo de la riqueza. No tienen relación más que con el mundo inanimado, con el mundo en que solamente se cuenta, se pesa y se mide. Hemos despreciado el espíritu, para dedicarnos á la materia bruta.» La riqueza: he ahí, en efecto, la deidad definitiva de la edad presente.

Pero, no sólo hemos creado un dios poderoso, sino que también le hemos consagrado el honor de toda una ciencia. No, no es una divinidad empírica, caprichosa, hija de la superstición y de la ignoran-

cia ; no es un dios fantástico , quimérico , sino un dios real y positivo.... Dios , cuya teología es la economía política que profesamos, cuyo gran templo es la *Bolsa ;* dios , al que se le debe el culto de todos los placeres.

¿Qué promete? ¡Ah! Promete el paraíso en la tierra , todas las comodidades imaginables, la satisfacción de los más refinados apetitos , el cumplimiento de los deseos más voluptuosos. ¿Qué promete? ¡Oh! Promete lujo , prosperidad , abundancia.... Contar con su poder es contar con todo. ¿Y qué pide en cambio?... ¡Bah!.... ¡qué pide! En realidad , casi nada: cierta frialdad en el alma, cierta dureza en el corazón ; la frialdad del número , la dureza de la cantidad. Nada , la metalización de todos los sentimientos.

Ya lo he dicho : la teología de este dios práctico, utilitario y positivo, es la economía política , esa ciencia nueva cuyo dogma fundamental es este : lo que no vale dinero no vale nada; la ciencia del crédito permanente y de la deuda eterna.

La *Bolsa* es el gran templo , más aún , es el gran oráculo. «¿Qué dicen los dioses?», preguntaban los antiguos paganos. Nosotros preguntamos : «¿Qué dice la Bolsa?» Ella es , puedo asegurarlo así , el centro de la vida, donde palpita íntegro el corazón de la sociedad moderna.

Tal es el fondo y la forma de la civilización que hemos conseguido. No nos negará la historia el mérito de haber realizado en la tierra todas las

felicidades del Olimpo; porque cualquiera que sea la presuntuosa severidad con que nos mire, no podrá desconocer que en este nuevo paganismo nosotros somos los dioses, y que la memoria de nuestro paso por la tierra será, á los ojos de las edades venideras, una verdadera mitología; porque, en fin, la filosofía positivista lo ha dicho: no hay más Dios que la *humanidad*. ¿Y qué es la *humanidad?* ¡Friolera! «El conjunto continuo de los seres convergentes.»

Me he entretenido en bosquejar los rápidos contornos de este cuadro, porque en él viven como en su propia atmósfera las fisonomías contemporáneas que más originalidad dan á nuestro siglo. Esta digresión no es, en resumen, más que la preparación del lienzo en que por sí mismas se dibujan.

Yo las distingo en el confuso tumulto de la vida presente, y me entretengo en sacar las copias de aquellas que me parecen más dignas de ser reproducidas.

Como la duda es el estado de la ciencia libre, el escepticismo es el fondo moral del carácter moderno. Fuera de los sectarios furibundos, ya de unas, ya de otras escuelas, que luchan entre sí con la desesperación de la impotencia, en los demás sólo encontraréis la fría serenidad de la más helada indiferencia; no busquéis entusiasmo en el corazón de nuestros días, porque no existe. Ese calor, que es la vida del alma y el germen de las grandes acciones, más bien de las acciones gene-

rosas, se ha extinguido; si alguna vez se muestra, es, por lo común, un entusiasmo artificial, es la excitación pasajera con que rendimos homenaje al éxito del momento, es sonreir al sol que sale, es lo que se llama seguir la corriente; pero si es entusiasmo verdadero que brota de una creencia profundamente arraigada en el alma, entonces, ¡ oh, qué locura, qué ceguedad, qué fanatismo !

En realidad, no somos completamente insensibles á tan gran desdicha, porque en medio de la algazara con que alegramos los días de nuestra existencia, se exhala de todos los ángulos de la sociedad un clamor sordo, continuo, que revela el desasosiego, la inquietud, el malestar de una dolencia profunda; pero, sea como quiera, tenemos á la vez lo que me atrevo á llamar el heroismo de nuestra terquedad, y si nos quejamos del mal que nos amarga los sabrosos deleites de la vida, también es cosa cierta que el remedio nos espanta. Como si este mal fuese una enfermedad vergonzosa, rechazamos el remedio para ocultar la dolencia, ó más bien para ocultárnosla á nosotros mismos; y quién sabe si por los prodigios de una horrorosa homeopatía, por los portentos de un nuevo *similia similibus*, hallaremos la perfecta salud que apetecemos en el uso continuo de los mismos vicios que nos enferman. Parece que estamos empeñados en ese experimento, y que en él fundamos nuestra última esperanza.

Ya ha habido un filósofo que murió esperando

en la ciencia el descubrimiento de la inmortalidad del hombre sobre la tierra. ¡Ah, si hubiese podido aplazar la muerte!

Por lo demás, ello es que vamos viviendo. Nos aturdimos, sí, nos embriagamos con el néctar de todas las sensualidades; pero nuestra concupiscencia es razonable, sensata; hay en ella cierto orden, cierto método, cierta corrección, que la hace á nuestros propios ojos la cosa más natural del mundo.

¿En qué pensamos? No hay para qué ocultarlo. Pensamos pura y simplemente en el placer y en la ganancia; poseemos á la vez el doble carácter de disipadores y mercaderes.

Pero bien: ¿qué somos?

No me atreveré yo á decirlo, pero oid á Horacio:

«Si vienes á verme, dice, verás en mí un cerdo lleno de gordura, de la piara de Epicuro.»

EL GRAN MUNDO

I.

FONDO DEL CUADRO.

No es tan fácil como á primera vista parece dejarse llevar por las corrientes democráticas del siglo, que, quieras que no quieras, nos empujan con más ó menos violencia á la plenitud de un estado que podría llamarse la hez universal; porque, bien mirado, cada uno siente dentro de sí mismo un secreto impulso, cierta especie de instinto aristocrático, que nos incita á elevarnos, de cualquier modo que sea, sobre el nivel del vulgo en que vivimos.

La dificultad sería invencible si en el conocido recurso de las transacciones no hubiésemos encontrado el secreto de ser al mismo tiempo nobles y plebeyos, personajes de mayor ó menor importancia, y seres de todo punto insignificantes; y,

valiéndome de una imagen quizá demasiado expresiva, me atreveré á decir que no es ciertamente un caso extraordinario, ni enteramente nuevo, el espectáculo, el absurdo espectáculo de un *descamisado* con corbata blanca.

Quiero decir, que eso que hemos convenido en llamar *gran mundo*, no es otra cosa que una transacción entre la pasada grandeza de la antigua aristocracia, y la poderosa pequeñez de la democracia moderna.

Hablo de España, y sobre todo de Madrid, donde sabemos positivamente que no hay, como en París, un barrio de San Germán. Acaso esto es lo único en que nuestra gente *comm'il faut* no imita á la capital de Francia, pues tenemos sus *hoteles* y sus *boulevares*, sus teatros, sus costumbres, sus vicios y hasta su lengua. Fornos bien puede competir con *Tortoni*, y á *Mabille* se le encuentra aquí en cualquier parte. Pero, ¡bah!, aquella aristocracia nobilísima, inaccesible, impermeable y casi fósil, que vive en el barrio de San Germán, justo es decirlo, no es aquí imitada.

Nuestra alta clase no ha tenido inconveniente en descender de las regiones de su grandeza hasta confundirse con el gran vulgo de los simples mortales; mas téngase en cuenta que al bajar en la escala de los honores humanos, no ha perdido el brillante esplendor de las apariencias. Si se ha inclinado graciosamente para estrechar la mano de la plebe que la invade, y si por un acto de condes-

cendiente cortesía ha descubierto su cabeza, arrancando de ella las coronas de sus antiguas glorias, á la vez, esas mismas coronas permanecen pintadas en las portezuelas de sus berlinas; con ellas marca las libreas de sus lacayos, la porcelana y el cristal de sus vajillas, y la rica batista de sus pañuelos. Baja ciertamente, pero baja en coche: si ha dejado su majestad en las alturas de donde desciende, preciso es reconocerlo, conserva el lujo: su blasón es la moda, su escudo de armas el fausto. Le ha vuelto resueltamente la espalda á su origen, y, olvidando los siglos pasados, es la más asidua cortesana del siglo presente. Después de haber perdido su carácter, se empeña en conservar el honor de sus títulos, y por una aspiración de inmortalidad, hasta cierto punto disculpable, se siente muerta y quiere sobrevivirse.

No se resigna á ser el severo monumento de un glorioso recuerdo, ni aspira á representar en el mundo el heroico papel de una noble esperanza; se aleja de lo pasado al mismo tiempo que huye de lo futuro; sus ojos parece que no ven más que lo presente, y flota en la agitada superficie de la vida moderna como un cuerpo que ha perdido su gravedad; como flotan sobre las olas agitadas los restos de un naufragio.

Brilla sin duda alguna, pero no con los esplendores de la luz, sino con los vislumbres del reflejo; luce, pero no alumbra. La tradición de su origen nobiliario podía comprometerla ante el furor de

las innovaciones, y ha negociado con las exigencias de la democracia moderna todas las pretensiones de la antigua aristocracia. Como Sièyes durante el sangriento período del Terror, se ha propuesto vivir y vive, y se puede decir que ha comprado la vida al precio de su nulidad. En vez de defenderse, transige, y por más que busque en la distinción de sus modales y en la novedad de sus *toilettes* un pretexto que atestigüe su alcurnia, ello es que se confunde con la plebe, que después de haberla despojado de su influencia, le envidia los placeres del fausto con que siembra de flores su paso por este valle de lágrimas.

No es la aristocracia heroica, caballeresca y turbulenta de la Edad Media, que conquistaba reinos y hablaba á los reyes con la mano puesta sobre el pomo de la espada, ni aquella nobleza sumisa y palaciega que hervía en las cortes de los reyes, prefiriendo la intriga á la rebelión, la lisonja á la amenaza; aquella aristocracia que aún solía producir héroes y hombres de Estado, y que, á pesar de grandes defectos y de grandes faltas, conservaba, si no el noble orgullo de su historia, á lo menos la ambición de sus títulos.

Esa aristocracia es la que formó con sus vicios la corte de Luis XV, y, no obstante, es la misma que sigue poco después á Luis XVI en su terrible desventura. Todavía su causa es la causa de la Monarquía y la causa del Rey.

En España, reducida ya al empezar el siglo de

las luces á la mera servidumbre de palacio, llevaba majestuosamente la librea real, satisfecha de servir al esplendor del trono. Su adhesión á la monarquía era aún sincera, y el triple sentimiento de la Religión, de la Patria y del Rey, uniéndola al heroico entusiasmo de la nacion, la salvó del deshonor de afrancesarse.

Este era, por lo visto, el último esfuerzo, el último impulso de la sangre azul que circulaba por sus venas, pues no pasaron muchos años sin que, prosternándose ante los principios revolucionarios, enemigos naturales de la Religión, de la Monarquía y de la Patria, se hiciese cortesana de la demagogia del año 34, después cómplice de la demagogia del año 68, y más tarde encubridora de la presente demagogia.

Para vivir materialmente dentro de la atmósfera corrompida del siglo en que nos encontramos, no ha vacilado en someterse á las humillaciones que la democracia le ha impuesto, sacrificando en aras de las demagogias triunfantes la vida moral que aún podía enaltecerla. La Revolución francesa colgaba á los aristócratas de las linternas ó los degollaba en la guillotina; nuestra revolución, menos sanguinaria, se ha contentado con arrastrarlos por el lodo. Aquella aristocracia, animada por el ejemplo del Rey, supo morir; pero la nuestra, sin ejemplo que imitar, más positiva, menos caballeresca, flexible hasta tocar con la frente en el suelo, no aspira á otra gloria que á la gloria de ir viviendo.

Dejo al lector en libertad de hacer cuantas salvedades tenga por conveniente, porque, en medio de tantas miserias, no he de disputarle el honor de las excepciones: también yo conozco algunas.

Pero no se crea por eso que vive relegada á una obscuridad humillante; no creáis que se ha retirado á los últimos rincones de sus palacios, y que, cerrando las puertas nobiliarias de sus casas solariegas al tumulto del siglo, que la desprecia al mismo tiempo que la envidia, se esconde á las miradas del mundo, si no precisamente avergonzada de su nulidad, á lo menos seria y desdeñosa.

No; se la ve flotar y resplandecer por toda la agitada superficie de la vida moderna, surcando las tempestuosas obscuridades que nos rodean con los relámpagos de su lujo. Es verdad que no la encontraréis en los comicios, ni en las Asambleas, ni en los ejércitos, ni en los campos de batalla, ni en las academias científicas, ni en las grandes empresas industriales. Fuera de la política, de la ciencia y de la industria, parece que no está en ninguna parte. Tampoco la encontraréis en las altas dignidades de la Iglesia, ni en las cátedras profanas de las Universidades, ni en las sagradas cátedras de los templos. Se puede decir que nada enseña, y se puede asegurar que nada aprende.

¿Dónde está, pues?.... ¡Dónde!.... ¡Ah!.... Por las noches brilla indistintamente, ya en el teatro de la *Ópera*, ya en el teatro de los *Bufos;* protege con su presencia unas veces á la empresa del *Príncipe,*

otras veces á la empresa de *Apolo;* aparece, como el sol en los días serenos, en el circo de *Price*, en la plaza de toros y en las carreras de caballos.

Sus coches invaden los paseos, y van y vienen con la impaciencia del que quiere estar á la vez en todas partes; dondequiera que haya un salón, allí está ella, porque los salones son su espacio y su atmósfera.

Esta aristocracia tradicional, confundida con las variadas especies de las aristocracias modernas, ha sacudido el polvo de la antigüedad que la ennoblecía, y dejando carcomer en la profundidad de los archivos los ya olvidados pergaminos, vuelta completamente de espaldas á los siglos pasados, se halla entregada á todas las deliciosas fatuidades del siglo presente.

Y verdaderamente, la aristocracia que surge del fondo de la tierra con prodigiosa fecundidad, es bastante más pintoresca que la aristocracia histórica que aún nos recuerda el honor de nuestras pasadas glorias.

Indudablemente, en lo que podemos llamar la parte suntuaria, la nueva nobleza, la nobleza novísima, lleva sobre la nobleza antigua una ventaja indisputable. Las grandes cruces, las brillantes placas, las bandas de todos colores y las cintas de todos matices, han caído como lluvia copiosa sobre la democracia, que, digámoslo así, se ennoblece con todos los signos exteriores de la grandeza humana.

Y he aquí la transacción necesaria para que se

extienda de un extremo á otro el severo nivel de la igualdad. Por una parte la aristocracia histórica baja, y la democracia moderna sube; ambas, para encontrarse, se olvidan de su origen, y, confundiéndose en un mutuo abrazo, forman ese mundo brillante, siempre alegre y siempre fastuoso, que nos atrae y nos deslumbra.

A primera vista parece que sólo convienen en unos mismos gustos, en unas mismas satisfacciones, en unos mismos placeres; parece que se encuentran unidas por el solo vínculo de unas mismas sensualidades, que el perfume de los mismos platos los ha reunido á la vez alrededor de la misma mesa; pero, si bien se mira, se verá que existe entre una y otra cierta mancomunidad de ideas.

La demagogia, que tanto nos asusta, vive también en palacios y lleva sobre su cabeza coronas ducales. El *descamisado*, quizá más propiamente dicho, no es ya en estos tiempos de prosperidad un hombre grosero y brutal, harapiento, sin hogar y sin camisa, que aprieta sus formidables puños, y ruge, amenazando á la vez al cielo y á la tierra, agitado por el ciego estímulo de sus tumultuosos apetitos, sin más guía que su instinto.

Este ser inculto y patibulario, cuya desastrada imagen nos llena de espanto, no es, en resumen, más que un mero comparsa del espectáculo teatral que representamos con el conocido título de *La civilización moderna*.

Ciertamente en el orden del progreso que nos

empuja, el descamisado melodramático, que vive aún en los antros de la sociedad respirando los vapores enrarecidos de la última hez humana, tiene señalado en un porvenir, cada vez más próximo, un puesto importante, que ha de elevarlo á las primeras jerarquías de la sociedad. Siguiendo el camino cuyas dos terceras partes llevamos andadas, nadie duda que la completa regeneración del hombre se acerca, y no es difícil ver en lo más bajo de la democracia presente el germen ya fermentado de la futura aristocracia.

La solución del problema que nos agita está contenida en los términos, de la misma manera que el fruto se halla contenido en la semilla; en el nudo está el desenlace lógico de toda comedia, y toda acción trágica no es más, si bien se mira, que la elaboración trágica de la catástrofe. Una vez hacinados todos los combustibles y aplicado el fuego, no es necesario quemarse mucho las cejas para esperar el incendio.

Pero entretanto, ¿qué importa? El *descamisado* de que hablamos se encuentra todavía en el período de incubación, y aunque hace esfuerzos heroicos para dar señales evidentes de vida propia, no consigue romper las ligaduras que lo sujetan á la obscuridad de la vida rudimentaria, porque necesita algún tiempo más el calor maternal de la sociedad en cuyas entrañas ha sido engendrado.

Por consiguiente, el *descamisado* propio, y, digámoslo así, legítimo del *momento histórico* que

atravesamos, no es la figura sombría, iracunda y amenazadora que se nos presenta en perspectiva, sino el ser culto, fino, ilustrado, que se viste con esmero, que se baña y se perfuma, que saborea los más exquisitos manjares y vive en la atmósfera de los más refinados placeres.

Es.... Pero no precipitemos el curso regular de nuestras tranquilas observaciones, porque los rasgos más salientes de esta fisonomía que por todas partes nos sonríe, son dignos de más detenido estudio.

II.

LAS PRIMERAS LÍNEAS.

Fijemos ante todo que el tipo que buscamos en las altas regiones del gran mundo como modelo de la especie, no es personaje que pertenece especialmente á ningún partido; y aunque suele tener algo de todos, no es un hombre político propiamente dicho. Si así no fuese, no sería yo el que me tomara el trabajo de descubrirlo y bosquejarlo; porque desde la tremenda catástrofe de 1868, me hice á mí mismo la formal promesa de no tomar en adelante parte alguna en la para mí siempre ingrata tarea de las contiendas políticas. Acompañé con mi corazón á aquella gran desgracia, por casi todos abandonada; oculté en el fondo de mi pensamiento mi último desencanto acerca de los hombres y de

las cosas, y me encerré en mí mismo desconsolado.

Mi pobre vanidad de hombre se afligió al ver la inutilidad de mis débiles esfuerzos por evitar la gran desventura que en los designios de la Providencia era, por lo visto, inevitable, y me enterré vivo con mi pobreza, trayéndome por toda ganancia el honor de muchos dicterios.

Desde esta obscuridad en que vivo lo he visto todo, y puedo asegurar que nada me ha sorprendido; pero mis ojos están llenos de tristeza. Veo y oigo, y callo, y solo allá en mis adentros, en voz muy baja y con el mayor sigilo, suelo repetirme esta sentencia latina que se grabó en mi memoria hace mucho tiempo: *Quos Deus vult perdere prius dementat.*—Me prometí, pues, no mezclarme más en las contiendas de los partidos, y yo soy hombre que no me falto nunca á mis palabras. Nada hay, por consiguiente, en estas ociosas observaciones con que me propongo entretener á los lectores, que pueda considerarse como materia verdaderamente política.

Sin faltar á este propósito, bien puedo decir que la marcha majestuosa con que tan pomposamente, de conquista en conquista, nos dirigimos al cumplimiento de todas las felicidades prometidas por el derecho nuevo, ofrece graves peligros, y no deja de ser frecuente el caso en que el abismo se nos adelanta, se abre á nuestros pies como una boca inmensa que se ríe de nosotros, y, aunque no sea más que por breves momentos, nos corta el paso.

¡Ya se ve! No todos los viajeros caminamos con las mismas comodidades, y es natural que los que van á pie y descalzos tengan más prisa, mucha más prisa que los que van en coche; y he aquí que los más hambrientos y los más desnudos quieren anticiparse al término del viaje, y alzan el grito, y se declaran tumultuosamente en plena Jauja antes de haber llegado á ella, y entra la confusión y el desconcierto, y aquí fué Troya.

Observado el fenómeno á la luz de los principios, no hay en ello más que un exceso de impaciencia. Se les ha ofrecido un cubierto en el gran festín del mundo, y quieren á toda costa sentarse á la mesa. Esto es, se les ha puesto la miel en los labios, y, cosa bien natural, enseñan los dientes. Eso sí, amenazan con la devastación universal, llevan el saqueo por consigna y el incendio por bandera, se agitan con el furor de todos los apetitos embravecidos que el espíritu moderno ha despertado en ellos, y, quieras que no quieras, el camino se entorpece y el carro triunfal se atasca. Es una tempestad humana, más terrible que las tempestades de la naturaleza.

Y bien: ¿qué es todo ello?...: un mero accidente, pura impaciencia, un error de itinerario, una equivocación de la fecha; es llamar á la puerta antes de haber llegado á la casa; pero la civilización, esto es, la razón soberana, embriagada hasta entonces con sus triunfos, se espanta de su propia obra, y lanza sobre los culpables toda la indigna-

ción y todo el furor de su miedo. Se invoca la ley, la ley del momento, la ley egoista de las circunstancias, y la sociedad se salva por algunos días. Y adelante; el carro triunfal vuelve á seguir su camino, como si tal cosa.

Así cae la *Commune* en París y el *cantonalismo* en España, mientras la *Internacional* continúa legalmente organizada en Europa; porque, en fin, ¿qué tiene que ver el principio con su propia consecuencia? Él es una entidad abstracta que vive en las altas regiones de la ciencia, y el hecho es un acto brutal que se arrastra en el lodo de las calles. El filósofo, el orador, el publicista, el ideólogo, amparado detrás de la santidad de un libro, de una tribuna, de un periódico ó de una cátedra, puede levantar su ciencia contra Dios, abolir la inmortalidad del alma, robarnos la esperanza de la verdad divina, incendiar la ignorancia del vulgo con el fuego de todas las pasiones, y, en una palabra, asolar al mundo moral cubriéndolo con las sombras de espantosas incertidumbres. Ciertamente; pero vosotros, saqueados, incendiados, asolados por la ciencia, no levantéis aún la mano, porque será cortada; no alcéis el grito todavía, porque será ahogado en vuestra garganta.

La razón ilustrada de los pueblos modernos se encuentra entre el derecho que proclama y el hecho que condena, entre el error y el crimen, entre la ciencia que constituye su orgullo y la depravación moral que esa misma ciencia engendra. ¡Qué cruel

capricho de las cosas!.... ¡Qué ley tan arbitraria la que ha dispuesto que el abismo atraiga, que el fuego abrase, que el rayo aniquile! ¿Por qué, ¡oh sociedad llena de deleites!, ha de venir á turbar los placeres de tu concupiscencia el oleaje espantoso de ese mar de pasiones que tú misma agitas?....

Pero discurramos con calma.

A primera vista parece absurda una situación que nos obliga casi diariamente á deportar aquí, á fusilar más allá, á perseguir en todas partes las consecuencias prácticas de los mismos principios que proclamamos; mas téngase en cuenta que la resistencia que les oponemos no es definitiva. El último error no es todavía verdad, es cuestión de tiempo. Nosotros les decimos á los impacientes: «Esperad», porque todo no se puede hacer en un día. Hoy nosotros, mañana ellos, ante todo el orden. Entendámonos; el orden material. Lo que pretenden es hoy un delirio; pero, poco á poco, ya llegará el momento en que el delirio se convierta en razón y se establezca en derecho.

El error fundamental de que partimos es, como todo error, múltiple en sus formas, y nos ofrece, por lo tanto, una serie de errores sucesivos que nacen los unos de los otros, formando la variada confusión de escuelas, de sectas, de doctrinas, de sistemas, de opiniones, de partidos, de grupos y de fracciones en que, digámoslo así, vivimos. Realmente no son más que formas distintas, matices

diversos del mismo error originario, de la gran mentira fundamental.

¿Por qué hemos de ocultárselo?.... Partimos del *libre examen*, que no es, en substancia, más que la legalización de todos los desvaríos que correlativamente se van presentando; cada error tiene su día, su época, su *momento histórico*, su oportunidad, esto es, su madurez, su triunfo.

No hay delirio, por monstruoso que sea, que no pueda erigirse, ya un día, ya otro, en religión ó en filosofía, en sistema político ó en ley moral. Podemos decir con orgullo que lo hemos discutido todo, y he aquí que ya no nos queda nada cierto. Vamos, pues, de interinidad en interinidad, de desastre en desastre.

Hasta aquí, poco más ó menos, llega el período de los sabios que han hecho una revolución en la ciencia, después de la cual entra naturalmente el período de los que, menos pensadores, son más ejecutivos. Detrás de la palabra está la obra, como debajo de la cabeza que piensa está el brazo que ejecuta. La lengua ha terminado ya su tarea, y lógico es que las manos entren en la plenitud de la suya; porque convengamos en que las teorías vendrían á ser una necia vanidad de la ciencia, si no tuviesen completa ejecución entre los hombres. Ya parece que está llena la medida de las ideas, y sólo falta que se llene la medida de los hechos. ¿Por qué no? Si la imaginación ha llegado á los últimos delirios, ¿por qué la realidad no ha de llegar á los últimos desvaríos?

Aquí se nos presenta, más ó menos desnuda, más ó menos hambrienta, una nueva generación.

Aquí está, con el oído atento y la mirada inquieta.

¿Qué espera?

Espera.... su vez.

Desde la sombra en que aguarda el momento de tomar posesión del paraíso que se le ha prometido, calcula el vigor de sus brazos, se ordena, se cuenta, se prepara, y como si pretendiera reconcentrar la terrible energía de su fuerza, aprieta los puños y rechina los dientes, respirando su corazón el fuego de todas las sensualidades. Cada momento que pasa aumenta el rencor de su impaciencia; los resplandores del lujo que llegan á sus ojos, encienden su codicia; el estrépito del festín universal que penetra en sus oídos, despierta su envidia; llama justicia á su venganza, y derecho á la ciega pasión de sus apetitos.

¿Qué especie de hombres es esta?

Filosóficamente considerados, son la encarnación definitiva de la libertad que llamamos moderna, la última evolución de la *idea* en el tiempo y el espacio, la síntesis, la condensación de toda nuestra doctrina civilizadora. Desde el punto de vista político, aparecen en la próxima perspectiva de lo por venir como las primeras palpitaciones del nuevo Estado. Y si bien se mira, á la luz de los pasmosos adelantos de la ciencia económica, se ven como el núcleo futuro de los inmediatos desamortizadores.

No es ya posible que se lance contra nosotros la injusta acusación de que vamos á lo desconocido. En el segundo término del cuadro que se dibuja á nuestros ojos, aparecen con toda claridad las cabezas sombrías de los *descamisados*.

La Revolución francesa produjo esta especie de hombres que, haciendo alarde de su enérgica desnudez, quisieron imponer al mundo el imperio de sus harapos. Suya es la gloria de este producto humano; pero, poco á poco: aquellos fueron unos seres incompletos, sin mundo, sin experiencia, unos pobres *desharrapados* que tomaron al pie de la letra la hediondez de los jirones de sus vestidos, y se mostraron orgullosos de ostentarlos. Aquella fué la que podemos llamar la infancia del arte, el entusiasmo tierno y poético de las primeras impresiones; en fin, me atreveré á decirlo: el idilio de los pingajos. En nuestros días esa especie se encuentra perfeccionada; entonces el *descamisado* era un niño, y hoy es ya un hombre: se avergüenza, se indigna y se enfurece de su desnudez; y al verse sin camisa, sólo aspira á conquistar la ajena.

El nombre mismo ha experimentado también su regeneración. *Descamisado* es una voz que no determina tanto al que no tiene camisa, como al que ha dejado de tenerla; y, partiendo sin duda del rigor de ese sentido, se ha venido á parar á una designación más amplia, más culta, y aun se puede decir más científica. Vedla aquí: las *clases desheredadas*.

Mas importa mucho no dejarse deslumbrar por lo pintoresco de la palabra, y conviene entender claramente la realidad de su significación. La imagen de que nos servimos encierra una idea, y en ella se halla toda la fuerza del sentido. Es una figura retórica por medio de la que, al indicar la desnudez del cuerpo, expresamos realmente la desnudez del alma. Al verdadero *descamisado* no lo constituyen precisamente los harapos que cuelgan de sus hombros, sino más bien los harapos que flotan en su entendimiento. No determina un estado deplorable del bolsillo, sino un estado deplorabilísimo del espíritu. No queremos decir: «ese hombre no tiene camisa»; lo que decimos es: «ese hombre no tiene conciencia». Y, ¡oh terquedad de la paradoja!: no lo busquéis solamente en las regiones más bajas de la sociedad; buscadlo más bien en las altas regiones de las jerarquías sociales; porque puede ser marqués, puede ser conde, puede ser duque, puede llegar hasta ser príncipe.... *Felipe Igualdad*, ¿no fué un descamisado? Las demagogias triunfantes tienen también sus dinastías, sus tronos y sus reyes. ¿Acaso no son ya suyos todos los cetros de Europa?....

He dicho que el personaje que intento bosquejar se halla fuera de la atmósfera en que se tratan los negocios del Estado; no consta en la clasificación de ningún partido; en una palabra: no es hombre político; por el contrario, afecta cierto desdén, no tanto, cierta indiferencia hacia las agi-

taciones de la vida pública; es pura y simplemente un curioso, un abonado, un espectador más ó menos ávido de emociones. La plaza pública es á sus ojos un nuevo espectáculo, al cual acude por puro pasatiempo.

Como es casi rico, y se puede decir que vive de sus rentas, ocupa un sitio cómodo en el espectáculo, y ve pasar con afable indolencia las diversas situaciones del drama.

No se crea por esto que carece absolutamente de opinión; conserva ciertas aficiones al derecho hereditario...., y...., ¡vamos!, está por la forma monárquica. Llama ideas extremas á aquellas que sus ojos, poco acostumbrados á sondear las obscuridades de lo que está por venir, ve lejanas, y le parecen aceptables todas las que se acercan. En rigor, es un hombre que no ve más allá de sus narices.

Vive con bastante comodidad para tomarse el trabajo de estudiar lo pasado ni para echarse á volar en busca de lo futuro. Sumergido pacíficamente en los brazos de su butaca, ó en los cojines de su landó, ó en el blando sillón de su palco, deja que las ideas y los acontecimientos vengan á buscarle, y entonces los mira con sus gemelos de nácar, ó con sus quevedos de oro, ó con sus ojos de pura carne, y se inclina ante la novedad que se le presenta, la sonríe con amable benevolencia, la acepta, y se queda tan fresco.

¿Qué ocurre? Estamos en 1868, y ocurre la

caída del Trono. Pues bien: frunce la boca, se encoge de hombros, y se sienta á la mesa, y come, como siempre, con toda la imperturbabilidad de su cotidiano apetito. Y si el cocinero ha tenido la feliz ocurrencia de preparar un *ménu* esmerado, hay algún motivo para creer que comerá como nunca.

Todo ha cambiado de la noche á la mañana: la decoración ha sufrido una transformación completa; son casi nuevos los hombres, las ideas y las costumbres; la *idea extrema* está encima; pero ¡qué demonio! pasado el primer momento de estupor, el desorden se ordena á sí mismo, lo extraordinario del caso se convierte en la cosa más natural del mundo. El sol continúa su carrera, el aire su curso, el agua su camino, las horas prosiguen su sucesión cronológica, y asunto concluido; porque, al fin y al cabo, la *Fuente Castellana* sigue siendo un paseo concurrido, los teatros se llenan de gente, los salones están de par en par abiertos. Y vamos á cuentas: ¿quién ha dicho que los reyes han de ser eternos sobre la tierra?.... Además, ¿por qué ha de consumirse de fastidio en el rincón de su casa?.... ¿Ha de enterrarse vivo porque otro ha muerto?....

El trastorno que la sociedad experimenta no opone ninguna dificultad seria á los regalados goces de la vida, y mientras se vive, se goza.... ¿Y qué ha de hacer?.... Se engalana, se perfuma, y á pie ó en coche prosigue, como si tal cosa, los di-

chosos instantes de su existencia, sirviendo de escolta al suceso.

Mas dejemos aquí estas primeras líneas del dibujo, para que el lector las vaya estudiando: no es asunto que corre prisa, y otro día seguiremos, porque hay mucha tela cortada.

III.

UN TIPO.

Colocado á cierta distancia de las ambiciones impacientes que llenan de tempestades las regiones políticas, el carácter que vamos bosquejando no inspira á la generalidad de las gentes ni aversión, ni entusiasmo, ni afecto, ni odio; ni se le busca, ni se le rechaza; si está, es uno más, y si no está, no es uno menos.

El espíritu algunas veces burlón de la *moda*, parece que se ha entretenido en poner en uso un modo bastante original de designarlo. Sírvese del nombre de pila, usándolo comúnmente en diminutivo, suprime el apellido, y añade el título aristocrático, honor de la estirpe. Así, pues, su nombre propio es *José* ó *Juan*, su apellido *Fernández* ó *Martínez*, y el título nobiliario que lo enaltece puede ser, bien *marqués de las Empresas*, ó bien *duque de Albarroja*. Esto es, dos títulos que el lector puede elegir entre tantos como todavía nos recuerdan la grandeza de los caracteres, la firmeza de las virtu-

des, la nobleza de los pensamientos y el valor de las hazañas de que está llena nuestra historia. La *moda* introducida en las regiones del buen tono omite el apellido, prescinde de la jerarquía del título, y dice con sencillez encantadora: *Pepe Empresas* ó *Juanito Albarroja*.

Y yo pregunto: ¿No hay aquí más que un vano capricho de la moda? ¿Tan ingenua puerilidad es una simple extravagancia del lenguaje corriente en los salones?

¿No hay aquí más que una espontaneidad inocente, irreflexiva, del trato superficial del gran mundo? ¿Sí? Pues entonces es un capricho mordaz, una cruel extravagancia, una espontaneidad demasiado terrible. ¿Por qué? Porque es mezclar la burla al respeto, la insignificancia de la persona con la grandeza del honor. Es descubrir bajo la pompa venerable de un título ilustre, permítaseme decirlo, la pequeñez del individuo. Es tanto como decir: toda aquella gloria ha venido á convertirse en esta insubstancialidad, en este egoismo ó en esta ignorancia.

Bajo el recuerdo de esa grandeza pasada encontraréis con deplorable frecuencia á *Pepe* ó á *Juanito*. La moda, más perspicaz que vosotros, se os ha anticipado y los ha descubierto antes, probablemente sin pensarlo.... ¡Oh qué aturdimiento de la moda!

Y bien: ¿no podrá creerse que hay en esa manera indiscreta de distinguirse una injusticia invo-

luntaria? El tipo que bosquejo no posee ciertamente un carácter de hierro, ni una virtud de mampostería; no es, en verdad, ni un genio, ni un héroe, ni un santo. Convengamos en ello; mas, ¿desde cuándo el genio se hereda?.... ¿Quién ha vinculado el don de la inteligencia?.... ¿Sabe alguien si el heroismo es un pergamino, ó la santidad una renta vitalicia?.... Sí; *nobleza obliga*, ha dicho la voz de la antigua hidalguía; pero será una pretensión ridícula exigir que cada título de Castilla sea un genio, cada grande de España un héroe, cada apellido ilustre un santo.

¡Nobleza obliga!.... ¿Y á qué?.... A servir de ejemplo en los pensamientos, en las palabras, en las acciones y en las costumbres; á sostener la dignidad de las glorias que representa; á echar, como Breno, el peso de la espada ó el peso de la inteligencia en la balanza en que oscilan la ruina y el esplendor de las naciones; á sentir algo, á querer algo, á saber defenderse siquiera, ó á lo menos á saber morir.

¡Exigencia inaudita!.... ¡Morir! ¡Ah! ¡Morir, cuando la vida está llena de delicias!.... ¡Cuando el refinamiento de nuestra cultura nos rodea de goces inefables; cuando la industria adula nuestros deseos con las más caprichosas invenciones, y el comercio nos lisonjea con todas las alucinaciones del lujo, y el arte distrae los ocios de nuestro espíritu con todos los espectáculos de la sensualidad más viva!.... ¡Morir, cuando nos sentimos

invadidos por todos los deleites de la vida moderna!.... ¡Morir, cuando vivimos, cuando gozamos!.... ¡Oh, qué locura!....

No trazo, pues, los contornos de un genio, de un héroe ni de un santo. No hay en él nada de extraordinario, y sería muy difícil entresacarlo de la masa común del vulgo que llena la tierra, si el título nobiliario que señala su estirpe no descubriera á nuestros ojos al heredero de un nombre glorioso.

Ningún signo exterior revela la excelencia del origen; en vano buscaríais en el conjunto de su persona alguno de esos rasgos fisonómicos que suelen atestiguar la existencia de las almas superiores. Delinead un hombre alto ó bajo, gordo ó flaco, un hombre cualquiera, y escribid al pie: «he ahí un duque», «he ahí un conde», y nadie lo pondrá en duda. Parece que la atonía de su espíritu, la indolencia de su corazón y la debilidad de su carácter, han extinguido en su figura las líneas enérgicas que determinan la majestad del hombre. Ha pasado la juventud sin entusiasmo; llega á los límites de la virilidad sin madurez, y se encuentra al fin en la decrepitud cansado, pero no harto de voluptuosidades de la vida.

No obstante, si no es activo, es movible; si no va realmente á ninguna parte, se puede decir que está en todas; hay cierta facilidad en sus ademanes, y su conversación posee el encanto de esa amenidad que proporciona la deliciosa murmura-

ción, á que se prestan los cuentos íntimos y las historias privadas que casi diariamente circulan por las altas regiones del gran mundo, y cuya ignorancia sería imperdonable en un hombre de buen tono. No hay mordacidad en sus palabras, ni indignación, ni escándalo; habla del suceso, porque es la novedad del día, porque es un caso curioso más ó menos cómico, más ó menos trágico, pero divertido, hecho como de molde para disipar el fastidio del momento.

La caída de los imperios, la subversión de las ideas, el trastorno social que agita á todos los pueblos de Europa, son asuntos para embargar la atención del vulgo, excesivamente impresionable é ignorante; pero á ciertas alturas no llega el pavor de semejantes sucesos; desde allí se ven los accidentes del espectáculo, distraen la imaginación por un momento, y luego cansan, aburren...., se hacen viejos. ¿Y qué novedad ofrecen?.... ¿No cayó así el esplendor de Babilonia?.... ¿No sucumbió así la culta Grecia?.... ¿No acabó así la Roma sensual del bajo imperio?.... Discútanse esos asuntos en los casinos; revuélvanse en los clubs...., bueno; pero en los salones...., ¡qué horror! La literatura de las altas esferas no es tan pavorosa, es de mejor gusto. El matrimonio repentino de *E*, la herencia inesperada de *L*, las pérdidas de *H*, la sorpresa de *Q*, el rapto de *P*, la ingeniosa traición de *M*.... Esto, si no hay un alfiler de brillantes, ó una falda de encaje que mantenga suspensa la ad-

miración por algunos minutos, ó si no hay que celebrar algún *volapié* de *Frascuelo*, ó la última hazaña de *Lagartijo*. Lo demás...., ¿ qué importa?

Pero, en medio de todo, su educación es completa: monta á caballo con más ó menos gracia; maneja los caballos de su coche mejor que su propio cochero; ha aprendido el francés en los *boulevares* de París, y balbucea algunas frases inglesas con bastante soltura. Habituado al regalo de las mesas exquisitas, sabe apreciar el mérito de los *ménus* más espirituales. En geografía no es menos docto: le son familiares todos los puntos del globo que la moda ha elegido para reunir alternativamente en los veranos, en las primaveras, en los otoños y en los inviernos, lo que podemos llamar la crema del fausto, la quinta esencia del buen tono, lo más florido de la especie humana. No desdeña absolutamente el ejercicio de las armas: una pistola de tiro en su mano puede dar en el blanco; conoce la guardia italiana, la guardia francesa, la guardia española, y su espada de combate sabe muy bien *parar una contra*; porque, al fin, nadie se halla libre de la eventualidad de un duelo. ¡Cómo había de negarse al escándalo de un lance de honor!.... Si juega, es por puro aburrimiento; y si se enamora, es por mera galantería. Si sus *pagarés* se descuentan en la plaza...., ¡ qué celebridad! Si sus aventuras se cuentan en los salones...., ¡ qué gloria!

Por lo demás, es el hombre más tratable del mundo. Atento, fino, hasta jovial, toma las amis-

tades con la misma frescura que las deja, y entran en la fácil intimidad de su trato lo mismo las personas intachables que aquellas á quienes el dedo público señala con deshonrosa preferencia. ¿Puede él erigirse en juez de la honradez ajena?.... Nada más noble que la humildad de los poderosos. Inclinarse hasta estrechar la mano del pobre y acoger al desvalido, es una acción digna de toda grandeza; pero ¿ha de constituirse en Hermana de la Caridad? Las puertas de su trato están abiertas para todos; en el orden moral no reconoce jerarquías. ¿Qué diferencia separa á los hombres de bien de los bribones? No lo averigua, porque no le importa: conservando de los siglos pasados lo que de ellos ha recibido, ostenta el título de su alcurnia; y dando á la vez al siglo presente lo que le corresponde, ha democratizado su conciencia.

No entran en su filosofía las tenacidades de los afectos profundos, porque la ternura es una flaqueza humana que suele acarrear muchas inquietudes y muchos dolores. ¿Á qué fatigarse en querer, cuando apenas hay tiempo para vivir?... Las realidades del mundo en que vive le son demasiado halagüeñas para ir á buscar aventuras en el mundo de los sentimientos. Sin embargo, suele hablar con calor y disputar con entusiasmo acerca del mérito plástico de la bailarina que por el momento hace las delicias del público. En sus movimientos encuentra sensibilidad, pureza, pasión y aun genio.

No se vaya á creer que es indiferente á los atractivos del arte...., ¡Oh!, no; admira las obras maestras con exclamaciones del mejor gusto; pero no ha de quedarse delante de ellas con la boca abierta: el lujo lo ha familiarizado con las más célebres, y las conoce como conoce las montañas de Suiza, las orillas del Rhin; como conoce á Wies-Baden, la City, la playa de Biarritz y el bosque de Boloña; como conoce á *Mabille*, que es, al fin y al cabo, la obra más acabada del arte moderno.

No le digáis que se han agotado las ostras de Ostende, que se han agotado las trufas, que ya la Patti no canta, ó que estos salones ó los otros van á permanecer cerrados durante toda la eternidad del invierno, porque es muy posible que su corazón se conmueva con tan desastrosos anuncios; pero decidle que la fe se ha extinguido en el corazón del hombre, que la incredulidad ha soliviantado todas las pasiones, que la *ciencia* ha pervertido todos los entendimientos, y oirá vuestras palabras con la sonrisa en los labios, se encogerá de hombros, y os replicará sencillamente:

—¡Phs!.... : ese es el mundo.

Y poniendo el pie en el estribo del coche, se dejará caer sobre los almohadones del asiento, y le dirá al lacayo:

—Al teatro de la Ópera.... A la *Fuente Castellana*.... A *Fornos*.

Descended al fondo de su pensamiento, y buscad allí una convicción profunda.... ¿Qué veis?

Sombras. La idea de Dios está allí sin duda, pero está arrinconada como un mueble de lujo que la moda dominante ha proscrito. Está allí incierta, dudosa, desvanecida, como está el sol en el cielo en los días nublados...., indecisa y del revés, como graba la fotografía las imágenes en el cristal de la cámara obscura.... La revelación.... Bien; registrad, y acaso la encontréis olvidada, como un libro viejo, bajo el polvo secular del archivo.

En punto á la religión, veréis flotar en su entendimiento todas las novedades del día. No trata ciertamente de crear una teología para fundar una nueva secta; pero, ¡ya se ve! ¡Hay tantas!.... «El catolicismo es la verdad, parece que sí....; pero, ¿qué puede hacer él solo? ¡Pío IX! ¡Ah, venerable anciano!.... Sí, señor....; ¿pero no son también *Papas* el czar de todas las Rusias, el emperador de Alemania y la reina de Inglaterra? No, no; no están los tiempos para hacer gracias. Sería ya insensato oponerse á la corriente de las nuevas ideas. Hemos hecho todo lo posible; la civilización nos empuja, y no hay más que seguir adelante. Ahora, que cada uno se oiga su misa como pueda. ¡Demonio!.... No se puede jugar con Europa.»

Así discurre, y guiñándose á sí mismo el ojo, como quien ha encontrado la solución del problema, se lava las manos en agua perfumada.

Conviene en que la filosofía que llamamos moderna es una diablura, porque, turbando los entendimientos, lanza á la sociedad por el camino de las

pavorosas aventuras. Oye con gusto las críticas de esa ciencia infausta, se burla de los errores que enseña, y se ríe de los desatinos que propala; pero, sea como quiera, se llama ciencia, y es una cuestión que deja íntegra á las decisiones de los sabios. Si en esta lucha de principios, que él llama *opiniones*, hay algo que lo desespere, es la intransigencia de los ultramontanos, la tenacidad de las verdades que se han empeñado en ser eternas. ¡Y cuántas veces en las agitaciones que turban las muelles delicias de su vida, culpa á la verdad misma de los estragos que causan los errores! ¿Por qué tres y dos se han de obstinar en ser siempre cinco?....

Hay una regla bastante admitida para fijar el valor moral de las acciones. Todo lo que no esté expresamente prohibido en el texto de las leyes civiles, esto es, de las leyes humanas, más claro, de las leyes políticas, es lícito. Pero he aquí que con frecuencia esas leyes, impuestas alternativamente por el dominio eventual de los partidos, prescinden casi por completo de la vida íntima de la sociedad, abandonando á los extravíos de la conciencia individual y á los delirios de falsas teorías las creencias, los sentimientos y las costumbres de la multitud. Así se ve en las naciones más cultas á la policía allanar el domicilio por cualquier razón política, mientras se detiene respetuosa ante los umbrales de los garitos....; ¿y qué importa? Lo que interesa, lo que urge, lo que apremia es salvar, ante todo, contra todo y sobre todo, los intereses

políticos del Estado.... de estos Estados modernos sin solidez y sin raíces, que fluctúan á cada paso llenos de temores y de incertidumbre. La sociedad moral no es el objeto, el fin, la aspiración; es más bien el *anima vili* de dolorosos y continuos experimentos.

¿A qué hemos de atenernos?.... Si Dios puede ser cualquiera, ó ninguno; si hemos de tributarle el culto que más nos acomode; si lo que hoy se enaltece mañana se abomina; si es libre nuestro pensamiento y lícita toda acción con tal que no afecte á los intereses políticos del Estado, ¿de qué guía ha de servirse la ignorancia y la perversidad natural del hombre para distinguir lo bueno de lo malo, la virtud del vicio, la lealtad de la traición, la justicia de la iniquidad?.... ¡Oh, *libertad* mil veces funesta! A ti te debemos la libre abyección moral en que vivimos. El día que acabes de extinguir esa última luz de la conciencia humana, será completa tu victoria. No te diré yo, como la desdichada mujer de Roland, que se cometen muchos crímenes en tu nombre; te diré que tú eres el germen que los engendra, porque eres la soberbia que ciega los entendimientos, seca los corazones, enciende el fuego de las concupiscencias, y arma el brazo de todos los apetitos. Tú eres la más espantosa de las tiranías; porque, levantándote sobre la libertad justa, sobre la libertad verdadera, nos impones el yugo de todos los errores y la dictadura de todos los vicios.—Nada hay para ti legítimo ni respeta-

ble más que la movible divinidad del Estado.

Regla moral: todo lo que no esté penado en el Código, es lícito; lo demás que encontréis culpable, pertenece á la jurisdicción de vuestro juicio.... Vosotros, demasiado escrupulosos, lo condenaréis, —¿á qué?—á vuestra indignación...., á vuestra repugnancia.... Bien....; pero el mundo lo absuelve. La vindicta pública no tiene derecho á reclamar más que contra los delitos penados por las leyes: esto es, el robo y el asesinato, según el caso y las circunstancias; porque, digámoslo con orgullo, la condición humana ha mejorado de tal manera, que á los ojos de la ley ya no hay más que esos dos delitos; si hay algo más, son debilidades, faltas, ligerezas ó fragilidades de la naturaleza humana....; ¡bah!...., *peccata minuta*.

Pues bien: el ilustre vástago de la noble familia que rápidamente delineamos, no suele llevar los escrúpulos de su juicio moral más allá de esos límites. Se encuentra la regla hecha como de molde, y no se mete en más honduras. Sin saberlo, pertenece á la secta de los académicos que profesaba en Roma el principio de que nada hay cierto más que las instituciones civiles del Estado, y que á ellas hay que atenerse, como á la única regla de las acciones humanas. Se puede decir de él que traduce á Tácito sin entenderlo.

Ya lo sé: los ojos del vulgo no descubrirán fácilmente en este ser culto, limpio, aristocrático, afable é inofensivo, razonable y sensato, el tipo

esnudo y furibundo del *descamisado*. Las superficies son opuestas; el aspecto, contrario; las apariencias los separan, los alejan como si nada, absolutamente nada, hubiese de común entre ellos. Pero romped el velo casi siempre engañoso de las exterioridades; apartad los accidentes suntuarios que decoran las figuras; dejad aparte la dulzura del semblante y la dureza del rostro; no miréis si la mano es fina, suave ó nerviosa, ó es dura, áspera y calluda; descended al fondo, y hallaréis la misma obscuridad, las mismas soledades, el mismo desierto. Y yo pregunto: ¡Dios mío! ¿En qué se parecen dos abismos? ¿Qué diferencia hay entre la sensualidad hambrienta, ardiente, tempestuosa, y la sensualidad tranquila, refinada y satisfecha?.... Si el uno espanta, el otro desconsuela.

Si aquél es la mano ruda y airada de la devastación social que nos amenaza, éste es la mano indolente y flexible de la desolación moral que nos invade.

Aquél es el reo...., bien; pero he ahí el cómplice.

Tales son las líneas generales del dibujo que me había propuesto trazar, siguiendo los contornos de la figura con toda la suavidad que me ha sido posible.

Tal es, digo, el individuo; otro día veremos el conjunto.

IV.

EL CONJUNTO.

No hay que forjarse risueñas ilusiones acerca de la duración de la vida; porque, échese la cuenta como se quiera, ello es que siempre la encontramos corta. Por avanzada que sea la edad en que la muerte venga á pedirnos el último suspiro, nuestra sorpresa es la misma que experimentaríamos ante la realidad de un suceso inesperado, y entonces se escapan del alma atribulada estas dolorosas exclamaciones: «¡Ya....!» «¡Tan pronto....!» Y como si el paso de la vida por la tierra no fuese tan rápido, la vejez se anticipa, cargada de achaques y de desengaños, ni más ni menos que si quisiera enterrarnos antes de haber muerto.

No hay escape; y claro está que si hubiese un lugar en el mundo donde no se muriera nunca, iríamos allí á pasar el resto de nuestros días; pero ¡qué le hemos de hacer!; no hemos conseguido aún ese ya anunciado descubrimiento, y entretanto no nos queda más recurso que abandonar la vida en el punto y hora en que á la muerte se le antoja despojarnos de ella.

La cuestión, por lo tanto, se nos ofrece en términos bien sencillos:—¿Qué debemos hacer en el transcurso de tan breve plazo?.... La respuesta salta á los ojos: Pasarlo lo mejor posible.

Ante todo, conviene, para la mayor tranquilidad del espíritu, alejar de la imaginación toda idea de tan terrible instante. ¿Á qué aterrarnos con el recuerdo pavoroso de ese fin inevitable?.... Si la muerte ha de llegar en el momento más inesperado...., ¿á qué salirle al encuentro?.... ¿No es posible detenerla?.... No. Pues bien: olvidémosla; porque la combinación que el caso nos presenta es bien terminante; no nos ha de faltar tiempo para morir, y siempre nos falta tiempo para la vida. En ella hay que emplear toda nuestra fuerza, toda nuestra actividad, toda la energía de nuestro ser, mientras que para morir basta cruzarse de brazos, inclinar la cabeza y exhalar el último aliento: la muerte es una de las cosas que nos encontramos hechas.

Es verdad que la vida está llena de inquietudes, de pesares y de dolores; que los mismos afectos que la endulzan la amargan; que las mismas ternuras que la alegran la entristecen; que las mismas pasiones que la embriagan la consumen; que hasta la misma ambición satisfecha no se encuentra nunca contenta. La sabiduría...., ¡cuántos desvelos cuesta!.... La virtud...., ¡qué dolorosos sacrificios impone!.... Los hijos, la familia...., ¡ah! ¡cuántos sobresaltos causan!.... ¡cuántos disgustos ocasionan! La vida así no es vivir; es una agonía larga, una muerte continua.

Sin duda alguna, la filosofía, que forma lo que podemos llamar el espíritu de nuestro siglo, ha

revuelto el mundo de las ideas; la literatura, auxiliar inmediata de esa filosofía, ha alterado el mundo de los sentimientos, y la política, con la espontaneidad de sus agitaciones, ha conmovido los cimientos de la sociedad. No hay que negarles la parte de gloria que les corresponde. Pero la transformación social á que simultáneamente aspiran los esfuerzos de esa filosofía, de esa literatura y de esa política, esto es, la felicidad del hombre sobre la tierra, no se ha realizado en ninguna parte como en las regiones del gran mundo.

Todavía, á pesar de tantos esfuerzos, la vida común, la vida ordinaria, la vida vulgar, continúa llena de angustias, de sobresaltos y de dolores. Aún hay una parte del género humano que no sabe echar á un lado las penas, ó, mejor dicho, echarse el alma á la espalda y hacerse superior lo mismo á las desdichas públicas, que á las desdichas ajenas, que á las propias desdichas. Seres infelices que ignoran, por pura ceguedad del entendimiento ó por mera atasquería de sus corazones, cómo este valle de lágrimas en que hemos nacido puede convertirse en un paraíso de delicias.

Sería una insigne injusticia negarle al gran mundo el distinguido mérito de haber, digámoslo así, proscrito los pesares que de tantos modos nos atormentan en el transcurso de la vida. Semejante al orador de Atenas, después de haber oído las diversas teorías, los distintos métodos y los variados sistemas con que la filosofía, el arte y la política

pretenden salvar á la sociedad del grave peligro de sí misma, se sonríe con exquisita finura, y exclama: «¡Bah!.... Todo eso qne vosotros decís lo hago yo»; y lo hace. Colocado en las alturas de los honores humanos, árbitro de la moda, señor del buen gusto y dictador de las costumbres, quiere servir de ejemplo, y, preciso es reconocerlo, su ejemplo obtiene un éxito fabuloso.

El gran mundo es la alta región en que vive la *buena sociedad*. Bien. ¿Pero qué es la *buena sociedad?* Háganse todas las salvedades que se quieran, réstense de la suma total los nombres que en realidad merezcan ser excluidos, y el conjunto será este: una colección de seres perpetuamente alegres.

Las altas cumbres desde donde saborea las dulzuras de la vida, son, por lo visto, inaccesibles á las inquietudes que nos rodean á los demás mortales; y no es una alegría loca, arrebatada, tempestuosa, sino una alegría pacífica, razonable, sensata.... Alegría sin fuego, felicidad sin entusiasmo, pero continua, constante, imperturbable. Bien puede hundirse la tierra bajo nuestros pies ó desplomarse el cielo sobre nuestras cabezas,—la *buena sociedad* no alterará por eso el orden riguroso de sus grandes recepciones. Es un pedazo de cielo que no se nubla nunca, un horizonte siempre despejado, un sol de permanente primavera que jamás se pone. ¿Qué tiene ella que ver con el resto del mundo?....

Sabemos que la inercia es la cualidad absoluta

de la materia, y que la atracción es la ley suprema de los cuerpos. En ambas averiguaciones fundan los sabios la marcha ordenada y majestuosa del universo. Pues bien: la *buena sociedad* es una masa viva, un conjunto de materia sumamente *espiritual,* que, puesta en movimiento por la fuerza de una atracción poderosa, se mueve sin descanso. Semejante á una mariposa inmensa, matizada de esplendorosos colores, vuela con sus alas de encaje y oro alrededor de la luz que la deslumbra, la ciega y la atrae: la luz de la moda, siempre variable, siempre inconstante y siempre bella.

Su cualidad absoluta viene á ser la inercia, esto es, la ociosidad, el *dolce far niente,* esa deliciosa pereza del alma y del cuerpo que nos pone á cubierto del cansancio de la vida. A la vez la moda, más movible, más inquieta que las olas del mar y las ondas del aire, es su ley suprema, el gran viento que la conmueve, la agita y la lanza en los espacios sin término del lujo.

Realmente su estado no es el movimiento, sino la movilidad: va y viene, entra y sale, sube y baja,—sus coches son los que más corren, sus trenes los que más brillan, sus fiestas las que más suenan.... La veréis en todas partes ligera, afable, risueña, voluptuosa.... Si observáis la precipitación con que sus fugitivas carretelas cruzan las calles y los paseos, creeréis que no tiene tiempo para nada; mas si advertís el indolente abandono con que aparece reclinada sobre el mullido respaldo del coche,

os persuadiréis de que le sobra tiempo para todo. ¿Adónde va?.... A todas las fiestas, á todos los espectáculos, á todos los desvanecimientos en que pueda encontrarse; va en busca de sí propia; pues, como las estatuas griegas de los grandes maestros, parece que sólo puede vivir embebida en la contemplación de sí misma.

Dondequiera que va, va á verse, á exhibirse, á contemplarse delante del mundo subalterno que la sigue, la rodea y la imita: está lo mismo que delante de un espejo; sea dondequiera que mire, no ve más que su imagen.

Verdaderamente, no se le puede acusar de hacer un uso exclusivo de su distinción; al contrario, se halla siempre dispuesta á distinguir con su admiración el valor de toda novedad que, sea del modo que quiera, haga algún ruido en el mundo. ¡Oh! sí; le agrada el talento, le encanta la destreza, adora la fortuna; en una palabra: tiende muy gustosamente su mano á todo lo que sobresale...., para todo éxito tiene su sonrisa, y, ¡Dios mío!...., qué sonrisa tan encantadora...., tan perpetua; todo lo celebra. Sólo impone dos condiciones, que se relacionan entre sí inevitablemente, que su admiración ha de ser fugitiva, y que el objeto á que conceda los honores de su amable benevolencia ha de estar en moda. No es excesivamente escrupulosa en punto á la índole de las novedades que admira, porque sus miradas no tienen, por lo común, tiempo para penetrar en el fondo de las cosas. La ameni-

dad de su carácter la obliga á pasar rápidamente de un objeto á otro; intentar detenerla, equivaldría á querer sujetar el aire que vuela, la luz que se escapa, el perfume que se evapora. Una hazaña, un libro, un lazo, un dije...., todo lo admira. Un sabio, un poeta, un intrigante, un aventurero...., un.... Vamos, á todos los admite.... Si en el fondo hay una perversidad, una traición, un oprobio, eso no lo ve; sus ojos no tienen tiempo para verlo. Ella no pide más que superficies, exterioridades, perspectivas, y, sobre todo, novedad...., novedad continua, porque la novedad es su elemento.

Convertir la tristeza en alegría y el pesar en contento, es, sin duda alguna, poseer un secreto prodigioso. Pues bien: he aquí que una calamidad nos sorprende, que una catástrofe nos aterra. ¿Qué hacemos? ¿entristecernos? ¿desconsolarnos?.... ¿Acudir con las lágrimas en los ojos, la pena en el alma y el dinero en las manos á socorrer la desgracia que nos llama?.... ¡Ah! eso es vulgar, ramplón, *cursi;* eso lo hace cualquiera. Lo vaporoso, lo exquisito, lo *filantrópico*, es contestar á la calamidad con un gran baile....; salir al paso de la catástrofe con un magnífico concierto; echar sobre la tristeza el fastuoso manto de nuestra alegría, y contener el estrago con el ruido de una fiesta. Allí acudirán las gentes distinguidas que forman el gran mundo; cada uno llevará el óbolo de su amor al género humano, y algo ha de quedar para so-

correr á las víctimas de la calamidad ó de la catástrofe. ¿Qué más podemos pedirle?....

Si hubiera premios para la compasión, nadie podría disputarles el derecho de adquirirlos. Cada billete de esas fiestas atestiguaría el valor auténtico de la caridad más divertida del mundo. Abrid, abrid exposiciones universales de generosos y espléndidos sentimientos, y decidme si sería posible negarles á lo menos la mención honorífica.

No es esta, ¡oh *buena sociedad!*, la primera vez que dedico mis ociosas, mis excéntricas reflexiones á considerar todo el mérito que se encierra en esos rasgos con que suelen distinguirse las bondades de tu corazón y los esplendores de tu fausto. Yo adularía tus preciosas debilidades, y quemaría ante el altar de tu lujo el incienso de la lisonja; pero, ¡infeliz de mí!, no puedo. Castiga con todos tus desdenes la audacia de mi sinceridad, y, al ver la fidelidad con que te pinto en el cristal de mis palabras, prorrumpe enojada: «¡Oh....; ese espejo está loco!»

¿No lo sabes?.... La razón es una excentricidad, y la verdad una extravagancia. Los mismos que lisonjean la frivolidad de tus vanidades piensan lo mismo que yo pienso; pero no me perdonan la osadía, esto es, la nobleza de decírtelo cara á cara. Al poner mis manos profanas en tu ser, por lo visto inviolable, yo no tengo perdón ni de Dios ni de los hombres. ¿Qué hemos de hacerle? Tú, que á tantos conoces, ¿no te conocerás á ti misma?....

Sepárate por un instante de los fatuos desvanecimientos en que te evaporas; busca tu corazón, y ¡dichosa si lo encuentras!

Sea como quiera, ella es la que alegra la vida, la que llena el aire de flores, de lazos, de cintas, de ondas de seda y de ondas de encaje, de miradas y de sonrisas. Por la virtud especial de una alquimia maravillosa que nadie posee como ella, todo lo convierte en fiesta. En los paseos, en los teatros, en las calles y en los salones, en ninguna parte es espectadora, y en todas es espectáculo; su presencia es un encanto, y su ejemplo un incentivo.

Suprimid las enfermedades que afean, los años que envejecen y la muerte que aniquila, y ahí tenéis el *bello ideal* de la felicidad humana. El fastidio, esa es la única pena; pero pena que no se anuncia con suspiros, ni prorrumpe en sollozos, ni se deshace en lágrimas; sólo se manifiesta dulcemente en bostezos. La boca se entreabre lentamente hasta fomar una O, y quiere decir: ¡Oh qué aburrimiento!

Por la atmósfera donde respira las continuas satisfacciones de su vanidad cruzan como ráfagas eléctricas las más curiosas historias, los dichos más agudos y las frases más felices: allí todo se sabe, todo se averigua...., y...., vamos, todo se cuenta.

Y bien, dirán aquellos á quienes les gusta penetrar en el secreto de todas las cosas; esa es la parte exterior de la vida que todos conocemos, la

pared que da á la calle. Detrás de esa superficie, ¿no hay nada?.... Al otro lado de esa pared, ¿qué es lo que se oculta? ¿No hay vida íntima?.... ¿Qué nos cuenta V. de los cuidados de la familia, de las tareas caseras, de los afanes domésticos?.... ¡Oh qué curiosidad tan impertinente! La vida íntima es la común, la vida vulgar, la vida ordinaria, esto es, la prosa de la vida. ¡Bah!....; no hay tiempo para eso. Además, encerrarse en el último rincón de la casa es obscurecerse, eclipsarse, y fuera del salón donde se recibe, del comedor donde se prodiga el placer de la mesa, del tocador donde se perfeccionan los encantos de la belleza, del gabinete, en fin, verde como la primavera, ó azul como el cielo, sonrosado como la aurora, ó blanco como las alas del cisne, donde se recrea el espíritu con la amenidad de las más entretenidas murmuraciones; el resto de la casa es un desierto.... ¡Qué soledad!.... ¡Qué tristeza!....

Los cuidados de la familia, las tareas caseras, los afanes domésticos, allí están sin duda desvanecidos, ocultos entre la sombra que flota en los últimos términos del cuadro. No puede consagrar sus desvelos, como el vulgo de las gentes, á esas menudas pequeñeces. Es verdad que Isabel la Católica solía con caprichosa frecuencia componer la ropa blanca de su marido, como la más humilde mujer del pueblo; pero tan mal gusto no debe servir de regla. Además, en las regiones del gran mundo hay también manos delicadas que suelen

alguna vez bordar con primoroso arte las preciosas divisas con que se engalanan en las grandes corridas los toros más bravos. Los demás quehaceres de la casa, los demás cuidados de la familia, son cosas que la *buena sociedad* se encuentra hechas. Porque, vamos á cuentas: el aya, la nodriza, el mayordomo, el ama de llaves, la doncella, el repostero.... ¿de qué sirven?....

Reconozcámoslo: la *buena sociedad* es la que ha resuelto el gran problema de la vida.... Ella es en sí misma el movimiento continuo que la ciencia busca inútilmente; es la cuadratura del círculo de la felicidad humana. Ha sabido desprenderse de todos los sinsabores que nos afligen en la tierra; y rompiendo las tradiciones de nuestra universal desgracia, se ha constituido en ejemplar constante de dicha permanente. Si queréis, cada uno de los dichosos seres que la componen será el más desventurado de los hombres ó la más infeliz de las mujeres. Es posible, y no seré yo el que pretenda negarlo; pero el conjunto, la reunión de todos forma esa atmósfera risueña y luminosa que se respira en sus altas regiones.

Vedla, y decidme si es posible no envidiarla. Del salón á la mesa, de la mesa al coche, del coche al palco; en su almanaque todos son días de fiesta. Las penas huyen de ella como huye la noche del día, y la tristeza se desvanece ante su presencia como se desvanecen las nubes delante del sol. Ve caer los tronos, hundirse las majestades de la tie-

rra, agitarse el mundo en dolorosas convulsiones, con una imperturbabilidad verdaderamente heroica.... Nada hay que turbe las delicias de su vida; de más lejos ó de más cerca, siempre es la corte que sigue á todos los éxitos. Ha encontrado la felicidad, y no hay manera de que la suelte.... ¡Felicidad!.... Entendámonos: la pueril satisfacción de pequeñas vanidades, el efecto de las grandes recepciones, el éxito de los trenes, el brillo del fausto, el placer muchas veces amargo del amor propio satisfecho.... : he ahí el secreto de toda su dicha.... Para lo demás, ¡qué delicado egoismo!.... ¡qué desdén tan exquisito!.... ¡qué soberana indiferencia!....

Si no fuese el mundo el teatro donde brilla su fausto, donde resuena el ruido incesante de sus fiestas, donde contemplamos el risueño espectáculo de su continua presencia...., podría creerse que no vive en el mundo.

Reduciéndola á un breve resumen, en que esté íntegramente contenida, podemos presentarla de esta manera:

Su ley es la *moda*.
Su gloria el *lujo*.
Su pasión la *toilette*.
Su manía el *sprit*.
Su delicia el *comfort*.
Su cronista *Pedro Fernández*.

V.

PEDRO FERNÁNDEZ.

En Septiembre del año 1860 falleció en París la duquesa de Alba, y aunque el mundo no ha sido nunca muy propenso á derramar lágrimas, la muerte de tan ilustre señora fué generalmente sentida. Además del rango en que había nacido, las prendas que la adornaban merecían este homenaje del mundo, y el mundo tributó á su memoria un justo sentimiento.

Es indispensable evocar este triste recuerdo, para que el lector comprenda bien los rasgos de la *Fisonomía* que va á ver en el presente capítulo, porque hace diez y seis años que la bosquejó mi pluma, y ya, ¡quién se acuerda de ella!

Pedro Fernández era á la sazón el cronista de los salones, el eco de sus gracias, de sus encantos, de su gloria; su alegría, su *sprit;* era, como si dijéramos, las niñas de sus ojos. ¡Friolera!: el intérprete fiel encargado de esparcir por el mundo el *fac simile* de sus fiestas, de sus faustos, ¡Dios mío!, de su bella vida y de sus exquisitas costumbres. Era, en fin, el vidrio del espejo en que la *buena sociedad* se veía semanalmente retratada en las columnas de los periódicos.

Pero, ya se ve, no puede ser todo alegría sobre la tierra, y la noticia del triste acontecimiento que

acabo de recordar, vino á obscurecer por algunos días el cielo siempre risueño del gran mundo, y aquí de *Pedro Fernández*. Lo fúnebre del caso reclamaba una *Elegía*, y el cronista, elevándose sobre la prosa de la muerte, cantó, si puedo decirlo así, todas las vanas pompas de la vida. Buscó perfumes para sus suspiros en los aparadores de *Fortis;* los anaqueles de las joyerías le proporcionaron perlas para sus lágrimas, y lloró hilo á hilo sobre el cadáver torrentes de blondas de sedas y de encajes. Aquella prendería apareció á mis ojos más pavorosa que el mismo Oficio de difuntos.

El genio de los salones, por un prodigioso esfuerzo de *toilette*, hizo salir de la sepultura, en que todo acaba, las fastuosas vanidades del mundo, en que parece que todo empieza.

¡Qué hondo encontré aquel conjunto de superficialidades! Tan hondo como una sepultura.

Veía cerrarse un sepulcro y abrirse otro: se cerraba el sepulcro en que iban á desaparecer para siempre de la superficie de la tierra los restos mortales de una dama ilustre, y veía al mismo tiempo abrirse en las soledades de una cruel necrología el sepulcro del alma de *Pedro Fernández*.

Entonces cogí la pluma, y tracé los rasgos verdaderos que forman la siguiente *Fisonomía:*

«Hace lo menos una hora que me siento oprimido por el peso de una extraña perplejidad.

No sé si debo entregarme á la risa que siento

retozar en la superficie de mi pensamiento, ó si, por el contrario, debo afligirme con la tristeza que descubro en el fondo de mis ideas.

Para llegar á la difícil situación en que me encuentro, he tenido que atravesar los largos períodos de un artículo necrológico, cortado y cosido con arreglo á las prescripciones del último figurín.

Vacilo sin poderlo remediar entre las voluptuosas sensaciones que se escapan de un tocador entreabierto á mis ojos por la indiscreta mano del peluquero ó de la doncella, y las graves reflexiones que hieren mi espíritu ante la tierra removida de una sepultura que acaba de cerrarse.

Yo no sé si debo reirme de las caprichosas extravagancias de la moda, ó si debo doblar mi cabeza triste y pensativa ante los pliegues fríos de una mortaja.

Porque hay quien ha tenido el exquisito gusto de mezclar y confundir todos los insubstanciales atavíos de una mujer elegante con los restos inanimados de una dama que ha dejado de vivir.

No sé qué determinación tomar, entre la vida y la muerte, entre un baile y un cementerio, entre las lisonjas de la frívola galantería y las notas graves del *De profundis*. Estoy textualmente entre la espada y la pared.

Si me río, voy á profanar la santidad de un cadáver; y si me dejo arrastrar por los impulsos de la tristeza, voy á arrugar la tersa superficie de

un vestido que acaba de salir de las manos de la modista.

Hay cosas que, como las cosquillas, disfrutan del doble privilegio de hacer llorar y reir á un mismo tiempo.

He aquí una idea que participa á la vez de entrambas cualidades.

He aquí un pensamiento triste y serio, que ha de despertar necesariamente la risa en cuantos lo lean.

Vedle aquí:

Ha llegado el caso de que las personas notables por alguna circunstancia, mediten mucho lo que van á hacer antes de decidirse á morir.

Conviene no partir de ligero en un asunto que puede servir de pretexto á la incansable locuacidad de alguna pluma más ó menos cándida.

Detrás de la muerte, por seria que sea, puede estar hasta el ridículo.

Porque la vida que se deja con el último suspiro, parece que es patrimonio del primero que lo necesita para continuar viviendo.

Medítese bien este obscuro y terrible contrasentido.

Después de muertos, hay quien puede servirse de nuestra misma muerte; y el que se decida al fin á abandonar el mundo para siempre, debe ocultarlo en secreto impenetrable, si no quiere ver su vida colgada como un cuadro en una exposición de pinturas.

¡Ah, *Pedro Fernández!* Si yo tuviera la indiscreción de morirme, ¡qué poco había de encontrar tu solícita pluma en las soledades de mi guardarropa!

Para entristecerte de veras ante la idea de mi muerte, debo decirte que yo no tengo tocador.

Y vosotras, brillantes bellezas, que habéis doblado la vida con la mayor frescura por la escondida articulación de los treinta años, hacéis muy bien en seguir viviendo en esa obstinada juventud.

El día que hagáis el último gesto, *Pedro Fernández* perfumará las columnas de algún periódico con la esencia maravillosa de vuestros excelentes cosméticos.

Mojará su pluma afable en un bote de *bandolina,* y el mundo sabrá, por el valor de los aderezos, la riqueza de los vestidos y el gusto de los adornos, la pérdida que tiene que llorar.

Si es que habéis hecho ánimo de morir alguna vez, conservad cuidadosamente vuestras faldas de encaje, vuestras sartas de perlas y vuestras gorras de dormir, para que *Pedro Fernández* pueda legar vuestra memoria á la posteridad.

Las bellas acciones, los sentimientos puros, las virtudes domésticas, ocultadlas en el fondo de vuestros corazones, como se oculta una cana impertinente ó una arruga indiscreta. Lo que debéis abrir en el momento triste de cerrar los ojos para siempre, son los dorados cajones de vuestras có-

modas, los ricos vasos de vuestros perfumes y las anchas puertas de vuestras caballerizas.

A vuestra última carretela acudirá el sentimiento de vuestra muerte á buscar el dolor y la tristeza.

Y en rigor, ¿qué cosa es morir? ¿Es más que un viaje al otro mundo?

¿Por qué no se ha de despedir á una dama joven, hermosa y elegante que emprende esta repentina peregrinación, de la misma manera que se la despediría para Wiesbaden, París ó San Petersburgo?

Reflexionemos formalmente sobre este acto indispensable de la vida.

¡Morir! El padre, el esposo, los hijos, los parientes y los amigos rodean con tierna avidez el lecho del moribundo, porque quieren recoger su último suspiro.

Esto es natural.

El afecto de otros se manifiesta de un más exquisito modo.

En vez de recoger el último suspiro del moribundo, recogen sus últimos vestidos y sus últimos adornos.

Esto es también natural.

La madre repasa una á una las bellas prendas del corazón de la hija que acaba de perder.

Esto es cierto.

La modista enumera sus trajes.

Esto es matemático.

Cada uno ve las cosas por el lado que se le presentan.

Esto es inevitable.

Un cadáver no es para todos una misma cosa.

Al revolver las cenizas de una sepultura, no todos encuentran huesos carcomidos: hay quien tropieza con el recuerdo de un alma noble ó con la historia de una virtud humilde, y *hay* quien no encuentra más que el fausto de la vida, la gloria de los encajes y la inmortalidad de los perfumes.

Este último *ay* es el de Pedro Fernández.

Ignoro yo qué es lo que puede pasar en el corazón y en la inteligencia para que lleguen á confundirse, de la manera que hoy estoy viendo, las fatuidades de la vida con la santa tristeza de la muerte.

¡Cuánto dolor hubiera experimentado la noble señora, cuya muerte todos sentimos, si hubiera podido leer en los momentos de su agonía el artículo necrológico de *Pedro Fernández!*

La inocencia tiene á veces horribles crueldades.

Se necesita un esfuerzo supremo para hacer de una necrología un artículo de modas.

No sé qué género de literatura ó qué clase de sentimientos hacen escribir un artículo necrológico, en el cual sólo la tinta está de luto.

Jóvenes humildes, á quienes la naturaleza no ha hecho hermosas, ni la fortuna ricas, no envidiéis ni la riqueza ni la hermosura, porque la que ha nacido bella y opulenta tiene detrás de sí en estos tiempos una desgracia implacable, que no la perdona ni aun después de muerta.

Esta desgracia se llama *Pedro Fernández*.

Concluyamos.

¿Sabéis lo que es la sepultura de una mujer joven, hermosa y elegante?

Es un pedazo de tierra, sobre el cual viene la religión y pone una cruz.

Viene el cariño, y deposita una lágrima.

Viene el respeto, y escribe:

«Aquí yacen los restos mortales de doña Fulana de Tal.»

Viene *Pedro Fernández*, y lo cubre con un *miriñaque*.

Un artículo necrológico escrito con la pluma de un sombrero, es una novedad que *Pedro Fernández* tenía guardada en el último rincón de su literatura.

También la muerte tiene su antesala.»

LA GRAN CIENCIA

I.

¿ES CIENCIA?

Vamos á descubrir por un momento la nebulosa fisonomía de la ciencia que hoy ilumina las regiones del mundo civilizado. No hay que asustarse; seré breve.

Buscar el principio de los conocimientos, la regla de los juicios y el fundamento de los deberes del hombre, es el objeto de la filosofía. Así es «que no se muestra con los caracteres esenciales que la constituyen sino cuando ha fijado los principios fundamentales de los conocimientos humanos. Hasta entonces, incompleta, incierta, no sale del rango de las simples opiniones. Luego que ha encontrado estos principios que han de servirle de piedra angular, es cuando se constituye en verdadera ciencia». De ese modo se expresa un filósofo

racionalista en un momento verdaderamente razonable.

A mí me ocurre preguntar: El variado conjunto de doctrinas y de sectas de que se compone la filosofía que llamamos moderna, ¿tiene derecho para aplicarse el dictado de ciencia?.... Es decir: ¿ha fijado los principios fundamentales de los conocimientos humanos? Veamos.

Esta *ciencia* inquisitiva, escudriñadora, ¿qué ha averiguado acerca de Dios? Esta misma filosofía moderna, vieja ya en tiempo de Cicerón, le hacía exclamar al padre de la elocuencia latina: «Entre las diversas cuestiones entabladas por los filósofos, sin haber podido resolverlas, una es la cuestión de *la naturaleza de los dioses*. Sobre este grande objeto han emitido los sabios tantas y tan contradictorias opiniones, que por este solo hecho está uno autorizado para pensar que el principio de toda filosofía es la necedad». Y no se detiene aquí la ingenua desesperación del filósofo pagano; pues, reconociendo la impotencia de la razón abandonada á sí misma, añade: «En presencia de tanta obscuridad, de tantas opiniones contrarias de parte de los hombres más grandes, yo me veo obligado á atenerme á este principio: que el hombre no puede comprender nada, ni estar cierto de nada».

Pues bien: aquella misma filosofía, cuyo sistema consiste en no creer en ninguna autoridad y no ceder sino á las razones que después de haber reflexionado parezcan mejores á cada uno, es la

que, pasando por el método experimental de Bacon, abre paso de nuevo al materialismo de Epicuro; la misma que, renaciendo en la duda metódica de Descartes, resucita el escepticismo de Platón; la misma, en fin, que, vivificándose en el método de demostración de Leibnitz, despierta en los entendimientos el racionalismo de Zenón. Esa misma es la que, desenvolviéndose después en el sensualismo de Locke, en el escepticismo de Hume, en el idealismo de Burkeley y en la razón pura de Kant, ha cubierto el mundo intelectual de pavorosas tinieblas, y al conjunto de esas eternas obscuridades es á lo que llamamos filosofía moderna.

Yo vuelvo á preguntar: ¿Esta ciencia es ciencia?

II.

DIOS.

Y bien: después del concurso sucesivo de tantas y tan poderosas inteligencias; después de tanto tiempo, de tanto estudio, de tanta sabiduría, ¿qué ha averiguado de cierto acerca de *la naturaleza de los dioses?*.... ¿A cómo estamos hoy día de la fecha acerca del *grande* objeto de la primera causa?....

¡Oh inagotable juventud de la ciencia!....; estamos en el principio. La misma obscuridad, la misma confusión, la misma variedad de opiniones encontradas.

Dios es todo, ó no lo es nadie, ó lo es cualquie-

ra.... ¿No os satisface ninguna de esas tres averiguaciones?.... No importa; hay otras: Dios es una hipótesis; ¿no?.... Dios es una palabra. Si esto os parece demasiado vago, demasiado obscuro, la ciencia *positiva* os dará más pormenores: Dios es el *gran ser*, y ese *gran ser* es.... la *Humanidad*. Acaso tengáis esta averiguación por un poco arbitraria; mas no hay que afligirse, porque la ciencia moderna va á pronunciar su última palabra. Basta ya de vacilaciones, de medias tintas, de vaguedades; la cúpula del edificio de la impiedad debe ser la blasfemia...., la blasfemia científica...., *Dios es el mal*.

Acerca de este punto, la filosofía moderna no ha salido del caos en que vivió la filosofía antigua....; sus investigaciones no han sido más afortunadas. De cualquier modo, toda la variedad de sectas en que se divide desde Epicuro á Carl Vogt, vienen á unirse en un fin común: el ateismo. La proscripción de Dios decretada por el hombre: Dios sustituido en la filosofía por la razón libre, en la ciencia por la naturaleza, en la moral por la ciencia independiente, en la historia por la fatalidad, en la sociedad por el socialismo. La *primera causa* es un misterio impenetrable, y he aquí que le falta el primer *fundamento de los conocimientos humanos;* mas no se detiene, y deifica á la razón que tanto yerra, á la naturaleza que se ignora á sí misma, á la conciencia que tan fácilmente se turba, á la fatalidad que es ciega...., al socialismo que es

la negación de la sociedad; y sin más ni menos, con una expedición admirable y con una audacia increíble, construye á su gusto un género humano, digámoslo así, científico, sin origen, sin libertad, sin responsabilidad, sin moral, sin providencia y sin justicia.

¡Dios!.... ¿Qué necesidad hay de semejante cosa?.... Se empeña el género humano en que lo ve, en que lo siente, en que posee la tradición cierta de su existencia; se empeña en confirmarlo el consentimiento universal de todos los tiempos, de todos los pueblos, de todas las generaciones.... Quimera vana, quimera que urge disipar. La ciencia libre no puede someterse á esa manía del género humano. No basta suprimirlo en nombre de la razón, de la naturaleza, de la conciencia, de la fatalidad; es preciso además infamarlo.

Y en presencia de tanta obscuridad, de tanta confusión, de tantas y tan contradictorias opiniones, y de tanta audacia, me creo también autorizado á decir que el principio de toda esa filosofía es la necedad. Imaginaos un hombre que, perdido en la confusión de las calles de una gran ciudad, busca á su padre, y en atención á que no lo encuentra, se declara sencillamente hijo de sí mismo. No hace otra cosa la filosofía moderna en la investigación de la primera causa.

III.

EL HOMBRE.

Y del hombre, ser independiente, limitado, mortal, ¿qué es lo que piensa?.... ¿Qué han inquirido los filósofos modernos del *bipedo implume* de Platón ó de las hermosas bestias de la piara de Epicuro?.... ¡El hombre!.... ¡Ah! ¡aquí sí que ha hecho averiguaciones la filosofía!.... Por una parte es la *apoteosis de la humanidad*....; por otra, el *Yo absoluto*. Algo más jurídicamente considerado, viene á ser el *dominis de su personalidad*. Visto de arriba abajo, no ofrece otro aspecto que el de la *necesidad de su ser*. Yo, que tengo la certidumbre de que he nacido y la evidencia de que he de morir, no encuentro en mi flaqueza, en mi debilidad, en mi humillación, nada que se parezca á una apoteosis. Yo, infeliz criatura, en quien todo es contingente, limitado, relativo, no veo en mi ser ningún yo absoluto. Yo, que no me he concedido la vida, ni puedo evadirme de la muerte, que vivo sujeto á las leyes de la naturaleza y á las de la sociedad, que no sé por mí sólo dominarme ni poseerme...., ¿qué especie de dominio es el de mi personalidad?....

Pero no; nada de eso: yo soy la *necesidad de mi ser*. ¡Estupenda averiguación! ¡Yo me soy necesario á mí mismo, ó, lo que es igual, mi ser ne-

cesita de mí para que yo sea yo! Ó bien es, que yo tenía necesidad de ser. ¿Cuándo? ¿antes de haber sido?.... Juro formalmente que no recuerdo haber experimentado en esa época semejante necesidad. ¿Después de haber nacido? ¡Ah!; es evidente; yo no puedo vivir sin mí; no puedo existir más que conmigo.

Todavía, sin embargo, no es ese el hombre. Por esas esplendorosas designaciones podréis concebir una idea aproximada, un indicio vehemente, pero que todavía no es la idea definitiva. La ciencia, al fin, lo ha sorprendido en un momento de abandono, y ha penetrado en el hondo secreto de su existencia.... Ya no tiene escape; su tenaz reserva ha sido inútil; está resuelto el problema, descifrado el enigma. La esfinge de la filosofía va á disipar las obscuridades del misterio: oid al oráculo.... ¡Bah!: el hombre *es un ser indefinido.*

¿No lo entendéis?.... Es un ser ignorado; un extranjero que llega de un país desconocido. ¡Qué capricho!.... Viaja de riguroso incógnito; ni él mismo se conoce. No le preguntéis qué es, porque no lo sabe. ¿Y no habrá por el mundo algún filósofo que me presente á mí mismo para que tenga yo al menos el gusto de tratarme?.... Sí, aquí está Vogt, Vogt y toda su numerosa escuela; Vogt, que da *lecciones sobre el hombre.* Todo el misterio se encuentra reducido á una simple cuestión de genealogía.... Este filósofo ha penetrado en el secreto originario de la familia. Ya no hay duda acerca de ello; la

luz está hecha, y vamos á vernos con toda la claridad de la ciencia. Sí, no hay que darle más vueltas. ¡Oh secretos inescrutables de la naturaleza!.... El hombre *es el mono perfeccionado.*

Vosotras, gentes sencillas, que acudís al *Retiro* y penetráis llenas de curiosidad en la *Casa de fieras,* y os desternilláis de risa alrededor de la gran jaula donde saltan en continua inquietud tantos monos prisioneros, no os moféis de sus contorsiones, no os burléis de sus muecas, porque la naturaleza no os ha dispensado todavía de los deberes que impone el respeto de los hijos á los padres. Esos cuadrumanos que escarnecéis con disculpable ignorancia, son nuestros ascendientes, nuestros abuelos; á ellos les debemos el ser, la vida, la inteligencia; ellos forman el tronco permanente del árbol genealógico de que nosotros somos las ramas.

Si la naturaleza en un momento de mal humor rompió el molde en que perfeccionó al mono haciéndole hombre, sería sin duda con el fin de perpetuar la especie originaria de la familia humana, para que el mono mismo sea á los ojos de la ciencia el testimonio vivo, auténtico de nuestro origen.

Y he ahí cómo hemos venido á ser contemporáneos de nuestra más lejana ascendencia.

IV.

RESUMEN.

Tenemos, pues, respecto á Dios, todas las tinieblas de la filosofía pagana y todas las blasfemias de la filosofía moderna; las sombras del paganismo y las ceguedades de la impiedad. Respecto del hombre, la misma obscuridad, la misma ignorancia, la misma degradación, las mismas extravagancias. Reduciendo á términos precisos la varia doctrina de la razón libre, venimos á caer en estas dos conclusiones filosóficas:

Dios es una simple quimera.

El hombre es una mera casualidad.

Ciertamente que no han de satisfacernos tan pasmosas averiguaciones, porque, por mucho que reduzcan nuestro entendimiento las voluptuosidades del *idealismo*, ó embriaguen nuestros sentidos los deleites del *materialismo*, siempre se levantará del fondo de nuestro ser una voz profunda, íntima, que clamará diciendo: «¡Mentira!.... ¡Ignominia!....» Pero esa voz misteriosa es una voz empírica; no es la voz de la ciencia independiente, de la filosofía libre; y mientras el mundo ignorante cree, ama y espera, la sabiduría moderna, á título de ciencia, enseñará á los hombres la incredulidad, la desesperación y el odio.

Pero bien; no siendo Dios Dios, ni el hombre

hombre, ¿qué se ha descubierto acerca del alma humana?.... ¿Qué hemos de hacernos de ella?....

Tan curiosas son las investigaciones de la filorofía de que hablamos respecto á este punto, que bien merecen el honor de un capítulo aparte.

Por lo que á mi hace, esta tarea me cansa, me angustia, me aflige, y dejo la pluma, embargado el ánimo por el desconsuelo y la tristeza.

V.

EL ALMA.

Hay una palabra que se pronuncia en todas las lenguas, que tiene su expresión en todos los idiomas, una voz que está siempre en la boca del hombre, que viene de una época remota, repetida de siglo en siglo, de generación en generación, de pueblo en pueblo: *Alma*. ¿Qué es eso? ¿Cuál es su sentido? ¿Qué significa?.... Yo quisiera saber qué cosa es esta que hay dentro de mí, que no me deja ni un instante de reposo, que me descubre mundos que mis ojos no ven, que me angustia con dolores, y me recrea con delicias que mi cuerpo no siente, que me saca fuera de mí mismo iluminando á mi alrededor horizontes ignorados, y me enseña á descubrir secretos impenetrables á mis sentidos.

Preguntamos á la sabiduría pagana.

¿Es el fuego de Zenón? ¿Es el movimiento con-

tinuo de las fibras del cuerpo, imaginado por Aristóteles y por Aristóxenes? ¿Es el número de Xenócrates y de Pitágoras? ¿Son las tres almas de Platón?.... La filosofía pagana no acertó á salir de esas sabias extravagancias. Oigamos ahora á la ciencia moderna.

El alma viene á ser *una porción del cerebro.*

Error.... error profundo. Nada de eso; en vez de una porción del cerebro, es sencillamente *la sangre,* la sangre que sube y baja, que entra y sale, que va y viene, que no para ni un momento mientras dura la vida.

Pero no nos alucinemos.... ¡La sangre! No hay tal cosa.... Ahora sí que la hemos cogido: Es *la armonía preestablecida*.... ¡Qué duda cabe! *Armonía:* ¡qué bella palabra!; *preestablecida:* ¡qué rigor filosófico!

Mas discurramos con calma; no hay para qué precipitarse, porque la filosofía no tiene prisa. Agotemos los recursos del raciocinio; puede muy bien ser otra cosa, y no debemos apresurarnos.... ¡Quién sabe! ¿Por qué no ha de ser, por ejemplo, el resultado de *las causas ocasionales,* ó un fenómeno de *la influencia física*, ó si no la simple *perfección del organismo corporal?* ¡Qué duende tan misterioso!.... ¡qué substancia tan rebelde! ¡qué fácilmente se escapa del alambique de la razón soberana!.... Mas acaso en el resumen de todas esas opiniones filosóficas encontremos algún vestigio del alma humana.

Prestemos por un momento oído á las conclusiones de la escuela de Moleschott :

« La voluntad es la expresión necesaria de un estado del cerebro , producida por influencias exteriores ; no hay voluntad libre.»

«Un crimen es el resultado lógico, directo é inevitable de la pasión que anima.»

«Sin fósforo, no hay pensamiento.»

« La conciencia es también una propiedad de la materia.»

Conclusión definitiva : No hay tal alma.

Jouffroy , más tímido , aplaza la cuestión para más adelante, en atención á que «la humanidad no está todavía bastante madura para tratar la cuestión del alma».

Perfectamente: pero ¿qué hacemos entretanto?.... ¡Justicia Divina, con qué claridad resplandeces hasta en la tenebrosa ciencia de los impíos!

Sus espantosas negaciones son el testimonio más auténtico de tu eternidad y de tu gloria.

VI.

CRITERIO DE VERDAD.

¿Y cuál es el criterio de verdad que ha encontrado esa filosofía en el curso sucesivo de sus investigaciones metafísicas?.... No es en este punto menos incierta y menos obscura.

Para Varrón no había nada cierto fuera de las

instituciones políticas ó civiles del país; para Cicerón todo era dudoso, fuera de las creencias religiosas de cada pueblo, y Carneades, en fin, sólo veía en el consentimiento universal el fundamento único de toda certidumbre. La antigüedad pagana de Grecia y de Roma dió con esas tres maneras principales para distinguir lo cierto de lo dudoso, lo verdadero de lo falso; pero la edad moderna, más fecunda en recursos, ha puesto á nuestro arbitrio una verdadera serie, una generación completa de criterios.

La experiencia.

La razón suficiente.

El instinto.

El hábito.

El sentido moral.

El sentido natural.

El sentido común.

El sentido interno.

La sociabilidad.

La identidad.

El principio de contradicción.

No podrá decirse que no nos ha dotado de modos bastantes para saber la verdad. ¡Cuánto criterio!.... ¡Cuánta piedra de toque!.... y, sin embargo, no encuentra por ninguna parte el oro precioso de la certidumbre. En presencia de tanta confusión, de tantos pareceres, de tantas opiniones, será preciso retroceder muchos siglos, y, desesperados de nuestra propia impotencia, exclamar con los dos filósofos más grandes de la antigüedad: «No

se debe admitir como verdadero más que aquello que á cada uno le parezca verdadero, consultando á la naturaleza»; ó bien: «Como no es posible obtener certidumbres, nos detenemos en las probabilidades». Así, la razón, abandonada á sí misma, cae de las cumbres de la falsa sabiduría en los abismos de la verdadera ignorancia. ¡Cuán triste es el destino de esa ciencia infausta! Siempre la duda, siempre la incertidumbre; es á la vez el suplicio de Tántalo y el castigo de Ícaro; como las tempestades, lleva delante la obscuridad y deja en pos de sí los desastres.

Todo lo quiere inquirir, y acaba siempre por negarlo todo; niega á Dios, niega el alma, niega al hombre: negando á Dios, niega toda justicia y toda providencia; negando el alma, niega toda moral; negando al hombre, niega la sociedad misma. Reduciendo las ideas á meras sensaciones, niega también las ideas. Como la filosofía del paganismo, desconoce el *supremo bien*, lo ignora; y, como ella, lo busca en la ciencia, en la riqueza, en la apatía, en la indiferencia, en la ausencia de todos los dolores, en la posesión de todos los placeres, en los goces del espíritu ó en los goces del cuerpo, y no lo encuentra, y también lo niega.

Condenada al horror de una incertidumbre eterna, dividida y subdividida en escuelas, en sectas, en opiniones y en pareceres, sin un criterio común de verdad á que atenerse, acaba al fin por negarse á sí misma.

VII.

NO ES CIENCIA.

No es ciencia, porque no ha sabido fijar los principios fundamentales de los conocimientos humanos. No es moderna, porque no ha hecho más que recoger y resucitar todos los errores, todas las extravagancias, todas las tinieblas de la filosofía pagana, renovando el escándalo de sus interminables disputas, despertando sus abominables costumbres y sus degradantes vicios. No es filosofía, porque ¿dónde tiene el principio seguro de los conocimientos, la regla fija de los juicios y el fundamento permanente de los deberes del hombre? No es, pues, ni verdadera ciencia, ni verdadera filosofía, ni siquiera una verdadera novedad.... ¿Qué es, pues? La audacia de la soberbia, la desesperación de la impotencia.... Me atrevo á decirlo: el oprobio del entendimiento humano.

En sus tenebrosas soledades se han perdido grandes talentos, poderosas inteligencias, nobles propósitos y bellos caracteres, y los nombres ilustres que puede invocar en honor de su triste gloria, en vez de absolverla, la condenan; no la amparan; más bien la denuncian. Nada cierto ha encontrado en ella ni el genio de la antigüedad, ni el genio de la edad moderna, y entonces, como ahora, no ha recogido de la esterilidad de su sabi-

duría ni virtudes, ni felicidades que ofrecer al hombre sobre la tierra.

En cambio, ha cubierto el mundo de sombras, de tempestades y de degradaciones: al querer ahogar la *Fe*, ha sembrado en el espíritu humano las más bochornosas credulidades; al querer arrancarle la *Esperanza*, le ha infundido la desesperación, y al querer extinguir la *Caridad*, ha despertado entre los hombres el egoismo, el odio y la envidia.

¡Ciencia orgullosa! No te debo ni una verdad, ni una alegría, ni un consuelo. No puedo mirarte sin indignación; creo que te burlas de mí; unas veces me adulas, y otras me insultas; ya me elevas á la categoría de un Dios, ya me impones la ignominia de proceder de una bestia salvaje; deificas mi razón, divinizas mi inteligencia, y al mismo tiempo me condenas al deshonor de no ser más que materia bruta. Tú le robas la nobleza á mis ideas y el perfume á mis sentimientos, y causas en mí una embriaguez llena de angustia, porque eres el vértigo que produce el abismo.

Y la sociedad, ¿qué te debe?.... ¡Ah! Te debe el escepticismo en que vive, la convulsión en que se agita, la inquietud en que se mueve, el desierto moral en que habita. Te debe su egoismo, las frialdades de su alma, las inconstancias de su corazón, la instabilidad de sus intereses, el rebajamiento de los caracteres, el mercantilismo que nos hiela.... Te debe las tormentas del mundo político, la tiranía del

éxito, la lucha formidable entre el capital y el trabajo..., las terribles conquistas de la *Internacional*, los horrores de la *Commune*. Todo eso te debe.

Ella es, para que acabemos de conocerla y de bosquejarla, la que ha convertido la libertad legítima del hombre en afrentosa licencia; el número, en razón; la duda, en ciencia; el éxito, en derecho; el interés, en ley; la voluptuosidad, en arte, y la sensualidad, en costumbre.

EL FILÓSOFO MODERNO

I.

LA ESPECIE.

IGAMOS por un momento á Diderot, que va á darnos una idea general de la especie.

«Todos somos eclécticos. Desde el siglo XV, ¿qué hacemos, pregunta, tantos como somos? ¿Qué somos desde Jordán Bruno, desde Cardano? ¿Tenemos acaso una bandera, una escuela?.... Yo no veo más que libre pensadores, celosos de la prerrogativa más bella de la humanidad: la *libertad de pensar por sí mismo*. El sectario es un hombre que ha abrazado la doctrina de un filósofo; el ecléctico, por el contrario, es un hombre que, pisoteando la *preocupación*, la *tradición*, la *antigüedad*, el *consentimiento universal*, la *autoridad;* en una palabra, todo lo que subyuga al vulgo de los espíri-

tus, se atreve á pensar por sí mismo, á remontarse á los principios generales más claros, examinarlos, discutirlos, no admitir nada sino sobre el testimonio de su experiencia, de su razón; y de todas las filosofías que ha analizado, sin parcialidad, hacerse una particular que le pertenezca.»

Semejante eclecticismo constituye el estado de profunda anarquía intelectual en que se agita el *pensamiento libre*. Y como que cada uno, debiendo referirse á su propia razón en materias de verdad, es muy difícil que se entregue á la razón de los otros, resulta que cada filósofo viene á ser una filosofía particular, que le es propia y que casi exclusivamente le pertenece. Cada *libre pensador* forma un cuerpo de doctrina para su uso. Se puede decir que cada hijo de vecino funda su escuela, en la que él mismo es el único maestro y el único discípulo. La última evolución hegeliana ha dicho: cada cual es á sí propio su dios; y en tal caso, nada más justo que cada uno de esos filósofos tribute á su sabia divinidad el homenaje solitario de su propia adoración.

Mas en medio del individualismo científico de esta sabia confusión, se distinguen las tres ramas principales que parten del tronco de la filosofía independiente. Por una parte están los *idealistas*, que niegan el cuerpo; más allá están los *materialistas*, que niegan el alma, y antes de llegar á unos y á otros tropezaréis con los *deistas*: deismo del cual dice Proudhon que es el ventorrillo necesario á los

que han abandonado la religión de sus padres.

Si hemos de dar crédito á Cicerón, que en este punto es testigo irrecusable, no hay absurdo ni extravagancia, por grande que sea, que no haya sido enseñado por algún filósofo.

Descartes fué del mismo parecer, y, tan ingenuo como Cicerón, no tuvo inconveniente en confesarlo: «Está demostrado por la experiencia, dice, que los que profesan la filosofía son muchas veces los que saben menos, y que no hacen tan buen uso de la razón como los que no se han dedicado nunca á semejante estudio».

En fin, Rousseau ha llevado mucho más lejos la severidad de su juicio, pues en un momento de desesperación ó de remordimientos se escapó de su alma esta desolada frase: «El hombre que razona es un animal depravado».

Después de los tres testigos que acabo de citar, ¿me permitirán los *espíritus fuertes* que invoque el testimonio de San Pablo? Refiriéndose á los más grandes filósofos de la antigüedad pagana, decía el Apóstol de las Gentes: «Estos hombres que se habían colocado como los más sabios de los hombres, no eran sino los más necios y los más estúpidos de ellos».

Pero no nos contentemos con el juicio de los testigos. Oigamos á algunos de los filósofos que más alto han puesto el honor de la razón libre. Oid la opinión científica que Jouffroy tiene de sí mismo:

«Hay todavía, dice, demasiadas preocupaciones en el mundo, demasiado orgullo en el hombre, demasiado cristianismo en Europa, demasiada fe en la Francia, para que se pueda, sin temor de herir legítimas susceptibilidades, afirmar que el hombre no es más que una bestia, que vive por el cuerpo y concluye con el cuerpo.»

Sea la que quiera la ignominia que Jouffroy os anuncie en esas palabras, siempre tendréis que agradecerle el respeto que tributa á vuestras susceptibilidades. No se os puede decir más atentamente que todavía no habéis llegado á este punto de madurez é ilustración necesarias, para que podáis saber sin indignación, sin vergüeza y sin enojo, que no sois, en definitiva, más que unas bestias. Pero entretanto, Jouffroy os permite que lo ignoréis; y esa condescendencia hacia vuestra ignorancia os consiente por algún tiempo todavía la persuasión de que sois hombres: por ahora, él solo está en el secreto.

Mas si Jouffroy ha sido tan atento, Virchow, menos escrupuloso, ha sido más franco. ¿A qué andar con tantos secretos? «Vivir no es más que una forma particular de la mecánica»; y he ahí, por la intervención científica de otro filósofo, á la bestia convertida en máquina.

M. Taine, más inflexible todavía, no se concede ni el simple honor de ser un mero mecanismo; al contrario, declara terminantemente que el hombre es un producto como otro cualquiera. Para este

libre pensador, que extiende su sabiduría por la tierra desde la *Revista de ambos mundos*, «cada siglo, cada raza, cada clima han tenido su moral distinta»; por lo cual afirma con una sinceridad abrumadora que el vicio y la virtud son productos lo mismo que el azúcar y el vitriolo. Apenas se concibe el asombro de la naturaleza al encontrarse con el mágico poder de una química que hasta ahora le ha sido desconocida.

Mas Condorcet, como si quisiera consolarnos del cruel rigor de estas investigaciones filosóficas, ha vaticinado que esa misma filosofía llegará en algún tiempo á encontrar y revelar al hombre el secreto para no morir.... Tenemos, pues, la eternidad en perspectiva; y preciso será ir pensando en ensanchar los términos de la tierra si ha de contener la interminable suma de las generaciones inmortales.

Mas ¡ah! si el decreto de Condorcet se cumple, adiós maravilloso sistema de Moleschott; la *circulación de la vida* descubierta por la inaudita perspicacia de este filósofo, se vería paralizada, porque le es absolutamente indispensable la muerte para producir la vida. Oid sus propias palabras:

«¡Qué precioso era aquel polvo que los antiguos depositaban en las urnas cinerarias en el fondo de los sepulcros! Constituía la materia que da á las plantas *el poder de crear los hombres.*»

«Bastaría cambiar un lugar de sepultura por otros, después de haber servido un año, para ob-

tener al cabo de seis ó diez años un campo de los más fértiles, *que crease hombres*, al mismo tiempo que aumentaría la cantidad de los cereales.»

¿Dónde ha estado escondido hasta ahora el secreto de esta inaudita agricultura? ¿En qué rincón oculto de la ciencia yacía ocioso ese prodigio de vegetación humana?.... ¡Oh ilustre profesor de la Universidad de Turín! Si Condorcet no nos consigue la inmortalidad que en nombre de la filosofía nos tiene prometida, ¡cuánto va á deberte el hombre futuro!.... ¡Entonces sí que será completamente libre!.... Se hallará emancipado del dominio de los padres, de la esclavitud de los hijos, del yugo de la familia.... Y tú, ¡oh dulce y cara mitad del género humano!, ¿qué dices á esto?.... ¿Comprendes la deplorable inutilidad á que te condena la ciencia de los filósofos modernos?.... Moleschott, que tiene bastante poder filosófico para convertir la sociedad en un bosque y el género humano en una selva, ¿qué destino te reservará en su sabiduría? No es posible adivinarlo. Acaso te conserve como un lujo de vegetación, como un adorno bello é inútil, como una flor también inútil y también bella.

Y he aquí un prodigio aritmético que salta á los ojos: al mismo tiempo que Moleschott multiplica el género humano por medio de la agricultura, lo reduce hasta el punto de restar nada menos que la mitad de la especie.

Todo es ya posible, porque para M. Renan no tiene límite alguno la inteligencia humana; nada

es superior al hombre. Así es que este filósofo, dirigiendo sus miradas á un horizonte más vasto, espera la aparición de *un químico predestinado que transforme todas las cosas;* la aparición de *un biólogo que se haga al fin dueño del secreto de la vida.*

Y como si se sintiera poseído por el espíritu profético de su filosofía, exclama:

«¿Quién sabe si la ciencia infinita nos traerá el poder infinito?.... Sí, el poder infinito, porque el poder del futuro sabio omnisciente puede llegar hasta resucitarnos. Podemos afirmar que la resurrección final será obra de la ciencia.»

Aquí me detengo absorto, oprimido por el peso de una impresión dolorosa; siento mi razón llena de angustia, de una angustia indecible, y puedo asegurar que me duele el alma.

II.

¿QUÉ SON?

Yo pregunto: ¿Estos hombres son unos sabios, ó son unos insensatos? ¿Me encuentro en presencia de una academia de filósofos, ó delante de una jaula de locos?.... Si analizara la sensación que experimento, encontraría en ella horror, lástima y vergüenza. Horror, porque espanta la profundidad del abismo en que puede caer la inteligencia humana abandonada á sí misma. Lástima, porque no

hay desdicha más grande que la ceguedad voluntaria á que se condenan los que toman por única guía la soberbia de su razón. Vergüenza, porque el desorden de semejantes delirios es la afrenta del entendimiento. Sí; horror, porque es el caos; lástima, porque es la locura; vergüenza, porque es la embriaguez.

Ciertamente entristecen el ánimo con el espectáculo de tanto extravío, de tanta extravagancia, de tanto absurdo; no se les puede pedir ni más audacia, ni más fiereza, ni más frescura. Ellos, haciendo del talento que han recibido de la Inteligencia suprema un uso inicuo, calumnian á la razón é infaman á la ciencia. Es la traición de aquellos que vuelven contra su patria las armas que su misma patria les ha confiado; es la mano alevosa del hijo que se levanta contra el padre á quien debe el ser, la vida y la fuerza.

Mas no es entre las inteligencias superiores que acaban de bosquejarse por sí mismas, y que tan duras sentencias han merecido de Cicerón y de Descartes, de Rousseau y de San Pablo, donde yo me propongo buscar la fisonomía contemporánea del filósofo moderno. Yo no me siento con bastante fuerza para juzgar á los grandes hombres, y los abandono al juicio de los grandes hombres. Los talentos pervertidos y los genios extraviados son propios de todos los siglos, y yo no pretendo pasar del vulgo de los filósofos.

Dejo al maestro para trazar el perfil del discí-

pulo, porque se me ofrece como una fisonomía propia, característica de nuestra época.

No es un trabajo serio el que me espera, no; el perfil que distingo y que ha de servirme de modelo, se presta más á los encantos de la amenidad que el dogmatismo de la crítica.

Si acierto á contornearlo como es, podréis sonreiros; y, ¿quién sabe?: acaso acabéis por entristeceros, porque, ¡vamos!, bien mirado el caso, no es enteramente un caso de risa.

Entretanto, ya habéis visto lo que me atrevo á llamar la especie, y la habéis visto pintada por sí misma; otro día veremos la figura. ¡Ah!.... ¡si yo pudiera dibujarla con la fidelidad que la estoy viendo!.... No obstante, voy á intentarlo.

III.

EL PERFIL.

La fisonomía que intento bosquejar en el curso del presente capítulo, ya lo he dicho, no pertenece á ninguno de esos seres raros que respiran la atmósfera de la sabiduría en las altas regiones de las ciencias humanas. No es un ser, digámoslo así, abstracto, sino un individuo sumamente concreto. No es una de esas inteligencias que, bien ó mal encaminadas, buscan la verdad por amor á la verdad misma, y que, sea como quiera, más obscuros ó

más claros, más anchos ó más estrechos, pasan en el mundo por pozos de ciencia.

Precisamente el filósofo que tienta mi pluma en estos momentos, viene á ser todo lo contrario. Un sabio es, al fin, el resumen de una biblioteca; hace de su memoria el archivo de todos los conocimientos humanos que el estudio pone á su alcance, y habla como un libro. Con frecuencia su juicio se extravía, y á lo mejor, cargado con su fardo de ciencia, sale por los cerros de Úbeda. Muy bien; pero al fin es un sabio, funesto muchas veces, pero al fin sabio. No se le puede negar el mérito de haberse quemado las cejas durante todo el curso de su vida para perderse y para perdernos.

Nuestro filósofo es un ser más vulgar, más común, y, digámoslo así, más corriente; se le encuentra en cualquier parte, mejor dicho, se le encuentra en todas. Discute en los cafés, perora en los clubs, profetiza en los casinos, y echa también su cuarto á espadas en los ateneos. Es una especie de *bulle bulle* filosófico, un *correvedile* científico. Su entendimiento no es una biblioteca; es más bien una cartera llena de apuntes en abreviatura, que contienen medias ideas, medias frases, medias palabras; un cajón de sastre, donde se encuentran retales, recortes de todos los errores.

En 1834 se desató el furor de los versos lúgubres; la musa de los cementerios fué de casa en casa, y aquí uno y más allá otro, comenzaron á

salir del polvo de la tierra generaciones súbitas de poetas más tristes que la misma muerte. Aquello fué una verdadera desolación; parecía que el mundo se hallaba en la víspera de su última catástrofe; no era posible vivir en aquellos días sin morirse; todo era desesperación, lamentos, suicidios, en verso, por supuesto. La poesía romántica inspiraba los más sepulcrales desatinos, y el que no tenía á su alcance un arpa en que llorar sus imaginarias desdichas en metros desaforados, casi no pertenecía al género humano.

Al fin se disipó aquella nube de trovadores que contristó la tierra; la epidemia pasó, como pasan todas las calamidades, dejando en las huellas de su paso el germen de otra dolencia más desastrosa: la plaga de la filosofía. El furor métrico degeneró en furor político: brotaron por todas partes oradores, estadistas y hombres de Estado; partidos, grupos, fracciones; callaron las cítaras, para que resonara la voz de los tumultos, de las asonadas, de los pronunciamientos y de los motines, y apareció al fin el nuevo contagio: el furor filosófico; y he aquí que todos somos filósofos.

A los desórdenes de la poesía siguió el trastorno de la vida pública, y no había de hacerse esperar mucho tiempo el libertinaje de la ciencia.

Nos hallamos, pues, en el período álgido de este último acceso de la inteligencia independiente. La dolencia ha penetrado en todos los espíritus; hace grandes estragos en los entendimientos enfer-

mizos, y aprovecha fácilmente las predisposiciones de los vicios y de la ignorancia.

Descendiendo de las locas abstracciones de la sabiduría soberbia, ha penetrado en el vulgo de las inteligencias, bajando hasta la última hez de los instintos humanos.

No llaméis horda salvaje á la *Internacional* que os amenaza con sus devastaciones, porque en verdad no debe ser á vuestros ojos más que una asociación de filósofos. Cada uno de ellos es la encarnación de vuestra filosofía, la realidad moral de vuestra ciencia. Si vosotros sois los principios, ellos son las consecuencias. Detrás de las teorías, los hechos; detrás de las negaciones, los desastres; detrás de los errores, los crímenes.

Esa es la última evolución del *yo* en el tiempo y en el espacio; ese es el ejercicio, digámoslo así, científico de la conciencia libre, el acto supremo de la ciencia.

El tipo que se nos viene á las manos no representa una inteligencia que piensa, ni un brazo que ejecuta, ni es el error didáctico, ni el error práctico; es simplemente el eco del error. Es un filósofo, que es al filósofo lo que el mono al hombre, una mueca de *Vogt* ó de *Renan*, la caricatura de *Voltaire* ó de *Krause*, la burla de *Kant*, de *Fichte* ó de *Hegel*.

Ninguna señal exterior lo distingue del resto de los hombres; no encontraréis en su fisonomía rasgo alguno que lo anuncie; las vigilias del estudio no

han trazado en su frente la línea de las meditaciones, ni la atmósfera de la sabiduría presta á su persona el aire reflexivo de los sabios. Lo veréis pasar muchas veces junto á vosotros, sin que podáis presumir que aquello es un filósofo.

Mas debajo de la vulgaridad de las apariencias se esconde un verdadero *sprit fort*, un espíritu fuerte lleno de debilidades. El fondo de su razón es el abismo de la incredulidad; Dios es una manía del género humano, el origen del hombre un cuento de viejas, el culto debido á la Divinidad pura superstición, las leyes de la moral eterna meras conveniencias. He ahí el repertorio de sus conocimientos y el fundamento de toda su ciencia.

En verdad, no se necesita más sabiduría para ser imbécil ó para ser malvado.

IV.

SU CIENCIA.

Y bien: á todas estas soluciones definitivas que transforman el orden necesario de la sociedad, que cambian por completo la naturaleza evidente del hombre, ha llegado de golpe y porrazo, de la noche á la mañana, por pura intuición, por ciencia infusa; porque su biblioteca se encuentra tan vacía como su cerebro; ha recogido en las conversaciones de los cafés, en las discusiones de los ateneos y en las columnas de los periódicos, la parte más gro-

sera de los delirios filosóficos, y he aquí á la suprema ignorancia disponiendo á su arbitrio de Dios y del hombre, del tiempo y de la eternidad, del cielo y de la tierra.

La ciencia es su palabra favorita, su palabra decisiva; la ciencia humana, que tanto se contradice y tantas veces yerra, lo sabe todo; la ciencia, ciega ante los secretos de la vida y maniatada ante los misterios de la muerte, todo lo puede; la ciencia, en fin, incapaz de crear nada, todo lo quiere.

Bueno: la ciencia; pero ¿qué sabe?.... ¡Vana pregunta! Para llegar á las tinieblas no se necesita luz ninguna. Al error conducen dos caminos igualmente seguros: la soberbia y la ignorancia. ¿Qué ciencia necesita el hombre para ser ciego?....

Toda su filosofía, pues, consiste en hacer alarde de las incredulidades dominantes; toda su ciencia se reduce á negar; su sistema no es más que un sistema de negaciones. Niega lo que debe á Dios, lo que debe á los hombres, lo que debe á la razón, lo que á sí mismo se debe, y en realidad no es más que un tramposo que liquida resueltamente el capital de su inteligencia negando todas sus deudas.

Penetrad en el fondo de su filosofía, y encontraréis allí la convicción única y solitaria de que no le debe nada á nadie. A Dios, ¡bah!; él no le ha pedido la gracia de la vida; á los hombres sólo les debe disgustos, recelos, inquietudes y desconfianzas; á su razón ¿qué puede deberle? No encuentra

en ella más que una mera espontaneidad de su ser; á sí mismo...., ¡ah!...., á sí mismo se debe molestias, enfermedades, dolores, todas las impertinencias de la vida y todo el horror de la muerte.

Ha tomado la incredulidad por ciencia y la impiedad por filosofía, y sin meterse en más averiguaciones, se ha declarado á sí mismo dueño del saber humano.

Todo lo que de algún modo se oponga á esta incredulidad sistemática y ciega, es á sus ojos preocupación, manías, supersticiones, ignorancia. Pero, entendámonos: la incredulidad, que es el fundamento y la deducción, el principio y la consecuencia de su filosofía, no pasa de ciertos límites; porque, en verdad, lo que le niega á la sabiduría infinita, se lo concede generosamente á la sabiduría humana. Si por una parte despoja á la Providencia de sus eternos atributos, por otra se los otorga graciosamente á la naturaleza. Si su condescendencia filosófica llega al punto de admitir la existencia del espíritu, no la considera más que como emanación de la materia, como un fenómeno químico, una cosa así como la llama que brota del fuego, como el sonido que se escapa de la cuerda herida, ondulaciones del organismo, vibraciones de las fibras agitadas por la vida; pues un fenómeno semejante al de la espuma que se produce por las agitaciones del agua.

Una inteligencia suprema que todo lo crea, que todo lo dirige y lo gobierna, no es cosa que

le cabe fácilmente en la cabeza, y prefiere la ley eventual del acaso ó la ley ciega de la fatalidad, porque en el caso forzoso de reconocer la realidad del Universo, no tiene empeño decidido en que se haya hecho á sí mismo ó en que sea el resultado de una causa cualquiera que desapareció al producirlo, ó que la materia activa, inteligente y eterna, sea á un mismo tiempo la causa y el efecto, la mano y la obra.

Todas las hipótesis, todas las extravagancias inventadas acerca de este punto, le parecen aceptables, admisibles...., porque, en fin, ¡quién sabe! la ciencia no ha penetrado todavía en los últimos arcanos de la naturaleza. Lo que no concibe, lo que no cabe en el orden de su filosofía, es la existencia de un Ser supremo, infinitamente bueno, sabio, poderoso, principio y fin de todas las cosas. Fuera de este principio vulgar que se resiste á su razón filosófica, no hay delirio, digámoslo así, científico en que no crea.

No le habléis del mundo sobrenatural, si no queréis despertar en sus labios la sonrisa de la compasión. ¡Los milagros! ¡Ah! : su ciencia los rechaza y su razón los desmiente. El *Antiguo Testamento* no es más que una leyenda; el *Nuevo Testamento,* un hecho puramente humano; la ignorancia ha llenado la historia de prodigios y el mundo de supersticiones. No discurre de otra manera; pero en cambio su incredulidad espera el cumplimiento del anuncio de *Condorcet,* que profetizó la

eternidad del hombre sobre la tierra por medio de la ciencia; cree en *Renan*, que bajo su palabra anuncia la aparición de un *químico* extraordinario, cuyo poder llegará hasta realizar la resurrección de la carne, y dobla la cabeza ante *Moleschott*, que ha descubierto en el polvo de los sepulcros la materia que da á las plantas el poder de crear hombres.

V.

SU CONCIENCIA.

Su incredulidad no puede ser más crédula. No profesa los errores de ninguna secta determinada; su capacidad en este punto casi no tiene límites, pues acoge indistintamente los desatinos de todas las escuelas. Así es que un día lo encontráis *deísta*, esto es, partidario de un Dios insensible, indiferente, Dios nulo, perpetuamente dormido en el seno de la eternidad. Otro día aparece *naturalista*, y fuera de la naturaleza no encuentra nada. De repente cae en las obscuridades del *panteismo*, y para él todo es Dios, menos Dios. A la vez seducen su ignorancia las ideas *materialistas*, y he aquí que se atribuye orgullosamente la ascendencia del mono, y no se concede otro fin más honroso que el del caballo. También lo tientan las conclusiones *positivistas*, y entonces sencillamente cree en el *Dios Humanidad*,

y con la mayor frescura, á renglón seguido de haberse declarado mulo, se erige en Dios.

Tal es la confusión en que se agita su ignorancia; noche obscura del entendimiento, en la que no penetra ni un rayo de luz, verdadero caos del alma.

Me atrevo á decir que su inteligencia ha contraído el vicio del error. Hay cierta concupiscencia de entendimiento en ese libertinaje de la ignorancia, porque á las disipaciones de la razón se acomodan muy fácilmente las disipaciones de las costumbres.

El ser moral que resulta de ese estado deplorable de la inteligencia no es ciertamente un modelo de perfección: no se turba el entendimiento sin que á la vez se turbe la conciencia. Un orden de ideas supone un orden de conducta, porque el hombre siente como piensa y obra como siente. La acción del error, obrando sobre la ignorancia, produce en la razón un terrible estrabismo; todo lo ve del revés, y es más, se complace en verlo.

Claro está, sin embargo, que nuestro filósofo no ha llegado á esas nebulosas alturas de la sabiduría por un prodigio de estudio ó de genio, sino que más bien se ha encontrado en ellas suavemente impulsado por las debilidades que tan continuamente nos solicitan. Todas las flaquezas de que adolece la especie humana, respiran allí su atmósfera propia; se puede decir que están en su elemento, que viven por derecho propio, cuya legi-

timidad, ya de una manera, ya de otra, ha venido á reconocer la ciencia.

Ya se ve; una filosofía tan amable, tan condescendiente, que desde luego nos autoriza á no reconocer nada superior á nosotros mismos, y que deja á nuestro arbitrio el arreglo de la vida futura, no ha de ser más meticulosa respecto á la vida presente. Si nos concede lisa y llanamente la facultad de crear dioses á nuestro gusto ó de anularlos, según nuestra voluntad, ¿con qué razón puede exigirnos rectitud en los sentimientos y moralidad en las acciones?

Dejemos á los talentos superiores perderse en el laberinto científico de sus tenebrosas abstracciones; pero convengamos en que ese vulgo de filósofos que hormiguea, lo mismo en los salones que en los talleres, lo mismo en las Universidades que en los garitos, se siente arrastrado principalmente por las seducciones de sus apetitos. Lo que hay en el hombre que más lo acerca al bruto, es lo que más pesa en la balanza de estos juicios humanos. Por una transmigración de la inteligencia, sólo concedida á la extrema ignorancia, el tipo que tenemos delante discurre más con los sentidos que con el entendimiento. Suprimid las pasiones que subyugan, los vicios que encadenan, los instintos que degradan, y la filosofía de la razón libre perderá en el instante mismo el gran número de sus partidarios.

Si, negando la evidencia del sol que nos alum-

bra, creyera librarse del calor con que nos ahoga en el verano, la negaría resueltamente, y se quedaría tan fresco. En realidad, este filósofo no busca *la ecuación entre el entendimiento y la cosa*, sino la conveniencia entre su razón y sus apetitos, la manera sencilla y verdaderamente cómoda de ser á un mismo tiempo libre é irresponsable. En una palabra: busca el secreto de dormir tranquilamente en medio de los desórdenes de su vida.

En todo rigor, puede decirse que es una cuestión de pura comodidad. La conciencia suele ser un juez demasiado severo; tiene susceptibilidades que nos ocasionan muchos disgustos, porque padece la manía de los remordimientos. Semejante huésped es bastante incómodo; se empeña en amargarnos los placeres más sabrosos, y no nos deja vivir en paz con nosotros mismos. ¿Qué hacer? El criminal la ahoga en el fondo de su alma, se tapa los oídos para no oir su voz, y anda por el mundo en perpetua lucha con ella; unas veces es vencedor y otras veces vencido. Nuestro filósofo no acertaría á vivir sin conciencia; la invoca siempre que el caso lo requiere, y no se determina á proscribirla; pero su conciencia es al fin y al cabo una conciencia despreocupada, flexible, razonable; una conciencia que está á la altura de los adelantos del siglo, una conciencia libre.

Lo diré de una vez: es la conciencia humana convertida de juez en cómplice. No es el tribunal que condena, sino el jurado que absuelve.

Ahora bien: este hombre, ¿puede ser honrado?

Si os empeñáis, no me opongo: podrá serlo; pero ¡cuán difícilmente conseguiréis persuadirme de que puede ser virtuoso!

VI.

RASGOS DISTINTIVOS.

El absurdo atrae como el abismo, y el ser que bosquejamos no es una naturaleza privilegiada que pueda substraerse al imperio de esta ley impuesta á la flaqueza de la razón humana y á la debilidad de nuestros sentidos; y el caos de lo que me atrevo á llamar sus ideas, produce naturalmente el caos de su lenguaje, porque habla una lengua en la que se halla trastornado el sentido íntimo de las palabras: llama valor á la cobardía moral del suicidio, á la soberbia dignidad, á los vicios necesidades, ilustración á la libertad de las costumbres, derecho á la fuerza, ley al éxito, á la impiedad despreocupación, fanatismo á la fe. Vuélvase del revés el diccionario, y se obtendrá la idea exacta de su lenguaje.

Hay ocasiones en que el escándalo de las mujeres públicas, que á todas horas se encuentran en las calles principales de Madrid, obliga á las autoridades á recoger esos prospectos vivos del vicio por pura decencia. Entonces nuestro filósofo censura agriamente aquel atentado contra el derecho indi-

vidual. Toda su compasión se subleva en favor de esas pobres mujeres que especulan con sus encantos como otros especulan con su talento, que viven de ellos como viven los demás de su fuerza ó de sus negocios, de su patrimonio ó de sus rentas. ¿Acaso (pregunta) es menos legítima la propiedad de la juventud y de los atractivos personales que la de una herencia? La civilización (añade) no consiente las proscripciones arbitrarias. Convengo en que se les sujete á una inspección higiénica, porque al fin *salus populi, suprema lex:* pero substraerlas de la circulación, restarlas de la vida común á que todos tenemos igual derecho, es una confiscación que ninguna ley autoriza. No reconozco en la sociedad aptitud suficiente para perseguir á la naturaleza.

Así se explica. Mas no se trata de esos seres ciertamente infortunados que se revuelcan en el cieno del mundo; se trata, en verdad, de otras mujeres mucho más dichosas, que han consagrado su vida á la oración y á la penitencia; no se trata de recluirlas por algunos días, sino de exclaustrarlas para siempre; no es que se las obliga á ocultarse en sus casas por algunas horas, sino que se las arroja de ellas para que no vuelvan; no es que se les niega la calle, sino que se les quita la casa. Se trata, pues, de una comunidad de monjas, que posee la celda en que habita, y el templo en que ora, y el claustro en que se mortifica, con más títulos que los reyes sus coronas, con tanto dere-

cho como el propietario su hacienda; mas llega un día en que la autoridad allana el recinto sagrado de este hogar bendecido, y con la más sencilla naturalidad se apropia lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Aquí nuestro filósofo no puede ocultar la satisfacción que experimenta.

¡Monjas! (exclama): ¿y para qué sirven? ¿Qué beneficios traen al mundo esos seres fósiles encerrados entre los muros del convento?.... En los siglos bárbaros han podido pasar, á la sombra del obscurantismo, esas mutilaciones de la *humanidad;* pero los adelantos del siglo las proscriben: la civilización reclama el concurso de todas las fuerzas sociales para realizar su grande obra, y la naturaleza se indigna de que así se defrauden sus derechos.

Estos dos rasgos determinan claramente su fisonomía intelectual y su fisonomía moral; pero posee otro más inequívoco, porque la facción dominante de su entendimiento es el horror...., el *horror á los curas.*

VII.

FACCIÓN DOMINANTE.

Siempre encontraréis en él un fondo de amable indulgencia en favor de los falsos cultos. ¡Mahoma!.... ¡Bah! Bien se pueden perdonar las falsedades del Profeta por las delicias del serrallo; por-

que al fin, ¡qué demonio!, la religión del alfanje promete un cielo bastante voluptuoso; si bien se mira, el paraíso que la civilización moderna nos tiene prometido, no es más que el edén de los musulmanes realizado sobre la tierra. Los judíos congregados en la sinagoga son los restos de un pueblo que se sobrevive, las ruinas de un monumento de la antigüedad, un objeto arqueológico. Además, es una raza de mercaderes que se amolda perfectamente al movimiento mercantil del siglo; porque si aún esperan al Mesías, mientras no llega, su Dios es el oro.

El pastor protestante, sea la que quiera la secta á que pertenezca, podrá tener sus preocupaciones religiosas; pero al fin es un hombre que se casa, que turna, digámoslo así, entre la propaganda de la secta y la propagación de la especie, es un hombre como otro cualquiera que, en sabiendo leer unos cuantos versículos de su Biblia, ha cumplido con todos los deberes de su ministerio. De sombrerero puede pasar á obispo. En la aldea ó en el barrio en que vive no pasa de ser un buen hombre, que en realidad no ejerce ningún magisterio: su casa, su mujer, sus hijos y algunas hojas de su Biblia, he ahí toda su teología. No es molesto ni á las flaquezas ni á los extravíos de la naturaleza humana. Las costumbres, que las arregle la policía; lo lícito y lo ilícito corresponde definirlo á las leyes civiles, y él no se mete en más honduras. Fuera de los furores puramente sectarios que pueda padecer,

su fe es bastante tibia, su convicción carece de entusiasmo, del fuego en que se templan los sacrificios. No es un héroe ni será jamás un mártir. Nuestro filósofo no ve en esos cultos ningún peligro serio para la impiedad. Si su ilustración filosófica le permitiera adoptar alguna religión positiva, viviría mejor bajo el papado de la reina Victoria que bajo el papado de Pío IX.

Pero no le habléis del sacerdote católico, porque no puede soportar la idea de su ministerio. Experimenta hacia las sotanas, lo mismo negras que purpúreas, una antipatía invencible. Parece que son los fantasmas que turban los sueños de su vida.... *¡ Los curas !*.... ¡Oh!; no puede con ellos. Como Nerón, desearía que no tuviesen más que una cabeza para cortarla de un solo golpe. No les perdonará nunca que impriman en el niño que acaba de nacer la gracia del bautismo, que absuelvan en el tribunal de la penitencia al pecador arrepentido, que tengan en sus manos el nudo sagrado de los lazos indisolubles, que sean ellos, en fin, los que levanten nuestro espíritu en la hora suprema de la muerte y bendigan nuestra sepultura.

La Iglesia es la pesadilla de su razón y la desesperación de su filosofía. Se irrita al verla sobrevivir á la muerte, á que la tiene condenada *la ciencia*. Por todas partes le sale al paso; en la historia, en el arte, en las ruinas, en los recuerdos de lo pasado, en las agitaciones de lo presente y en las esperanzas de lo por venir, oye sus cánticos siempre au-

gustos, tristes en los días de las tribulaciones, alegres en los días de regocijo. La cruz, siempre la cruz, en las cúpulas de los templos, en el humilde techo de las cabañas, en la soledad de los caminos, en las puertas de los cementerios; la cruz en las regiones salvajes, donde no han podido penetrar las conquistas de la espada ni las conquistas de la ciencia; la cruz allí donde hay estragos que contener, corazones que amar, almas que redimir; la cruz multiplicándose por toda la superficie de la tierra, proscrita y triunfante, perseguida y á la vez vencedora.

Mas aún: la cruz suspendida como signo de honor en el pecho de muchos que la ultrajan y de tantos como la denigran; la cruz como testimonio de verdad, como fe de juramento, en los labios de aquellos mismos que la escarnecen.

No puede perdonarle su influencia en la familia, su importancia en la sociedad, su gloria en el mundo. No concibe cómo el siglo que todo lo sabe, que todo lo puede y que todo lo quiere, no ha podido todavía secularizar la fe. *Los curas*, esas *manos muertas*, son las que mantienen viva en el fondo del hogar doméstico la rebelión contra los mandatos de la impiedad. ¡Se les empobrece y no mueren! ¡Se les persigue y no se acaban! ¡Se les degüella y viven!....

Vedlo, indignado contra la expulsión de los moriscos, invocar en su favor la justicia, el derecho y las conveniencias políticas; pero, á renglón se-

guido, ó, mejor dicho, á la vuelta de la hoja, lo veréis aprobar, enaltecer, aplaudir la expulsión de los jesuítas.

Hemos pronunciado el nombre que acaba con el último resto de su paciencia. ¡Jesuítas!.... ¡Ah! Esas sotanas y esos breviarios ambulantes, que cruzan los mares y penetran en los desiertos; que buscan á los enfermos en los horrores del contagio, que persuaden, que enseñan, que predican, que convierten y que bendicen, que poseen los secretos de todos los conocimientos humanos, que propagan la fe, al mismo tiempo que la ciencia, son verdaderamente irresistibles. Asociación tenebrosa, que mina los caminos por donde marcha el carro de la civilización moderna.

Donde los veáis perseguidos por la lengua, el escarnio ó el desprecio de la injuria ó de la calumnia, allí podéis decir que habla toda la ciencia del filósofo que os describo; porque la quinta esencia de sus conocimientos, el *summum* de su sabiduría, lo más trascendental de su doctrina, es el horror á los *curas*.

Mas no se crea que su animadversión traspasa inconsideradamente todos los límites y arrolla en su furor los términos de todas las conveniencias. No; suele detenerse ante el respeto de ciertas consideraciones; alguna vez se transforma el rencor en benevolencia, y la injuria en alabanza.

Por ejemplo: pueden encontrarse bajo la corona del sacerdote extravíos culpables, flaquezas de la

miseria humana, algo ó mucho quizá de las corrupciones del siglo; y si al mismo tiempo encuentra la tolerancia, es decir, la complicidad que la perversión de las costumbres dispensa siempre á la perversión de las ideas, entonces no ven los ojos de su filosofía un *cura* intolerable, un *cura* odioso, ó un *cura* risible, sino un cura razonable, un cura á la altura del siglo, un cura ilustrado. Lo encuentra, digámoslo así, en su terreno, y ya no tiene inconveniente en estrechar su mano. ¡Qué satisfacción para la ciencia!

Aún puede llevar más lejos su condescendencia, porque el sacerdote despreocupado puede á la vez ilustrarse hasta el punto de caer en la apostasía. Entonces sí que lo protege y lo admira. ¡Qué entusiasmo experimenta ante el espectáculo de esas tristes decepciones! Parece que necesita despreciarlo para no perseguirlo.

VIII.

MÉDICO.

Tal es la fisonomía interior de este filósofo, la extensión de sus conocimientos y la índole moral que le sirve de gobierno. Krausista sin saberlo, *realiza su ciencia*, viviendo *abierto* de par en par á todos los goces que el mundo le ofrece, en amigable intimidad con la naturaleza, esto es, con la suya, en la cual sólo encuentra las insinuaciones

de sus apetitos. Como si la incredulidad ocupara todos los espacios de su entendimiento, suele carecer de otra actitud. ¿Ha pasado por el claustro de alguna Universidad?..,. Bueno; ha pasado. ¿Y qué? Todo pasa en el mundo. También pasan en la circulación de la moneda los duros falsos. ¿Ha salido de la Universidad con un título académico? Muy bien; pero he aquí que los títulos académicos están en baja como los títulos de la Deuda. Representan ciento, y sólo valen trece.

Sale, pues, con un trece por ciento de ciencia médica; pero, ¡ah!, no lo ha pensado bien, porque le sale al paso un inconveniente que no había previsto: la conspiración teocrática le persigue: los enfermos le piden á su ciencia, ¡qué desatino!...., *curas*. Esta palabra se levanta ante sus ojos negra como la obscuridad de su entendimiento. ¡Ah! bien se puede morir todo el género humano; en su ciencia no hay curas ni para las más ligeras dolencias, y huye de los enfermos como de la muerte, y se refugia en la vida de los ateneos, de los cafés y de los clubs; en la vida donde hierve el movimiento filosófico de nuestro siglo, inmenso hospital de espíritus inválidos, en el que todos parecen incurables.

Pero, vamos, si no cura, á lo menos visita. El enfermo padece mucho, y llama á Dios en medio de sus angustias.

—¡Dios!.... (dice el médico con desdén.) Medicamentos son los que hacen falta, no plegarias.

—¡Me muero!—exclama el enfermo.

—Buena tontería,—replica el médico.

—Quiero confesar,—añade con voz acongojada.

—¡Confesar! (repite el filósofo.) ¡Bah! El que confiesa la paga. Ea, veamos el pulso.

Y pulsando al enfermo, arquea filosóficamente las cejas, y dice:

—Concentración de la vida, exaltación nerviosa. La naturaleza nos pide auxilio. Por de pronto, hay que alejar de aquí todo objeto que exalte la imaginación. Fuera ese Cristo que cuelga de la cabecera de la cama, ese relicario, esa estampa, esas velas; á las enfermedades no se las persuade con arrebatos místicos. El enfermo necesita mucho reposo, y no se le puede permitir que piense más que en la vida. Prohibo que entre aquí ninguna sotana; son negras, y anuncian la muerte.

Dicho esto, receta y se va tan fresco. Pero la naturaleza estaba por lo visto de pésimo humor; se ríe muy formalmente de los recursos de la ciencia, y el enfermo se muere. En realidad, el caso no es raro; mas, sea como quiera, si no ha podido devolver la salud del cuerpo, ha intentado por lo menos enfermarle el alma. Y el llanto sobre el difunto. Aquella noche desenvuelve en el Ateneo, en el café, en el casino ó en las columnas de cualquier periódico, la siguiente tesis: «Influencia perniciosa de las supersticiones en el desarrollo de las enfermedades»; ó, en términos más claros: la impiedad es higiénica.

IX.

JURISCONSULTO.

De la misma manera que es médico, puede ser jurisconsulto, porque en las Universidades del Estado hay títulos para todas las carreras, y es preciso que estos centros oficiales del saber humano tengan la manga ancha para que el bolsillo pueda ser hondo. Si además de los derechos de matrícula y grados y títulos académicos, se pidiese aptitud, aplicación, estudio, los claustros universitarios acabarían por quedarse desiertos. Acaso se deba negar grados, títulos y matrículas á aquellos que no los merezcan; pero ¿se ha de proceder del mismo modo con aquellos que los pagan?.... Hay que tenerlo todo en cuenta. Bueno que un padre agote sus bienes de fortuna para dar carrera científica al hijo que ha de ser la esperanza de la familia; mas no ha de consumir el hijo los mejores días de su vida en el estudio de tantas asignaturas como se le exigen. La enseñanza oficial es cara, muy cara, convengamos en ello; mas por lo mismo hay que hacerla fácil. No está al alcance de todas las fortunas, cierto; pero en cambio se halla al alcance de muchas incapacidades. ¿Qué más se puede hacer por vulgarizar la ciencia? La sabiduría que nos invade demuestra así que, por lo menos, no es una sabiduría de tres al cuarto. Además, estos centros de

enseñanza, colocados en las grandes poblaciones, ofrecen una ventaja evidente: lo que el estudiante no aprende en los libros y en las aulas, lo aprende en las disipaciones de la vida alegre; si no sale hecho un hombre de ciencia, sale hecho un hombre de mundo.

Nuestro filósofo, pues, posee un título de licenciado en Derecho. ¡Derecho!.... Bien....: idea abstracta, concepto metafísico, puro idealismo, que se desvanece en las realidades de la vida. En rigor, no reconoce más derechos que *los derechos del hombre*. Esta es la base de toda su jurisprudencia. Acerca de lo tuyo y de lo mío profesa variedad de teorías; pero téngase en cuenta que en lo tuyo y lo mío no entra nunca lo suyo. Sin embargo, alguna vez le sonríe la idea de un falansterio. Y ¿quién sabe? ¿No será la existencia de los mormones el anuncio del estado definitivo de la sociedad humana?

Como criminalista, lo encontraréis siempre furiosamente indignado contra la pena de muerte. La sociedad no puede disponer de la vida de nadie, porque ella no puede quitar lo que no da. Muy bien; mas entre los diversos conocimientos que forman la filosofía de este letrado, no será difícil tropezar con algunas ideas de esgrima, con alguna noción más ó menos exacta acerca del tiro de pistola. En tal caso, una disputa en el café, una discusión de periódico á periódico ocasiona un lance, y aquí tenemos á nuestro filósofo imponiendo la

pena de muerte, constituyéndose á la vez en juez y en verdugo.

Y si no le son favorables los caprichos de la fortuna, porque la sociedad no hace justicia á sus talentos, porque el mundo loco no repara en su genio, porque juega y pierde, porque la pobreza lo desespera ó la envidia lo envenena, resuelve muy filosóficamente que la vida es un peso insoportable, y concibe el proyecto de quitarse de en medio. Apela al suicidio; es un criminal que no encuentra verdugo, y él mismo se ejecuta.

Difícilmente encontraréis en su corazón la ternura de los afectos, porque, digámoslo sencillamente, el que no quiere á Dios, ¿á quién puede querer? Posee todo el egoismo de la sensualidad, y como en rigor no ve con más ojos que con los de la carne, la idea de la verdadera belleza está á obscuras en su alma.

¡La humanidad! ¡Oh, sí! *¡La humanidad!* He ahí su palabra favorita. No obstante, oidle, y veréis qué mal piensa de todos los hombres; no se sabe si es que los odia ó los desprecia. Su entendimiento viene á ser—como si dijéramos—una noche en *Mabille*, y en sus conversaciones aparece siempre el *cancán* de sus ideas.

Acaso miréis en todas direcciones buscando el tipo que os presento como si se tratase de un ser raro, único, oculto en los rincones de la sociedad. No me sorprende: á fuerza de verlo, ya no lo conocéis; os habéis acostumbrado á su presencia, á

su trato, y no acertáis á distinguirlo entre los demás mortales. ¿Dónde está? Aquí, allí, arriba, abajo, en todas partes; es el vulgo de la incredulidad, el somatén de la filosofía, la hez de la ciencia, la fisonomía contemporánea más común y más propia de la civilización moderna.

En verdad, no es el tipo de una especie, sino más bien la vera efigies de una generación. Es la epidemia filosófica, el contagio científico; los más crasos errores incubados en la más crasa ignorancia.

CONCLUSIÓN

I.

LUZ.

ACABAMOS de ver los esplendores con que el gran mundo ilumina el cuadro de la vida moderna, y las sombras con que la ciencia llena de obscuridades los entendimientos del día. Por una parte, el espectáculo de las costumbres; por otra, el cuadro de las ideas.

Dos grandes disipaciones que forman el caos moral en que nos agitamos: la disipación de la vida por medio de los placeres; la disipación de los entendimientos por medio de la ciencia.

Allí todos los apetitos; aquí todos los errores.

La gran ciencia proclama la doctrina, y el gran mundo la realiza.

De esta manera se unen el alma y el cuerpo de la sociedad en que hemos nacido.

Estos dos elementos se desenvuelven dentro de un mismo orden. Para la gran ciencia, lo más verdadero es el último error; para el gran mundo, lo más bello es la última moda. La ley de la novedad los lleva como de la mano.... ¿Adónde?.... A todas las extravagancias del orgullo y del lujo.

En uno y otro se encuentra la doble libertad de la razón y de las costumbres.

Se puede decir que son las dos facciones más características de la fisonomía de nuestro siglo.

Suprímase ese conjunto de fastuosidades de que se compone la vida, siempre amena, del gran mundo, y los espectáculos perderían los más brillantes espectadores, y los éxitos sus más espléndidas comparsas.

Suprímanse, del mismo modo, los delirios de la ciencia libre, y toda esa inmensa ignorancia, ilustrada por los errores de la filosofía, caerá por su propio peso, y el siglo XIX quedará reducido á ser un siglo de poco más ó menos.

Por precipitado que sea el paso con que caminemos á la dicha universal, el vulgo de las gentes no ha conseguido todavía deshacerse de la antigua preocupación de que esta vida no es más que un valle de lágrimas, y, quieras que no quieras, hoy por un motivo, mañana por otro, so pretexto de esa multitud de penas que afligen al género humano en su tránsito por la tierra, vive llorando, como si tal cosa, como si acabáramos de nacer, como si los adelantos del siglo no hubiesen hecho

del valle de lágrimas un valle de delicias. Aún hay, pues, quien se aflige, quien padece, quien llora, quien se desespera; gentes que se mueren y gentes que se matan. Ahora bien: proscríbase la fiesta perpetua del gran mundo, ese anuncio permanente de las dichas que nos esperan, esa propaganda de lujo, de disipación y de felicidad, y el resto de los mortales sucumbirá de pura tristeza.

Sería injusto negarle la influencia que ejerce en la vida moderna. Su ejemplo es una enseñanza continua; más aún, un estímulo constante hacia todos los goces de la tierra, porque es el incentivo de todos los apetitos. Jamás sabremos agradecerle el afán con que transforma á nuestros ojos los duelos en fiestas, las catástrofes en regocijos, las tristezas en alegrías.

Pocos años hace que acudió en tropel á buscar en París el placer de las emociones fuertes. ¡Ya se ve!: el París que se le ofrecía no era el París de siempre: precisamente acababa de pasar por una terrible transformación; el gran *Mabille* del mundo civilizado se hallaba convertido en ruinas. Había pasado por allí la tempestad de la guerra: Prusia había estampado en él el sello de sus armas victoriosas, y se veía marcado por el hierro candente de la *Commune*. Aquel París tan espiritual y tan voluptuoso había tenido que comerse hasta las ratas, para seguir viviendo.

Era preciso tener un bolsillo demasiado insensible para no acudir presurosos al gran teatro de

la doble catástrofe, á llorar con lágrimas de oro los estragos producidos por los últimos adelantos de la química, de la física y de la mecánica, aplicados al arte glorioso de la guerra; arte absolutamente necesario para afirmar y sostener sobre la culta Europa el derecho individual ó colectivo, pero siempre ilegislable, del más fuerte. No podía ser persona de buen gusto la que al mismo tiempo no acudiese á la capital de Francia á admirar los sorprendentes efectos del petróleo, considerado como agente luminoso en el primer ensayo del último acto de la civilización moderna.

Ello es que el gran mundo se despobló, si puedo decirlo así, y acudió presuroso á cubrir con todas sus magnificencias las ruinas del desastre. Ciertamente era una novedad digna de su fausto. La catástrofe se convirtió en fiesta: París vendía caro el espectáculo de sus ruinas, y el gran mundo se apresuró á comprarlo: se acudía allí como á un teatro. Venía á ser como una Exposición algo más original que las demás Exposiciones, como el estreno de una ópera ó como el *debut* de un cantante. Del estrago mismo brotó inmediatamente la vida, la animación, la alegría, y las mismas ruinas, ennegrecidas por el incendio, debieron sonreirse, satisfechas de aquella ovación del gran mundo.

¡Qué sería de la tierra que hoy pisamos, si arrancaran de nuestros ojos ese pedazo de cielo que nunca se nubla!

Es la luz que nos ilumina.

II.

SOMBRA.

Pues volvamos la vista á la filosofía.

No es una ciencia adusta y severa que nos impone el deber de rendir homenaje á la verdad. Al contrario: es una ciencia condescendiente, que nos autoriza á hacer de nuestra razón el uso que más convenga á nuestros apetitos. Suprimid la sombría luz de sus errores, y nuestro siglo se queda á obscuras.

No hay que quemarse las cejas en desenredar el hilo enmarañado de sus teorías. ¿A qué tomarse tan inútil trabajo? Cada uno de los sistemas filosóficos que nos ofrece es simplemente un *rompecabezas*. Todos sus principios se reducen á uno solo; á saber: el hombre es dueño absoluto de su razón, y puede hacer de ella mangas y capirotes. Esto es dogmático en la ciencia que llamamos moderna.

Una vez establecido el principio, las consecuencias se deducen ellas mismas sin necesidad de acudir al razonamiento, y las consecuencias son, en resumen, el estado moral en que nos encontramos, que principalmente consiste en esta familiaridad que hemos contraído con todas las iniquidades; en esta transacción continua con toda perversidad. Aflojados los resortes de la conciencia, la maldad nos parece la cosa más natural del mundo.

Si en medio de nuestro triunfal camino nos vié-

semos sorprendidos por una gavilla de malhechores, imitando al cómico personaje de la *mansión del crimen*, les guiñaríamos los ojos, les echaríamos el brazo por el cuello, y saldríamos del paso diciéndoles al oído: —¡Eh!.... ¡chist!.... Nos entendemos. Nosotros también somos ladrones.

Y esta holgura moral en que vivimos, esta amable condescendencia con que nos prestamos á todas las complicidades, y este dormir á pierna suelta en medio de los más grandes trastornos, es un beneficio que le debemos al espíritu filosófico de nuestro siglo, y es el rasgo más característico de nuestra fisonomía.

Las agitaciones sistemáticas del mundo político, las degradaciones de las dignidades, el rebajamiento de los caracteres, la codicia que nos enciende y el egoismo que nos hiela, no están tanto en nosotros como en el aire que respiramos, son los frutos que producen las semillas sembradas por la filosofía; la deliciosa corrupción, en que tan fastuosamente nos revolcamos, no se puede decir que es un resultado puramente empírico, porque es en su conjunto la consecuencia científica de la filosofía moderna deduciéndose á sí misma.

En las academias, en las universidades, en los libros...., palabras, palabras, palabras.... En la vida de la sociedad, hechos, hechos, hechos. Las abstracciones de los ideólogos se traducen ya en la lengua común del vulgo, y su acción deletérea se siente lo mismo en los clubs que en los salones, lo

mismo en los cafés que en las tabernas, en las artes, en la literatura, en la industria, en los negocios, en las leyes y en las costumbres. Ha penetrado hasta en el seno mismo de las familias, arrojando á nuestra propia consideración el cuadro moral de la sociedad en que vivimos.

Ahora bien: suprimid esa esencia, y habréis suprimido el espíritu que nos anima.... ¿Qué haremos entonces de nuestra ignorancia?.... Quitadle á nuestro siglo el honor de esa ciencia que empieza en las universidades oficiales y acaba en la *Commune*, y adiós civilización moderna.

Por una parte, la filosofía de la razón libre nos dice:

«He ahí la ciencia.»

Por otra parte, el gran mundo exclama:

«He aquí la vida.»

Y la ciencia se mete en nuestro entendimiento, y apagando la luz de la razón natural, nos dice de continuo:

«Duda.... Duda.»

Y el gran mundo, abriendo los brazos, como si quisiera decir todo esto es mío, nos repite á cada instante:

«Goza.... Goza.»

La última conclusión de la ciencia enaltece al hombre, diciéndole:

«Tú eres tu propia divinidad.»

La última palabra del gran mundo parece que es esta:

:

«No hay más cera que la que arde.»

Ahora bien: si la ciencia nos diviniza, ¿quién no cae de rodillas delante de sí mismo? Y en este caso, las solemnidades del gran mundo son el culto que nos tributamos.

Habrá quien diga que la duda es la sombra del entendimiento, y la embriaguez de los placeres la tristeza del alma. ¿Y qué? El hecho patente que se nos manifiesta es el regocijo universal en que vivimos.

III.

BOCETO.

Tenemos, pues, bosquejados en el presente tomo los dos rasgos dominantes que dan á las fisonomías contemporáneas el aire que constituye su peculiaridad. Son las líneas fundamentales que distinguen al hombre de nuestro siglo, y que, digámoslo así, engendran la diversidad de perfiles que me he propuesto trazar en un nuevo volumen.

Los tipos que al terminar este tomo ofrezco continuar en el que ha de seguirle, no son enteramente originales, porque la especie humana no es en verdad nueva en el mundo, y sería difícil encontrar un modelo que no tuviese su filiación en la antigüedad más remota.

El hombre es siempre el mismo, y no hay forma de hacerle variar de naturaleza. Pero aunque

la familia es la misma, las especies varían según la índole de cada época. No hay error que pueda justamente atribuirse el mérito de la novedad, ni vicio que pueda presentarse á nuestros ojos como cosa nunca vista; por consiguiente, sería una pretensión excesiva el intento de apropiarnos la preeminencia de una singularidad, que, dicho sea con franqueza, no nos pertenece.

Somos, por lo tanto, hombres como los de todos los siglos, modernos sin duda alguna, pero vaciados en el molde viejo. La sociedad que formamos no es ciertamente un conjunto que se salga del cuadro general de la especie humana para hacer rancho aparte, so pretexto de que es una especialídad en su género. Somos una sociedad pura y singularmente pagana, ignorándolo, y tal vez sin querer serlo.

Así es que los tipos que en ella sobresalen, dándole cierto aspecto de originalidad, son tipos antiguos, pasados en cuenta, conocidos en todas las épocas, por más que varíen los accidentes con que se nos presentan y las denominaciones con que se designan. Las especies son las mismas, aunque se parezca poco la manera de sus generaciones, digámoslo así, espontáneas, exclusivamente producidas por la fecundidad de nuestro siglo.

Mas á pesar de que cada una tenga su antigua y respectiva genealogía, la civilización que disfrutamos, vaciándolas en su molde particular, las reviste de cierta originalidad, que es, como si dijé-

ramos, el sello de la época, la fecha y la firma del tiempo presente.

Es presumible que si las generaciones que nos han antecedido en el curso de la vida levantaran la cabeza, sorprendidas por el espectáculo que ofrecemos, dudarían al pronto de la fidelidad de sus ojos, y creerían haber resucitado en un mundo que jamás habían conocido.

Al primer golpe de vista, no pasando de la capa exterior de las cosas, no se nos puede negar la originalidad. Somos unos personajes *sui generis,* cierto. Podemos hombrearnos entre nosotros mismos, ni más ni menos que si fuésemos los fundadores de un nuevo linaje humano. Nuestro aire de desdén hacia todo lo pasado; nuestro aire de protección hacia todo lo futuro, nos dan tan marcado aspecto de superioridad, que no podemos negarnos el valor de nuestra importancia en el mundo.

Casi estamos convencidos de que, suprimida nuestra generación, la especie humana permanecería aún en el estado elemental, rudimentario, de que la ha hecho salir nuestra presencia en el teatro de la vida. No sé por qué especie de revelación, hemos llegado á saber que están confiados á nuestras manos los destinos del mundo. Una omisión en el orden de sucederse las generaciones, un olvido involuntario que nos hubiese dejado como cosa perdida en el fondo de la nada de que hemos salido, y la rehabilitación del hombre sobre la tierra por medio de la civilización moderna, habría

sido imposible; porque, échese por donde se quiera, ¿qué sería del progreso humano sin nosotros?

Nadie nos disputa la singular preeminencia de haber venido á ser sobre la tierra el principio y el fin de todas las cosas. Los que nos han antecedido no han hecho más que vivir; nosotros hemos venido á crear, y los que nos sucedan se lo encontrarán todo hecho. Hemos aplazado algunas soluciones científicas para el día de mañana; pero no son más que unos cuantos problemas que se resolverán por sí mismos. Nuestra posteridad se pasará la vida mano sobre mano; podrá dormir á pierna suelta en el lecho de todos los placeres, y todo será entonces coser y cantar. La felicidad futura del género humano será obra nuestra.

El hombre, pues, de nuestro siglo descubre, en efecto, una fisonomía particular, ó, por lo menos, una expresión que, si es posible decirlo así, lo va señalando con el dedo. Su aire de superioridad y de suficiencia lo haría intolerable en cualquiera otro siglo, y he ahí, sin duda, por qué ha nacido en el suyo.

En cualquiera situación que se le sorprenda, de cualquier modo que se le mire, siempre nos da el mismo resultado:

Todo lo sabe; todo lo quiere y todo lo puede.

Parece que posee la tierra por derecho de conquista.

Si alguna vez se digna mirar al cielo, es como

el conquistador que contempla el arco de triunfo que ha levantado á su paso la victoria.

Pues ¿quién le tose á él teniendo, como quien dice, en su mano los adelantos del siglo?.... Corre como el rayo, vuela como el aire, y nada como las olas. Todo el espacio es suyo. Si no ha hecho ya excursiones á los diferentes planetas que giran sobre nuestras cabezas, es porque asuntos importantes lo detienen por ahora sobre la tierra, y el orden es indispensable en su sistema, en razón á que primero es una cosa y luego otra; porque su actividad no tiene tiempo para hacerlo todo á la vez; pero entretanto ha desamortizado el universo, sacándolo de las *manos muertas* de la Divinidad, y se ha incautado de la naturaleza como de casa sin dueño. La creación ya es suya, y puede ir de astro en astro y de planeta en planeta, como Pedro por su casa. Si pide la luna, habrá que dársela, puesto que le pertenece. Así lo ha innovado todo, y todo lo que nos rodea parece nuevo.

Es un ser original, casi extraordinario y casi increíble.

Tal es nuestro boceto.

IV.

ADVERTENCIA.

Del boceto rápidamente bosquejado en el capítulo anterior, salen, con ligeras alteraciones en el movimiento de las líneas y los contornos, la

variedad de fisonomías que nuestro siglo nos presenta con toda la originalidad que les corresponde.

Hemos convenido, con pasmosa seriedad, en que desde Adán hasta la Revolución francesa de 1789, el género humano ha venido andando á tientas, cayendo y levantando en el camino de su perfección, y sin dar en el clavo, esto es, sin encontrar la fórmula algo complexa con que resolver el arduo problema de lo que llamaremos la felicidad del hombre sobre la tierra.

Esta fórmula la ha encontrado al fin la filosofía en este *imperativo categórico :* REALIZA TU CREENCIA. Lo cual, traducido al castellano, quiere decir : Goza según tus apetitos, hasta que revientes. El gran mundo es el ejemplo vivo de este principio filosófico puesto en acción. Ahora bien : el principio nos empuja y el ejemplo nos atrae ; pero nos falta un tercer término indispensable para obtener la felicidad, que es la x del problema ; esto es, *la realización de la esencia.*

Este tercer término es el medio de ejecución, el requisito *sine qua non*, la realidad del oro. El oro, pues, como ahora ridículamente se dice, es el objetivo que atrae nuestras miradas y ocasiona nuestros afanes. Es, al mismo tiempo, el punto de apoyo y la palanca con que hemos de levantar hasta las estrellas el mundo de nuetra felicidad. Oro, y somos felices.

Pero bien : el oro no suele caer por la chime-

nea, y hay que buscarlo esté dondequiera, y hay que adquirirlo sea del modo que sea.

Tal es el resorte que da movimiento á las figuras que componen el cuadro propiamente dicho de la vida moderna. Así es que la primera figura que va á sonreirnos en las primeras páginas del libro que después de éste nos espera, es la del *Economista*, especie de mago, que por medio de conjuros científicos hace brotar por todas partes ríos de oro.

Detrás del *Economista*, nos guiñará el ojo el *Bolsista*, personaje absolutamente indispensable para el alza y baja de los fondos públicos, como lo son los *puntos* en las casas de juego.

Detras del *Bolsista* aparecerá el *Banquero*, como expresión de la ganancia en toda la plenitud de un bolsillo bien repleto.

Más allá, de la misma manera que la muerte está en el último término de la vida, encontraremos la figura sepulcral del *Espiritista*, gran evocador de espíritus, que habla con los muertos con la misma intimidad con que pudiera hablar con su vecino.

El hombre político es ciertamente el personaje más vulgar de nuestra época, y por lo tanto el que parece más propio de ella; pero presenta bastante originalidad para que pueda quedarse en el tintero.

Son muy curiosas las variedades que esta especie presenta, y conviene conocerlas.

Debajo del hombre político, como la semilla debajo de la tierra, descubriremos lo que debemos llamar *el tipo anónimo*, ser misterioso, que se multiplica en las entrañas de la sociedad, que lo sentimos y no lo conocemos; especie de mano invisible que penetra por todas partes; sombra realmente fantástica que se desvanece al tocarla, cuya existencia reconocemos, no en lo que deja, sino en lo que se lleva.

Necesitaremos una tercera serie para diseñar otras fisonomías no menos curiosas ni menos propias de nuestra época.

El *Orador* de nuestros días viene á ser poco más ó menos el sofista bizantino de los últimos días del bajo imperio, pero ofrece circunstancias particulares que le dan un carácter de actualidad incontestable.

El militar vaciado en el molde moderno merece también una estatua, un busto al menos en esta galería de especies contemporáneas.

Á pesar de que la sociedad formada por la civilización moderna arroja de su seno á los reyes, como arroja el mar los cadáveres de los náufragos, claro está, después de haberlos ahogado; todavía por la acción mecánica de un galvanismo especial, las testas coronadas se sobreviven, y, sea como quiera, andan, comen y duermen, únicas prerrogativas que las constituciones entrantes les conservan, y no es posible negarles aquellos contornos que más particularmente los determinan dentro del

cuadro de las fisonomías más propias de nuestro tiempo.

Al terminar este ligero volumen, hago la advertencia de lo que ha de verse en los sucesivos, para que el lector sepa con quién va á encontrarse. Teniendo en cuenta que debajo de estos bocetos no hay ningún nombre propio, porque yo no dibujo personas, sino especies.

HECHOS Y DICHOS

IDILIO PATIBULARIO

IDILIO PATIBULARIO

I.

NOEMIA LESCUYER.

No siempre ha de ser España el país de las cosas, porque, sin ir más lejos, al otro lado de los Pirineos hay unos vecinos que las suelen tener estupendas, y seríamos el pueblo más original de Europa si Francia no nos disputara con frecuencia el privilegio de las singularidades, colocándonos en la situación subalterna de simples imitadores. No nos queda, por lo visto, otra manera de hacer algún papel en la gran comedia del concierto europeo, y nos es absolutamente preciso vivir en los cultos tiempos en que vivimos.

Nos hallamos en presencia de uno de los casos en que la nación vecina tiene indisputable derecho á mirarnos por encima del hombro, y en este punto no nos queda más remedio que bajar la cabeza y

seguir formando á la cola de la civilización que nos perfecciona. Confesémoslo ingenuamente: todavía no hemos llegado á las últimas alturas, porque en el orden llorón del sentimentalismo trascendental estamos aún en mantillas.

Es cierto que cada uno puede hacer de su sensibilidad el uso que tenga por conveniente, y si la vida teatral que nos damos no nos proporcionara alguna vez que otra ocasiones en que poder derramar algunas lágrimas, sería cosa de morirnos de risa.

Es evidente que el desorden de las ideas trae siempre consigo el extravío de los sentimientos, ó, lo que es lo mismo, el sentimiento moral se pierde á costa del sentido común. Así es que la perversión, que cunde por todas partes, cuenta con la inmensa complicidad de muchas gentes, que, en honor de la verdad, no quieren ser malas, pero que, en último resultado, no saben bien ser buenas; gentes pervertidas de buena fe y dominadas por lo que me atrevo á llamar el mal gusto de los sentimientos.

Esta subversión de los afectos, esta revolución hecha en la ternura de los corazones sensibles, causa grandes estragos en las mujeres, y principalmente en aquellas que la fortuna ó la desgracia ha colocado más cerca de las disipaciones de la vida.

Perdónenme la audacia de la frase en que se me presenta hecho el resumen de todo mi pensamiento, en gracia de la exactitud que encierra y

de la franqueza con que lo digo: el mal ha encontrado su auxiliar más poderoso en el vulgo de los buenos; vulgo tan vulgo en los palacios como en las calles.

El asunto que me tiene en este momento con la pluma en la mano, reune todas las circunstancias necesarias para conmover nuestro ánimo. Por una parte es novelesco, y por otra histórico; es á la vez dramático y jurídico; pertenece á un género enteramente nuevo, que podemos designar con el nombre de *idilio patibulario*. ¡Nada más tierno ni más terrible! Los periódicos nos han traído la relación del caso, que en efecto merece ser conocida, aunque sea triste conocerla.

María Antonieta Noemia Lescuyer es una hermosa joven de diez y ocho años, rubia, que vive en Grandpré, ejerciendo tranquilamente el oficio de costurera. Si á una mujer joven y hermosa, y además costurera, que supone cierta comunicación frecuente con los espejos, le es permitido ignorar su juventud y su belleza, convendremos en que Noemia Lescuyer ignoraba que era hermosa y joven; pero he aquí que Bruno Huaux, cordonero, establecido también en Grandpré, tiene ojos en la cara, y, por lo visto, un corazón demasiado sensible á los encantos de la juventud y de la belleza.

Es de suponer que Huaux presentaría formalmente sus pretensiones, acompañadas de todas las protestas y juramentos convenidos para estos casos, y es de presumir que Noemia los creería á

puño cerrado, porque en este punto la credulidad de las mujeres es incorregible; y por esas impaciencias tan propias del corazón humano, quieras que no quieras, se apropiaron mutuamente antes de pertenecerse. Y véase aquí el caso frecuente de las seducciones: ella fué débil antes que él tuviese tiempo para ser inconstante. ¡Cuántas veces la inconstancia de los hombres es obra de la debilidad de las mujeres!

Es un fenómeno muchas veces repetido que la mujer apele, como á su única fuerza contra las veleidades del corazón del hombre, á los encantos del rostro, á los meros atractivos de la persona, cuando, en realidad, toda su fuerza consiste en las virtudes. Las alucinaciones de los sentidos son por su naturaleza pasajeras. Si el amor no es más que un apetito, el hombre no es más que una bestia.

Noemia fué débil, y Huaux, no queriendo ser menos, fué inconstante; dos debilidades, dos miserias humanas que andan por el mundo casi siempre juntas. Ella pensó que había sido engañada: ¿cuándo? ¡Cruel contradicción! En el momento mismo del desengaño. Él pensó en casarse: ¿con quién? ¡Terrible lógica! Sin duda con una mujer más fuerte ó menos débil que Noemia.

Noemia en Inglaterra habría mirado las cosas por un lado más positivo; habría acudido á los tribunales, y el inconstante Huaux no hubiera tenido más remedio que pagar su seducción con unas cuantas libras esterlinas. La mujer inglesa puede le-

vantar muy alta la frente, sean las que quieran las fragilidades de su vida, porque las indemnizaciones en metálico ponen su honra á cubierto de toda sospecha. Así, si Eva hubiera sido inglesa, es posible que Inglaterra se creyera todavía en el Paraíso.

Noemia en Francia pensó de otro modo, y desde luego creyó que el matrimonio de Huaux no se verificaría. ¿Por qué? En España no es todavía enteramente libre el seductor. Aún las leyes conservan cierto espíritu hidalgo que las obliga á amparar el honor de la mujer seducida; pero la heroína del caso que refiero se hallaba en Grandpré, y ¡quién sabe con qué títulos podía reclamar el cumplimiento de la promesa hecha por el hombre que la había engañado!

Ello es que pensó más en su venganza que en su virtud, y, lo que sucede siempre, se acordó de su inocencia después de haberla perdido. Las pasiones tienen también su literatura, y la pasión que agitaba el corazón de Noemia Lescuyer pertenecía decididamente al género romántico. La virtud le hubiera ofrecido por todo consuelo la resignación y el arrepentimiento; pero ella quería ir más allá, añadiendo el crimen á la culpa.

Huaux ignoraba, por lo visto, que en aquellos diez y ocho años llenos de belleza y de vida, no era todo fragilidad, y que, debajo de las debilidades del amor, se ocultaban todas las fierezas del odio. ¡Y qué contrastes ofrece el mundo! Ella se encontraba con el desengaño de una ingratitud; él con la

muerte, que es el último desengaño de la vida. Huaux, pues, no conocía á Noemia, así como Noemia no lo había conocido antes. Se habían amado sin conocerse.

Una tarde salió el ingrato de un café que probablemente tendría costumbre de frecuentar, y, como el ratón en la boca del gato, se metió en una calle obscura y desierta, á cuyo extremo lo esperaba la víctima de su inconstancia. Noemia estaba allí como la muerte está en todas partes. La mano de la costurera sabía, por lo visto, manejar el puñal con la misma destreza que la aguja, y Huaux se vió, en un abrir y cerrar de ojos, cosido á puñaladas.

Hasta aquí el relato no ofrece ninguna circunstancia extraordinaria. Un amor, una culpa, un crimen....: este es el orden rara vez alterado. De todas maneras, el hecho debió causar en Grandpré sensación profunda, y en algunos días es seguro que no se habló de otra cosa. Pero, ¡ya se ve!, el Tribunal de Assises de Charleville, que hasta entonces había creído que un asesinato es un crimen, se puso muy formalmente á averiguar la verdad del caso, y, una vez instruido el proceso, se encontró con que María Antonieta Noemia Lescuyer, costurera, había asesinado á Bruno Huaux, cordonero, con premeditación y alevosía, porque esta infeliz criatura tuvo la impremeditación de creer en los falsos juramentos de Huaux. A los diez y ocho años, el corazón tiene necesidad de creer en algo, y acaso la desventurada Noemia no creía en otra cosa.

II.

EL TRIBUNAL.

L aspecto dramático del suceso no podía menos de conmover al público, y en la imaginación extraviada de la multitud la figura de la culpable comenzó á tomar las proporciones del heroismo. Muy bien: pero ¿y el tribunal?.... El tribunal examinó los testigos, leyó la acusación, oyó el informe fiscal y la defensa.... Vió claramente que Noemia, por celos ó por venganza, por amor ó por odio, había asesinado á Huaux, por sorpresa, al volver una esquina, en medio de la soledad de una calle obscura; y haciendo de su capa un sayo, absolvió á la procesada y se vió coronado de aplausos por la numerosa concurrencia que había asistido á los debates, y Noemia Lescuyer fué inmediatamente sacada de la cárcel en triunfo.

Realmente, una pobre muchacha de diez y ocho años, engañada por las promesas de un hombre, es, sin duda, digna de compasión y de amparo, por más que ella misma haya sido cómplice de su seductor; pero esa misma joven de diez y ocho años, bella como Venus y rubia como el oro, que medita largo tiempo el asesinato y lo consuma con todas las circunstancias de la venganza, es, diga lo que quiera el sentimentalismo de esta época sin sentimientos, una figura repugnante. Su juventud, su belleza, su pasión misma no tiene fuerza para disculparla. No es el arrebato súbito de la pasión exaltada, es la sangre fría de un rencor calculado. No es el sentimiento del honor ofendido, porque un crimen no borra una falta; una debilidad humilla, avergüenza, pero el delito deshonra.

Mas dejemos á la multitud, siempre ansiosa de espectáculos y novedades, el honor de esa apoteosis. ¿Quién duda que la explosión de sus aplausos habrá encontrado eco en los calabozos de las cárceles y bajo los sombríos techos de los presidios? Y ante la unanimidad de semejante ovación, ¿qué hemos de hacerle? Así se verifica la unión de todos los corazones en un mismo sentimiento. Alguna vez había de llegar el caso en que las gentes honradas hicieran públicamente la causa de los criminales. Si bien se mira, el caso no es absolutamente nuevo; la política ha divinizado ya todos los crímenes: ¿por qué la sociedad ha de ser menos?

Enhorabuena; nosotros, á título de multitud, somos irresponsables. ¡ Irresponsables !.... Acaso llegue un día en que la maldad nos ajuste la cuenta de lo que debemos en razón de lo que le damos. Entretanto, quiero decir que hemos convenido por pura sensibilidad en que el mal tiene derechos. La escena debió ser, en efecto, conmovedora, pues se puede decir que ha conmovido hasta el último fundamento del orden social. ¡ Qué espectáculo !

¿ Y qué hacemos con el tribunal de Assises de Charleville ? ¿ Nos será lícito acusarle ante el sentimiento moral de la justicia humana, sin que se vuelvan contra nosotros las lágrimas del auditorio enternecido y los aplausos del concurso entusiasmado ?.... Pero no; el tribunal de Charleville, en su calidad de jurado, no ha sido más que una continuación del público, la comisión nombrada por el vulgo de todas las clases para rendir el homenaje de la absolución ante la figura simpática y encantadora del asesinato. Al condenar Pilatos al Justo, al Hijo de Dios, se lavó las manos en agua en el balcón del Pretorio delante del pueblo amotinado; el tribunal de Charleville, al absolver al asesino en la persona de Noemia Lescuyer en presencia del público enternecido, se ha lavado también las manos; pero se las ha lavado en sangre.

¿ Por qué hemos de ocultarlo ? El veredicto absolviendo á la culpable es, en resumen, la sentencia de muerte moral dictada contra la justicia por su mano; y establecido este principio, los tribuna-

les no son ya más que artículos de puro lujo. Un crimen trae otro crimen : el asesinato de Huaux ha producido el suicidio del tribunal de Charleville.

No es, sin embargo, una sentencia de todo punto arbitraria, porque, en fin, ¿ qué es lo que el tribunal declara? Declara sencillamente que Huaux ha sido muy bien asesinado. ¿ Y qué ? ¿ Acaso no es cierto ? Las puñaladas asestadas por la mano inocente de Noemia, ¿han podido ser más seguras, más certeras ni más profundas ? ¡ Qué más podía pedirse á tanta debilidad, á tanta juventud y á tanta belleza !

Aquí todo es completo : Huaux que seduce, Noemia que asesina, el jurado que absuelve y el público que aplaude enternecido. ¡ Dios mío ! ¡ y aún hay salvajes en el Congo !

EL BANCO

EL BANCO

I.

LOS BILLETES.

DESDE el momento que pronunciamos la palabra *Banco*, ocurre espontáneamente la idea de tomar asiento; y en las actuales circunstancias, y tratándose del Banco de España, no deja de ser lisonjera la perspectiva de tener al menos donde sentarse; porque, sea la que quiera la urgencia con que la ruinosa prosperidad en que nos encontramos nos empuje á la posesión definitiva y permanente de todos los bienes de la tierra, ello es que el Banco, demasiado grave por el peso auténtico de sus crecientes ganancias, no puede seguirnos con la loca precipitación que deseamos en el camino de la riqueza universal. Tomemos,

pues, las cosas como son, y en presencia del Banco de España detengámonos é imaginemos que ese es su nombre de guerra, su designación teatral, el nombre que, digámoslo así, lleva en el siglo, y cuyo sentido intimo, cuyo sentido familiar, debe ser este: Banco de la paciencia.

No hay que impacientarse, porque las cosas no salen á medida de nuestro deseo, y al fin y al cabo preciso será reconocer que una suma enorme de millones de pesetas lanzada á la circulación en la frágil forma de billetes, es, sin duda alguna, un sueño de oro, pero sueño del que hay que despertar de vez en cuando. El remedio contra semejantes eventualidades consiste en cerrar los ojos y volver á dormirse, porque no hay que darle vueltas al gran edificio del Banco de España, en razón á que, ¿cómo han de subir los billetes á las alturas mercantiles del Banco, cuando precisamente están en baja? Francamente: ¿se puede obligar á tan por deroso establecimiento á que recoja lo que potodas partes se desprecia? Cuando nadie quiere los billetes del Banco, ¿ha de ser el mismo Banco el que los tome?

Y, en realidad, si en materias fiduciarias puede haber realidad alguna, ¿qué significa la depresión que los billetes del Banco experimentan? Significa que el público no las tiene todas consigo, que teme una salida de pie de banco, que no le llega la camisa al cuerpo, y pide no sé qué fabulosas cantidades de millones que se ha empeñado en creer que

son suyas. Esto es recelo, desconfianza, ultraje. ¿Y qué se pretende? Se pretende...., ¡friolera!, que el Banco, por la bella cara del público, pague á toca teja y duro sobre duro el desprecio que se hace de sus billetes. ¿Y cuándo se le quiere imponer este doble sacrificio á su dignidad y á su cartera? ¡Qué locura!.... ¡Cuando sus acciones obtienen un premio de ciento noventa y cuatro por ciento!.... Esto es inaudito.

Vosotros, simples tenedores de billetes, queréis que el Banco tire por la ventana el triplicado valor de sus acciones, para recoger de vuestras manos un papel que vosotros mismos despreciáis. «Es suyo», decis. ¡Suyo!.... Pues bien: si es suyo, ¿cómo pretendéis que lo pague? Fijémonos bien en este punto que la cuestión ofrece. Si los billetes del Banco son del Banco, no tiene el Banco por qué pagarlos; si son vuestros, ¿por qué ha de ser el Banco el que los pague?

¡Ah! Sí; seamos razonables. Esos billetes salieron del Banco en todo su valor; tendisteis ávidamente las manos para recogerlos, y tomasteis diez por diez, ciento por ciento, mil por mil; ningún descuento os impuso la generosidad del Banco al aligerar vuestros bolsillos del incómodo peso del dinero, sustituyéndolo con la comodidad de los billetes. ¿Qué sucede ahora? Sucede que en vuestras manos esos mismos billetes han ido perdiendo, primero el uno, luego el dos, después el tres por ciento; y así, ni más ni menos, con vuestras ma-

nos limpias, como si no hubiera más que llegar y besarla durmiendo, queréis que el Banco os abone ese tres por ciento que entre vuestras mismas manos han perdido los billetes. La cantidad que cada uno de ellos representa, ahí la tenéis inalterable como la palabra del Banco, impasible como el Banco mismo, cien veces y de cien maneras repetida, indeleblemente grabada sobre el papel, como si se hubiera querido imprimir en ella un valor inmutable y eterno. ¿Qué os falta? ¡El tres por ciento! Pues bien: yo pregunto: ¿qué habéis hecho de la diferencia? ¿Pretendéis que pague el Banco lo que vosotros habéis perdido?

¡Vuestro dinero!.... ¡Ah! ¡Vuestro dinero! Sí; el Banco viene á tener en metálico catorce millones de pesetas; en la Casa de la Moneda veintinueve ó treinta millones en barras de oro y plata, lo cual quiere decir que el Banco no se para en barras, y sólo se ha reservado la barra de hierro con que atranca la puerta para que no entren los billetes: tiene además en cartera trescientos millones. Todo esto es activo; millones continuamente ocupados en sí mismos, sin que sea posible distraerlos de su asidua tarea. Por eso, volviendo los ojos al capital pasivo, nos encontramos con ciento siete millones en billetes, que andan buscando por esos mundos tres millones de pesetas que hace dos meses pierden casi diariamente de una mano á otra.

¡Vuestro dinero! ¡Valiente cobarde es vuestro

dinero! Se esconde en el momento en que averigua que el papel pierde valor. El dinero que todo lo puede, y el papel que todo lo quiere: he ahí los dos héroes del gran poema de nuestra prosperidad. Á lo menos, el papel, cuando más valor pierde, es cuando menos se esconde.

Pero bien: ¿qué hace el Banco?

Vamos á verlo.

II.

LAS ACCIONES.

NTE todo, entendámonos: en el nuevo orden de las jerarquías humanas, lo que hay que ser ya en el mundo es Banco; pero sobre ser Banco, hay todavía más: ser Banco de España. Por de pronto, no tiene rival ni semejante, en atención á que es único; posee una naturaleza realmente privilegiada, y es inviolable. ¡Ya se ve!: la prosperidad consiste en esa feliz combinación de circunstancias que se tejen alrededor de nuestros negocios. Para una araña, por ejemplo, la prosperidad es la tela en que se envuelve, y una vez tendida la red, no tiene más que cruzarse de brazos y esperar el momento oportuno. Pues bien: al Banco le sonríe la prosperidad por todas partes; todo se lo encuentra hecho, y, claro está, no hace nada.

No se crea por esto que se pasa la vida mano sobre mano.

« Divide y reinarás », ha dicho la sabiduría de las naciones; y si este principio, aplicado á la política, va siendo el fin de los reyes, merced á las luchas de los partidos, ó, lo que es lo mismo, al juego de las instituciones, aplicado á los vastos negocios de la alta banca suele dar felices resultados; y he aquí que, á lo que se ve, el Banco lo aplica á dos manos, es decir, por partida doble, porque el alma de los Bancos es el *dividendo*. Así se ve que divide entre los accionistas respetables intereses, al mismo tiempo que divide entre los tenedores de billetes descuentos también respetables.

¿Qué más puede pedírsele?

Conviene no desconocer la naturaleza de las cosas para no perderse en el laberinto de esta sencillísima cuestión de toma y daca. Decir *activo*, es tanto como decir acción, y por eso el dinero, que es el capital más positivo, va naturalmente detrás de las acciones. El papel es el capital pasivo, esto es, el que padece, y por eso tiene que sufrir siempre las mutilaciones de los descuentos. Las acciones son hechos, más bien, dinero; los billetes son valores imaginarios, mejor dicho, papel. Ahora bien: diez y nueve por ciento de ganancia á las acciones, tres por ciento de descuento á los billetes. Tal es el orden equitativo que nace de la naturaleza de las cosas.

El valor de las acciones determina lo que el

Banco tiene, y la suma de los billetes representa lo que el Banco debe. Muy bien; pero entre los simples mortales, el que la hace la paga, y el privilegio del Banco consiste, por lo visto, en hacer los billetes y no pagarlos. Perfectamente: el verdadero balance resulta del movimiento acompasado y opuesto de esas dos cantidades: las acciones suben y los billetes bajan.

Y, en resumen, ¿de qué se trata? Es muy sencillo. Se trata de que el Banco recoja de la circulación doscientos millones de billetes. ¿Por qué? Porque el valor de los billetes disminuye en las manos de los tenedores. Vamos á cuentas. ¿Qué puede querer el Banco? Justo es reconocerlo: querrá disminuir su deuda hasta acabar con ella.

Pues bien: ó los números no son números, ó el descuento de los billetes disminuye la deuda del Banco; y ¿cómo se quiere que el Banco recoja por todo su valor nominal una deuda que ha empezado muy formalmente á extinguirse por sí misma en las manos de los tenedores?

Yo no sé cómo comprender el movimiento económico de nuestro siglo. No hace mucho tiempo que la desamortización era la fórmula substancial que contenía las inagotables fuentes de la riqueza pública, y cuantiosos bienes fueron inmediatamente arrancados del dominio de las manos muertas, y repartidos como se reparte el botín entre los vencedores.

Se declararon manos muertas las manos de la

Iglesia, las manos de los pueblos y las manos de los pobres: la Iglesia, los pueblos y los pobres, precisamente lo que más vive, lo que nunca morirá entre los hombres, y se vendieron los bienes de la Iglesia, los bienes de propios y los bienes de beneficencia. En el furor de las enajenaciones, llegamos hasta la enajenación mental. Tiramos textualmente la casa por la ventana, y, justo es confesarlo, ¡la desamortización hizo correr ríos de oro!

Mas las cosas son, por lo que vemos, tan inconstantes como los hombres, y á la vuelta de pocos años nos encontramos con que detrás de la desamortización que nos salvaba de la miseria, se escondía la amortización como único recurso que puede salvarnos de la ruina. Desamortizar era entonces la palabra creadora; amortizar es hoy la palabra salvadora. ¡Qué irrisión de las cosas! Apenas acaba de ser todo desamortización, cuando es preciso consagrar grandes sumas á la angustiosa tarea de amortizar. Diríase que toda aquella riqueza de la Iglesia, de los pueblos y de los pobres, que nos apropiamos á título de manos vivas, no eran nuestras, y de la noche á la mañana, al hacer el balance de nuestra prosperidad, vemos que todo se ha convertido en deuda. Aquella pingüe testamentaría de que fuimos herederos verdaderamente forzosos, ha venido á convertirse en un concurso de acreedores.

El caso en que el Banco se encuentra ante sus

billetes es el caso en que se encuentra lo que todavía nos permitimos llamar riqueza pública. Por medio de sucesivas emisiones de billetes, especie de desamortizaciones verificadas sobre las manos muertas del público, entraron en la circulación cuatrocientos millones llovidos del cielo; mas á una vuelta del dado de la fortuna, la perspectiva se desvanece y la realidad se presenta; y la realidad aquí son cuatrocientos millones en billetes que no encuentran modo de realizarse, y la palabra fúnebre, saliendo á la vez de todas las bocas de los tenedores, acomete al Banco, gritándole: amortiza, esto es, mata; más sencillamente dicho, paga.

Queremos que el Banco, que es todo salud y vida, corte la existencia de cuatrocientos millones de billetes que han nacido de sus entrañas. ¡Ah! Somos demasiado crueles. Cualquiera que sea vuestra opinión acerca del Banco, no tenéis derecho á creer que semejante ingratitud entre en el orden de sus elevadas acciones.

En verdad, sólo pretendéis que el Banco cambie, como si se tratara de un ser frívolo, inconstante, sujeto al capricho de todas las inconsecuencias. El Banco es una entidad grave, seria, formal, mesurada, que sólo se permite los menos cambios posibles.

La situación de las cosas viene á ser esta: el descuento de los billetes permanece en pie delante del Banco, y yo pregunto: ¿por qué no se sien-

ta ? Así , á lo menos , podríamos decir : queda sentado.

Voy á pronunciar acerca de este asunto mi últitima palabra : ¿queréis un gran consejo?.... Pues bien: ahí tenéis el Consejo del Banco.

CUENTA CORRIENTE

CUENTA CORRIENTE

I.

HABER.

Se consideraba antes la economía como una especie de virtud ; la honradez de no gastar más de lo que lícitamente se tiene, ha sido por espacio de muchos siglos el punto de vista económico de la vida de la familia. Sea la que quiera la trascendencia de este problema, se ha resuelto siempre, como en un terreno propio, entre las cuatro paredes del hogar doméstico ; no había pasado de ser una cuestión casera, reducida á la sencillez de estos dos términos : «comer para vivir». Mas ha dejado de ser virtud para pasar á ser ciencia, y he aquí que se ha convertido en vicio. «Vivir para comer», este es, en realidad, el caso económico en que nos encontramos.

Definiremos para entendernos : la economía

propiamente dicha es la templanza; la economía científica ó moderna es la gula; la primera es el freno de todos los apetitos desordenados; la segunda es la satisfacción continua de todos los apetitos sin freno. Aquélla tenía por objeto las necesidades materiales de la vida; ésta tiene por único fin todas las disipaciones del mundo. El bien material del hombre era, digámoslo así, un saco que se llenaba fácilmente; ahora el bien material del hombre es también un saco, pero un saco roto.

Aquella economía ramplona, rutinaria, empírica, no salía del círculo estrecho de las meras necesidades de la vida; hoy es una ciencia:

Ciencia de la riqueza.

Ciencia del valor.

Ciencia de los intereses materiales.

Ciencia del cambio.

Ciencia del trabajo y de su remuneración.

Ciencia de las leyes del mundo industrial.

Ciencia de la producción, de la repartición y del consumo.

Ciencia, en fin, independiente de la moral.

Averiguado todo esto, y principalmente lo último, es indudable que estamos en las puertas mismas de Jauja, ó que tenemos en nuestras manos la gallina de los huevos de oro. Y, en verdad, ¡quién nos tose con tanta ciencia!.... A fuerza de investigaciones económicas hemos llegado á poseer el secreto de transformarlo todo en dinero. Los antiguos alquimistas se quemaron las cejas inútilmen-

te, buscando en la naturaleza ocultas combinaciones que diesen por resultado oro puro, sin presumir que la pingüe novedad de ese secreto estaba reservada á nuestro siglo, y que aquello que entonces se llamó Alquimia, había de llamarse ahora Economía política.

Realmente, la prosperidad pública parecía estancada en las manos muertas de ese conjunto de deberes morales que se ha apropiado el derecho de ordenar las verdaderas relaciones del hombre con los bienes creados; principio fundamental de una economía, en la que los intereses materiales son, ante todo, un medio necesario para ir viviendo, que proscribe la codicia, impone la caridad y exige la paciencia; sistema económico que se funda sencillamente en el ejercicio de todas las virtudes, como si la virtud hubiera sido alguna vez dinero.

No era posible dejar por más tiempo á la riqueza, que todo lo puede, en manos de la moral, que todo lo quiere.

El dinero, expresión compendiosa y fórmula corriente de todos los valores, necesitaba un bolsillo más hondo, y apeló al holgado recurso de una conciencia más ancha.

¡Cuartos! ¡Cuartos! ¡Cuartos! Esa es la síntesis científica de la nueva economía....

En el orden de los descubrimientos humanos, esta ciencia ocupa el lugar que legítimamente le corresponde.

Ha nacido casi espontáneamente, en el momen-

to mismo en que era más necesaria; ha venido á ser como una indemnización que nos compensa de los sacrificios morales que la vida del mundo moderno nos exige. Casi es un negocio lo que hemos hecho, y me atrevo á decir que un negocio redondo.

Nuestro contrato con la civilización en que vivimos consiste en un simple cambio de toma y daca. Dame degradaciones y toma placeres, véndete para ser libre, envilécete para ser dichoso; y, sea como quiera, ello es que se han abierto á la producción, á la repartición y al consumo nuevas fuentes de riqueza. No podemos negar el testimonio de nuestros sentidos, porque es patente el espectáculo universal del lujo que nos deslumbra. La superficie que se nos presenta no puede ser más brillante, ni más popular el fausto.

Vivimos como príncipes, porque aun cuando todavía no hay palacios para todos, difícilmente se encontrará un hombre que no lleve en su imaginación la realidad inmediata de un palacio. El palacio es el bello ideal de nuestros días, el objeto de las más vivas aspiraciones y el fin supremo de la vida. Más allá de esa ostentosa perspectiva que reune todas las realidades de nuestras esperanzas, nada vemos, nada distinguimos, y, lo que es más, nada deseamos. ¡Cuán original es el contraste que ofrecemos: la democracia en las costumbres, en las ideas, en las constituciones políticas; la aristocracia en los deseos!.... Es á la vez extraño y admirable el movi-

miento encontrado por medio del que se realiza el bienestar del género humano; conforme se extinguen las jerarquías, se aumentan los palacios; en la misma proporción en que se anulan las potestades, crecen los potentados: como si dijéramos, el palacio del duque de Abrantes pasa á ser palacio de *La Correspondencia;* la gloria de una estirpe se aparta para que pase el éxito de una industria: aquélla es la verdad de una historia; ésta es la mentira del día: aquélla se ha perpetuado de siglo en siglo; ésta se ha hecho cuarto á cuarto.... Aquéllo será el honor; ésto es la ganancia.

Un palacio lo tiene cualquiera: se puede decir que está al alcance de todas las fortunas, y, sobre todo, al alcance de todos los deseos. ¿Quién no lo apetece? Y aún se puede añadir: ¿Quién no lo alcanza? Sin embargo, hay gentes que todavía no han acertado á salir de las cuatro paredes de su casa; pero viene á ser lo mismo, porque el que no posee un palacio lo sueña, el que no lo tiene lo busca, y el que lo busca lo espera. ¿Por qué no? El desarrollo de la riqueza ha llegado á un punto realmente fabuloso; los *hoteles* caen ya por las chimeneas. ¡Soberbio absurdo! *Hotel* es una palabra francesa que encierra tres sentidos análogos: es al mismo tiempo la *toilette*, el *ménu* y el *comfort;* las tres necesidades definitivas de la vida moderna; más aún: la vida misma. Sin estos tres requisitos, acaso nos sea permitido respirar, pero nos será muy difícil vivir. Desde el momento en que apareció en el

mundo civilizado la figura familiar del rey ciudadano, los ciudadanos fueron realmente los reyes, y en esta combinación de majestades, todos queremos palacios; de manera que el ansia de lujo que nos devora no es solamente una necesidad apremiante de nuestra vida, ni un rasgo económico de nuestro siglo; es, á mayor abundamiento, un derecho, y no así como quiera, sino un derecho constitucional. Para conocer toda la fuerza de prosperidad que en sí encierra, basta advertir de qué modo se han multiplicado los palacios á la sombra de las constituciones. Y, ¡cosa tan natural como admirable!, cuanto más democráticas son las constituciones, mayor es el número de palacios que, digámoslo así, surgen del cieno de la tierra.

Y bien: no todos hemos conseguido la realización del sueño dorado de nuestra época; al menos, así lo parece á primera vista; mas si prescindimos de la humilde apariencia de las casas y penetramos un poco en el fondo de las cosas, veremos que el palacio, si no está en la grandeza arquitectónica de la fachada, ni en la suntuosidad de las habitaciones, está perfectamente delineado en las costumbres. Cada casa viene á ser en pequeño el plano del futuro palacio, porque el lujo palpita en el seno mismo de la pobreza: se puede omitir lo necesario; pero ¿quién se priva ya de lo superfluo? El lujo no consiste tanto en la seda que cruje, en la alfombra que ahoga los pasos, en el ébano siempre de luto, en el mármol siempre frío, en el oro

amarillo como la envidia, en los diamantes duros de corazón como la soberbia. No: el verdadero lujo consiste principalmente en las disipaciones, en los desvanecimientos de los placeres, en el refinamiento de las costumbres, en los vicios. Encontraréis pobrezas, descubriréis miseria, veréis hambre; pero jamás modestia, humildad nunca; llevamos el lujo en los apetitos. En cada casa hay un palacio, lóbrego, estrecho...., bien; pero palacio: palacio doblemente lujoso, en razón á que se gasta lo que no hay y se derrocha lo que no habrá nunca. Allí se levanta también viva, urgente, implacable, la necesidad de la *toilette*, del *ménu* y del *comfort*.

Esta opulencia se percibe claramente en los pormenores del vestido y en los adornos de la persona. Yo no acierto ya á distinguir una mujer de una señora; todas resultan cortadas por el mismo patrón, y vestidas por la misma modista, y peinadas por el mismo peluquero. La diferencia estará en el valor de las telas, pero, entretanto, todas parecen princesas más ó menos destronadas: unas casi lo son, otras quieren serlo. Semejante mancomunidad de faldas y sobrefaldas, de colas y de cogidos, es como la marea del lujo que baja en ondas de encaje y sube en ondas de lana.

Pero, mientras los prodigios económicos no entregan á cada uno las llaves del hotel que le corresponde, se ha cuidado con atenta solicitud de rodear á la familia humana de todas las satisfacciones

de la opulencia. Las grandes poblaciones se abren delante de nosotros, como inmensos palacios destinados á hospedar una raza de reyes, animando los impulsos del fausto particular con las espléndidas manifestaciones del fausto público.

Bien puede la miseria darse con un canto en el pecho, en señal de regocijo, porque, sean las que quieran las estrecheces de su vida y las angustias de su pobreza, no le han de faltar jardines en que entretener sus necesidades, paseos en que recrear sus pensamientos, espectáculos de puro lujo donde alimentar el afán de la riqueza.

En las aldeas apartadas de la corriente del siglo, en los campos alejados de los esplendores del mundo, encontrarán probablemente los aficionados á antigüedades, familias ignoradas, que creen vivir contentas con el pan nuestro de cada día, el trabajo diario, el sol de todas las mañanas y el sueño de todas las noches; sin más lujo que el de la tierra que florece bajo sus plantas, y el del cielo que se extiende sobre sus cabezas. Pero aquí, en medio de tanta opulencia, en el foco mismo de tanta grandeza, ¿quién puede haber que se resigne á ser pobre? Económicamente considerado el caso, ¿quién duda que este estímulo continuo que empuja á los goces materiales de la vida, no ha de despertar el ansia de la riqueza y el horror al trabajo, abriendo á la prosperidad pública esa serie de industrias con las que tantos caracteres se envilecen y tantos bolsillos se llenan? No es posible trabajar

para vivir, donde todo nos sale al paso y nos grita : vivir para gozar.

Aquí, aunque sea en comandita, ello es que al fin tenemos el palacio con que soñamos. La casa podrá ser estrecha, obscura, realmente pobre; pero, ¿qué es en resumen la casa? El rincón donde nos escondemos por algunos momentos, espacios que se encuentran entre los bastidores que forman la gran decoración del mundo, escondrijos de la vida, refugio contra los acreedores siempre modestos. El palacio lo tenemos fuera de nuestras casas: en los casinos están nuestros salones, en los cafés tenemos los gabinetes en que recibimos á los amigos de más íntima confianza.

—¿Dónde vive V.?

—¿Yo? ¡Bah!.... vivo donde todo el mundo.... ¡Psh! De una á cinco, en el café; desde las nueve de la noche á las tres de la mañana, en el Casino.

Hay muchas gentes que no viven en otra parte: las citas en los cafés, las entrevistas en los casinos, las comidas en las fondas; en las casas no se encuentra á nadie; nadie está nunca en su casa. Las casas, pues, son inútiles para los hombres; son un recuerdo tradicional de la familia, pura arqueología, y sólo se conservan como una necesidad de las calles. Tenemos la *toilette* en la peluquería, el *ménu* en Lardhy ó en Fornos, el *comfort* en el Casino; el coche le tenemos siempre á la puerta. ¡Oh prosperidad inaudita! Todos tenemos coche.

Mientras llega el momento económico en que cada uno posee un palacio particular, ¿no hemos de contentarnos con el usufructo de este palacio común en que todos habitamos? La cuenta es clara, y el haber de lujo que arroja esta primera página del libro de nuestra prosperidad no puede ser más satisfactorio : la industria hace prodigios, el comercio maravillas, el negocio milagros. Por una parte, todo es placer; por otra parte, todo es fausto.

¡Qué diferencia! Hace dos siglos todo se justipreciaba por maravedises; hoy todo se valora por millones. Podemos decir que corren delante de nuestros ojos ríos de oro. ¡Qué actividad en la producción! ¡Qué movilidad en la repartición! ¡Qué rapidez en el consumo!.... Todo es dinero...., porque todo se compra y todo se vende; todo se alquila y todo se negocia.

Detengámonos aquí á contar la enorme suma de nuestras ganancias, y otro día volveremos la hoja.

II.

DÉFICIT.

«La miseria de las clases obreras ha venido á ser la gran cuestión de la época actual, y que es á la vez inmensa y abrasadora.» Así se determina á confesarlo un eminente economista. Otro, igualmente ingenuo y no menos eminente, se descuelga diciendo: «La miseria crece al par con la grandeza misma de Inglaterra. Por todas partes vemos magníficos palacios, á los que nada en el mundo puede compararse. Para amueblarlos y adornarlos se han puesto á contribución todos los climas. ¡Qué no podríamos decir de esas mullidas alfombras, de esos ricos y gruesos cortinajes, de esos suntuosos lechos, de esos espléndidos trenes, en una palabra, de esos refinamientos de magnificencia á que no se había aproximado el

esplendor de los tiempos antiguos! Pero mirad detrás de todo ese aparato de lujo. ¿Qué es lo que veis? Un pueblo agobiado de miseria y de dolor ».

Canning, también economista, pero más sensible, se aflige ante el espectáculo que le ofrece la Gran Bretaña, donde, por una parte, ve riqueza y lujo sin límites, y, por otra, el aniquilamiento de millares de seres humanos amontonados en cuevas y en madrigueras sin sol y sin aire; y casi enjugándose las lágrimas, exclama: « La miseria, el hambre y la abyección á la vista de nuestras suntuosas viviendas y de nuestras inagotables profusiones, nos chocan más que ninguna otra miseria del mundo ».

Miguel Chevalier no se muerde tampoco la lengua, y acude también á declarar como testigo en el pavoroso concurso de acreedores que se nos viene encima. « Nuestra civilización, dice, se ve obligada á hacer una triste confesión: en nuestros Estados libres, que tanto se glorían de sus progresos, hay una clase de hombres, cuya condición es víctima de la abyección, y esta clase parece que tiende á propagarse más de lo que se había visto en la mayor parte de las sociedades antiguas. » Tenemos, pues, detrás de la prosperidad permanente, la pobreza crónica; detrás del lujo que crece, la escasez que aumenta. Al volver la hoja de nuestro fausto nos sale al encuentro la miseria, la doble miseria del alma y del cuerpo: abyección y hambre. Detrás del industrialismo próspero, floreciente,

inagotable como jamás se ha conocido, el pauperismo sombrío, amenazador, implacable como nunca se ha visto.

En la superficie, todas las disipaciones de la opulencia, todos los egoismos de la sensualidad, todos los faustos del placer; en una palabra: el paganismo de la riqueza. En el fondo, todas las necesidades sublevadas, todos los apetitos desencadenados, todos los vicios en combustión; lo diré de una vez: el paganismo de la pobreza.

Aquí, riqueza sin caridad; allí, pobreza sin resignación. Aquí, el capital que todo lo quiere; allí, el trabajo que todo lo pide.

Cuanto más se produce, más se necesita; lo que hay es la medida fatal de lo que falta; la miseria es más grande que el lujo, como la sombra es más grande que el cuerpo; parece que el hambre crece al ruido de los festines, y al mismo tiempo que la riqueza se suma la pobreza se multiplica.

Ved bien el extraño fenómeno que ofrece nuestra prosperidad: todos somos ricos. Muy bien; pero he aquí que nadie tiene bastante; el dinero mismo sale todos los días en busca de dinero. Toda cantidad no es, en rigor, más que la necesidad de otra. ¡Cuán triste es el destino de la riqueza! Jamás está satisfecha de sí misma.

En nuestra cuenta particular nos debemos siempre más dinero del que tenemos, de manera que estamos constantemente en déficit con nosotros mismos.

Este desnivel entre la realidad de nuestros bolsillos y las necesidades de nuestros apetitos, no es un caso íntimo que permanece oculto en el libro reservado de nuestras cuentas galanas: es, por el contrario, un hecho universal y público que se manifiesta de continuo en la producción, en la repartición y en el consumo. Sin duda alguna estamos abocados á un diluvio, en razón á que la liquidación creciente es el estado económico en que nos encontramos.

Pero, ¡bah!, la deuda es nuestra riqueza, pues por un prodigio de la ciencia que ha venido á ordenar las relaciones del hombre con los bienes materiales, resulta que aquel que más debe, es el que más tiene, en atención, sin duda, á que es el que menos pone. Así el deber ha pasado del orden moral al orden económico. Multiplicada la riqueza por las cifras imaginarias del crédito, hemos llegado á una propiedad realmente fabulosa, olímpica...., más aún, mitológica.

El tránsito de la economía propiamente dicha á la economía ciencia, consiste en haber cambiado de acreedor.

En la necesidad de deber, base de nuestra opulencia, en vez de deberle á Dios los bienes de la tierra, hemos preferido deberlos á los hombres. El negocio no es enteramente redondo, porque el pagaré firmado para la otra vida habrá al fin que pagarlo en ésta, en atención á que los hombres no esperan y la urgencia se hace cada vez más viva,

más apremiante, y cada uno cree que ha llegado la hora improrrogable de tomar su asiento en el banquete del mundo. Ya se ve; la miseria hambrienta y desnuda no quiere morir sin haber vivido....

Muerto Dios en la conciencia humana, la naturaleza viene á ser una especie de testamentaría, de la que la ciencia económica se hace único albacea; y he ahí su apuro. ¿Cómo reparte los bienes de la tierra entre tantos herederos?

Bien quisiera, como el escribano del cuento, que se tirara del cordel para todos; pero la naturaleza, tan rica de suyo, no se presta fácilmente á subvenir á las necesidades del hombre, si el hombre mismo no la fecunda con el sudor de su frente; y esa especie de teología del Hombre-Dios anda á tientas buscando en las obscuridades de sus especulaciones la solución de un problema que no tiene solución.

Indudablemente, la vida actual está llena de goces y fastuosidades; el mundo, ilustrado con todos los refinamientos del placer, nos convida á la delicia continua de un festín perpetuo; pero, por más vueltas que se le dé á la espléndida mesa del banquete, siempre resulta que no hay cubiertos para todos.

La cuenta no puede ser más clara.

Lujo, mucho lujo, lujo que deslumbra.

Miseria, mucha miseria, miseria que espanta.

Manos abiertas que recogen y derrochan.

Puños cerrados que piden y amenazan.
Un mundo en el que nada es bastante.
Otro mundo en el cual todo falta.
El dinero que se cuenta, y dice: Quiero.
La fuerza que se mide, y grita: Puedo.

Entretanto, el déficit, creciendo como una inundación subterránea, ruge sordamente en las entrañas de la sociedad y agita con continuos estremecimientos la brillante superficie del mundo. La producción, lanzada de continuo á las eventualidades del azar, flota como las tempestades al capricho de los vientos, y brilla un momento como los relámpagos: apenas aparece, cuando es disipada; el fruto del trabajo lo devora el hambre de la miseria casi antes de ser producido, y los capitales, arrastrados por el ansia de la ganancia, mueren agotados poco después de haber nacido, dejando, como restos del naufragio, ruinas, desolaciones y suicidios.

Jamás la posesión de los intereses materiales, único y supremo bien de nuestros días, ha sido más instable.

La riqueza, poseída de horrible impaciencia, como si tuviera contados los días de su vida, se mueve desesperada, con la rapidez del vértigo; da vueltas como torbellino alrededor de sí misma; va y viene, entra y sale, sube y baja, y queriendo estar á la vez en todas partes, no está realmente en ninguna.

Y bien: ¿qué hacemos?.... Porque es el caso

que el déficit crece y se propaga lo mismo que un contagio; se sienten sus rudas palpitaciones en el oleaje amenazador de las huelgas; crujen los poderosos resortes de su organización en las asociaciones internacionalistas, y estalla el furor de sus ardientes apetitos en las explosiones de la *Commune*.

Ya no es la pobreza que trabaja y gime escondiendo su desnudez bajo el manto esplendoroso del lujo; es la miseria que pide goces á la opulencia; son los harapos que piden seda á la seda; es el fuego de todas las pasiones excitadas, de todos los vicios conmovidos que amenazan con el incendio de todos los faustos y con la ruina de todas las grandezas.... ¡Ah!.... ¡Si pudiéramos sobornarla...!

Pero bien: ¿qué hacemos?.... Veamos.... La ciencia tiene recursos para todo, y he aquí uno:

Aumento de salario.

¡Magnífica idea!.... Fuego al fuego.... agua al mar....

Sí; cantemos la misma miseria y el mismo lujo en un diapasón más alto. Aumentar el salario es aumentar el valor de todas las cosas; subir el salario es simplemente hacer más cara la pobreza.

Busquemos otro.

Impuesto forzoso sobre la riqueza en favor de la miseria.

Aquí tenemos á la caridad vuelta del revés. Esta virtud, acercándose al oído de la riqueza, le decía:

«Tanto te sobra.»

Y bajaba la voz añadiendo:

«Todo lo que sobra á tus propias necesidades se lo debes á las necesidades ajenas.»

Así, como quien no quiere la cosa, imponía al lujo la obligación de socorrer la miseria; y tira de aquí, y tira de allí, siempre encontraba algo que voluntariamente salía del bolsillo de los ricos para socorro de los pobres.

Perfectamente; pero la ciencia no puede tolerar esta coacción sorda, ejercida sobre la conciencia que hemos declarado libre, y dejando el deber moral como cosa perdida, y reconociendo en la miseria el poder de una institución, propone el recurso de un impuesto forzoso para mantenerla, como si dijéramos, para conservarla. Es la lista civil destinada á la real majestad de las masas. Aquí la lógica de la ciencia descubre toda su implacable ferocidad, porque, en substancia, su razonamiento es este:

«Lujo, dice; la miseria es tu obra, á ti te toca mantenerla; ha nacido de tus entrañas, y es preciso que la alimentes con tu bolsillo.»

Es la ciencia que asalta á la riqueza en la encrucijada de la miseria; no es la necesidad que suplica, es el hambre que muerde; no es la mano que espera, es la boca desencajada que enseña los dientes.

Aún queda otro recurso: organizar el trabajo. Esto es, reducirlo á la esclavitud de un reglamen-

to, someterlo á un régimen, como si fuese una enfermedad; intervenirlo, administrarlo; substraerlo de la Ley Divina, y por consiguiente inmutable, que lo impone, para entregarlo á la caprichosa inconstancia de las leyes humanas; arrancarlo del calor de la familia, que lo vivifica y lo ennoblece, para exponerlo al frío mortal de las fábricas, donde se hiela y se degrada.

¿Y cómo? ¿Dónde está el resorte prodigioso por medio del que la voluntad del hombre pueda dirigir reglamentariamente las funciones de ese gran aparato?.... Equivaldría á querer dar leyes á la naturaleza.

¿No le basta ser trabajo? ¿Es preciso además que sea forzado? Queréis contener el agua en un vaso sin fondo, y sujetar el aire entre las manos.

Mas no importa; la dificultad se resuelve por sí misma: demos lujo al lujo y trabajo al trabajo. Hemos encontrado los términos propios del problema, y vamos á plantearlo. ¡Ah! El mundo es ya nuestro.

Aumento indefinido de la producción.

Aumento indefinido del lujo.

Veamos el caso claramente:

Más producción, más lujo; más lujo, más miseria.

¡Es singular!.... Todas las calles de este laberinto vienen á parar siempre al mismo punto: al déficit.

Retrocedamos, y esperemos aquí la última pa-

labra del oráculo: oid bien la sentencia suprema de la esfinge:

Diminución del consumo.

¿Cómo?

Disminuyendo los consumidores.

Aquí sobra, por lo menos, la tercera parte del género humano, y falta un verdugo; porque la solución definitiva de la ciencia es una epidemia que nos diezme, ó un terremoto que nos sepulte.

Es preciso que se mueran inmediatamente todos aquellos que no tienen sobre qué caerse muertos. Porque, ¡oh absurdo incontestable!, «somos demasiados para el banquete de la vida».

La cosa es terminante: «cuando un hombre nace en una sociedad que ya está ocupada, si la sociedad no necesita de sus brazos, en realidad está de más.

»No hay cubierto para él en el festín de la naturaleza.

»La naturaleza le ordena que se vaya, y no tardará en poner en ejecución por sí mismo este mandato».

Así habla la sabiduría economista. En su aritmética, le es más fácil restar hombres que restar lujo.

¡Qué ha de hacer! Ha tejido hilo á hilo un soberbio cordón de seda y oro, y semejante al Gran Turco, nos lo envía para que nos ahorquemos.

Habéis sacado el trabajo de la virtud, y está

en los vicios; lo habéis arrancado de la familia, y está en el club; lo habéis arrojado de la casa, y está en la calle.

Lujo sin conciencia y pobreza sin fe, son doble miseria.

El déficit no puede ser más espantoso.

LA EMOCIÓN DEL DÍA

EMOCIÓN DEL DÍA

I.

No hay que darle vueltas: las emociones fuertes son ya indispensables para que la multitud que entra de buena fe en el atropellado movimiento de la vida moderna no se muera de puro fastidio. Tenemos agotados los sentimientos, derrochadas las satisfacciones, pasados en cuenta todos los placeres, y si el repertorio de los acontecimientos pavorosos no nos proporciona nuevos espectáculos, francamente, ¿qué va á ser de nosotros? Necesitamos un terror diario que nos estremezca de pies á cabeza, ó un escándalo imprevisto que nos haga desternillar de risa para poder exclamar; ¡oh!; aún vivimos. Consúmase este reactivo poderoso que nos anima, y que, si puedo decirlo así, nos vivifica, y tendremos que abandonar en manos de la muerte los caudales de sensi-

bilidad que atesoramos. No digo yo que sea preciso enterrarnos inmediatamente; pero viviremos muertos, más aún, enterrados vivos en el sepulcro de una vida sin emociones.

Porque, ¡ya se ve!, hemos roto al fin las ligaduras del estado rudimentario; el sosiego de la casa, la paz de la familia, las tranquilas satisfacciones de los afectos tiernos.... ¡Bah! Todo eso es primitivo.... Pasó, como ha pasado la antigüedad. Hoy el sosiego es el fastidio, la paz es la muerte. Nos hemos despojado de las impertinencias del corazón y de las severidades del entendimiento; la belleza de las acciones y la belleza de las ideas no son ciertamente nuestro vicio dominante. ¡Belleza!.... Pues, manía del arte, fausto de la verdad, esplendor del orden.... ¿Y qué? Nosotros no vivimos la vida del alma, vivimos la vida de los sentidos; estamos en la plenitud del estado nervioso, y no pedimos más que sensaciones; queremos ataques de nervios, efectos plásticos que nos retuerzan, aunque no sea más que por un momento, bajo el látigo del horror ó del placer; la *cubeta de Mesmer:* he ahí lo que pedimos. Nuestra estética es muy positiva, y, por un gracioso capricho de las cosas, conforme vamos siendo más liberales, la vamos necesitando más realista.

Muy bien: mas las novedades extraordinarias no se presentan todos los días, porque el telar de los acontecimientos enormes no teje con la actividad con que nosotros devoramos, y hay períodos

de mortal aburrimiento, entreactos interminables en que nos morimos de fastidio delante del telón caído. En esos momentos, ¡qué vulgar es todo lo que nos rodea!.... Nada nuevo.... ¡Oh, qué vejez tan insoportable! El universo no se hunde para conmovernos, ni el mundo se desploma para animarnos. ¿Qué vamos á hacer de nuestra ociosidad y de nuestra impaciencia?.... La cuestión de Oriente se despereza como un monstruo que despierta, anunciando la proximidad de terribles desastres; la Gran Puerta parece que va á abrirse para dejarnos ver el soberbio espectáculo de una guerra formidable; la muerte, la misma muerte, bajo su aspecto más horroroso, se nos acerca para devolvernos la vida, y respiramos como quien resucita.... Europa se conmueve.... ¡Ah, esto es algo! Conmovámonos.

Pero ¡qué desencanto! Por lo visto, la cosa estaba todavía algo verde; se le da á la diplomacia el encargo de madurarla, y adiós esperanza; la perspectiva se aleja, y aquí nos tiene V. aburridos, porque rusos y turcos no han empezado ya á despedazarse.... Se nos aplaza el placer de horrorizarnos. ¡Oh, qué fastidio!

Probablemente estaríamos aún bajo la desagradable impresión de este desengaño, si doña Baldomera no hubiese tenido la feliz ocurrencia de sorprendernos con un nuevo espectáculo previsto y á la vez esperado. Espectáculo doblemente conmovedor: unos reían y otros lloraban. El asunto tenía

el fabuloso interés del trescientos por ciento á toca teja, y jamás mujer alguna ha salido de su patria acompañada de más sonrisas ni de más lágrimas. Admirable golpe de coquetería! Todo lo ofrece, para después negarlo todo; pone en los labios la dulce miel de una ganancia verdaderamente encantadora, y luego huye....; ¡cruel!....: se escapa de las ciegas seducciones que la rodean, llevándose las más bellas esperanzas, los más risueños cálculos, la triplicación anual de los capitales; esto es, el sueño de oro de la riqueza. El amor era el mutuo resorte de este drama tierno, y al mismo tiempo patibulario: el amor á lo ajeno. ¡Qué despedida!.... Allí sí que se podía exclamar: «¡Adiós mi dinero!»

¿Y bien? En realidad, muy poca cosa: la ausencia es el olvido; pasó la emoción, y nuestros nervios, excitados por un momento, se aflojan de nuevo y volvemos á caer en el aburrimiento de la vida ordinaria. Ninguna novedad estupenda viene á sacarnos del sepulcro. Necesitamos comer bien, hablar mucho, movernos sin descanso, para persuadirnos de que vivimos. De puertas afuera, sí señor; lujo, algazara, placeres, festines, todo: de puertas adentro, nada; el silencio del vacío y la soledad de la muerte.

Mas he aquí que una mañana aparecen los carteles del teatro Español lanzando á las miradas ociosas de los transeuntes, en letras gordas, la siguiente alternativa: *Ó locura ó santidad.* Realmente la elección no ofrecía grande atractivo, porque lo-

cura, ¿quién la necesita?; santidad, ¿á quién no le estorba? Sin embargo, no era difícil advertir que el cartel se sonreía maliciosamente; algo le quedaba dentro.

Conservan los carteles de los teatros la candorosa malicia de ocultar los nombres de los autores en el anuncio de la primera representación, sin duda para que el público no se deje llevar por el impulso de las simpatías personales; la justicia del éxito exige, por lo visto, que el nombre del autor sea ignorado hasta que el entusiasmo de la concurrencia lo pida á gritos desde las butacas y desde las galerías; y, ¡cosa singular!, el público, que por lo común lo ignora todo, eso lo sabe siempre.

El nombre que el cartel se obstina en ocultar rompe por sí mismo el secreto y corre de boca en boca y de oído en oído mucho antes que el cartel se decida á pronunciarlo. Es una comedia previamente convenida, en que los espectadores hacen el papel de ignorantes, y, ¡Dios mío, qué bien suelen hacerlo! *Ó locura ó santidad.* El cartel no pasaba de ese sencillo anuncio; pero el público estaba en el secreto, y añadía:

—¡Echegaray!

La simple pronunciación de este nombre, justamente célebre, empezaba ya á crispar los nervios. Decir Echegaray, es lo mismo que decir éxito. Detrás de ese nombre hay casi siempre un mundo desconocido, una sociedad ignorada, unas costumbres y unos afectos enteramente originales, un

género humano *sui generis*, hombres y mujeres que al parecer vienen de regiones nunca exploradas, raza distinta de la que todos conocemos. Vamos, otra especie humana, sacada sin duda de algún cabo suelto del hombre prehistórico.

Delante del anuncio, el público repite el título del drama y el nombre del autor, probablemente exclamando:

«*¡Ó locura ó santidad!*.... ¡Echegaray!.... ¡Qué demonios habrá aquí dentro!»

¡Friolera!.... Hay lo que pedimos, lo que apetecemos, lo que buscamos: tempestades sin nubes, rayos sin fuego...., una especie de caos, algo del vértigo, ejercicios gimnásticos ejecutados en el aire, una palanca increíble que nos levanta sin punto de apoyo, una pesadilla de la cual nos reímos después que ha pasado; hay, en fin, la emoción del día.

Y todo este trastorno de la naturaleza se verifica entre unas cuantas personas bastante insignificantes. Un tal D. Lorenzo, buen señor, casi estimable, cruelmente calumniado de sabio y sospechoso de loco desde el primer momento; Angela, mujer del Lorenzo, que no se cree madre si su hija no tiene nietos; esta hija, Inés por más señas, criatura sentimental, que decididamente se muere si no la casan á escape; una nodriza moribunda que sale del sepulcro para ser madre de don Lorenzo, porque, capricho de la ancianidad, no quiere morirse sin tener un hijo; un médico del género aflictivo, que ni cura, ni alivia, ni con-

suela, tonto que hace locos; una duquesa de tres al cuarto, que, semejante á la espada de Bernardo, ni pincha ni corta, lo cual no quita que á su vez tenga un hijo, que ni pintado, porque, ¡ya se ve!, se le ha ido el santo al cielo con la hija del loco, y, quieras que no quieras, ha de llevar su gato al agua.

Estos dos amantes no se paran en pelillos; ellos andan solos por la casa, como si tal cosa, y muestran tanta prisa por casarse, que casi da vergüenza. La muchacha arde en un candil, y á título de enferma sentimental hace que su padre vaya á buscar para ella la mano del novio, como si fuese á la botica por una medicina.

En este punto el Sr. Avendaño no es excesivamente escrupuloso, y va como un cordero, porque el autor lo reserva para cosas más grandes, y esos perfiles de decoro se los hace mirar por encima del hombro. Además, si la condescendencia del padre no es muy delicada, en cambio es de todo punto inútil, en razón á que la Duquesa se anticipa á pedir la mano de la niña, que se muere sin remedio si no la casan de golpe y porrazo. De manera, que al Sr. Avendaño no hay por dónde cogerlo.

Aquí está el primer nudo del enredo, la primera malla de la red en que vamos á caer, si no precisamente conmovidos, á lo menos deslumbrados.

D. Lorenzo, á pesar de sus millones y de su biblioteca de filósofos alemanes, no pasa de ser un pobre hombre, que no ve más allá de sus narices,

y que hubiera sido tan feliz como cualquier hijo de vecino, si la providencia especialísima del autor no le hubiera proporcionado la terrible desventura de tener dos madres: madres más crueles que aquellas del juicio de Salomón, pues ellas mismas se encargan de partirlo por en medio; la una desde el sepulcro, la otra con un pie en la sepultura.

La primera lo sorprendió en la cuna, y lo prohijó, dándole nombre y riquezas; mas al morir, vió claramente que aquella maternidad fingida le era ya completamente inútil, y cantó de plano, dejando al buen Lorenzo sin riquezas y sin nombre. Pero aquí de la nodriza, que era la verdadera madre. Sabe muy bien dónde le aprieta el zapato, se traga el secreto de la difunta, y Avendaño sigue siendo Avendaño, con algunos milloncejos de patrimonio para ir viviendo.

Así pasan cuarenta años como un soplo, hasta que á la nodriza se le antoja morirse...., y aquí fué Troya.... Detiene á la muerte para poder dar á su hijo el último abrazo; el hijo mismo va por ella, la trae á su casa moribunda, y quieras que no quieras, á la nodriza se le va la lengua...., y carta canta.... No hay duda; el papel en que la otra madre declara que Lorenzo no es su hijo, hay que tenerlo por irrecusable, y Avendaño se encuentra de repente sin madre, después de muchos años de haberla perdido. Mas se equivoca lastimosamente, porque su madre está allí, medio muerta, pero allí, porque su madre es la nodriza.

Semejante noticia no le hace maldita la gracia, y empieza á tragar saliva, porque la más vulgar honradez le dice terminantemente que aquellos millones que posee no son suyos, ni el nombre que lleva le pertenece, y no hay más remedio que devolverlos; y ya está la pelota en el tejado; porque la Duquesa ha de tentarse la ropa para consentir que su hijo se case con la nieta de una mujer públicamente deshonrada, porque la nodriza ha sido en los días de su juventud mujer de rompe y rasga; el padre no puede retener ni un momento más las riquezas que posee, ni el nombre que lleva, por la sencillísima razón de que no son suyos, y la muchacha está decidida á morirse si no la casan; pues, por lo visto, el matrimonio es el único específico indicado para la enfermedad que padece.

Este es el gran nudo de la fábula; y la crítica tendrá que convenir en que la situación que resulta es fuertemente dramática, más bien dicho, teatral. Realmente, no inspira interés una chicuela que, en último resultado, no piensa más que en casarse, ni es cosa de echar las campanas á vuelo porque un hombre que ha disfrutado por espacio de cuarenta años riquezas y nombre que no le pertenecen, llegue un momento en que honradamente tenga que devolverlos; lo último que un hombre escasamente honrado puede permitirse, es robar, por más que esté permitido. Pues bien: así y todo, la situación atrae, no conmueve, no interesa, excita; es cuestión de nervios.

¿Y cómo se ha llegado á este punto del drama? ¿Cómo?.... ¡Bah!; de cualquier modo; á tropezones, á saltos, atropellando lo que estorba, trayendo y llevando las cosas por los cabellos, con verdadera franqueza, con resuelto desenfado, á punta de lanza, á sangre y fuego. Perfectamente; pero una vez ahí, el nudo está hecho y el espectador no se escapa.

¿Qué va á suceder?.... Nadie lo sabe, porque la colección de personajes que tenemos delante son capaces de todo. Se mueven como autómatas, según las momentáneas necesidades del artificio, carecen de voluntad y de carácter propios; hablan por máquina, y están siempre dispuestos lo mismo para un fregado que para un barrido. ¡Qué ha de suceder! Que Lorenzo se emperra en devolver el nombre y las riquezas que no son suyos; que Angela discute acerca de la conveniencia de semejante escándalo; que Inés sigue muriéndose si no se casa; que la Duquesa se resiste; que al médico se le ha puesto entre ceja y ceja que Lorenzo está loco, y que, por fin, la nodriza le hace la última jugarreta, quemando la única prueba con que podía atestiguar que en efecto no era hijo de su primera madre.

En este lío supremo, en que nadie tiene conciencia ni de lo que hace ni de lo que ve, Lorenzo es declarado loco, porque así lo creen todos de buena fe. Aunque la nodriza está moribunda desde el primer acto, nadie duda en el tercero de que

Lorenzo la ha ahogado entre sus brazos en un rapto de locura.

El pobre hombre, que nunca dió pie con bola, pone el grito en el cielo, y cree á pies juntillas que su mujer, el médico y el género humano le han substraído la prueba, declarándolo loco furioso, para continuar disfrutando un nombre y unas riquezas que no les pertenecen. ¿Y qué hace? Reniega hasta de su estampa, y por dar gusto á los amigos y á la familia, se declara también rematadamente loco, y se deja llevar al manicomio, como si fuese la cosa más natural del mundo.

Inés es la única que duda de la locura de su padre; pero este rasgo, que pudiera enternecer, es borrado inmediatamente, porque lo deja ir, y no lo ampara con sus brazos, ni lo protege con sus gritos, ni lo defiende con sus lágrimas. Ella, dispuesta á morirse si no la casan, ve á su padre ir á Leganés, y aunque al parecer se aterra, en realidad ni siquiera se desmaya. El cuadro no puede ser ni más falso ni más terrible.

Tal es el esqueleto, el espectro del drama que hace más de veinte días aterra al público en el teatro Español. Concepción absurda, y que tal vez porque es absurda estremece. El éxito resulta coronado de convulsiones y aplausos, porque una vez dentro del desorden artístico y de la soledad moral del drama, el aturdimiento de los espectadores es inevitable, y, por lo tanto, el genio del autor indiscutible. Dada la falsedad de las situaciones, hay

que reconocer que están enérgicamente sostenidas; creadas por la violencia, sólo por la violencia se sostienen.

Prodigiosa aritmética: á nadie le hubiera ocurrido que de la reunión de ceros que componen la totalidad de los personajes, resultara la suma de horror, pasajero sin duda, pero horror al fin, que el público recoge todas las noches. El espectador penetra en la aridez del drama, busca inútilmente una sombra donde reposar, y siente el mareo del desierto. Todos son cómplices, y ninguno es culpable. Verdadera novedad rígida, antipática, cataléptica, sin detalles, sin matices, sin claroscuro, especie de cadáver que agita sus huesos descarnados, merced al artificio de situaciones formidables.

En cuanto á su pensamiento, ocurre preguntar: ¿tiene alguno? Alguien cree que sí; yo lo dudo, y conviene averiguarlo.

II.

Sí: el público es el gran tirano, que, á título de multitud y por derecho de mayoría, se ha adjudicado la facultad de resolver definitivamente acerca del valor de las obras de arte, especialmente de las obras dramáticas, y no hay manera de disputarle el ejercicio de esta prerrogativa, porque al fin él es quien paga. Su concurso es absolutamente necesario para el éxito, y su dinero el testimonio más fehaciente del mérito que se somete á su fallo. Siempre habrá sucedido lo mismo; pero en la actualidad el espíritu mercantil que nos anima, por la propensión inevitable de su misma naturaleza, todo lo convierte en mercancías. Si bien se mira, la crítica definitiva, después de dar muchas vueltas por el mundo,

ha venido á caer en manos de los revendedores de billetes.

Ciertamente, los efectos dramáticos se cotizan en las puertas de los teatros, como los efectos públicos en la Bolsa, y, más dichosos los billetes de las funciones teatrales que los billetes del Banco, obtienen considerables *primas* en vez de ruinosos descuentos. No pretendo yo aquí dar más importancia mercantil al negocio del teatro Español que á los negocios del Banco de España, porque no es ese mi propósito, ni además sería justo.

Se cambian los billetes del Banco con pérdida ya crónica del dos por ciento, y alcanzan los billetes de los teatros una ganancia respetable, cierto; pero, en cambio, las acciones dramáticas se arrastran por el suelo y las acciones del Banco están por las nubes. ¿Qué más cambio se quiere? Váyase, pues, lo uno por lo otro.

Merced á esta especulación, llamémosla así, artística, el público adquiere su aptitud de juez mediante el valor del asiento que ha de ocupar en el espectáculo. Y no se puede decir que tira el dinero por la ventana, aunque tome los billetes en la taquilla, porque si siempre compra su derecho, muchas veces es el arte quien lo paga.

De cualquier modo que ello sea, á cierta distancia, el público parece un monstruo de cien bocas, dispuesto á tragarse medio mundo; mas, mirándole de cerca, se desvanece el rigor de la perspectiva, y el monstruo se convierte en un ser,

siempre informe, pero bastante manejable; es una suma de hombres que da por resultado un niño. Un niño aturdido, revoltoso, impresionable, dispuesto de la misma manera á llorar que á reir: quiere que lo diviertan, que lo entretengan, que lo conmuevan, que lo aterren, que lo asusten, sea como quiera. Verdadero niño, su puerilidad no es demasiado exigente; se contenta con que jueguen con él.

Por lo común, no ve más que la superficie de las cosas que se le ponen delante; el fondo de su naturaleza es la inconstancia. Se le lleva y se le trae fácilmente, en razón á que siempre anda á tientas.

Para un autor dramático no es el público una dificultad invencible. No hace mucho tiempo perteneció á Olona; hoy pertenece á Echegaray. El arte ya es otra cosa: pide más de lo que comúnmente puede dársele, y en cambio sólo ofrece la inmortalidad. ¡Verdadera irrisión! ¡La inmortalidad después de muertos, cuando realmente de lo que se trata es de ir viviendo de la mejor manera posible!

Para el público, los títulos de las obras dramáticas que por primera vez se le anuncian son enigmas que excitan su curiosidad, que, no obstante, nunca se mete en la tarea de descifrarlos.... ¿Y á qué tomarse ese trabajo?.... Después de todo, esa es cuenta del autor.

Parece que el pensamiento artístico ó moral de la obra ha de estar de algún modo contenido en el nombre que lleva, mas hay ocasiones en que el

autor se encuentra comprometido entre la promesa del título y la dificultad de realizarla, y entonces apela á su crédito, y, como Alejandro, corta el nudo que no sabe desatar; ó, más sencillamente dicho, apela á la bondadosa condescendencia del público, y resuelve el caso saliendo por los cerros de Úbeda.

¡Ó locura ó santidad!.... La cosa es más fuerte de lo que parece á primera vista. La simple enunciación de esos dos términos contrapuestos suscita, ante todo, un pensamiento antiguo, exacto, hermoso y profundo; á saber: que en esta vida fugitiva, llena de angustias y dolores, el que no es santo es loco.

Cualquiera, poco iniciado en las serias dificultades que la impiedad filosófica opone á la belleza artística de las concepciones dramáticas, creerá que, una vez descubierta la grandeza del pensamiento, el genio del arte no tiene que hacer más que coser y cantar. Mas es el caso que no cuenta con la huéspeda, y la huéspeda es aquí la repugnancia instintiva y sistemática del error hacia la verdad. Bueno fuera que un sabio científicamente impío malgastara el don de su talento en dar vida á un pensamiento cristiano, más aún, ultramontano:

«¿Qué hago, en qué me ocupo, en qué me encanto?....
Loco debo de ser, pues no soy santo.»

Negar á Dios en eso que se ha convenido en llamar ciencia, y confesarlo en el arte, sería un es-

cándalo filosófico ante el que, si es permitido decirlo así, se harían cruces todas las sectas de la incredulidad. Ninguna razón, ningún indicio nos podían hacer sospechar que la sabiduría de Echegaray incurriera en semejante contradicción.

Antes que autor dramático ha sido sabio, y no había de sacrificar con horrenda ingratitud los errores de la ciencia á las bellezas del arte, las infancias de su entendimiento á lo que, salvas todas las consideraciones debidas, me atrevo á llamar ignorancia de su ingenio. ¿Y cómo? Cualquiera que sea la audacia de su instinto dramático, ¿se había de atrever á convertir de una mano á otra el paraíso de la vida moderna, lleno de vicios, de sensualidades y de degradaciones, en una jaula de locos? ¿Qué diría la ciencia? ¡Loco ó santo! ¿Acaso no hay más alternativa para el hombre actual sobre esta tierra que nos hemos adjudicado en perpetuo usufructo? ¡Bah! Nada más lejos del drama escéptico que aún celebramos, que la severa majestad de ese luminoso pensamiento que el espíritu humano le debe al espíritu católico.

Bueno; desechemos esa idea, porque al fin es demasiado triste para un público tan habitualmente irreflexivo y alegre. Habría cierta crueldad en arrancarle por un golpe de genio el juicio de que tan pocas veces dispone, y que tanta falta le hace. No se trata de eso: se trata de darle al mundo una lección severa y provechosa. El caso no es nuevo, y

en la vida real se encuentra repetido con bastante frecuencia. Vamos á verlo.

Convengamos, ante todo, en que el heroismo de las virtudes cristianas es la santidad propiamente dicha, la única, la verdadera santidad que conocemos. Sin Fe, sin Esperanza y sin Caridad no hay santos; en una palabra: sin Dios no hay santidad posible.

Corriente; pero el mundo, y sobre todo el mundo moderno, no tiene la mejor idea de sí mismo; y eso de virtudes heroicas, hoy día de la fecha, es cosa que no le pasa de los dientes adentro.... ¡Un santo en el siglo XIX!.... No lo creerá si lo empluman.

Y, ¡qué diablura!...., alguna vez se le presenta el caso patente de virtudes para él increíbles...., y se guiña el ojo á sí mismo, con inocente malicia, porque, tan perspicaz como los elefantes de Plinio, siente crecer la hierba. — ¡Santo!.... (exclama.) ¡Oh!...., no; ese hombre está loco.

Y con su natural desenfado, toma la santidad por locura, y se queda tan fresco.

Aquí el autor dramático de verdadero genio, por ejemplo, Calderón ó Lope en el siglo de oro, Ayala ó Tamayo en el siglo presente, recoge esta observación desconsoladora, la desenvuelve dentro de los términos legítimos del arte, la enriquece con las galas propias de una literatura noble, y la presenta en el teatro, diciéndole sencillamente al respetable público: — Amigo mío: mírate en

ese espejo; mírate bien, porque tú eres el loco.

Sí, señor; la cosa es clara como la luz del día; pero hay que andarse con tiento; no se pueden atropellar ciertas consideraciones....

Ante todo, es preciso mantener el espíritu de incredulidad que forma el alma de nuestro tiempo. Hacer creer en el heroismo de las virtudes cristianas, hacer creer en la santidad, es hacer creer en la divina gracia, es hacer creer en Dios, y entonces se apagó la tenebrosa luz de nuestra ciencia. Es preciso que el mundo, que tan bien nos sirve en la propagación de los errores con su perpetua locura, no caiga en la cuenta de su engaño. No lo hemos enloquecido con todas las disipaciones de la vida para devolverle el juicio de la noche á la mañana por la satisfacción artística de un capricho dramático. En su locura está nuestra fuerza.

Y, por otra parte, ¿hay corazón bastante duro para congregar á un público inagotable, reunirlo en los palcos, en las butacas y en las galerías de un teatro, colección casual de gentes, que con manos generosas, más aún, con manos rotas, prodiga lo mismo su dinero que sus aplausos, para enviarlo desde allí á los encierros de Leganés? ¿Se le ha de negar el juicio cuando es precisamente el juicio el que se le pide? Además, no sería fácil conseguirlo, porque algo menos infeliz que D. Lorenzo Avendaño, se defendería por instinto de los horrores del manicomio.

Ninguno de estos dos pensamientos propios,

que espontáneamente brotan del título *Ó locura ó santidad*, aparecen en el drama, ni asoman en ninguna de las encrucijadas en que la acción de la fábula no se teje, sino se enreda. ¿Cuál es entonces el pensamiento artístico, moral ó filosófico de la obra que todavía proporciona grandes entradas al teatro Español? Ninguno. No hay pensamiento artístico, porque la obra carece de literatura y de arte; no hay pensamiento moral, porque es monstruosamente escéptica, y la impiedad sistemática, y, digámoslo así, científica, se respira en ella desde el momento en que el telón se levanta; no hay pensamiento filosófico, porque desde luego se advierte total desconocimiento del corazón humano; se desconoce al hombre y se ignora á Dios. Es una sucesión de escenas embastadas á punto largo para producir efectos determinados, no de belleza, sino de repugnancia. Es un drama sin Providencia, y por consiguiente sin justicia.

Avendaño no es santo, porque, ¿dónde está su Fe? ¿Dónde está su Esperanza? ¿Dónde está su Caridad? Quiere ser honrado, y no sabe serlo. Ultraja á Dios, desespera del cielo y de la tierra, maldice á su familia y á sus amigos. No es loco: pertenece á la gran familia de los sabios, que por lo visto se consideran dispensados de toda especie de entendimiento. Más aún: pues, según confiesa candorosamente el autor por boca de Angela, está *embrutecido por la ciencia*, por la ciencia de la incredulidad. Su última palabra pretende ser una blas-

femia. Semejante virtud es monstruosa, y jamás ha sido conocida en el mundo: es una honradez de brocha gorda, de pura perspectiva, como los bastidores y los telones del teatro.

Si Avendaño no es santo ni loco, ¿qué hacemos entonces con el título?.... ¿Dónde está el pensamiento del drama? En el cartel, solamente en las grandes letras del cartel, se promete y se presume; pero fuera de ahí, no se le encuentra en ninguna parte. Es decir, que el pensamiento se queda en la calle como cosa perdida. Y entre paréntesis: ¡qué familia! Es preciso que Avendaño aparezca loco para que ella sea dichosa.

Y bien: fuera de la materialidad del éxito, ¿qué se ha propuesto el autor al lanzar á la escena ese pedazo de carne cruda, que, según dicen los más aferrados, es la obra maestra de su ingenio?.... Poca cosa: se ha propuesto hacernos creer que la idea de Dios es completamente inútil en el mundo moral.... ; que un hombre puede ser honrado, y bueno y santo, sin más Dios, sin más religión y sin más conciencia que las estrambóticas impiedades de la filosofía que llamamos moderna, ó, lo que es lo mismo: que al medio día es de noche, que lo negro es blanco, que el dublé es oro, que los reyes liberales son eternos, que la tierra es el cielo, que tres y dos no son cinco. Y he aquí que el asunto se le vuelve del revés en sus propias manos, y la perspicacia menos penetrante descubre al fin en el drama todo lo contrario; esto es, que no hay

verdadera conciencia sin la Fe, ni verdadera honradez sin la Esperanza, ni verdadera virtud sin la Caridad; que no hay verdadera moral sin Dios. La desesperación de Avendaño es la silba del autor. ¡Oh, y qué gran justicia! ¡Al pretender burlarse de la Providencia, se ríe del autor su propia obra!

¿Y es esto lo que el público aplaude? No: el público no ve eso; está sorprendido con la estupenda novedad del caso. Le han dicho que los bueyes vuelan, ha dado su dinero para creerlo, y lo cree y aplaude. ¿Qué ha de hacer? Establecido el éxito desde la primera noche, el público es así: sigue la corriente. Se le presenta un drama en el que, bien á derechas, no se sabe lo que pasa; se admira, no quiere ser menos, y aplaude también, sin saber lo que se hace.

Sin literatura que deleite, sin arte que recree, sin pensamiento que instruya, sin moral que consuele, ¿qué es entonces esta obra que tanto ruido mete en cafés, en salones y en gacetillas de periódicos?

Es.... un género.

¿Género qué?

Género deplorable.

¿Un modo?

No, una moda.

Si hemos de dar crédito al estrépito de los aplausos, al entusiasmo de los amigos y á las ganancias de los revendedores de billetes, tendremos que decir que ha aparecido en la escena la obra maestra

del teatro contemporáneo. Hoy, bien, si se empeñan en ello los admiradores del momento. ¿Y mañana?.... Mañana todo habrá desaparecido, porque se trata de un cadáver que el olvido enterrará para siempre.

Obra sin bondad, sin verdad y sin belleza, no tiene recuerdo alguno que dejar en la memoria. Pasada la agitación del primer asombro, ¿quién se tomará el trabajo de escarbar en la sepultura para que el muerto resucite? Ni la impiedad misma podrá recordar con gusto el sabor de la última blasfemia, porque si es visible que el autor ha querido decirla, es igualmente cierto que no ha sabido expresarla.

En cuanto al autor, consignémoslo con pena, no es literato, ni es artista; es, sí, artífice. Comprendemos muy bien que la construcción de su obra tenga todavía con la boca abierta á muchos ingenieros, porque hay en ella algo del atrevimiento de los puentes colgantes; algo de la audacia subterránea de los túneles; viene á ser un camino trazado á campo traviesa, cuya ejecución ha exigido dolorosas expropiaciones en los terrenos propios del sentido común y del arte: expropiaciones forzosas, no ciertamente por causa de utilidad pública.

¡Ah, Sr. Echegaray!.... ¡Qué celebridad tan triste! ¡Qué talento tan mal empleado!....

LOS SUICIDIOS

LOS SUICIDIOS

I.

QUIÉN es M. Lefebvre?

Es un hombre audaz, un médico importuno, un sabio temerario, que ha tenido la ocurrencia de inquirir y la impertinencia de advertirnos que...., indignémonos...., que la civilización moderna es una enfermedad, mejor dicho, que todo lo que constituye hoy nuestra gran vida no es más que nuestra muerte.

Hay muchos hombres, ¡insensatos!, empeñados en detener los delirios de la razón soberana en nombre de la ciencia y de la fe; hay también quien ha levantado su voz contra los extravíos del lujo en nombre de la honestidad y de la virtud; pero faltaba, por lo visto, quien pretendiera detener la corriente impetuosa de la vida moderna en nombre de la vida misma.

He aquí un loco que ha decidido matarnos so pretexto de que estamos muertos.

Tal es M. Lefebvre.

Aquí tenemos al hombre que, sepultando la mirada en la lobreguez de las miserias humanas, ha sacado á la luz del mundo, de la obscuridad de los hospitales, esta sentencia terrible y á la vez absurda:

Él dice: « El espíritu que anima á la sociedad moderna es un espíritu mortal».

Ó, lo que es lo mismo:

La muerte está en el alma.

Para llegar al término cruel de esta averiguación perfectamente oculta en las profundidades de nuestra inmensa felicidad, M. Lefebvre se ha servido de un procedimiento bien extraño.

Recusando el juicio de los hombres que al parecer no han perdido todavía la razón, y desatendiéndose del testimonio fehaciente de los vivos, ha apelado á la formalidad de los que están rematadamente locos y al testimonio de los que están completamente muertos.

Contra los cuerdos presenta á los locos, contra los vivos invoca el testimonio de los muertos, y levanta contra la lisonjera flexibilidad de las palabras la acusación aterradora y auténtica de los números.—¡Qué atrocidad!....

M. Lefebvre, con cruel sabiduría, viene á sorprendernos en medio de nuestra viva felicidad con la mortal advertencia de que somos los seres más desdichados de la tierra.

La voz sepulcral de sus números debe resonar en nuestros oídos, como resuena en los oídos de los enemigos de Lucrecia Borgia el canto fúnebre que, en medio de la alegría del festín, les anuncia que todos están irremisiblemente envenenados.

M. Lefebvre observa con triste mirada que la enajenación mental progresa en nuestros días con proporciones alarmantes, y que el suicidio, que no quiere ser menos que la locura, le disputa á ésta con obstinado empeño el dominio de los hombres.

No ha ido M. Lefebvre á buscar los datos seguros de su estadística en los pueblos salvajes de Africa, ni ha pretendido encontrarlos en las vastas regiones de la India, donde ya la culta Inglaterra ha introducido á cañonazos la suprema felicidad del opio civilizador.

M. Lefebvre es, digámoslo así, más modesto en sus estudios, su mirada, cruelmente investigadora, no ha querido pasar de París y de Londres; ni siquiera la ha fijado un momento en Madrid, como si por un error geográfico, que muchos críticos no le perdonarán, creyera que España no pertenece aún á esa Europa modernamente civilizada.—¡Cómo se engañan los sabios!....

El progreso de la locura se ofrece al estudio de M. Lefebvre en esta forma estadística:

En 1836 la Francia contaba un demente por cada 3,024 habitantes, y en 1851 había llegado ya á contar uno por cada 1,676.

Es decir, que en quince años se ha duplicado en Francia el número de los rematadamente locos.

En 1783 se consumaban en Francia 150 suicidios anuales; pero ya en 1865 la suma de los suicidios anuales llegaba á 4,000.

Aquí, M. Lefebvre, aterrado, debió exclamar: ¡Veintiséis veces más!.... ¡Qué progreso!

No se señala en los datos que tengo á la vista el número de locos que en esa estadística creciente corresponde á la Gran Bretaña, sin duda porque no le ha parecido natural á M. Lefebvre que se entreguen á los delirios de la locura los hombres más juiciosos del mundo.

Ó quizá, en su calidad de francés, ha sentido las respetables sugestiones del espíritu nacional, ocultando que Inglaterra puede competir con Francia en el desarrollo progresivo de la demencia.

No hay inconveniente en dejar al lector en libertad de creer que los locos escasean en un pueblo donde todo marcha con la precisa regularidad de un cronómetro y donde está prevista la nulidad de los contratos hechos después de comer, en atención á que, según parece, es bastante general entre los ingleses la costumbre de almorzar fuerte.

Mas, sea de esto lo que quiera, el caso es que M. Lefebvre guarda silencio acerca de este punto, pero se ve obligado á reconocer la superioridad de Inglaterra acerca del otro punto.

Confiesa que en la Gran Bretaña el suicidio aumenta, esto es, progresa en proporciones consi-

derables, y no necesita salir de Londres para averiguar que en aquella ciudad, centro de la civilización moderna, sale la cuenta á más de tres mil suicidios por año.

A esta altura nos encontramos.

Permítaseme que aumente aquí los datos de M. Lefebvre con uno que acabo de recoger en los periódicos y que viene como una justísima reclamación, en que la nueva América pide la parte que de derecho le corresponde en el progreso moral que reparte por el mundo la Europa civilizada, esto es, la Europa moderna.

Los periódicos de Nueva York consignan veintisiete casos de suicidio premeditado en el transcurso de una sola semana; de manera que, repartida la cantidad conocida, tocan á cuatro suicidios por día.

Entre estos suicidios hay uno característico, que merece particular mención.

Para el yankée la vida no es más que un bolsillo de piel ó una bolsa de cuero que hay que llenar con una cantidad mayor ó menor de pesos fuertes, según la capacidad de cada uno.

Pues bien: he aquí un yankée que debía ser un saco de cuero completamente vacío, y, lo que es natural, quiso llenarse pronto y bien, y aquel hombre, digámoslo así, que no creía más que en el dinero, creyó en una *fortunatalles*, esto es, en una gitana; más claro: en una bruja que le ofreció el premio gordo de la lotería.

Pero los números, que por una rivalidad bien excusable suelen burlarse á menudo de las palabras, sus eternos rivales, dejaron esta vez burladas las promesas de la bruja, y el premio gordo cayó en otro yankée, es decir, en otro bolsillo.

No sé qué género de pensamientos pueden cruzarse por la capacidad vacía de un saco que no se llena; pero en el caso presente el yankée debió pensar que el saco de su vida le era inútil, y rompió el saco.

Hay una especie de locura que no se sabe á punto cierto si existía hace cien años; pero que M. Lefebvre ha averiguado de positivo que en la actualidad hace millares de víctimas, lo que induce á creer, ó á lo menos á sospechar, que es una enfermedad moderna, ó, lo que es lo mismo, un adelanto del siglo.

Esta locura ofrece á la consideración de la ciencia caracteres muy singulares, y se conoce con el nombre de locura paralítica, porque se manifiesta por medio de parálisis parciales, y en especial de la lengua.

Y aquí digo yo: ¿cómo es posible que haya salido de las entrañas de nuestra civilización una enfermedad que especialmente se dirige á matar la palabra en la misma boca del hombre moderno?

Es verdad que esa enajenación absurda se muestra casi siempre con ilusiones de poderío, de grandeza y de fortuna, y en ese caso bien podemos admitir con orgullo la gloria de una enferme-

dad que, al fin y al cabo, convierte al loco en poderoso y en feliz al suicida.

¿Qué importa que no lo sea, si él cree que lo es ó que puede serlo?

So pretexto de librarnos de esta enfermedad que acaba con la razón y con la vida, M. Lefebvre intenta arrancarnos los goces más propios y más característicos de la vida moderna.

Sólo nos permite vivir si nos despojamos de la vida que vivimos. Consiente que vivamos, pero ha de ser muriendo, con la demencia por realidad y el suicidio por término.

Este médico austero, sombrío, implacable, á título de una estadística inexorable, quiere hacernos creer que existe en las entrañas de la civilización que nos vivifica un gusano infatigable que roe nuestra vida, la vida del alma.

Ese gusano oculto, íntimo, dice que es el *sensualismo*.

Claro está; M. Lefebvre, por salvarnos de la locura y del suicidio, pretende nada menos que arrancarnos la vida.

Quiere que nuestra razón no sea libre hasta el punto de extraviarse; quiere que despreciemos los goces materiales de tal manera, que no nos desespere la imposibilidad de satisfacer los más fantásticos de nuestros apetitos, los más cultos de nuestros imposibles deseos.

M. Lefebvre quiere matarnos para que podamos ir viviendo. El absurdo no puede ser más estupendo.

Nos pide, en cambio de una salud que, después de todo, no alargará nuestra vida más allá de la muerte, el libertinaje de nuestra razón y la satisfacción continua de nuestros más vivos placeres.

¡Oh! Quiere que nos enterremos vivos.

¿Habremos de entregarle esta inmensidad de deleites en que nos agitamos, por unos cuantos días de vida pobre, obscura, modesta y sana?

Véase bien lo mucho que nos pide en cambio de lo poco que nos da.

Nos da la razón, esto es, lo que nosotros perdemos, lo que nosotros damos en cambio de cualquiera pasión fugitiva ó de cualquier vicio no satisfecho.

Nos da la vida, esto es, lo que nosotros entregamos á la muerte por un puñado de oro perdido, por cualquier cálculo fracasado, por vanidad ó por soberbia, por las miserias más comunes.

M. Lefebvre nos propone un negocio que no podemos aceptar.

Nosotros perderemos la razón, perderemos la vida; pero, ¡ah!, M. Lefebvre pierde el tiempo.

Sus números no valen más que nuestras palabras.

II.

Dos rasgos particularísimos dan al carácter de nuestra época cierto aspecto de originalidad indisputable: rasgos opuestos que se contradicen, que pugnan entre sí, y que, no obstante, se buscan, se enlazan y se completan como si no fuesen más que dos partes de un mismo todo: el anverso y el reverso de una misma medalla; la cara y la cruz de la misma moneda.

Decididamente, hemos alcanzado los mejores tiempos del mundo: todo cuanto nos rodea nos sonríe, y la ciencia y el arte, el comercio y la industria, se desviven por llenar de delicias el frágil vaso de nuestra vida. Claro está que no hemos de alcanzar la continua satisfacción de nuestros deseos sólo con tender la mano; el hospedaje es

magnífico, y por lo mismo caro; porque una vida cara supone una gran vida, y una vez decididos á dar una vuelta por el mundo, hay que vivir á peso de oro. Aún se dice que la tierra es un valle de lágrimas; y si la vida nos cuesta en ella un ojo de la cara, he ahí precisamente por qué nosotros somos los que llevamos la ventaja de no poder llorar más que con un ojo.

El afán de vivir se descubre inmediatamente que fijamos la vista en la superficie de la animada sociedad que formamos; pero si descubrimos un poco el fondo de esa misma vida, encontramos debajo del afán de vivir la manía de matarse, porque la felicidad y el suicidio andan por el mundo cogidos de las manos, más bien, codo con codo, como dos compañeros inseparables. No sé qué especie de cadena los une entre sí, ni qué género de grillete los ata á la larga cuerda de la vida moderna.

Ello es que, en medio de la algazara en que habitualmente vivimos y del tumulto con que nos animamos, raro es el día que no nos salpica el rostro la sangre de algún suicida. Y, ¡cosa bastante singular!, salen al paso de nuestras esperanzas, y se tienden delante de nuestra alegría, los cadáveres de aquellos que, por pura desesperación, conciben y realizan el propósito de quitarse de en medio. Pudiera decirse que la muerte misma, bajo su aspecto más horroroso, deslumbrada por los encantos de la vida, acude también á echar su tre-

menda carcajada en la loca embriaguez del común regocijo.

El que se muere, al fin y al cabo, no hace más que cerrar involuntariamente los ojos para no volver á abrirlos, so pretexto de esa última enfermedad, siempre incurable.

Es cosa muy triste esto de tener los días contados; pero si por casualidad nos coge de humor, y el muerto ha dado algo que decir en el mundo, nos apoderamos buenamente de su celebridad, paseamos pomposamente sus despojos mortales por los sitios más públicos, haciendo de un entierro una fiesta. Quiere decir que la vida á su vez acude á reirse de la muerte en las barbas mismas de la eternidad. El cadáver se queda en el cementerio, y el mundo, agotado el momentáneo recreo de su pomposo dolor, le vuelve la espalda á la sepultura para no volverse á acordar más de ella.

Hay días tan tristes, mejor dicho, tan insulsos, que el mundo se moriría de fastidio si la muerte no acudiera á ofrecerle la novedad de algún entierro extraordinario.

Muy bien: mientras los adelantos del siglo no nos aseguren la salud permanente y la vida perpetua, subsistirá la añeja preocupación de morirse. Entretanto, dejemos á la vejez y á las enfermedades el monopolio interino de la vida. Pero ¿qué especie de decrepitud ó qué clase de enfermedad es la del suicidio? ¿Qué género de muerte es ésta que nos acomete con nuestras propias manos en el mo-

mento en que el mundo nos deslumbra con sus más seductores atractivos? ¡Matarse cuando la vida es todo! ¡Aniquilarse cuando á todos nos ciega el empeño de ser algo en el mundo, y, Dios mío, cuando tan fácil es serlo!....

En rigor, no se trata de una enfermedad; se trata de una epidemia, porque el suicidio ofrece ya todo el aspecto de un contagio; los casos se multiplican en manos de la muerte en la misma proporción que los goces se multiplican en manos de la vida.... Hay aquí una lucha formidable trabada entre la vida y la muerte; por cada placer que el mundo arroja á la hambrienta voracidad de la vida, la muerte descubre á nuestros ojos por todas partes el continuo espectáculo de nuevos suicidios.

Podemos estar orgullosos de la grandeza de nuestras obras monumentales; no he de ser yo el que dispute al mundo moderno el honor casero de admirarse á sí propio; pero es el caso que apenas levantamos en las alturas del aire los arcos prodigiosos de un puente increíble, apenas tendemos sobre la tierra los rails de un camino de hierro, apenas abrimos al recreo público las risueñas calles de un jardín maravilloso ó la tranquila profundidad de un estanque apacible, cuando la muda presencia de un cadáver nos dice que por allí acaba de pasar la muerte. El suicida busca los lugares de nuestras ostentaciones, de nuestras grandezas y de nuestras delicias, para dejarnos allí la horrible

herencia de sus restos mortales. El suicidio es ya una cuestión de policía urbana.

Bueno que la gente se muera, porque al fin, llegado el momento, cada uno se esconde en el último rincón de su casa, y allí, digámoslo así, á sorbo callado, lucha con los últimos momentos de la vida, y, semejante á la luz de una lámpara, se consume y se extingue. Hay, sí, un duelo que no sale de las cuatro paredes de la casa y un luto que no va más allá del estrecho círculo de la familia; lágrimas, por lo común, solitarias, que acaban al fin por enjugarse; lutos que se esconden, y, más tarde ó más temprano, se desvanecen como sombras que la luz del mundo disipa. Mas estos homenajes fúnebres, tributados á la muerte en la intimidad de la casa y de la familia, debemos tomarlos como triunfos de la vida, porque el morirse no sería tan triste si el genio de la sociedad moderna no hubiera hecho la vida tan amable.

Y he aquí la contradicción que nos asalta: la vida tan amable y el suicidio tan frecuente; al lado de todas las satisfacciones de la tierra, todas las desesperaciones de la vida. Si me es permitido unir dos términos opuestos para expresar completamente la confusión moral en que nos hallamos, diré que hemos llegado á esa plenitud de bienestar, en la que nos ahoga la angustia de la felicidad. El fastidio es entre los ingleses la causa, por lo común, determinante del suicidio. Allí donde la posesión de los bienes materiales constituye el bello

ideal de la vida humana, basta que un lord se encuentre dueño de una fortuna fabulosa en libras esterlinas, para que inmediatamente busque la manera más original de poner fin á su existencia. *Spleen* es una palabra enteramente inglesa, en cuyo fondo todo inglés excesivamente dichoso encuentra una cuerda con que ahorcarse. ¡Ya se ve!: en este país clásico de la filantropía y del cálculo, hay en el suicidio reflexión y humanidad. Después que se han agotado todos los placeres de la vida, ¿qué le queda ya que hacer á un inglés sobre la tierra? Y si realmente sobra del número de los vivos, ¡cuán humanitario no es dejar á otro su puesto en el mundo!

Nosotros no hemos llegado todavía á ese suicidio juicioso, formal, grave y hasta sesudo. Los suicidas aquí no se matan por fastidio de la vida, sino por afán de vivir. Se juegan la vida á la vida, y he ahí que la pierden.

La civilización nos convida á un festín perpetuo, y si no nos abren pronto las puertas del banquete, nos arrancamos la vida en los umbrales mismos de la dicha.

Todas las precauciones adoptadas en el viaducto de la calle de Segovia para impedir la frecuencia de los suicidios, no son solamente inútiles, sino que, además, se oponen á la corriente natural del siglo. Parece que el suicida se complace en señalar con el paso de su cadáver los lugares en que más ostentación hacemos de nuestro orgullo, y hay que confesar que está en su derecho. Es un testi-

monio de prosperidad, ya no hay quien no tenga sobre qué caerse muerto.

El Canal estaba demasiado lejos de Madrid; podría creerse que el suicida, al buscar la muerte, huía del mundo como si quisiera esconderse antes de matarse; y como si quisiera ocultar su crimen á los ojos de los hombres, se sepultaba antes de morir. Ya no se trata de ese suicidio, digámoslo así, vergonzante; el viaducto es más ejecutivo, más público, más teatral, y, sobre todo, está en medio de la población, en medio de la vida.

Midiendo por el suicidio el movimiento civilizador de nuestros días, se nota fácilmente que la manía de matarse crece en razón directa del afán de vivir. En la ignorancia de las aldeas y en las soledades de los campos, el suicidio es desconocido: ¡pobres gentes!; si apenas viven, ¡cómo han de pensar en matarse! La naturaleza, empeñada en saberlo todo, se niega á entrar en los fastuosos caminos de la civilización, y el suicidio se detiene espantado ante la triple sencillez de la ignorancia, de las costumbres y del trabajo. Conforme se va penetrando en los grandes focos de la vida moderna, el suicidio se va presentando y multiplicándose en proporción de los goces que la vida ofrece. Madrid es, sin duda, tratándose de España, el centro del cual parten los rayos luminosos de la ilustración que nos regenera, porque en un certamen de civilización, ningún pueblo podría presentar un número tan considerable de suicidios.

Igual fenómeno se nos presenta si miramos la sociedad de abajo arriba : las últimas clases parecen exceptuadas de este tributo de cadáveres que la civilización , que es la plenitud de la vida, paga al suicidio, que es tres veces la muerte: el deshonor , la perdición del alma y el aniquilamiento del cuerpo. Cuatro veces crimen : crimen contra Dios, contra la naturaleza, contra la sociedad y contra sí mismo.

En esas regiones donde todavía se cree , se ama y se espera, el suicidio no llega ; pero nos sale al encuentro todos los días en medio de los placeres y de las disipaciones del mundo civilizado , donde podemos decir que se halla el colmo de la vida.

En el fondo de la felicidad con que se nos convida á vivir , hay un revólver con que romperse la cabeza, una cuerda de que suspenderse, ó un abismo en donde precipitarse.

Bien podemos exclamar en el alborozo de nuestra dicha :

—¡Oh desesperada felicidad!.... En el afán de vivir está la manía de matarse.

III.

ENTRE todas las cosas de que somos particularmente dueños sobre la tierra, ninguna nos parece más legítima, más propia, más nuestra, que la vida. Y, en verdad, si se considera que empezamos á disfrutarla desde el primer momento en que nacemos, y que nadie puede despojarnos de ella hasta el último instante de la muerte, lícito nos será creer, así á primera vista, que nos corresponde por la fuerza de un derecho invencible, á pesar de que no está escrito en ninguna parte.

Nada hay ciertamente más personal ni más exclusivo que la vida. La adquirimos al nacer por misteriosa herencia; nos sigue á todas partes en nuestro paso por la tierra; nace con nosotros; vive

con nosotros; muere con nosotros, y aun me atrevo á decir que nos la llevamos al sepulcro, como si la poseyéramos por título de propiedad intransmisible; la perdemos sin que haya quien pueda apropiársela; su legitimidad consiste en que á ningún hombre le es permitido usar días de otro, pues para el caso de vivir, á nadie le sirve más que su propia vida. Es un billete personal, ante el que se nos abren las puertas del mundo, título intransferible, especie de cédula de vecindad que nos expide la naturaleza en virtud de órdenes reservadas que recibe de la Providencia.

Así nos encontramos manos á boca con la vida como si nos cayese por la chimenea; vida adquirida gratis, de la que nos declaramos dueños absolutos, con pleno dominio sobre ella. Mas penetrando un poco en la secreta intimidad que nos une á la vida, cuyo profundo abismo no puede sondear la mirada de los ojos humanos, nos asalta una cuestión de pertenencia que voy á exponer sencillamente.

Yo digo: el calabozo destinado á encerrar al culpable detenido por la justicia de los hombres, ¿pertenece al preso, ó es el preso el que pertenece al calabozo en que está encerrado? ¿Quién posee aquí? ¿Las ligaduras que sujetan, la cadena que aprisiona, ó las manos que las ligaduras oprimen ó aprisionan las cadenas?

Ciertamente, la lengua, eterna habladora que todo lo dice, nos autoriza para que podamos de-

cirlo todo, y en virtud de este derecho puramente lingüístico, cualquiera se apropia el dominio de su existencia, diciendo: esta es mi vida. Muy bien: mas del mismo modo y con más perfecto derecho le será permitido á la vida exclamar: he ahí mi hombre.

Porque, vamos á cuentas. ¿Depende la vida del hombre, ó es el hombre el que depende de la vida? Convengo en que, suprimiendo al hombre, la vida humana no sabría qué hacerse; pero suprímase la vida, y se acabó el hombre. Hay un verbo en todas las lenguas que contiene un sentido profundamente reflexivo y verdaderamente digno de meditación: sobrevivirse, esto es, vivir uno más que sí mismo; la vida más allá del hombre. La inmortalidad es la plenitud de la vida, y, ¡cosa admirable!, nadie en el mundo es inmortal hasta que muere, lo mismo de tejas arriba que de tejas abajo.

El suicida es, por consiguiente, un hombre que se mata y un ser que no muere.

Nada hay sobre la tierra más común ni más continuo que el espectáculo de la muerte. Hay quien duda filosóficamente si vive; hay muchos hombres que no aciertan á darse cuenta segura de la vida; pero nadie duda de que ha de morir. Acaso el testimonio más auténtico que tenemos de la vida es la muerte; al morir es precisamente cuando el hombre reconoce con toda claridad que ha vivido, porque la vida suele no dejarnos pensar en la vida.

Pues bien: esta evidencia de la muerte que to-

dos tenemos, no es por cierto indicio que pueda conducirnos á la idea de la eternidad. ¿De dónde ha sacado el género humano el conocimiento de una vida perpetua, cuando la muerte está en todo lo que le rodea? El hombre no puede tener idea de lo que no tiene idea, y si no tiene idea de la eternidad, ¿cómo la tiene? Ni la ciencia ni la naturaleza han podido grabar tan clara y tan profundamente en el corazón de la especie humana el sentimiento de esa vida sin término que nos espera al otro lado del sepulcro. ¿Ha podido el genio adivinarla? ¿La razón del hombre ha conseguido presentirla? Bien; pero esa idea abstracta, ¿cómo ha llegado á ser una realidad en los hombres de todos los tiempos y de todos los pueblos?

Más aún: la historia nos habla de la eternídad, antes que de la sabiduría y de la ciencia de los hombres; parece que es la primera palabra que se ha pronunciado sobre la tierra; diríase que el hombre ha tenido la percepción de la eternidad antes que la evidencia de la muerte. Si fuera posible arrancar del linaje humano el sentimiento de la inmortalidad, se consumaría el más cruel de los asesinatos.

Todavía hay más: los que, arrastrados por las corrientes impetuosas de los errores filosóficos, niegan la existencia interminable del alma humana, no se atreven á negar la inmortalidad, y no sabiendo qué hacer de ella, se la atribuyen á la materia; la materia increada y la materia sin fin. Este es el

gran suicidio. El error viene á ser aquí la cuerda con que el sabio infausto pretende ahorcar á su propia alma : es la desesperación de la ciencia que todo quiere saberlo, y por la ley de una justicia que no nos es dable eludir, el suicidio que atenta contra la inmortalidad del alma, es el que engendra esa multitud de suicidas que diariamente arrojan sus cadáveres delante del carro triunfal de nuestras disipaciones.

Grande debe ser la desesperación del que atenta contra sus días ; pero ¡cuán horrible será su angustia al ver que se ha matado y que no ha muerto! Desaparece el hombre, y queda el suicida.

Y bien : ¿la vida nos pertenece? ¿Es una propiedad ó un censo? ¿Es un privilegio ó un castigo? ¿Somos sus dueños ó sus esclavos?

En verdad, esta es una cuestión de hechos. Por de pronto, constituye una deuda tan sagrada, que nadie ha negado todavía: todos reconocemos que la debemos á nuestros padres. Éstos son los primeros acreedores que se nos presentan á pedirnos cuenta de ella. ¿Dónde está el hombre que no le debe la vida á su padre? Y, francamente, ¿á quién le será lícito creer que es suyo lo que debe?

Saldada esta cuenta, aparece un nuevo acreedor más imperioso, más exigente, y, si es posible decirlo así, más avaro. Este acreedor es una mujer que, armada con el derecho de sus encantos, invade nuestro corazón, nos embarga la vida, se la apropia, la hace suya, y, como si quisiera dar

testimonio de la legitimidad de su dominio, alguna vez la vende.

¡Con qué ternura deja escapar de sus ojos miradas que todo lo quieren, que todo lo poseen, que todo lo animan! Parecen las llaves con que abre las puertas de vuestro corazón, para entrar en él como en su propia casa. Observad con qué sencillez toma posesión de esta herencia. Os rodea con sus brazos, os sonríe, como si quisiera dulcificar el vasallaje que os impone, y exclama:

«¡Vida mía!»

Desde este momento vuestra vida es suya, la habéis prometido ante Dios y ante los hombres, y ya no os pertenece, y para hacer más firme el dominio á que os sometéis, en esa esclavitud está vuestra felicidad. Desde ese momento no sois más que simples administradores de vosotros mismos, que tendréis que dar cuenta de vuestras acciones, de vuestras palabras y hasta de vuestros pensamientos. Gramaticalmente hablando, no sois más que un genitivo de posesión. ¿Cómo se podrá decir que es nuestra una vida que no nos pertenece?

Detrás de la mujer está la familia, como detrás de la palabra está el pensamiento, detrás del número la cantidad, y detrás del individuo la especie. Mujer es un nombre colectivo, porque decir mujer es tanto como decir hijos. Ahora bien: ¿qué padre no vive para sus hijos? Son su vida; la partió con ellos al darles el ser, y ni Dios, ni la razón, ni la naturaleza le permiten reclamarla.

A las puertas de la familia, en el umbral mismo de la casa, está la sociedad.

¿Qué quiere?

Quiere vuestra vida.

¿Es suya?

Suya; le pertenece en nombre de la verdad, en nombre de la justicia, en nombre de la patria.

La religión, más augusta que la patria, nos la píde. También se la debemos á Dios. Él solo la da y la quita, y nos la reclama en nombre de la virtud, del sacrificio, del heroismo y del martirio.

Repartida así la vida del hombre, ¿qué vida le queda? Si no es suya, ¿cómo puede disponer de ella? Es un depósito que poseemos sin que nos pertenezca.

El suicidio es un robo hecho al padre, á la mujer, á los hijos, á la religión, á Dios y á los hombres.

Pero bien: tú eres un hombre ilustrado, estás al cabo de la calle de tu siglo, y ¡quién te engaña!.... No reconoces la legitimidad de tantos acreedores, y te guiñas interiormente el ojo como si tú mismo fueras tu cómplice. Tú, que lo niegas todo, ¿cómo has de reconocer deuda ninguna? Padres, mujer, hijos.... ¡Bah!.... Dios...., la patria, la virtud, la verdad, la justicia.... ¡Qué tonterías! Bastante le debemos al sastre, al usurero, al fondista, para ir á meternos ahora en nuevas trampas. Tu vida es tuya, te pertenece desde el momento en que naciste. ¿Qué más necesitas saber para declararte dueño de ella? Y si es tuya, si á nadie se la

debes, ¿quién puede impedirte que en la exacerbación de tu sensualidad insaciable, de tu envidia ó de tu codicia, no dispongas de ella? ¿Tan lejos está de tu casa el viaducto de la calle de Segovia, que te resignes á seguir viviendo? ¿No es el revólver la última fórmula de la felicidad que por todas partes nos sonríe?

Mas.... tú, sin Dios, sin religión, sin patria y sin familia, ¿eres acaso dueño de tu vida? Los placeres que te embriagan, los vicios que te asedian, las pasiones que te devoran, ¿no son los herederos implacables de la testamentaría de tu alma? Tú, entre todos los hombres, eres el más esclavo de tu vida.

Mírese como se quiera, la vida es la propiedad que menos nos pertenece; todo nos dice que no es nuestra, y los suicidios se multiplican entre aquellos á quienes menos pertenece.

La estadística del mundo ilustrado por la civilización moderna espanta por el número de suicidios que registra; pero espanta más todavía por la causa que los ocasiona.

La ciencia ingenuamente impía que nos inficiona, hace hombres sin Dios, ciudadanos sin patria, seres sin familia, y he ahí los que se matan. Sin Dios, sin familia y sin patria, ¿qué tiene que hacer el hombre sobre la tierra?

El suicidio es el supremo absurdo, es, además, la suprema infamia; resta saber si es al mismo tiempo la suprema cobardía.

IV.

En unos tiempos en que todo se pesa, todo se mide y todo se cotiza, es lo más natural del mundo que el valor haya pasado de los hombres á las cosas, y que, dejando de ser una cualidad moral, lo encontremos convertido en circunstancia mercantil. Parece que ha pasado la edad del valor, la edad de los héroes y la edad de los mártires, y es indudable que estamos en la edad de los valores, esto es, en la edad de las ganancias y de los capitales.

Realmente, la transformación que advertimos en el sentido de esa palabra resulta de un simple cambio de lugar; los héroes han encontrado siempre el valor en la entereza de sus corazones; los mártires en la grandeza de su fe y en el heroismo de sus virtudes; el hombre moderno lo lleva en el bolsillo.

Hemos concedido al dinero el privilegio exclusivo del valor supremo, cuando precisamente el dinero es lo más cobarde que hay sobre la tierra; la más ligera sombra lo asusta; si lo amenazan, huye; si lo buscan, se esconde; el peligro lo aterra.

La naturaleza, que sabe dar á cada cosa lo que le pertenece, ha señalado al oro el color amarillo, como si hubiera querido marcar su frente con la palidez del espanto. Por eso no hay miedo semejante al de los que, según se dice en el lenguaje del mundo, tienen algo que perder. Me permito asegurar que la mayor parte de los hombres de bien viven muy honradamente vendidos á los cuatro cuartos que poseen; dejarán que el mundo se pierda y que el cielo se hunda, en atención á que ellos no tienen más que lo necesario para ir viviendo.

Tener algo que perder es una frase que puede ya traducirse de esta manera: haberlo perdido todo. Nadie lamenta más que los hombres de bien el desastre moral de que somos testigos; pero no han de tirar la casa por la ventana, so pretexto de que la sociedad se disloca y el género humano se envilece. Que suba la Bolsa y bajen las contribuciones, y á este precio podrán los gobiernos ir tranquilamente delante del motín para evitar desórdenes. El ciudadano honrado y pacífico de nuestros días es un ser que acaso no se deje sobornar por nadie, pero que acaba al fin por sobornarse él mismo.

La verdad lo asusta; siente miedo de tener razón, y si al acostarse murmura del estado de las cosas, de la Constitución y de las Cortes, del pueblo y del Rey, se mete al fin en la cama, pone su dinero debajo de la almohada, y duerme toda la noche á pierna suelta.

No quiero yo decir con esto que se ha extinguido en el mundo la noble raza de los héroes, y que está ya agotada la augusta familia de los mártires; no: aún tienen los Estados carne de cañón de que disponer, carne de ese héroe desconocido y siempre ignorado, que va porque lo llevan, da la vida porque se la piden, y muere porque lo matan. Vivo, es un número; muerto, es *una baja*. No quiere matar, y mata; no quiere morir, y muere. Napoleón fué más bien un genio que un héroe. Aún quedan héroes del entusiasmo y de la fe, que llevan su sangre al sacrificio como homenaje tributado á Dios y á la patria. Pelean por el templo en que rezan, por el cielo que los cubre, por la tierra que pisan, por el hogar de sus padres, por el hogar de sus hijos. No es tanto el héroe que acomete como el héroe que rechaza: no atacan, se defienden. ¿Qué esperan? ¿El triunfo?.... ¡Quién sabe!.... Ese es el secreto de la Providencia; sólo el Dios de los ejércitos dispone de la suerte de las armas. He ahí su esperanza cierta, pero lejana. ¿Y qué importa? Son los héroes de la reconquista, los héroes de la independencia. ¿Y qué alcanzan? Si mueren, una cruz sobre sus sepulturas; si sobreviven, las tira-

nías de la victoria, y vivos y muertos las injusticias del mundo, el honor del vilipendio y la gloria del ultraje.

Aún hay heroínas que consagran su vida á los enfermos, á los pobres, á los desamparados.... En medio de la fraternidad con que nos despedazamos, han nacido las Hermanas de la Caridad, las Hermanas de los Pobres. ¡Cruel heroismo!.... En vez de levantar los ojos para recrearse ante el espectáculo de nuestras felicidades, los bajan para ver el triste cuadro de todas las desdichas humanas. Se alejan del mundo sin abandonarlo, y, semejantes á los rayos del sol, pasan por el lodo sin mancharse. La desgracia las atrae. Por la fuerza de una estética inexplicable, cada desventura tiene á sus ojos una belleza irresistible. Recogen en el camino de la vida los más ásperos abrojos, y dejan en pos de sí las flores de sus beneficios. Hay quien las bendice, pero hay muchos más que las calumnian; si obtienen alguna vez el respeto del mundo, sólo deben contar con su indiferencia; viven ignoradas y mueren sin nombre y sin gloria. La cobardía de nuestras comodidades no comprenderá nunca el valor de esos sacrificios.

¿Y el mártir?.... ¡Bah!.... Esta gloria humana no está, por lo visto, al alcance de los ojos del mundo.... Es verdad que se aleja del tumulto de la vida civilizada, que se ha apropiado el derecho de repartir la admiración y la celebridad. No lo busquéis en los centros donde se decreta la inmortalidad y

se erigen estatuas en honor de la audacia, de la soberbia y de la fortuna; no lo busquéis aquí donde el éxito es la gloria. Para encontrarlo, hay que cruzar la soledad de los mares y dirigir el rumbo á las costas bravías de los pueblos salvajes.... Allí lo veréis sólo, descalzo, hambriento y desnudo, recorrer comarcas inhospitalarias en busca de esas gloriosas conquistas que Dios sólo concede á los esfuerzos de la humildad y de la fe. A este prodigio del valor humano lo sostiene la fortaleza de corazón y lo guía el fuego de la caridad; la cruz es su espada; no lleva sobre su cabeza el esplendor de esas coronas que hoy vemos vacilar en las sienes de todos los reyes; su corona es la corona sencilla y perpetua del sacerdote.

Va á morir, y busca á sus verdugos para darles testimonio de la verdad con el sacrificio de su vida; va á sellar con su sangre el pacto de amor que ha de unir á los hombres sobre la tierra. Sin más antorcha que la luz del Evangelio, va á iluminar las obscuridades de la barbarie. Va á dar dos veces la vida; la vida del alma y su propia vida.

No es la muerte lo que le espera, es el martirio. Va á entregarse á todos los tormentos, á todas las crueldades, á todos los escarnios, con la sonrisa en los labios y la paz en los ojos.

Predica y muere, y sus últimas palabras son el perdón de los mismos que lo martirizan, y su cuerpo despedazado queda insepulto para que sirva de pasto á las fieras, menos crueles que los hom-

bres. Para que el sacrificio sea completo, no encuentra ni siquiera sepultura.

Aún hay mártires; pero el mundo no los ve, y apenas los concibe.... ¡Se vive tan bien en nuestros días!.... Si se tratara de penetrar en los misterios del Polo ó de fijar las fuentes del Nilo, la Geografía, agradecida y entusiasmada, consagraría un recuerdo honroso á la memoria de los audaces investigadores; pero un misionero.... ¡Bah!.... ¿A qué tomarse el trabajo de llevar la cruz á los pueblos salvajes? ¿No tienen bastante cruz con carecer de las delicias de la vida moderna?.... Bueno que se dispongan ejércitos, y se preparen armadas para conquistar regiones que nos surtan de un te más exquisito, de un café más perfumado, de tabacos más substanciosos, de maderas preciosas y de pájaros raros....; pero misioneros, mártires.... ¡Oh! ¿Qué tenemos nosotros que ver con esas locuras del fanatismo?.... Para traer, todo; para llevar, nada. Sin embargo, seamos justos: los ingleses, más generosos que nosotros, compran sus conquistas en la India á fuerza de opio. ¡Qué diferencia!.... La cruz, que es la carga más pesada que el hombre moderno puede encontrar en la vida; el opio, que es el más dulce de los venenos.

Convengamos, pues, en que no hemos nacido en la época de los mártires, porque aun cuando los hay, no los vemos; en cambio, es evidente que vivimos en la época de los suicidas. Por una contradicción, bien explicable por cierto, apenas se ocu-

rre la idea de morir, y ya no hay nadie libre de la idea de matarse. Morirse, ¡qué gran desdicha! Matarse, ¡qué gran recurso! El que se muere se desespera, y al mismo tiempo el que se desespera se mata.

Echando bien la cuenta, nos encontramos con estas dos cantidades inconciliables: pocos que quieren morir, muchos que se matan.

Entre el mártir y el suicida hay un abismo, todo el abismo del mundo moderno.

El mártir da su vida.

El suicida hace todo lo contrario, se la quita.

El primero bendice á los que lo matan.

El segundo se maldice al matarse.

El suicidio es la desesperación.

El martirio es la esperanza.

Dice el mártir: «Yo debo morir».

Dice el suicida: «Yo quiero matarme».

Mientras haya en el mundo un resto de civilización verdadera, será el mártir objeto de la veneración humana.

Mientras quede un destello de sentido sobre la tierra, será el suicidio objeto de horror entre los hombres.

¿Qué es el martirio?.... El valor de la muerte.

¿Qué es el suicidio? Miedo á la vida.

El primero es el espíritu esforzado que se adelanta á los peligros y desafía los tormentos.

El segundo es el corazón cobarde que huye de las tribulaciones de la vida.

Ahora bien : si el martirio es el valor supremo, el suicidio tiene que ser la suprema cobardía.

El mártir sonríe al morir.

El suicida tiembla al matarse.

La civilización moderna, que le ha vuelto la espalda á la gloria de los mártires, se encuentra manos á boca con la ignominia de los suicidas. Los valores han acabado con el valor. Al martirio se va por el camino de todas las virtudes ; al suicidio se llega por la pendiente de todos los vicios : he ahí la senda que seguimos y el fin adonde vamos. La muerte lo ha sobornado todo : las cosas mueren, y los hombres se matan. El árbol de la libertad parece que es el que han elegido para ahorcarse alternativamente los pueblos y los reyes.

FRASES HECHAS

FRASES HECHAS

I.

CAPRICHOS DE LA LENGUA.

TIENE la lengua curiosas genialidades, momentos que podemos llamar de buen humor, en los que arroja á la circulación fórmulas felices que se aceptan en cuanto aparecen, y repetidas de boca en boca obtienen el común asentimiento, y entran en la respetable categoría de lo que llamamos *frases hechas*.

Sería inútil intentar indagaciones en busca de su origen, porque nacen espontáneamente, y rara vez se sabe quién fué el primero que las pronunció. Especie de vegetaciones de las lenguas, forman un modo de hablar generalmente pintoresco, por lo común caprichoso, y siempre expresivo, que viene á ser la elocuencia del vulgo, el lenguaje, digámoslo así, literario del pueblo, y la desespera-

cion de los que se dedican al estudio de los idiomas.

Después que sabemos bien la Gramática de una lengua, y llega á sernos familiar su diccionario, todavía no podemos decir que la poseemos, porque en todas ellas hay una parte, una gran parte, que me atrevo á llamar empírica, libre, poco escrupulosa, que se burla de los más sabios filólogos y de los más consumados gramáticos, parte que es preciso aprender letra por letra y palabra por palabra, un día y otro día, y cuyo estudio, puramente mecánico, tiene por maestro infalible á la multitud ignorante, y por único libro de texto, al uso.

Cuando se fija un poco la atención ociosa en esas caprichosas espontaneidades de los idiomas que llamamos *frases hechas*, se advierte la completa incapacidad del hombre para crear una lengua.

Esta incapacidad evidente no ha sido bastante á impedir la arrogancia de pretenderlo. Todos hemos oído hablar con énfasis científico del vasto propósito de una lengua universal. La empresa era indudablemente digna de tomarse en cuenta, y en el Ateneo de Madrid se anunció con toda la solemnidad de su importancia la empresa audaz de dotar al género humano de una lengua común; el ministerio de Fomento facilitó algunos fondos para la realización de la idea, y la lengua universal tuvo sus secuaces, como algunos años más atrás había tenido también sus partidarios el Eolo de Montemayor. Pero, ¡ya se ve!, lo que es imposible, lo es siempre, aunque el Ateneo de Madrid lo patrocine

y el ministerio de Fomento lo proteja; y, ¡es claro!, la lengua universal cayó á poco tiempo en el panteón de las lenguas muertas, ¡cosa singular!, mucho antes de haber nacido.

Reunidos todos los esfuerzos del ingenio humano, se llegaría á construir el árido esqueleto de una lengua sin contornos, sin matices, sin vida: lengua rígida como un cadáver, sin color, sin movilidad, sin fisonomía; lengua sabiamente imbécil, exótica, invariable, y después de haber fabricado tan prodigioso artificio, nadie la hablaría.

La palabra es un don que debemos, como el de la vida, como el de la inteligencia. La vida está en nosotros, y no somos nosotros los que nos la damos; la inteligencia suele prestarnos muy buenos servicios en el mundo; pero no está en nuestra mano concedérnosla ni aun conservarla; la palabra nos pertenece...., cierto...., mas no es el hombre el que la ha creado; y para que esto no pueda desmentirse nunca por el orgullo humano, le está prohibido á los hombres forjar lengua alguna.

Mas sea como quiera, si no hemos creado la *palabra*, si no hemos sido nosotros, digámoslo así, los inventores de la simiente primitiva que ha producido la copiosa vegetación de las lenguas humanas, quédanos el honor de ser el puñado de barro en que fué fecundada.

No es ciertamente la electricidad obra nuestra; yo, por lo menos, no tengo noticia de que nadie hasta ahora haya pretendido apropiársela por pri-

vilegio de invención, y no obstante, la encadenamos á nuestras necesidades, y nos sirve prodigiosamente en nuestras comunicaciones. Aún no sabemos que hombre alguno haya sido el autor de la velocidad, lo cual no quita que la aprovechemos en nuestro servicio, disponiendo de ella como de cosa propia.

Con las lenguas sucede lo mismo; pero menos dóciles que la velocidad y que el fluido eléctrico, se niegan á seguir cauce alguno trazado de antemano. Ellas se desprenden unas de otras, se forman por sí mismas, por sí mismas se enriquecen, se perfeccionan, se purifican y se corrompen.

La Gramática de cada lengua no es más que la anatomía y la fisiología de cada idioma, así como la Gramática general es la filosofía de la palabra.

¡Analogía...., sintaxis...., ortografía...., prosodia!.... Cualquiera, al oir pronunciar estos cuatro nombres, creerá que bajo esas sabias denominaciones ha agrupado el hombre las reglas por que se han de regir los idiomas, reglas que él ha dictado según su voluntad y su sabiduría; pues es precisamente todo lo contrario, porque las Gramáticas nacen de las lenguas mismas; y el estudio en este punto sólo nos ha conducido á reconocer como únicas é inalterables las leyes que las mismas lenguas se dictan, sin que nos sea lícito ni siquiera discutirlas.

Es verdad que esta es la sencillísima historia de todas las ciencias humanas: las leyes morales, como

las leyes físicas, son anteriores y superiores al hombre; ni la sociedad ni la naturaleza dependen de su voluntad, ni proceden de su sabiduría, y así como no le es posible crear una sociedad ni crear una naturaleza, no le es posible tampoco crear una lengua.

Las Academias establecidas en todas las naciones cultas para conservar la pureza de los idiomas, esos centros directivos de las lenguas, se hallan revestidas de una autoridad más aparente que efectiva. Sus facultades están reducidas á seguir ciegamente los movimientos del lenguaje y las excentricidades de la palabra.

Este tribunal, que parece único, ve su jurisdicción invenciblemente limitada por un poder arbitrario, por el poder del uso; pues no hay fuerza académica que detenga el curso de una locución, de una voz, de un giro, por vicioso ó por absurdo que sea, si una vez la mano invisible que dirige el movimiento de la palabra humana los ha puesto en circulación. Todo el genio académico es impotente ante las genialidades de las lenguas; los más presuntuosos rigores de la Gramática ni las más precisas definiciones del Diccionario, bastarán nunca á contener sus caprichosas irregularidades. La Academia más sabia se resistiría en vano, y acabaría por doblar la cabeza y someterse al imperio del uso. En rigor, estas ilustres corporaciones no tienen otra regla para resolver las cuestiones de analogía, de sintaxis, de prosodia, de ortografía y de significación que de continuo se les ofrecen, y

se ven obligadas á dar su sanción á las más disparatadas locuciones.

En las *frases hechas* ha encontrado nuestra lengua ancho campo á sus caprichos; en esa región es donde hace más descarado alarde de su independencia, y desde allí, con un desenfado inaudito, se burla de la Gramática, se mofa de la Academia y se ríe de sí misma.

II.

CREER Á PUÑO CERRADO.

De diversas maneras podemos expresar la firmeza de una convicción profunda, incluyendo entre ellas hasta la fórmula del juramento; mas ni el juramento mismo tiene el vigor, la energía, la precisión de esta frase: *creer a puño cerrado*.

Ciertamente, no existe relación ninguna entre la mano abierta ó cerrada y el convencimiento más ó menos íntimo que hayamos podido adquirir acerca de cualquier cosa, porque si no, los mancos de los dos brazos se verían imposibilitados de creer en nada; y, sin embargo, esa mano fantástica, ese *puño cerrado*, da á la idea que de ese modo expresamos, una firmeza, una decisión y, si puedo decirlo así, una elocuencia irresistible.

Creer á puño cerrado es estar fuera del alcance de toda incertidumbre y á cubierto de toda duda.

Y bien: ¿qué tiene que ver la pintoresca imagen de que nos valemos, con la idea que expresamos?

El puño cerrado podrá expresar el enojo, la ira, la desesperación, la amenaza y aun la avaricia; pero por más vueltas que le demos, nos será imposible encontrar en ella indicio alguno de que pueda ser señal de convencimiento.

Con ambos *puños*, enérgicamente *cerrados*, podemos muy bien dudar de todo; y, digo más: digo que es la expresión más propia de la duda, porque la duda es la desesperación del entendimiento.

Creer á puño cerrado es una frase arbitraria y hasta absurda, ante la que la Gramática dobla la hoja y la Academia dobla la cabeza. Carece de toda razón filosófica y gramatical que la autorice, y, no obstante, ni la Academia ni la Gramática han producido nunca frase alguna que obtenga una popularidad tan unánime.

No se contenta sólo con poner este ó el otro convencimiento, como si dijéramos en la palma de la mano, parte del cuerpo que maldito lo que ha tenido que ver nunca ni con lo que se cree ni con lo que se duda, sino que, además, dice muy frescamente *puño cerrado*, como si alguien hubiese visto alguna vez un *puño abierto*.

III.

CREER Á PIE JUNTILLAS.

Mas la lengua no se satisface por lo visto con ese triunfo; no le basta que creamos á puño cerrado; quiere más, mucho más, y como no se para en pelillos, y no le da importancia á las severidades de la crítica, se descuelga con la pretensión inaudita de que hemos de creer *á pie juntillas*. Y esta frase brutal, sin sentido propio ni ajeno, verdaderamente estrambótica, sale, no se sabe de dónde, y saltando de boca en boca, se impone á la Academia, se impone á la Gramática, y nos obliga á todos á reconocer en ella el poder de una legitimidad indiscutible.

No hay, pues, más remedio que creerla *á pie juntillas*.

Todo lo que hemos ganado en publicidad lo he-

mos perdido en pudor; así es que hemos adquirido la impermeabilidad necesaria para que nada nos escandalice, ni nos avergüence, ni nos indigne. Por lo tanto, nadie se toma el trabajo de ocultar ni sus vicios, ni sus malas acciones, ni sus perversos pensamientos. Á fuerza de saber miserias humanas, nos hemos acostumbrado de tal modo á la degradación que nos infesta, que ya nos parece la cosa más natural del mundo. Encallecidos de esta manera el sentido común y el sentido moral, no hay para qué cubrir con falsas apariencias nuestras culpables debilidades. Ni en nuestras costumbres privadas tenemos necesidad de guardar secreto alguno.

Esto es cierto: mas ¿qué tiene que ver esa reflexión hipocondríaca con las *frases hechas*, que es el tema ó la manía del presente artículo?....

Realmente, nada; y, sin embargo, una vez escrita, podemos aprovecharla para traer á la memoria otra locución no menos curiosa.

IV.

Á OJOS VISTAS.

PODEMOS decir, sin provocar las censuras de los gramáticos ni excitar el enojo de los académicos, que ya en este mundo de la publicidad no necesitan las perversidades la careta de la honradez: todo se puede hacer *á ojos vistas*.

Por medio de esta concordancia vizcaína, sin pies ni cabeza, es decir, por medio de esa locución verdaderamente libre y fuera del alcance de toda regla, podemos dar á entender el desconcierto del estado moral en que vivimos.

Aplicada á este caso general de pública desvergüenza, preciso es convenir en que no le falta cierta filosofía; pues, sea como quiera, el libertinaje de nuestras costumbres encuentra una expresión adecuada en el desconcierto de esas palabras.

Á ojos vistas.... ¿De dónde ha salido esa frase?.... He ahí una pregunta inútil, porque nadie sabe contestarla. Los más incansables investigadores arquearán las cejas, elevarán el labio superior y se encogerán de hombros, porque la erudición más acabada no tendrá otra cosa que contestarnos.

Es claro que alguna boca humana la pronunciaría por primera vez, y es de presumir que esa boca anónima no sería excesivamente culta.

De seguro el autor de la frase no debió ser ni gramático, ni académico, ni erudito, ni literato; positivamente, si nos fuese dable averiguar su nombre, no encontraríamos en él un nombre ilustre, ni en las letras, ni en las ciencias, ni en las artes.

Es indudable que tan disparatada locución salió de los labios de la ignorancia misma: el que la dijo no supo lo que se decía, aunque supiera lo que quería decir.

Y bien....: ¿qué mérito singular se encierra en ella para que desde el primer momento fuese aceptada, y repetida de boca en boca, adquiriendo al fin la sanción de una legitimidad incontestable? Porque nosotros mismos, los académicos, los literatos, los eruditos en esta materia, los que estamos obligados á tener la Gramática en la uña y saber el Diccionario como el Ave María, no nos desdeñamos de usarla siempre que el caso se presenta, y aun nos valemos de ella con preferencia á otras más racionales ó menos desatinadas.

Se dirá: el uso...., el uso.... Pero bien: ¿qué es

el uso?.... Es contestar con la misma pregunta, porque, en último resultado, el uso no es más que el hecho.

Sería ciertamente un fenómeno digno de estudio si ofreciera algún resquicio por donde pudiera penetrar la razón humana; pero es el caso que se niega á toda indagación. Cuantas más vueltas se le da, más impenetrable se nos presenta.

De la noche á la mañana nos encontramos con la aparición de una frase sin historia, sin filosofía, sin gramática y sin sentido, introducida en el lenguaje por una influencia ignorada, á la cual, quieras que no quieras, todos acabamos por someternos.

¿Qué es esto?.... ¡Bah!.... Una extravagancia...., una excentricidad.... Realmente eso es todo lo que podemos decir; mas convengamos en que es bien poco.

Entre el gran número de frases hechas que han ido naciendo al calor de nuestra lengua, hay algunas que merecen anotarse, y las anotaremos; pero eso hay que hacerlo en capítulo aparte.

V.

ESTAR DE MONOS.

No es todo en el amor miel sobre hojuelas. Desde que Eva se dejó seducir de la serpiente y el bobalicón de Adán probó el dulce fruto de nuestra perdición, todo va manga por hombro, porque el demonio, que es más listo que Cardona, no se puede estar mano sobre mano, y desde entonces acá, siempre está dale que dale y erre que erre haciendo de las suyas.

En ese cielo encantado en que suele pasar el hombre la primavera de su vida, hay también terribles tempestades, y sea por fas ó por nefas, á cada triquitraque se arma la de San Quintín, y hay cada trastienda que canta el Credo.

Por un quítame allá esas pajas, los amantes más tiernos se tiran los trastos á la cabeza, y, tira

de aquí y tira de allí, se dicen las verdades del barquero, se ponen como chupa de dómine, y entonces son las madres mías.

¡Ya se ve! Las palabras se enredan como las cerezas; nunca falta un correvedile que se meta en camisa de once varas; y como cada uno tiene su alma en su almario, se echan á rodar los bolos, y allí fué Troya.

Este es el pan de cada día en el teje maneje de los que bien se quieren, y hoy por ti y mañana por mí, andan á la greña sin ton ni son, á dos menos tres; y unas veces por Juan y otras por Pedro, se pasan la vida enseñándose los dientes, y, ¡válgame Dios!...., la vida es un soplo.

Para estos casos del mío sobre el tuyo en que los enamorados se suben á la parra y sueltan la maldita, porque no siempre la procesión va por dentro, tiene también la lengua su FRASE HECHA, tan de molde, que ni pintada.

Y no hay que levantar el gallo contra la frase que tengo junto á la punta de la lengua, diciendo si fueron verdes ó fueron maduras, porque la lengua no habla nunca á humo de pajas; sabe muy bien dónde le aprieta el zapato; y cuando ella dice esta boca es mía, no hay más que bajar la cabeza y tragar saliva.

Hay, pues, que aceptarla sin dimes ni diretes, lisa y llanamente, dejando á los gramáticos y á los académicos que hagan de su capa un sayo.

No desconocemos que esos pozos de ciencia sa-

ben poner los puntos sobre las íes, y quieren que se hable con su cuenta y razón, y no á roso y velloso, así...., de bóbilis bóbilis, como quien dice, á ojo de buen cubero; y aunque es verdad que ellos están siempre sobre el peón, es también cierto que ni atan ni trasquilan, y por más que se den de calabazadas, la lengua sigue en sus trece, y hace y deshace, sin que sea posible irle á la mano, porque está empeñada en que ella sabe muy bien lo que se pesca.

Y vaya V. á hacerla caer de su asno, cuando cree que pone una pica en Flandes. Como quien no quiere la cosa, nos daría con la puerta en las narices, y tendríamos que salir con las manos en la cabeza.

Sin duda alguna, la frase que tengo *in pectore* es una salida de pie de banco, sin fuste ni muste, contra la que pudieran presentarse muchas razones que no tienen vuelta de hoja; mas la lengua no necesita abrir ni cerrar ningún libro para salir por los cerros de Úbeda, y cuando pone pies en pared, no se convence, aunque le prediquen frailes descalzos.

Ello es que siempre que nos dan en rostro las caras de pocos amigos de dos que se hacen muecas, porque anda entre ellos la de Dios es Cristo, á todos se nos viene á la boca la misma frase, todos nos comemos la partida, y, dándonos de ojo, decimos:

—¡Hum!....: *están de monos.*

La frase no es ciertamente un arco de iglesia, y la lengua, al traerla á colación, no habrá tenido que quemarse mucho las cejas; pero yo desafío al más pintado á que saque fuerzas de flaqueza, pues aunque haga el diablo á cuatro, no dará en el quid de otra frase que pueda mirar á esa por encima del hombro, y al fin y al cabo saldrá de su empeño como perro con maza.

No creo que ningún alma de cántaro se meta en semejante berengenal, porque eso de hacer de la lengua mangas y capirotes, sólo le es permitido á la lengua misma, pues ella sola sabe dar siempre en el clavo, como si estudiara con el demonio.

Y he ahí un punto acerca del cual no da fácilmente su brazo á torcer; lo hila muy delgado, y los dedos se le antojan huéspedes. Verdaderamente, ella no necesita ayuda de vecino, aunque siempre debe estar con las manos en la masa, pues las *frases hechas* parece que le caen por la chimenea.

En esta tarea no hay ciertamente quien le tosa. Eso sí, ella echa por esos trigos de Dios, y sin pararse en tiquis miquis, suelta la taravilla, y sacándolas del costal, se ríe en nuestras barbas, dándonos en rostro con locuciones y palabras tan á remacha martillo, que nos dejan haciéndonos cruces, sin que nos valga la bula de Meco.

Preciso es que cantemos de plano, y aunque sea darle un cuarto al pregonero, hay que tirar de la manta y confesar que en esto de las *frases hechas* ella sola es la que tiene la sartén del man-

go...., y, ¡bah!, en buenas manos está el pandero.

Ante el desparpajo con que escupe por el colmillo frases que vienen á tiro hecho como pedrada en ojo de boticario, y que entran y salen por los dominios del lenguaje como Pedro por su casa, sin que sea posible atarlas corto, ni mucho menos meterlas en cintura, ni siquiera hacerlas entrar por el aro, los hablistas de más campanillas son niños de teta, y las Academias que rayan más alto se quedan en mantillas.

Cuando la lengua se echa el alma á la espalda y dice «aquí que no peco», nos quedamos pegados á la pared, sin que nos quede más recurso que hacernos los suecos y dejar que ruede la bola.

Las Academias se devanan los sesos para que cada palo aguante su vela y todo salga á pedir de boca. Justo es concederles el honor de querer llevar su gato al agua; mas aunque andan con pies de plomo, nunca consiguen tener á raya las salidas de tono con que la lengua echa su cuarto á espadas, y salga el sol por Antequera, porque ese es el pie de que cojea.

Y dejémonos de cuentos; ella hablará en estos casos á tontas y á locas, y dirá disparates de á folio; pero no hay que darle vueltas, porque siempre pone el dedo en la llaga.

Esos *monos*, traídos ahí por arte de birlibirloque, se caen de su peso y vienen como de perlas; y aunque parece que miran al plato, miran á las ta-

jadas, y son capaces de hacer desternillar de risa al moro Muza.

Estar de monos es lo mismo que estar en berlina, y eche V. por arriba ó eche V. por abajo, lo mismo da ocho que ochenta, pues por todas partes se va á Roma.

Y no hagamos aspavientos dando á entender que se nos quiere comulgar con ruedas de molino, que la lengua no se mama el dedo, y si dice cartuchera en el cañón, firma el rey.

A nosotros sólo nos toca cargar con el mochuelo y hablar por boca de ganso.

Bueno que las doctas Academias y los escritores de pelo en pecho tomen todas esas frases de rompe y rasga á beneficio de inventario, pues no es cosa de que se den con un canto en los pechos y pasen por las horcas caudinas, ni más ni menos que si fuesen sacristanes de amén ó curas de misa y olla. Perfectamente; pero entretanto, las frases hacen su agosto y no se nos caen de la boca, y la Gramática anda como tres en un zapato, y al Diccionario no le llega la camisa al cuerpo.

Esto es lo que al pie de la letra sabemos de buena tinta acerca del maremagnum de las *frases hechas*, que, por matar el tiempo y echar una cana al aire, hemos puesto en tela de juicio.

Claro es que no hemos inventado la pólvora, y que otro que tenga el asunto más al dedillo, se irá al grano más derechamente, dejándonos en babia.

Si es así, su alma en su palma, y punto redondo.

VI.

PELAR LA PAVA.

El genio del gran dramático inglés inmortalizó los nombres de Julieta y Romeo, perpetuando entre los hombres la lamentable historia de aquellos desventurados amores; del mismo modo, el talento de Bernardino de Saint-Pierre nos descubrió después los nombres de Pablo y Virginia, confiándonos el inolvidable relato de otros amores no menos desgraciados.

Es imposible no sentir el poderoso encanto con que Shakespeare nos pinta los apasionados diálogos de Julieta y Romeo, ni substraerse al atractivo con que Saint-Pierre nos dibuja los tiernos y apacibles coloquios de Pablo y Virginia. La crítica entusiasmada nos ha hecho ver las sublimes bellezas de estos cuadros, y el sentimiento de esas mismas

bellezas, antes que la crítica, nos revela á todos el maravilloso poder de ambas creacion es, porque la crítica ha ido en todos los tiempos del mundo detrás del arte, ni más ni menos que va la sombra detrás del cuerpo que la produce.

En realidad, el arte es el genio, y la crítica viene á ser en substancia la medida de las grandes obras después de hechas.

Mas el genio de la lengua, que todo lo celebra y de todo se burla, dándose la importancia de quien va á decidir el caso con un golpe maestro, ha intentado mofarse de Shakespeare, de Saint-Pierre, de Julieta y Romeo, de Pablo y Virginia, de la crítica y de todos los que sentimos y admiramos la sublime belleza de esas obras maestras, lanzando á las corrientes impetuosas de la palabra una frase burlesca, desdeñosa, que cae como jarro de agua fría en el fuego de nuestro entusiasmo.

He aquí el caso: esos diálogos íntimos con que mano á mano se comunican entre sí sus inquietudes y sus esperanzas, sus promesas y sus juramentos en conversaciones interminables dos corazones enamorados, nos son conocidos en el lenguaje corriente con la designación risible de *pelar la pava*. ¡Ah pícara lengua!

Toda la poesía del amor, toda la sublimidad del coloquio, todo el interés de los más vivos afectos, todo el efecto dramático de la escena se desvanece ante esa frase vulgar, prosaica, burlona. No hay ternura que se resista á la acción corrosiva con que esa

frase intempestiva disuelve el encanto del cuadro.

En medio de las lágrimas que el calor de la situación haya hecho asomar á nuestros ojos, la sonrisa aparecerá en nuestros labios si la memoria nos pone esa frase grotesca en la punta de la lengua.

¡Pelar la pava! Cuantas más vueltas le doy, menos lo entiendo. Mi perspicacia no encuentra qué especie de conexión puede haber entre desplumar el ave *finchada* y oronda, que la Navidad hace célebre y las trufas inolvidable, y tejer manos á boca esa red de palabras en que tan fácilmente se enredan dos corazones enamorados.

¿Qué tiene que ver *pelar una pava* con el mutuo comercio de promesas, de quejas, de suspiros, de temores, de proyectos y de esperanzas, tarea en que los amantes se olvidan hasta de sí mismos para no hablar más que de sí propios? Dulce y tierna comunicación de dos almas que se entretienen en forjar para ellas solas nada menos que la felicidad eterna en medio de las desdichas del mundo.

Sea como quiera, la frase que nos ha venido á la mano, debe tener su origen. Esto es forzoso, y si la lengua misma, tan hábil en unir los conceptos á las palabras, no acierta á compaginar el sentido de la frase con la idea que representa, la historia, menos escrupulosa, resolverá la dificultad bien fácilmente.

Tengo por cosa segura que esta frase debió nacer en algún pueblo de Andalucía, lo cual no quita que otro la haga oriunda de Cataluña ó de Castilla.

La fecha se averigua sin necesidad de revolver muchos archivos, pues desde luego se comprende que debió ser por Navidad, ó á lo menos en el día de alguna festividad doméstica. De aquí se deduce su carácter familiar y espontáneo, pues debió surgir modestamente en las intimidades del hogar, esto es, en el rincón de alguna cocina.

¿Cómo? Casi por sí misma, por la fuerza particular de una coincidencia.

Aquí hay necesariamente una *Julieta* de humilde condición, algo alegre de cascos, y por lo mismo tentada de la risa, con su alma en su almario, bastante resuelta á no meterse en un convento, y que podría llamarse Marta, que es al fin un nombre propio como otro cualquiera.

A esta Marta le hace guiños un *Romeo*, que, como el de Shakespeare, anda á salto de mata, porque los amores de los simples mortales suelen tener en el mundo tantos inconvenientes como los de los héroes. La casa tiene ventanas, y sobre todo un corral, que para estos lances dice «comedme», y vaya V. á ponerle puertas al campo.

Este es el lugar preferido para las citas, donde los dos amantes se ven y se hablan sin que nadie les tosa; allí se prometen el oro y el moro, y en dimes y diretes se les va el santo al cielo, que ninguno de los dos se muerde la lengua. Como á la ocasión la pintan calva, Romeo anda siempre haciendo esquinas y bebiendo los vientos, y apenas suena la voz de Marta en el corral, y ya sabe ella

dónde le aprieta el zapato. Romeo, más listo que Cardona, se encarama de un salto en lo alto de la tapia, que á él no le duelen prendas, y Cristo con todas. ¡Bonito es el mozo para pararse en pelillos! Lo mismo le da ocho que ochenta, y siempre se va al grano. ¿Qué le importa á él que lo pillen con las manos en la masa?

Así andaban las cosas, cuando el ama de la casa, que era mujer de muchos humos, se le puso en el moño celebrar un banquete que ardiera en un candil; y aquí te quiero, escopeta: toda la familia se volvió manos, porque la comilona había de ser el *non plus ultra* de los *gaudeamus*.

Marta tenía ángel para desplumar aves, y á ella le tocó sacrificar la víctima, por ser tarea para la que se pintaba sola. Paso entre paso y quieras que no quieras, se fué hacia el corral, riéndosele los huesos, porque la procesión iba por dentro; y allí, en menos que canta un gallo, cogió una pava á ojo de buen cubero, y en un santiamén le retorció el cuello, sin que pudiera decir «Jesús me valga».

Dicho y hecho: la cabeza de Romeo apareció sobre la barda del corral, como si lo hubiesen llamado con campanilla, y cate V. á Periquillo hecho fraile: las palabras se enredan como las cerezas, y charlando charlando se les van las horas muertas.

Al ama de la casa no se le cocía el pan, pues era mujer de pelo en pecho, y todo lo quería en un abrir y cerrar de ojos....

—¿Qué hace Marta? (preguntó con impaciencia.) ¿Dónde está Marta?

Los amores de Marta no eran un secreto de Estado, y toda la gente de la casa estaba al cabo de la calle; así es que la contestaron diciendo:

—Marta.... pues.

—¿Qué quiere decir *pues?*—volvió á preguntar el ama.

Se miraron unos á otros guiñándose los ojos, y el más socarrón dijo con mucha sorna:

—Marta...., eso es...., pues...., está.... pelando la pava.

El ama se hizo cruces, y la frase quedó hecha.

VII.

DORMIR Á PIERNA SUELTA.

HAY sueños deliciosos, y esta es una de las pocas dichas que en el mundo pueden alcanzar hasta los más desgraciados, porque, en fin, sean las que quieran las tristes realidades que siembren de espinas la senda de nuestra vida, ello es que nuestras angustias tienen el refugio del sueño, durante el que la imaginación suele pintarnos con risueños colores la halagüeña realidad de los más imposibles deseos, y en esos momentos, fugitivos siempre como el de todas las dichas humanas, el hombre dormido es el ser más feliz de la tierra.

Mas esta gota de miel, puesta en los labios de nuestras esperanzas, tiene muy pronto un sabor muy amargo. Es preciso despertar, y entonces toda

la perspectiva se desvanece; la decoración cambia súbitamente, y caemos de golpe desde las alturas de nuestras soñadas felicidades en la dura realidad de nuestras desdichas.

Así la desgracia se burla de nosotros hasta en el momento mismo en que somos felices.

Hay también sueños pavorosos, de los que no están libres ni aquellos á quienes más descaradamente sonríe la loca fortuna. Estos seres se ven obligados con la misma frecuencia que el resto de los mortales á cerrar los ojos á las felicidades que los rodean, y el sueño, semejante á una sombra que todo lo obscurece, se interpone ni más ni menos que si quisiera alejarlos de ellas.

Y vaya V. á contener las inquietudes, los recelos, los sobresaltos que entonces suelen acometernos. La razón, maniatada por las ligaduras misteriosas del sueño, no acierta á defendernos, y las más extrañas quimeras y los más absurdos temores se apoderan de nuestro espíritu, llenándolo de angustia.

¿Hay algún remordimiento oculto en el fondo del alma, ahogado en ella por la algazara de la vida?.... Pues ese es el momento en que se levanta terrible é implacable. ¿Es el amor que cubre de flores la tierra que pisamos? Entonces, ¡cuántas infidelidades se sueñan!.... ¿Son las riquezas? ¡Oh, qué fácilmente las vemos perdidas!.... ¿Es la gloria?.... ¡Bah!.... ¡Qué desengaño!....

La felicidad, lo mismo que la desgracia, se vale

del sueño como de un cómplice para burlarse de nosotros.

Dormir es algo más que reclinar la cabeza y cerrar los ojos.

Pero hay un sueño apacible, franco, profundo, por medio del que el hombre se substrae completamente á los afanes de la vida que lo rodea, en el cual cae nuestro espíritu ni más ni menos que cae una piedra en un pozo.

Y este sueño, preferible sin duda alguna á todos, permanecería ignorado y confundido con el vulgo de los sueños, si la lengua, por medio de una frase original, no lo hubiese designado.

Dormir á pierna suelta ha dicho la voz pública; y todos hemos convenido en que ésta es la mejor manera de dormir, ya sea sobre un lecho de plumas, ó ya sea sobre la ingrata aspereza de las piedras.

Y obsérvese qué abandono, qué plenitud de descanso, qué holgura hay en esa *pierna suelta* de que el capricho de la lengua se vale para representarnos el más hondo, el más tranquilo de los sueños.

A nadie le hubiera ocurido nunca expresar la idea del reposo, sirviéndose para ello de la imagen de una *pierna*, y menos aún de una *pierna suelta*, combinación de palabras que lleva en sí misma la idea del movimiento.

He aquí una pierna traída por los cabellos.

Por qué especie de razonamiento ha venido á construirse esta frase, no es fácil explicarlo.

VIII.

CANTAR LA PALINODIA.

Mas no se trata de dormir, se trata de confesar un error, de reconocer una falta, y la alegría que este acto, poco común por cierto, nos causa, lo expresamos diciendo: *eso es cantar la palinodia.*

La elocuencia de esta frase no consiste tanto en el desenfado musical de que hace alarde, como en la grotesca originalidad de la palabra *palinodia;* y considerada en su sentido burlesco, no será temerario atribuirle una influencia funesta.

Siempre han sido actos nobles reconocer los errores y confesar las faltas; mas siempre el espíritu vulgar del género humano ha visto en ellos algo humillante, porque nunca ha sabido distin-

guir la diferencia que existe entre la humillación que rebaja y la humildad que enaltece. Faltaba en nuestra lengua una fórmula común que diese vida á ese modo, común también, de ver las cosas, y de repente salió de los arcanos del lenguaje la frase de *cantar la palinodia*, en la que señalamos con el dedo al que tiene la lealtad de decir francamente: «Señores, estaba equivocado».

No necesitaba nuestra soberbia tan ingenioso esfuerzo para resistirse á confesar sus errores; mas inventada la frase, ha de costarle más al orgullo humano reconocer que no es en su inteligencia oro todo lo que reluce, y que, por grande que sea nuestro amor propio, al fin y al cabo no hay más cera que la que arde.

El hombre menos presuntuoso, instigado por las sugestiones de su propio convencimiento, se dirá á sí mismo:

Sí, señor....; el error en que yo estaba es evidente.... Mi proyecto no tiene pies ni cabeza; esto es claro.... No cabe duda de que mi idea es una cosa disparatada; lo que yo sostengo es un solemne desatino. Perfectamente; pero es el caso que yo *no canto la palinodia*.

Esta frase burlona le hace cosquillas en todas las coyunturas de su amor propio, y cierra los ojos y sigue adelante.

Los errores tienen tres clases de partidarios: unos los siguen por pura ignorancia, otros los profesan por puro negocio, y otros persisten en ellos y

los sostienen por no pasar por la vergüenza de *cantar la palinodia*.

Si el amor propio fuera alguna vez ingenuo, entonces sabríamos la influencia que esa frase ejerce en nuestro ánimo; pero cada cual, metiendo la mano en su pecho, puede sacar la cuenta por sí mismo.

IX.

ECHAR LA CASA POR LA VENTANA.

Así designamos los arranques más impetuosos de nuestra prodigalidad. Una boda, un bautizo, un fausto aniversario, bastan para que, abriendo los tesoros grandes ó pequeños de nuestra opulencia, digamos al mundo: «¡Eh!, sépase quién es Calleja».

En verdad, no nos contentamos con las pocas ocasiones de regocijo que la vida nos ofrece, y aprovechamos con bastante frecuencia los más infaustos acontecimientos para *echar la casa por la ventana,* porque hay entierros tan lujosos como una boda y tan espléndidos como un bautizo.

No es la terrible necesidad de morir una circunstancia que debe orgullecernos, porque ella nos advierte lo frágil y lo miserable de nuestro ser; pero,

sea como quiera, el mundo en que vivimos nos obliga á enterrar los muertos con todo el fausto posible.

Por lo que hace á los desastres públicos, son de continuo motivos de fiestas espléndidas, donde lujosos concursos acuden á llorar con fastuosas lágrimas las desventuras de la catástrofe.

Para estos casos las sociedades filantrópicas se pintan solas. Por de pronto, la noticia del desastre nos aterra; pero poco después los carteles de los teatros y los anuncios de los periódicos vienen á decirnos que la filantropía ha tomado la cosa por su cuenta, y acto continuo dispone bailes suntuosos, conciertos espléndidos en los que se *echa la casa por la ventana*.

Ignoro la antigüedad de la frase; pero atendiendo á la grande aplicación que tiene en nuestros tiempos, me inclino á sospechar que ha de ser invención moderna.

Ello es ciertamente un despilfarro impropio, en verdad, de esta época positiva; mas téngase en cuenta que es un despilfarro científicamente económico. La gran ciencia de los intereses materiales, la teología, digámoslo así, de los maravedises, reconoce en el lujo uno de los fundamentos de nuestras prosperidades, y el lujo, ya se tome como elemento científico, ya se considere como pasión pública, no es, en resumen, más que la tarea asidua y continua en que todos estamos empeñados de *tirar la casa por la ventana*.

Suprimamos este aspecto espléndido con que brilla el fausto de nuestras costumbres, y adiós prosperidad deslumbradora, pues de la noche á la mañana nos veremos reducidos á las estrecheces de la miseria.

La cuestión, si es que hay cuestión alguna acerca de este punto, es muy sencilla: ateniéndose á lo que realmente poseemos, preciso es decirlo, nos veríamos obligados á vivir muy pobremente, y la ciencia económica moderna, que ha hecho una verdadera revolución en la moral, en las costumbres y en la riqueza, ha encontrado el medio de vencer esa dificultad, y ha dicho:

—¡Bah!....: ataréis los perros con longanizas.

—¿Cómo?....—hemos preguntado nosotros.

—¡Cómo! (ha repetido con desdeñosa suficiencia.) Está claro: *tirando la casa por la ventana*. Ó, lo que es lo mismo; contra la pobreza, el fausto; contra la miseria, el lujo.

No todos tenemos casas que tirar por las ventanas; mas, sea como quiera, mañana podremos tenerlas, y en tal caso no hay inconveniente en que tiremos hoy por una ventana que no tenemos todavía, la casa que tendremos mañana.

Muy bien: esta operación, por medio de la que nos anticipamos fabulosas prosperidades, tiene en la ciencia su nombre técnico: se llama crédito, y el crédito es la desamortización de lo futuro.

Como vemos, la frase encierra un sentido trascendental.

Es un capricho de la lengua valerse de la estrechez de una ventana para tirar todo el volumen de la casa en que la misma ventana está contenida.

Tomada la frase al pie de la letra, encierra un desatino, más aún, un imposible, y no obstante su sentido hiperbólico obtiene en nuestros días una realidad pasmosa y un éxito fabuloso.

X.

SIN CONTAR CON LA HUÉSPEDA.

AMOS á otra frase que, después de *tirar la casa por la ventana,* se viene naturalmente á la memoria, como si fuera su complemento; la frase es esta: *sin contar con la huéspeda.*

Aquí tiene el lector un personaje anónimo que se escapa á todas nuestras averiguaciones y en cuya mano invisible está el secreto éxito de nuestros planes, de nuestros proyectos, de nuestros cálculos y de nuestras empresas. *Sin contar con la huéspeda* son inútiles las más exquisitas previsiones, faltan las más razonables probabilidades, porque la *huéspeda,* desde el rincón impenetrable en que se oculta, desbarata los planes más hábilmente combinados, si no tenemos la previsión de contar con ella.

Cuando parece que todo nos sale á pedir de boca, cuando parece que hemos previsto todas las

contingencias, cuando ya no hay realmente más que llegar y besarla durmiendo, *la huéspeda* se sonríe con una boca que nadie ha visto, y tirando del cabo suelto que tiene siempre en su mano, cambia de pronto la decoración tan hábilmente combinada, y adiós plan, adiós proyecto, adiós empresa...., adiós éxito...., nuestro gozo en un pozo.

¡Qué transformación tan lamentable!....

Ayer todo lo veíamos de color de rosa, nos sonreían á la vez el cielo y la tierra, el éxito de nuestro plan era completo.... Hoy todo ha frascasado, las esperanzas se han desvanecido y la realidad misma se obscurece como avergonzada de sí propia.

¿Qué es esto?

Esto es pura y simplemente que *no hemos contado con la huéspeda.*

Y bien. ¿Qué personaje misterioso es este que así se burla de nuestra audacia, de nuestra ambición, de nuestra inteligencia y hasta de nuestra astucia?.... ¿De dónde ha sacado la lengua ese ser anónimo, invisible é impalpable, que se ha apropiado la facultad de echar por tierra los cálculos más astutamente combinados, los planes más maravillosamente urdidos por la previsión humana?....

Nadie lo sabe, y, sin embargo, ese ser, rodeado de tantas circunstancias fantásticas, existe; es un ser real, auténtico, que encontramos, ya de un modo, ya de otro, en todos los fracasos que experimentan los cálculos de nuestro orgullo, que no son pocos.

XI.

EL JUEGO DE LAS INSTITUCIONES.

AMBIÉN en el lenguaje de la política suele salir por los cerros de Úbeda la autoridad irresponsable del uso, dando carta de naturaleza á frases, en las que se encuentran algunas que no dejan de tener cierta originalidad digna de notarse. Desde luego, las primeras que se nos vienen á la boca descubren que están vaciadas en el cuño moderno, y se advierte en ellas esa seriedad que llevan consigo las palabras graves. Para pronunciarlas conviene ahuecar la voz de manera que los oídos que nos escuchen perciban en ellas cierto acento rotundo que las hagan sonar como verdaderas campanadas.

Mis investigaciones filológicas respecto á su origen, no son del mayor alcance; pues, en resumidas cuentas, sólo he podido averiguar que no

han nacido en los dominios del vulgo, sino más bien en las altas regiones donde se engendra el rayo, y parece que nos han caído por la chimenea. No pertenecen al lenguaje del pueblo, y sólo circulan entre los hombres de la vida pública. Se las encuentra en los documentos oficiales de más aparato, en los discursos parlamentarios más teatrales y en los artículos de periódicos más campanudos.

Por más que el uso diario que de ellas se hace las extienda desde los gabinetes de los ministros hasta las mesas de los cafés, desde el santuario de las leyes hasta los centros de los clubs, el pueblo, que llama al pan pan y al vino vino, no sabe apreciar el valor que en ellas se encierra, y las oye como quien oye campanas y no sabe dónde, y si por un oído le entran, por otro le salen. La primera frase que me salta á los ojos es la que usamos siempre que pretendemos designar con brevedad y exactitud el ejercicio de los poderes públicos; y entonces, llenándonos la boca, y arqueando las cejas, y admirándonos de la felicidad de la expresión, exclamamos:

¡Oh!.... *¡El juego de las instituciones!*....

Hay algo de diabólico en esta frase, porque sólo al demonio se le ocurre llamar *juego* á lo que constituye todo el fundamento del régimen político en que vivimos. Porque *juego* es una palabra cuyo sentido dominante indica pasatiempo, cosa de puro recreo ó de mera broma, cuando no expresamos con ella un vicio desastroso que el libertinaje de

nuestras costumbres consiente, pero que las leyes se ven obligadas á prohibir, aunque muchas veces hagan la vista gorda.

¡Cuidado con ello! Llamar, así, de golpe y porrazo, *juego* al armonioso conjunto de sabias instituciones, que nos cuestan montes de oro y río, de sangre, en las que hemos fundado, si no la felicidad presente, porque al fin y al cabo cada vez están más verdes, á lo menos la felicidad futuras que podremos encontrar mañana ó el otro á la vuelta de un dado.

Hablemos en confianza, ya que nos hallamos manos á boca. ¿Les parece á Vds. el tira y afloja de nuestras instituciones cosa de juego?....

Aquí hay una maliciosa mordacidad de la lengua, que todo lo mete á barato y parece complacerse en sacar á la vergüenza la movible combinación de hombres y de cosas que hace cuarenta años nos tiene con el alma en un hilo, como si el arte de gobernar á los pueblos, hoy día de la fecha, fuese tirar de la oreja á Jorge ó llegar y besarla durmiendo.

Hagamos hincapié en este punto, y no consintamos que esa burla del lenguaje, así, sin más ni más, corra la ceca y la meca señalándonos con el dedo, porque la historia, que es muy capaz de contarle los pelos al diablo, hará creer á las futuras generaciones que hemos pasado la vida tocando el violón y seremos también entonces el platillo de todas las conversaciones.

No sé yo por qué ha de tener la lengua vela en este entierro y ha de venirse por su bella cara á dar un golpe de gracia, ni más ni menos que si tuviera un tío en Indias ó fuera el gran Tamerlán de Persia. ¿Qué pito toca en este órgano de Móstoles para llevar la batuta y ponernos con una sola palabra la ceniza en la frente?....

El juego de las instituciones es una frase que arde en un candil y que debiera estar fuera de la legalidad común, mientras no obtenga mayoría en los comicios ó dé el grito y se ponga en zancos, y, echando las campanas al vuelo, nos tenga á todos entre la espada y la pared. Entonces podrá cantar en la mano y ponerse las botas; mas, entretano, eebe darse un punto en la boca.

XII.

HACER ATMÓSFERA.

La segunda frase que se me entra de rondón en estos apuntes es una locución que pica en historia. Por una parte, parece que es la simple averiguación de un secreto de la naturaleza cogido al vuelo, y, por otra parte, á las primeras de cambio descubre la oreja de su sentido político. Debe considerarse como una de las más curiosas invenciones de nuestro tiempo; pues, aunque el sentido no es de ayer mañana, puede asegurarse que la fórmula en que lo expresamos acaba de salir del horno: eso se conoce á tiro de ballesta.

Es un sistema por medio del que se convierte lo negro en blanco, poniendo de la noche á la mañana en candelero lo que el día antes estaba á los

pies de los caballos. Se aplica lo mismo á la celebridad de la revalenta arábiga que á la exaltación del ser más insignificante que por el momento convenga poner en los cuernos de la luna.

Esto se llama *hacer atmósfera*.

Y, es claro, esa atmósfera se hace favorable ó adversa, según hay que destruir ó levantar, y en el primer caso se ponen las cosas en las nubes, y en el segundo se ponen de vuelta y media.

El vulgo, que lo mismo sirve para un fregado que para un barrido, y que de todo se hace lenguas, es el gran receptáculo donde desembocan las corrientes atmosféricas, unas veces de las más serviles é interesadas adulaciones, otras veces de las más atroces calumnias.

Hacer atmósfera es pura y simplemente *confeccionar* falsos entusiasmos, crear odios injustos, tejer y destejer reputaciones, fabricar celebridades de pacotilla; en una palabra: pintar como querer, haya lo que quiera de lo vivo á lo pintado.

El vulgo, que para estas cosas se pinta solo, rara vez deja de bailar al son que le tocan, y una vez alborotado el cotarro, habla como un descosido cuanto le ponen en el pico, sin caer en la cuenta de que al fin él es el que suele pagar los vidrios rotos, porque del cuero salen las correas.

Entretanto, tres al saco y el saco en tierra, que no se ganó Zamora en una hora, si no otro gallo nos cantara, y no anduviéramos con el agua al cuello buscándole los tres pies al gato. Pero esto de

hacer atmósfera es dar gato por liebre, y como cada uno arrima el ascua á su sardina, siempre tenemos la misma función de toros y cañas.

¡Y qué hemos de hacer! Somos caballos de buena boca, y no es cosa de andarse en repulgos de empanada por más que se nos caigan los palos del sombrajo y no podamos sacar los pies de las aguaderas. A nosotros, ¿qué nos va ni qué nos viene? A lo que sube, cara de pascua; á lo que cae, la del humo. Por lo demás, ya sabemos que el último mono se ahoga, y que lo que ayer era este mundo y el otro, hoy es la nada entre dos platos.

En fin, *hacer atmósfera* es, hablando en plata, mentir más que la *Gaceta*.

Otras dos frases que no son por cierto de las de tres al cuarto, con las que contamos para hacer las cuentas del Gran Capitán, no se nos deben quedar en el tintero, porque vienen á ser nuestro paño de lágrimas.

Veámoslas en el capítulo que sigue.

XIII.

ENJUGAR LA DEUDA Y CASTIGAR EL PRESUPUESTO.

POSITIVAMENTE. La primera de estas frases ha salido de una de esas bocas que beben en buenas fuentes, pues por lo húmedo del concepto se descubre la profundidad del sentido, y parece que va diciendo: «agua va», como si quisiera aguarnos la fiesta.

La deuda nos tiene con el credo en la boca; una liquidación sería echarnos por puertas; pues bien: para evitar que llegue al estado de liquidación, enjugarla. Por otra parte, ¿es acaso la deuda alguna cosa del otro jueves? ¡Sus títulos!... ¡Ah! Al decir sus títulos, parece que echamos por la boca el oro y el moro. Y bien: si hay que enjugar la deuda, claro está que los títulos de la deuda no son más que papeles mojados.

Lo que no va en lágrimas, va en suspiros; al que no tiene, el rey le hace libre; por consiguiente, manga ancha y trampa adelante. ¿Se puede cortar por lo sano?.... *Nequaquam.* Eso sería quedarse á la luna de Valencia, y para no llevar las cosas á punta de lanza, bueno está San Pedro en Roma.

¡Enjugar la deuda! es una frase de brocha gorda, que no tiene más alcance que el de la carabina de Ambrosio, y que, como la espada de Bernardo, ni pincha ni corta. Hay que oirla como quien oye llover, y siga la danza.

Mas todo esto son tortas y pan pintado, pues se me entra por las puertas otra frase de las que entran pocas en libra, con una cara de justo juez, que sólo de verla se ponen los pelos de punta.

Viene de mano armada, dispuesta á hacerle cara al que por lo visto la tiene siempre hecha. Ya se ve, había aquí una mano oculta que todo lo llevaba á sangre y fuego, sacándonos á todos de nuestras casillas, de tal modo, que esto eran las guerras civiles. Pero cátese V. que al autor de toda esa liorna se le fué el santo al cielo, y entregó la carta y se descubrió el pastel; y aunque gritaba «oros son triunfos», haciéndose la mosquita muerta, no hubo tu tía, y se le sacó á relucir toda su vida y milagros.

Entonces salió á luz la frase tremenda, y se dijo: *castigar el presupuesto.*

He ahí el gran criminal del siglo, cogido entre puertas, sin que le haya sido posible poner pies en

polvorosa, pues aunque se va entre los dedos, porque aquí no somos mancos, si sale de Scila cae en Caribdis, que contra él todos nos hemos puesto de uñas.

Es verdad que el castigo hay que ponerlo cada vez más en cuarentena, pues conviene pasarle la mano y tentarse la ropa, porque el día que diga: «aquí falta uno», y se vaya con la música á otra parte, todos nos quedamos tocando tabletas. Y vamos á ver: ¿quién le pone el cascabel al gato?....

De todas maneras, una vez descubierto el culpable, nosotros bien podemos lavarnos las manos, que la historia, que no teme que se le llueva la casa, y que todo lo mide por el mismo rasero, no se andará en chiquitas, y dirá verdades como puños, poniendo al presupuesto de oro y azul. ¡Ah! Cuando ella le ponga el paño al púlpito, y le remueva los huesos, y todo salga á la colada, entonces se sabrá *c* por *b* y de *pe* á *pa* cómo ese desalmado nos tiene con el pie en el pescuezo.

Por ahora nadie se atreve á cortarle el vuelo, y algo tendrá el agua cuando la bendicen; pero no se nos pasea tanto el alma por el cuerpo, que si él cada vez toma más alas, nosotros sabemos buscarle las cosquillas de tal modo, que, por más que aprieta el tornillo de las contribuciones, nunca tiene bastante para taparnos la boca.

Si las hace, bien las paga, pues cada vez que se vuelve la tortilla tiene que sudar el quilo, porque todo se convierte en merienda de negros, que

entre bobos anda el juego, y vamos á caza de gangas.

¡Castigar el presupuesto! ¡Oh cuán profundo es el sentido de esta frase! Es castigar los gastos, las disipaciones, las sensualidades que forman el conjunto de delicias en que vivimos; es quedarnos por puertas.

Si el que lea de la cruz á la fecha estas coplas de Calaínos, es hombre que corta un pelo en el aire, no necesitará Dios ni ayuda para ver por tela de cedazo el valor político y hasta filosófico que encierran esas cuatro frases que nos han caído como llovidas del cielo.

Con el *juego de las instituciones*, *haciendo atmósfera*, *enjugando la deuda y castigando el presupuesto,* vamos por el camino del progreso á uña de caballo, é iremos á parar allá adonde Cristo dió las tres voces, si es que á la vuelta no lo venden tinto.

Ahora, saque el que pueda la pierna más allá de la sábana, y punto en boca.

XIV.

CONCLUSIÓN.

BUENO será que al doblar la hoja, pongamos también nosotros el paño al púlpito, y echemos, como cada hijo de vecino, nuestro cuarto á espadas en el maremágnum de las convesaciones de puerta de calle, que, quieras que no quieras, traen revuelto el cotarro del mundo, porque no hemos de estar mano sobre mano, sin decir esta boca es mía, cuando anda la gente quitándose la palabra de la boca, haciendo cada cual de su capa un sayo.

Esto de hablar como descosidos es ya moneda corriente, y no hay alma de cántaro que no se nos suba á las barbas y escupa por el colmillo, y eche las campanas á vuelo sobre si fué ó sobre si vino, soltando la taravilla, venga ó no venga á pelo, que cada cuál tiene en la punta de la lengua un discur-

so de cajón, con muchas razónes de pie de banco, que arde en un candil, para que todos podamos vivir á la sopa boba.

El *quid* está en que *velis nolis* quede siempre la nuestra sobre el hito y pueda cada *quisque* arrimar el ascua á su sardina, que, en resumidas cuentas, la ocasión la pintan calva y entre bobos anda el juego.

Aquí todo bicho viviente quiere llevar su gato al agua y hacer su agosto, porque aun cuando el dinero anda por las nubes, la cosa es que no cae por la chimenea, y hay que hacer el diablo á cuatro para no quedarse en la estacada; que eche V. por dondequiera, de tejas abajo, oros son triunfos y no hay más cera que la que arde.

No seré yo el que ponga las manos en el fuego sobre si somos ó no somos hombres de pelo en pecho, pues si bien es verdad que lo mismo somos para un fregado que para un barrido, es cosa de clavo pasado que en esta baraúnda, en que todo va manga por hombro, nadie tiene pelillos en la lengua.

Es verdad que no hemos inventado la pólvora, aunque acerca de este punto echemos las cuentas del Gran Capitán, pues no hay quien tenga *in pectore*, como si dijéramos, entre ceja y ceja, que no es oro todo lo que reluce; pero si no podemos levantar el dedo, porque, al fin, no nos llega la camisa al cuerpo y cualquiera nos tose, el que menos, más listo que Cardona, corta un pelo en el aire.

Y no hay que andarse por las ramas; la lengua

es la que tiene la sartén por el mango. Se puede decir que ella cobra el barato, sin perjuicio de que andemos con la lengua por el suelo. Parece que, por juro de heredad, se ha apropiado el derecho de ser señora de horca y cuchillo, como si no hubiera que hacer en el mundo más que hablar por los codos, contarle los pelos al diablo y andar en un pie como las grullas.

No sólo se habla á tontas y á locas, que es lo mismo que hablar por boca de ganso, porque al freir será el reir, y ahí están los periódicos en los que se escribe cálamo currente, es decir, con los pies. Esos correvediles suelen bailar al son que les tocan; pero tienen siempre la masa hecha vinagre, y á lo mejor se les vuela el frasco, porque no se les cuece el pan, y los dedos se les antojan huéspedes, y á cada triquitraque andan á la greña, tiran de la manta y adiós mi dinero: esto es una olla de grillos.

Claro está que la razón anda á salto de mata, y que la verdad se queda con un palmo de narices; pero vaya V. á ponerle puertas al campo. Tirios y troyanos se tiran los trastos, no se paran en pelillos, se ponen de vuelta y media, arman la de San Quintín, y hay que alquilar balcones para oirlos, porque en eso de más eres tú, todos tienen pico de oro; *plus minusbe,* este es el pan de cada día.

Siempre está la pelota en el tejado, porque unas veces por fas y otras por nefas, arde Troya, que no se muerden la lengua, y, ¡qué demonio!, cada uno

quiere arrimar el ascua á su sardina y llevar su gato al agua, y que otro cargue con el mochuelo.

Muy bien: ya estamos al cabo de la calle; nos ha costado estopas y pez, pero quieras que no quieras, la libertad del pensamiento está en candelero, y nos encontramos como el pez en el agua, dispuestos á enseñarle los dientes al lucero del alba, y ruede la bola.

No digo yo que esto sea una balsa de aceite, ni que atemos los perros con longanizas; pero correremos el camino del progreso en volandas, sin Dios ni ayuda, ni rey ni Roque, más alegres que unas castañuelas. Como sabemos dónde nos aprieta el zapato, pondremos los puntos sobre las íes de manera que todo el mundo entre por el aro y se dé con un canto en el pecho. Y todo así, de bóbilis bóbilis, por nuestra bella cara, como si hubiéramos resuelto la cuadratura del círculo ó puesto una pica en Flandes.

El hecho es que de la noche á la mañana nos encontramos manos á boca con que amaneció el sol de la libertad, que es el sol que más calienta, y viene diciendo «comedme», y en un periquete nos subimos á la parra, y en buenas manos está el pandero. Así como así, la vida es un tris, y hay que tener algo sobre que caerse muerto, que no hemos de estar siempre como tres en un zapato.

Muy bien: los tontos se harán cruces, porque ellos no saben de la misa la media; ¡ya se ve!: es gente que se ahoga en poca agua, y aunque nos

mire de reojo, nos pone cara de Pascua. *Sotto voce,* nos pondrán como hoja de perejil, y harán de nosotros mangas y capirotes; pero no llegará la sangre al río, porque no ven más allá de sus narices, y no pueden levantar el gallo, y aunque la procesión vaya por dentro, ancha es Castilla.

El caso no deja de ser peliagudo, porque al fin se fué el santo al cielo, y dale que le dale y erre que erre, nos encontramos con el agua al cuello, como quien dice, con las manos en la masa, y no es preciso quemarse mucho las cejas para comprender que al fin habrá que enseñar los puños y cortar por lo sano, ó pagar el pato.

Basta tener dos dedos de frente para dar en el clavo de que ya no hay tejemaneje que pare el carro, ni ten con ten que ponga á raya este berenjenal, que crece como la espuma, en el que nos hallamos metidos de hoz y de coz, y donde hasta los más incrédulos viven con el credo en la boca, porque se le van viendo las orejas al lobo y todos quieren alzarse con el santo y la limosna.

Hasta ahora se han echado las cuentas muy galanas, como si todo hubiera de salir á pedir de boca, es decir, por arte de birlibirloque; pero no se contó con la huéspeda, y cate V. otra vez á Periquillo hecho fraile: ahora empiezan las madres mías.

Y no hay que andarse en repulgos de empanada, creyendo que no es tan fiero el león como lo pintan, porque, tira de aquí, tira de allí, los que le buscan tres pies al gato quieren llevar también su

vela en este entierro y no se paran en barras; son de la piel del demonio, le cuentan los pelos al diablo, y no dan su brazo á torcer: ¡oh!, ya sabemos cómo las gastan.

El día menos pensado echan el carro por el pedregal, se las dan por concedidas, y Dios los ponga donde haya. Ahora ofrecen el oro y el moro, porque la verdad es que no les duelen prendas; pero si llegan á levantar el gallo y se suben á la parra, será lo que tase un sastre, que ellos van á Roma por todo, y nos dejarán tocando tabletas.

Eso sí; todos los días tendremos toros y cañas, y al que no pueda poner pies en polvorosa y tomar las de Villadiego, no le arriendo la ganancia. Sí, señor; todo vendrá como de molde, repicarán recio, habrá que desternillarse de risa, y vuelta á las andadas.

La cosa vendrá por sus pasos contados, volviéndose la tortilla en menos que canta un gallo, y aquí te quiero escopeta. Eso sí; no podremos llorar más que con un ojo, porque nos costará la torta un pan; ó, hablando en plata, costará un ojo de la cara. Ahí tienen Vds. todo nuestro paño de lágrimas.

Muy bien: ¿y cómo se le pone el cascabel al gato? ¿Quién se echa el alma á la espalda, cierra los ojos y Cristo con todas? Averígüelo Vargas. Pero, entretanto, la cosa se cae de su peso. No es ningún arco de iglesia, ni ninguna obra de romanos. Todo está reducido á poner pies en pared. No

hay que abrir ni cerrar ningún libro para poner el dedo en la llaga.

Aunque se mire por tela de cedazo, no es menester calzar muchos puntos para ver, como tres y dos son cinco, que lo que nos tiene como palillo de barquillero es un lío que cualquier sastre mira por encima del hombro, como asunto de tres al cuarto; porque, bien tomadas las medidas, aquí no hay más que sentar las costuras, y si ponen el grito en el cielo, ahí les duele, porque esa es la señal de que ven las estrellas.

Salta á la vista que no está la Magdalena para tafetanes, pues ha ido tantas veces el cántaro á la fuente, que el más pintado se tentará la ropa antes de echar á rodar los bolos. Quieren acabar de ponernos la ceniza en la frente, juegan á cartas vistas, y aquí estamos entre la espada y la pared, sin que nos valga la bula de Meco, porque ya se sabe que del cuero salen las correas.

Esto es el órgano de Móstoles; nunca falta un quítame allá esas pajas que caiga como una bomba, y empiece el *rum rum*, siga el *tole tole*, y á la vuelta de un dado salga el sol por Antequera. Y vaya V. á poner pies en polvorosa.

¿Y qué? Al freir será el reir. Entretanto, la capa no parece; pero un día de vida es vida, y adelante con los faroles.

Echemos, pues, nuestro óbolo en el platillo de las conversaciones, á la mar agua, y cruz y cuadro.

He dicho.

LA VIDA MODERNA

LA VIDA MODERNA

No sé yo qué género de impaciencia es la que nos agita en estos días que alcanzamos; pues, mirándolo bien, el hombre parece hoy poseído del furor de la movilidad, de una movilidad incansable, más aún, de una movilidad frenética. Va y viene, sube y baja, entra y sale, como si un secreto resorte lo empujara, ya en una dirección, ya en otra, ya á un mismo tiempo en todas direcciones. La rapidez que los adelantos del siglo han facilitado al movimiento de traslación, parece que nos obliga á no tener ni un momento de reposo; se puede asegurar que vivimos con el reloj en la mano y el pie en el estribo. Casi suprimidas las distancias por un supremo prodigio de la industria, estamos á punto de realizar el bello imposible de hallarnos á la vez en todas partes....

¡Oh, sí! Nos movemos al vapor...., vivimos al minuto.

Las grandes ciudades esparcidas por toda la redondez del mundo civilizado, no son más que las soberbias estaciones en donde, digámoslo así, se detiene un momento el itinerario de nuestra movilidad, de nuestra impaciencia, de nuestra prisa. Diríase que el tiempo se acerca á su último instante, y que, empujados por la urgencia del caso, corremos de un punto á otro temerosos de llegar tarde al lugar, todavía ignorado, en donde la civilización nos ha prometido la felicidad suprema, más todavía, la felicidad eterna.

Hay algo del Judío errante en los destinos de las presentes generaciones. «Anda, anda», les grita una voz desconocida que resuena en sus oídos por todas partes, y andan, y nunca llegan. Cuanto más redoblan la rapidez de la carrera, más se alejan del paraíso que buscan. El horizonte les presenta de continuo risueñas perspectivas, que flotan un momento en el aire y que al tocarlas vacilan, se desvanecen, dejando al disiparse nuevas tinieblas, nuevos desiertos y nuevas soledades.

Arrastradas por el vapor que ruge fatigado dentro de la máquina que lo sujeta, llegan á cada instante y salen á cada momento como torrentes que se precipitan, se cruzan, se empujan en corrientes impetuosas, que van y vienen, descansando apenas en los remansos de las grandes ciudades.

Yo he observado muchas veces la inquietud

incansable del pájaro encerrado en la jaula; lo he visto ir y venir, subir y bajar, buscando entre los alambres que lo aprisionan ocasión favorable para tender el vuelo hacia el horizonte que lo atrae y el espacio que lo llama. ¡Qué ingrato es á la solicitud de la mano que provee á sus necesidades!.... El sol de la mañana ilumina los dorados hierros de su jaula, el aire del campo le trae los perfumes con que las flores de la primavera embalsaman el ambiente que las rodea; vive al abrigo de las inclemencias de la naturaleza; su mesa, digámoslo así, es limpia, abundante y regalada; la estancia en que vive encerrado es opulenta.... ¿Qué más quiere? Y en cambio de tantos beneficios, ¿qué se le pide?.... Nada...., su propio bien....: que cante, que se alegre, que sea dichoso.... Mas he aquí que tanta felicidad lo desespera. ¡Que sea dichoso!.... ¡Bah!.... Abridle la jaula, y lo veréis volar, huir, perderse en las obscuridades del bosque ó en las soledades del espacio, como quien se escapa de un terrible peligro, de la boca de la serpiente ó de las uñas del gato. No lo esperéis, porque no volverá.

No vuelve nunca; prefiere al abrigo de la jaula, los rigores de la intemperie; á los regalos de la domesticidad, las crueldades de la naturaleza, que es su providencia. ¡Oh, qué insensato!.... Cuelga el nido del primer vástago que encuentra á merced de las tempestades y de los huracanes; tiene que buscar en los sembrados la semilla con que ha de alimentarse; duerme sin más amparo ni

más abrigo que las hojas de los árboles, y vive rodeado de asechanzas, de peligros, de inquietudes y de tribulaciones; pero no le habléis de las delicias de la jaula, porque os mirará con recelo, saltará de una rama á otra como para asegurarse de la agilidad de sus alas, y cuando creáis que va á someterse á la felicidad que le ofrecéis, levantará el vuelo y os dejará con la boca abierta.... Allá á lo lejos, suspendido en el aire ó medio oculto en la sombra del follaje, lo oiréis cantar ufano, alegre...., ni más ni menos que si pretendiera burlarse de los regalados placeres de la jaula. ¡Infeliz! ¡Qué aturdimiento, qué locura!

¿Hay algo de esto en nuestro destino?.... Vamos á cuentas. La mano generosa de todo este animado conjunto de felicidades que llamamos civilización moderna, no puede ser más pródiga para nosotros. Con una solicitud que no sabremos agradecer nunca, acude á satisfacer nuestros deseos, realiza á nuestros ojos las más estupendas maravillas, nos asegura la vida, la salud, la abundancia, el placer continuo, y hasta nos tiene prometida la eternidad sobre la tierra. Por un prodigio de ingenio increíble, ha convertido este valle de lágrimas en un paraíso de goces sin término y sin medida. No hay que darle vueltas, la vida moderna no tiene desperdicio; por todas partes se nos aparece llena de comodidades, de satisfacciones, de goces y de placeres; la casa, la mesa, el coche, los paseos, los teatros, los cafés, los casinos....: todo

lo que nos rodea ejerce sobre nuestros sentidos un encanto irresistible.

¿Cómo ha podido vivir hasta ahora el género humano? Antes de llegar al edén en que nos encontramos, ¿se vivía realmente? Hoy, ya lo vemos, la vida nos sale al encuentro coronada de flores, con la concupiscencia en los ojos y el libertinaje en los labios, nos tiende la mano y nos convida á vivir, incitándonos á permanecer sobre la tierra en eterno hospedaje.

Lo diré aquí; sería una ingratitud desconocer las ventajas que nos proporcionan y los vivos recreos con que nos seducen las prodigalidades de nuestro siglo; porque, justo es reconocerlo, materialmente hablando, no se puede vivir mejor que nosotros vivimos. ¡Ah, qué vida! ¡Qué hermosa vida!.... Sólo las insidiosas sugestiones de la muerte consiguen inducirnos á abandonarla. Morir cuando todo se une, se estrecha, se confabula para llenar de continuos deleites las horas que invertimos en dar una vuelta por el mundo, es ciertamente una locura muy antigua, de que todavía no ha podido curarse la especie humana.

Bueno que en la antigüedad, cansados los hombres de la insubstancialidad de aquella vida sin *Fornos*, sin *Bufos*, sin un café en cada esquina, sin un casino en cada calle, sin caminos de hierro, sin telégrafos, sin *Bolsas*, sin periódicos...., consumidos al fin por el fastidio, doblaran la cabeza y cerraran los ojos para siempre. Bueno que hoy mis-

mo, en los pueblos salvajes donde aún no han penetrado las atractivas novedades de nuestra civilización, las gentes, sorprendidas por la mano alevosa que nos va empujando hacia el sepulcro, se dejen coger en el garlito de la muerte.

Eso se concibe perfectamente; pero á la altura en que nos encontramos, en medio de tantos goces como acuden á solicitar de tan diversas maneras los inconstantes apetitos de nuestros deseos, no se comprende cómo hay quien abandona el *confort* de su casa, el *ménu* de su mesa, los muelles almohadones de su coche, su teatro favorito, su café predilecto, su casino...., su periódico; cierra los ojos á tanta dicha, y huye del mundo para ir á esconderse, más aún, á sepultarse en el último rincón de un cementerio.

Y bien: hay casos en que puede ser absolutamente indispensable morir, en razón á que la ciencia no nos ha revelado todavía el secreto de la inmortalidad; pero, quieras que no quieras, estamos viendo que cualquier accidente de la naturaleza sirve de pretexto para dejar la vida. La mortandad crece y se extiende por todas partes, sin que basten á detenerla los esplendores de la civilización ni los progresos del siglo. Hoy porque el Invierno es crudo, mañana porque el Verano es seco, antes porque se anticipó la Primavera, después porque el Otoño fué húmedo, ya de una enfermedad crónica, ya de una enfermedad aguda, sin contar las guerras, los descarrilamientos, los asesinatos, las

epidemias y los suicidios, el hecho es que la voracidad de la muerte se muestra cada día más insaciable. Es decir, que nos morimos, ni más ni menos que si viviéramos allá en el Congo ó aquí en Marruecos. He ahí lo que á mí me admira.

Y no es solamente la satisfacción de los goces materiales lo que nos incita á la vida. El espectáculo universal que nos rodea posee también encantos irresistibles, porque la función no puede ser más amena, más variada ni más entretenida: los actores hacen prodigios de ingenio, los aplausos se escapan de nuestras manos, y la risa centellea en nuestros labios. La acción, llena de incidentes, se teje ante nuestros ojos, ya cómica, ya dramática, y de enredo en enredo, de embrollo en embrollo, de catástrofe en catástrofe, nos lleva como de la mano por el laberinto de los sucesos á un desenlace que alternativamente se acerca y se aleja, para mantener nuestro espíritu bajo la emoción constantemente renovada de una crisis interminable.

Y ved aquí un placer que no se agota; si no es infinito, es, por lo menos, indefinido; cada día, cada hora, cada instante nos presenta la fugitiva novedad del momento, la perspectiva cambia sin cesar, y el ánimo apenas tiene tiempo para recrearse en los fugaces accidentes del espectáculo. Para que el incentivo de la curiosidad sea más vivo, los acontecimientos se hilvanan en secreto bajo el misterio de una sombra impenetrable, y no hay cálculo humano que los anuncie ni intuición

que los adivine. Jamás lo por venir se ha ocultado á los hombres en obscuridad más profunda ; la realidad misma que palpamos nos parece mentira ; no puede ser ni más real ni más fantástica.

¡Mañana!.... ¡Oh! ¿Qué sucederá mañana? Nadie se atreve á saberlo ; pero es seguro que mañana sucederá algo extraordinario, algo nuevo, algo imprevisto, que, sin dejar de ser la cosa más natural del mundo, venga á suspender nuestro ánimo con la novedad de lo inesperado. ¡Quién sabe lo que sucederá mañana!.... Al levantarse el telón del nuevo día, ¿qué género de espectáculo nos espera!.... No hay nada que no pueda suceder, porque en esta época decididamente incrédula, todo es ya creíble. No hay escándalo, ni prodigio ni monstruosidad que no sean posibles, y nos salen al encuentro al pasar de un día á otro, poniendo nuestra existencia á cubierto de los horrores del fastidio.

Así, de sorpresa en sorpresa, la acción, cada vez más embrollada, de la gran comedia que se representa en el teatro del mundo moderno, aumenta el afán y el encanto de la vida. ¡Qué variedad de acontecimientos! ¡Qué combinación de caracteres! ¡Qué complicidad de personajes!.... ¡Qué cambios de escena!.... La imaginación más rica y más caprichosa no acertaría nunca á compaginar un conjunto de cosas tan revuelto, tan animado, tan desastroso y tan divertido.

Y bien: hay, sin embargo, quien deja, digá-

moslo así, su butaca de terciopelo de Utrecht ó su palco forrado de seda, y vuelve la espalda para siempre á la continua novedad de esta fiesta perpetua, á la delicia permanente de este placer continuo. ¡Qué manía de morir!.... La ciencia nos alumbra, la industria nos perfecciona y el arte nos recrea; no hay maravilla que pueda pedirles la voluptuosidad de nuestras costumbres que no esté ya anotada en los catálogos de sus invenciones. La civilización en que vivimos, más activa, más ingeniosa, más impaciente que nuestros mismos apetitos, no sólo los satisface, sino que los incita; en vez de esperarlos, les sale al encuentro, se anticipa á ellos, y valiéndose de la magia de sus seducciones, los sacia y al mismo tiempo los multiplica; no hay cansancio posible ante la viva eficacia de sus incentivos; todo es miel en la copa que nos ofrece.

Y en cambio de tantos beneficios, de tantos placeres, de tantas satisfacciones, ¿qué nos pide? Nada; nuestro propio bien; que vivamos, que gocemos, que seamos dichosos. Mas he aquí que nosotros, semejantes al pájaro en la jaula, vamos de un punto á otro con movilidad incansable, buscando una salida por donde escaparnos de esta red de felicidades materiales en que hemos caído. Diríase que la abundancia nos ahoga, que el placer nos atormenta y que la felicidad misma nos angustia. Sí; somos grandes, somos sabios, somos poderosos, y casi hemos llegado á persuadirnos de que somos el

principio y el fin de todas las cosas; pero no somos dichosos.

¿Por qué?

Porque el espíritu humano se empeña en tener alas y quiere volar fuera de la jaula en que se encuentra prisionero. A lo mejor se acuerda de no sé qué horizontes desconocidos, de qué bosques misteriosos, de qué espacios infinitos, y entonces pugna por romper las ligaduras que lo sujetan, y en medio de los deleites que embriagan sus sentidos, siente en su corazón un vacío que no llenan nunca los placeres del mundo, y los devora uno tras otro con sed insaciable. Cada deseo satisfecho es una esperanza perdida; en cada placer encuentra un desengaño; las dulzuras de los deleites dejan, si puedo decirlo así, en el paladar de su alma el sabor amargo de la muerte.

Goza, y no es dichoso.

Como si pretendiera huir de sí mismo, va y viene, sube y baja, entra y sale, anda sin camino, corre sin dirección, vive á escape, mejor dicho, no vive.

Más, siempre más; esta es la fórmula de su continuo pensamiento, ó, lo que es lo mismo: oro, más oro, mucho oro, todo el oro que puede caber dentro de un bolsillo sin fondo.

Hasta ahora la sociedad en que habitamos nos concede *gratis* el *usufructo* del sol que nos alumbra y del aire que cada uno respira según las necesidades de sus pulmones; mas estas dos concesiones graciosas, que disfrutamos mientras las urgencias

del Tesoro público no obliguen al Estado á disponer que la luz se alquile y que el aire se arriende, no bastan para que podamos decir que vivimos. Es indispensable algo más que un rayo de sol y un soplo de aire para entrar formalmente en el pleno goce de la vida civilizada; se necesita ante todo y sobre todo, oro, más oro, mucho oro, siempre oro.

Sin este requisito puede un hombre vivir nada más que lo absolutamente necesario para que no se le entierre; mas si se le permite andar sobre la tierra, so pretexto de que respira, todo lo demás que constituye la realidad de la vida moderna le está prohibido.

La palabra misma lo dice: el que no tiene un real, carece de todas las realidades, no puede realizar nada. Vaga entre los hombres como un ser fantástico, inverosímil, increíble, en el que todo es imaginario. Es una mera abstracción, una idea negativa, como la idea de la obscuridad, como la idea del vacío; es un cero humano, un espacio...., nada. El oro, por consiguiente, es lo esencial, lo importante, lo necesario; lo que es el alma al cuerpo, lo que es la sangre á la vida.

Muy bien: pero este espíritu rebelde que se anida dentro de nosotros es insaciable. En vano el oro realiza ante sus ojos prodigios increíbles; en vano embelesa sus sentidos con nuevas y continuas maravillas.... No se satisface, y mirándolo con desdén, le dice:

—Quiero más.

—¡Más!....—exclama la riqueza asombrada.

—Sí,—le contesta.

Y el oro replica:

—Yo alquilo para ti la lisonja, los honores y la opulencia; para ti compro la amistad, el amor, la justicia. Yo embalsamo el aire que respiras con el perfume de todos los placeres, y siembro de flores tu camino. El mundo es tuyo.... ¿Qué más quieres?....

El espíritu se agita impaciente, y dice:

—Quiero ser dichoso.

—¿No lo eres?—pregunta la riqueza llena de asombro.

—No,—contesta el espíritu.

Y bien: nosotros mismos nos resistimos á creerlo, porque hemos unido en lazo indisoluble el sentido de estas dos palabras: *riqueza* y *felicidad;* en nuestros oídos suenan de la misma manera; son en el lenguaje habitual dos voces sinónimas. La cuenta de nuestras felicidades no es, en resumen, más que el continuo balance de las riquezas que adquirimos ó de las riquezas que derrochamos. En nuestros tiempos no hay más que un motivo de oprobio, de desesperación y de angustia: la pobreza.

Vaya V., pues, á persuadir á un saco repleto de oro de su impotencia, cuando todo lo puede. ¿Cómo se le hace creer que no está á su alcance la felicidad humana, que un hombre puede con una mano contar sus millones y con la otra sus miserias?....

«Aquí (podrá decir, poniendo la mano sobre su gaveta), aquí tengo la felicidad.»

Mas poniendo la mano sobre su corazón, podrá exclamar al mismo tiempo:

«¡Oh cuán infeliz me siento!....»

Pero, ¡ya se ve!, la vida moderna, inclinada ante la divinidad de los intereses materiales, ha jurado solemnemente hacernos dichosos, y desatando el multiplicado poder de sus estímulos, no nos dejará ni un instante de sosiego hasta vernos felices. Revolverá con mano ejecutiva los arcanos de la ciencia, los secretos de la naturaleza, los tesoros de la industria y los prodigios del arte, para rodearnos de placeres, abriendo á nuestra dicha el manantial de todos los goces, en la doble concupiscencia del entendimiento y de los sentidos.

Pero he aquí que, en medio de las delicias de la embriaguez, sentimos la angustia de la misma embriaguez; en el rostro, si puedo decirlo así, de nuestra alegría, se dibujan señales tenebrosas de profunda tristeza, porque en medio del bullicio con que nos aturdimos nos asaltan las diversas soledades á que hemos condenado la vida del alma, ni más ni menos que si marcaran en nuestro semblante los rasgos de la degradación que nos anima.

Mas la fecundidad de los goces materiales es inagotable, y la vida nos empuja en todas las direcciones de la felicidad, sin que consigamos encontrarla. Devorado un placer, pedimos otro, y arrastrados por el ímpetu ciego de los apetitos que

nos desesperan en el momento mismo que los satisfacemos, corremos á todo vapor, de una parte á otra, sin llegar nunca al lugar donde vamos. Todo se nos ha concedido menos el reposo.

Nuestro espíritu, rebelde á las felicidades de la vida moderna, no encuentra sosiego. Paladea los placeres con el afán del hidrópico, y su sed no se mitiga. *Más....*, siempre *más....*; y siempre nada. El placer se convierte en tormento, la gloria en martirio, la dicha en suplicio.

Confesémoslo con doloroso desaliento: el oro no tiene el poder de hacernos dichosos, porque la felicidad que pedimos, que entrevemos en el fondo atribulado de nuestro ser, posee una honradez desesperante. Cruel virtud, que no nos deja ser dichosos en medio de tantas grandezas, de tanta sabiduría, de tanto oro.

¡Felicidad incorruptible!.... ¡Ah!.... ¡si pudiéramos sobornarte!

LA CASA

LA CASA

Después que se dan algunas vueltas por el mundo, y hemos adquirido cierto triste conocimiento de los hombres y cierta amarga experiencia de las cosas, experimenta el ánimo la penosa vacilación del viajero que se encuentra de repente con la inesperada noticia de que ha perdido el camino.

Éste suele ser un momento decisivo en nuestra vida; el horizonte se obscurece delante de nuestras miradas, la perspectiva que nos sonreía se desvanece como la decoración de un teatro, y...., ¡bah!, todas aquellas esperanzas atesoradas por la codicia de la imaginación, todo aquel papel creado por la impaciente riqueza de nuestros deseos, empieza á cotizarse en desastrosa baja; el valor nominal de

tantas dichas soñadas, sólo puede negociarse con ruinosos descuentos. ¡Qué desencanto!.... Aquélla era la ilusión, y ésta es la realidad. La distancia es el secreto de la mayor parte de las cosas que nos deslumbran. A lo lejos siempre encontramos un lienzo preparado para recibir las creaciones de nuestra fantasía; pero ese cristal distante donde se dibujan las movibles imágenes de lo que apetecemos, se quiebra al acercarnos. Así son la juventud, la gloria, la ciencia y la riqueza; perspectivas deslumbradoras, cierto, pero nada más que perspectivas que se desvanecen al tocarlas.

El mundo es ciertamente un bello panorama; ¿por qué hemos de negarlo?.... No hay quimera de la imaginación, ni capricho de la fantasía, cuya realidad no nos ofrezca, más temprano ó más tarde, con el ingenuo desembarazo del hombre á quien no le duelen prendas. ¿Qué apetece la ambición? ¿qué sueña la vanidad? ¿qué imagina el placer?....: caprichos...., portentos...., imposibles....: es lo mismo; el mundo posee una vara mágica que hace brotar en nuestra presencia todos los prodigios que sueñan nuestros deseos.... Fama, poder, sabiduría, fortuna...., todo lo tiene á mano, como si dijéramos detrás de la puerta; no hay más que ir, tender el brazo, y cogerlos.

Y bien: llegamos, tendemos la mano, y cogemos el fruto; fama ó poder, sabiduría ó fortuna están ya bajo nuestro dominio, son nuestros. Perfectamente; sea como quiera, el mundo al fin nos

ha cumplido su promesa. Mas seamos ingenuos: ¿por qué hemos de engañarnos? Fama, sí, pero ¡qué fugitiva! Poder, sí, señor; pero, ¡qué efímero! Sabiduría, sin duda; pero ¡qué incierta...., qué obscura!.... Fortuna, ciertamente; pero ¡qué frágil, qué inconstante, qué loca!

Fama....: ¡curiosa maravilla! Entre las diversas invenciones con que el mundo nos alucina, ninguna es más halagüeña á nuestra vanidad. Ser el platillo de las conversaciones, el objeto de las miradas, el suceso del día, el asunto del momento; ir de boca en boca, atraerse por la fuerza irresistible de la novedad la curiosidad de unos, la admiración de otros y la espectación de todos, es el placer supremo. No es fácil substraerse al atractivo con que nos seduce la celebridad, y ¡en cuántas torpezas, en cuántas locuras, en cuántas maldades incurrimos por alcanzarla! Pero bien: sea lo que sea, la alcanzamos; por un día, por una hora, por un instante, el mundo se convierte en eco de nuestro nombre, las cajas de fósforos repiten nuestra imagen, y llevan, digámoslo así, el esplendor de nuestra gloria á las últimas regiones de la tierra. ¡Qué duda tiene! Mas, apréciese como se quiera el mérito que por aquel momento nos eternice, ello es que la inconstancia de la admiración humana ó de la curiosidad pública nos vuelve la espalda al día siguiente, porque no es posible detenerla.

En nuestros días se sube fácilmente á la cumbre de la celebridad, y en la impaciente rueda de la fama

se baja tan fácilmente como se sube. Este desengaño debe ser muy triste. Se puede decir que somos testigos de nuestra muerte, y que asistimos á nuestro propio entierro. Después de la admiración, no hay nada más cruel que la indiferencia.

Si me es posible reducir á dos monosílabos los términos del tránsito á que parecen condenadas las celebridades de nuestros días, diré que el mundo las proclama y las destrona con estas dos simples palabras:

Primero.... — ¡Oh!

Después.... — ¡Phs!

Ayer todo, hoy nada.

Relámpago que brota de la obscuridad para volver á esconderse en la misma obscuridad de donde ha salido.

Poder.... ¡qué gran palabra! Esa es la que con más furor se disputan las ambiciones de los hombres. El poder público viene á ser la pasión dominante, la manía permanente, el vicio constitucional que nos domina y nos agita. No sé cómo apreciar este don que el mundo nos ofrece. ¿Por lo que vale?.... Las antesalas de los poderosos están siempre llenas de cortesanos que sonríen en el día del éxito con la misma boca con que muerden en el día del fracaso. No hay soledad semejante á la que acompaña á los poderes caídos. ¿Por lo que cuesta? ¡Ah! ¡cuántas humillaciones para conseguirlo!.... ¡cuántas debilidades para conservarlo!....

Por una contradicción fatal de las palabras,

poder quiere decir impotencia, porque en rigor no pasa de ser pura apariencia.... No se opone ni se impone; simplemente se expone: en vez de ser la resistencia que contiene el mal, es la transacción que lo facilita y lo justifica; se puede decir que flota porque no pesa, y que, semejante á un alcalde famoso, emplea toda la energía de su autoridad en ir delante del motín para evitar desórdenes.

Lo justo...., sí, no hay poder humano que no lo apetezca; pero antes hay que tantear á los ambiciosos y tener en cuenta á los descontentos. El poder, más que una fuerza, es una aptitud; más que una realidad, es un aspecto. Aspecto magnífico...., porque, vedlo; todo lo hace: mas descorred el velo de las apariencias, y encontraréis que pocas veces hace lo que debe, y casi nunca lo que quiere.

Sabiduría....: ¡qué noble locura! Equivale á sondear las profundidades de un abismo sin fondo; es tanto como abrir desmesuradamente los ojos para ver en los arcanos de la obscuridad; viene á ser poco más ó menos la tarea de desaguar el Océano, ó el absurdo propósito de medir el espacio. ¿Sabéis aritmética?.... Sin duda; pues bien: contad las arenas del mar ó las estrellas del cielo. En vano buscaréis en las revelaciones del álgebra esa incógnita insondable; en vano fatigaréis á la ciencia humana para que os descifre los misterios que ignora; inútilmente penetraréis en la naturaleza de las cosas buscando aquella causa originaria, aquella primera causa que, semejante á un círculo

sin límites, tiene el punto céntrico en todas partes y la circunferencia en ninguna. La razón misma, perdida en esas soledades implacables, se detiene angustiada, y nos dice: Fe ó ignorancia.

Después que el hombre llega á los últimos términos de los conocimientos humanos, la luz de su ciencia vacila como la luz de la lámpara que empieza á apagarse, el rayo de su inteligencia se rompe en las sombras de la eternidad, como hoja de acero que quiere penetrar en muro de bronce. Admirable es la audacia de los exploradores que han intentado hollar con sus plantas la región solitaria del Polo: unos han vuelto vencidos por la tenacidad del Océano, y otros no han vuelto todavía. Mas no importa: la imaginación, más audaz y más aventurera, se lanza á expediciones no menos desastrosas. ¿Qué busca?—Busca otro polo, el polo impenetrable alrededor del que gira la eternidad; y he aquí que se pierde en los desiertos, que siempre salen al paso de la razón extraviada.

¡Sabiduría!.... Y bien; ¿qué sabemos?

Pero, ¡ah!, la fortuna llama á nuestras puertas con sus dedos de oro. La fama es quimera, el poder apariencia, la sabiduría afán irrealizable; mas aquí está la riqueza; ella es la realidad de todas las cosas; todo es en ella efectivo.

Llamamos fortuna al dinero, lo mismo que le llamamos felicidad. ¿Acaso hay en el mundo otra felicidad ú otra fortuna? Hemos acumulado unos

cuantos millones, Dios sabe cómo, y, hablando en plata, podemos decir que tenemos la fortuna en el bolsillo. ¿Quién nos tose? Todo se inclina ante el resplandor de nuestra opulencia. En este caso, la vida es coser y cantar; si alguna tarea nos impone, es simplemente la de ser dichosos. Por la fuerza de sus prodigios transforma el tormento de los deseos en el placer de las satisfacciones.

En este puñado de oro que hierve en nuestras manos, se puede decir que ha condensado el mundo el secreto de todos sus dones. Nada se resiste al prestigio de sus encantos; la atracción que ejerce es irresistible.

A vosotras, pobres criaturas, que os arrastráis sobre el polvo de la tierra, los afectos del alma que forman la vida de vuestro espíritu os cuestan tiernas inquietudes, dulces afanes, y, me atrevo á decir, sabrosos pesares; pagáis el afecto que inspiráis con el afecto que sentís; mas esos cambios, permítaseme decirlo así, en especie, son demasiado antiguos; pertenecen á la infancia del comercio humano.

El dinero es ya la fórmula auténtica de todos los valores, y el que lo posee no malgasta su corazón en adquirir los sentimientos que forman la vida del alma; los paga al precio corriente en el mercado, y es amado y querido á peso de oro. Compra la amistad, el amor, el respeto, como se compra una casa, un coche, una joya. Allá, en el fondo de su pensamiento, se levanta la cuenta

de esos despilfarros de su bolsillo; allí, con números inexorables, se justiprecia el valor de los afectos adquiridos: respeto, amor, amistad....; mil, dos mil, tres mil....: he ahí todo. Respeto de pacotilla, amistad en liquidación, amor en pública subasta. Amor que se adjudica al mejor postor, amistad que se cotiza, amor que se alquila.

Al hacer el balance de estas operaciones de caja, se acumulan las cantidades invertidas en adquirir amores, amistades, respetos; y, al buscar la realidad equivalente de la suma invertida, la aritmética implacable arroja á nuestros ojos desconsolados un guarismo insondable: la soledad del cero.

Cuando llegamos á descubrir el vacío que se oculta en el fondo de las grandezas con que el mundo nos alucina, después que se han roto delante de nuestros ojos las perspectivas con que nos deslumbra y nos atrae; cuando las flores que hemos cogido en el camino de las esperanzas se han deshojado en nuestras manos, nos detenemos, contemplamos con tristeza el tiempo malgastado, y, apartándonos á la orilla del camino por donde se precipita el tumulto del mundo, buscamos un refugio á nuestros desengaños, encerrándonos entre las cuatro paredes de nuestras casas.

Yo creo que se empieza á morir desde el momento mismo en que se nace. Primero muere en nosotros la inocencia, esa bella edad en que todo se ignora y todo se adivina; edad llena á la vez de

luz y de misterios. Después, si puedo decirlo así, espira en nuestros brazos la juventud, siempre loca, que todo lo sueña, todo lo quiere y todo lo espera. Luego agoniza el encanto de nuestras más vivas ambiciones, y.... adiós mundo. Como el que vuelve de un largo viaje, llamamos con afán á la puerta de nuestra casa; se abre de par en par para recibirnos, y entramos. En ella todo nos espera, todo nos sonríe, todo nos halaga. Todo nos sale al encuentro para hablarnos de aquellos días remotos...., de aquellos primeros días de la vida, poblados de ilusiones y de esperanzas.

Allí está el recuerdo de nuestra infancia y la memoria de nuestra juventud, que salen á recibirnos, para contarnos aquellas locuras ya olvidadas, aquellos sueños desvanecidos que hermosearon los primeros años de nuestra existencia. Se puede decir que la vida que abandonamos por seguir las corrientes tempestuosas del mundo, permanece allí tranquila, risueña, fresca como una mañana de primavera; y, haciéndonos retroceder diez años, quince años, veinte años, anima nuestro corazón desalentado, nos rejuvenece y nos consuela.

El mundo ha llenado nuestro espíritu con la amargura de los desengaños, y la casa nos espera llena de dulces recuerdos. Dentro de las cuatro paredes que la ocultan se encierra el mundo de nuestra vida: la hemos perdido buscando fama, poder, sabiduría, riqueza; mas he aquí que al cruzar el umbral de nuestra casa, al volver de esa expedi-

ción verdaderamente desastrosa, la encontramos, y parece que renacemos. Sacamos de ella un tesoro de esperanzas, y al volver nos ofrece un tesoro de recuerdos.

Bajo el techo siempre hospitalario de nuestra casa, todo nos habla de nosotros; el aire que allí se respira está lleno de ecos que repiten nuestro nombre, de voces que nos llaman, y la memoria se abre á los ojos de nuestra imaginación como un libro en el que leemos con alegre tristeza las primeras páginas de nuestra vida.

Han pasado muchos años desde el tiempo de aquellas escenas que la memoria evoca, haciéndolas resucitar delante de nuestro pensamiento; y, sin embargo, ¡qué nuevas nos parecen!.... Los objetos que nos rodean nos cercan, nos estrechan, se disputan nuestras miradas, buscan nuestras sonrisas, y todos á la vez nos preguntan: ¿Te acuerdas?....

En el mundo se pierden una á una las esperanzas y se agota todo el tesoro de nuestras ilusiones, y al volver, la puerta de aquel hogar olvidado se abre como los brazos de un antiguo amigo que nos esperaba, y sale á nuestro encuentro para estrecharnos contra su corazón. No se queja de nuestra ausencia ni de nuestro olvido; nos vuelve á ver, y parece que enjuga sus lágrimas y sonríe para recibirnos.

La luz del día hace olvidar la obscuridad de la noche, y del mismo modo la casa se ilumina con

nuestra presencia. Diríase que es una casa en la cual amanece.

Perdidos en las tumultuosas soledades del mundo, volvemos; nos habíamos olvidado de nosotros mismos, y en ella nos recordamos, nos reconocemos, y me atrevo á decir que nos estrechamos la mano, como si nos volviéramos á ver después de mucho tiempo.

Cuatro paredes, que se confunden en el laberinto de casas que forman el conjunto de las poblaciones, ese rincón humilde, ignorado, desconocido, don de acudimos á guarecernos contra la intemperie del mundo, es el puerto que suele salvarnos de los naufragios de la vida. Apenas creemos que en la estrechez de estos dominios pueda encontrar el afán de nuestras miradas nuevos horizontes. Mas ello es que el cielo se extiende sobre la tierra, de modo que el hombre puede contemplarlo desde todas partes. Siempre, siempre que levante los ojos descubrirá el profundo azul de que se halla eternamente vestido.

¡Oh, sí! El mundo es una gran cosa; nos atrae, nos seduce, nos embriaga, nos enloquece; corremos detrás de sus encantos con ciega impaciencia; mas, ¡qué capricho!.... Le cerramos las puertas de nuestra casa, lo dejamos en la calle, no queremos que penetre en la intimidad del hogar en que vivimos.

Cada cual ha hecho de su casa un recinto sagrado, hasta para sí mismo: en el umbral de su casa

deja cada uno sus vicios, sus pasiones, sus torpezas y sus debilidades, como si al entrar en ella fuese á comparecer ante su conciencia. Hasta el impío no se atreve á serlo siempre en su casa; sorprendedlo en las intimidades del hogar doméstico, y os parecerá otro hombre, y diréis: el loco ha recobrado el juicio. La última degradación es la que el hombre lleva á su casa.

Vedlo llegar revestido con todos los honores del mundo. Es un magnate en el que ha colgado la fortuna las brillantes insignias de sus favores. Las gentes se han inclinado á su paso, y ha recogido su vanidad todas las demostraciones de la lisonja. Pero cruza el umbral de su casa, allí se despoja del oropel de sus honores, se desnuda del disfraz de su grandeza, y queda reducido al vulgo de los más simples mortales.

Pero no, es un ser humilde que no le disputa á la suerte el beneficio de sus locas preferencias: viene inclinado bajo el peso de la pobreza; lleva sobre su rostro el honrado polvo del trabajo; no se le ve, no se le mira, no se le advierte; es un ser obscuro, ignorado, desconocido; una mera figura, una sombra, nadie. Llega á la puerta de su casa, y entra. Allí sus ojos se iluminan, su frente se levanta, sus labios sonríen y su pecho respira. Allí no es ya la máquina que funciona ni la fuerza que trabaja; no es un ser obscuro, ignorado, desconocido; no es una mera figura, una sombra, nadie. Es algo, es un alma que espera, y un corazón que

siente; es un hombre. ¡Qué humillación y qué grandeza!....

Estáis descontentos de los hombres que habéis conocido en el torbellino del mundo. Lo sé. Todos os parecen frívolos, egoistas, falsos y perversos; pero buscadlos fuera del mundo, sorprendedlos cuando se ocultan en el santuario de la casa, y tal vez os parezcan mejores, porque, miradlo bien: en el mundo brillan todos los vicios y en la casa se esconden todas las virtudes.

LA FAMILIA

LA FAMILIA

Sí; es muy lisonjero para nosotros el aspecto exterior que presenta la sociedad en que hemos nacido. ¡Qué cortesía en el trato! ¡Qué desembarazo en las costumbres! ¡Qué intimidad en las amistades! La civilización ha suavizado de tal manera las asperezas del carácter, que nunca ha sido el hombre ni más afectuoso, ni más cortés, ni más tratable.

Mientras no nos conocemos, es decir, mientras una circunstancia cualquiera no nos pone en comunicación, nos miramos con desdén, con recelo ó con indiferencia; mas desde el momento en que se cruzan las primeras palabras ó se cambian los primeros saludos, todo es cordialidad, afecto, cortesía.

Basta que dos hombres se encuentren en el coche de un camino de hierro, en la berlina de una diligencia, alrededor de la mesa de un café, junto á la chimenea de un casino, ó que sean mutuamente presentados, ya en este salón, ya en el otro, para que desde luego puedan decir que se conocen.... ¿Se conocen?.... Es posible; pero de todos modos saben cómo respectivamente se llaman, y no necesitan más para estrecharse las manos.

Esta facilidad de trato nos proporciona algunas veces conocimientos que no dejan de ser instructivos. ¡Ya se ve!: en la loca contradanza que forman tantas manos que se tienden, se buscan y se estrechan, no es ciertamente difícil encontrar algunas de gentes perdidas que nos salen al paso en las encrucijadas del mundo. En toda sociedad hay seres que se pierden; pero, digámoslo con orgullo, en ninguna se encuentran tan fácilmente como en la sociedad en que vivimos.

Ello es que en la superficie que presenta el conjunto de las relaciones humanas se respira esa agradable sociabilidad que acerca á los hombres y los une entre sí con los vínculos de un afecto universal. La fórmula común de que nos servimos para expresar el valor nominal de estas intimidades, son los apretones de manos; y he aquí al hombre moderno, dotado por la naturaleza de dos manos que apenas son suyas, porque todo el mundo tiene derecho á ellas.

Las mujeres, más comunicativas de suyo, van

más allá; sus corazones, más tiernos, no pueden contenerse, y se abandonan á demostraciones más expresivas; y, quieras que no quieras, apenas se ven, estallan en sus bocas las más dulces sonrisas, y después una á otra se comen á besos. No para aquí la cosa, porque los ojos no han de permanecer ociosos en estas efusiones del alma, y una á otra se miran de arriba abajo, mutuamente se escudriñan los pormenores de la *toilette*, y recíprocamente admiradas prorrumpen á un mismo tiempo en las más espontáneas alabanzas:

—¡Ah!.... ¡Qué hermosa estás!....

—¿Y tú? ¡Oh! ¡Eres inimitable!....

Parecen dos hermanas que se ven por primera vez, ó que no se han visto en un siglo.

Ciertamente es consolador el espectáculo que ofrecemos: diríase que hemos llegado ya al grado supremo, á la plenitud de fraternidad en la que los hombres sólo han de pensar en agradarse y en quererse.

Ved, si no, cómo va desapareciendo aquella desconfianza suspicaz de los maridos, aquel recelo incivil de los padres, aquel espionaje insufrible de los hermanos, que habían hecho de la esposa, de la hija y de la hermana objetos sagrados de un honor intratable. Nuestra sociedad ha puesto en este punto pies en pared, y poco á poco vamos entrando por el aro de las costumbres cultas. El marido, ¡phs!, se encoge de hombros; el padre, ¡bah!, mira las cosas con el aplomo del hombre que

conoce el mundo, y sabe que al fin y al cabo esa es la historia de la especie humana; el hermano...., ¡friolera!, bastante tiene que hacer con sus asuntos propios para meterse en más dibujos.

El honor, de cualquier modo que se mire, se ha hecho más sociable, más transigente, menos escrupuloso, lo diré de una vez, más culto. ¡Oh!....: ya no es tan fácil deshonrar á nadie. Hay en nuestro modo de ser civilizado y civilizador verdadera tolerancia y marcada benevolencia hacia las flaquezas, las debilidades, los vicios de nuestra frágil naturaleza; más aún: hemos convertido el espectáculo de las miserias humanas en *comidilla* de nuestras conversaciones; la crónica, que aún llamamos escandalosa, en vez de escandalizar, recrea, entretiene, regocija. Si murmuramos, es por puro pasatiempo; la víctima nos encuentra siempre con la sonrisa en los labios. ¿Por qué no? Nuestras murmuraciones son apacibles, francas, hasta cariñosas; parece que celebramos el fausto suceso de las desdichas ajenas.

Así vamos insensiblemente entrando en el comunismo moral, que debe ser—lo diré en latín—el *desideratum*, el *non plus ultra*, el fin social á que caminamos.

Nada más risueño que esta sociedad, que nos abre al mismo tiempo sus puertas y sus brazos, para llevarnos en triunfo á una gloriosa degradación de sentimientos, y que dulcemente nos va familiarizando con todas las debilidades, con to-

das las flaquezas, con todas las miserias, ¿por qué no confesarlo?...., con todos los vicios.

Visto el aspecto exterior que nos presenta, al tender la mirada por su mansa superficie, bien podemos decir que vivimos en una balsa de aceite. ¡Qué conformidad de gustos! ¡qué amenidad de trato! ¡qué confabulación de instintos! ¡Con qué gracia nos guiñamos los ojos al vernos unos á otros! ¡Con qué efusión nos tendemos las manos al encontrarnos! ¡Cuán agradable sorpresa experimentamos siempre que nos vemos!

Hay aquí algo de la dichosa Arcadia; vivimos como en un idilio.

El fondo ya es otra cosa.

Es cierto que nos perdona fácilmente los extravíos; que no nos niega ni sus cien manos ni sus eternas sonrisas, por más que cuente de nosotros las más insignes fechorías. Bien podemos dar variado asunto á sus conversaciones con nuestras locuras, con nuestras perfidias, con nuestras maldades, seguros de que no ha de retirarnos el favor de sus halagos ni las dulzuras de su trato. Cuando acaba de hacer, al correr de la lengua, el bosquejo más acabado de nuestras imperfecciones, es precisamente cuando con más afectuosa confianza nos recibe, ni más ni menos que si quisiera agradecernos el placer que acabamos de proporcionarle.

Pero, ¡vamos!, semejante bondad ha de tener también sus límites, puesto que todas las cosas lo

tienen en este mundo, y la sociedad no ha de tener la manga tan ancha que todo lo encuentre á pedir de boca. No es tan frívola que no vea alguna vez en nosotros algo digno de sus severidades.

Por ejemplo: la desgracia es una de las contingencias de la vida que más se le resisten. El día de las tribulaciones no llaméis á su puerta, porque no está en casa, salió muy de mañana, y no volverá hasta que dejéis de ser desgraciados. No la busquéis con las lágrimas en los ojos y los sollozos en la garganta, porque no la encontraréis. ¡Ah!: seríais demasiado crueles si pretendierais afligirla con el espectáculo de vuestras penas. Ella es así; huye de todos los entierros y asiste á todos los bautizos.

¿Sois ricos?... Entonces todo os lo consiente; mas no dejéis de serlo, porque ese es un caso que considera imperdonable. Robad un imperio, y se inclinará en vuestra presencia; que os lo roben, y os mirará por encima del hombro.

Después de todo, es preciso ser razonables: no se ha hecho el luto para los festines, ni se ha inventado el dolor para que sirva de adorno en las fiestas; la tristeza es naturalmente solitaria, y la sociedad es el conjunto de todas las compañías; es una colección de toda clase de ejemplares; es el género humano en comandita.

Estoy seguro de que no se ha hablado nunca de la *humanidad* como se habla ahora. Los últimos esfuerzos de los libre pensadores la han elevado á la

jerarquía de Dios; *el Dios Humanidad*, si no es la gran creación de nuestro siglo, es por lo menos la gran palabra. A la vez se pronuncia con énfasis filosófico esta frase casi augusta: la *dignidad del hombre*. Jamás la especie humana se ha visto más enaltecida. Mas yo aparto á un lado los libros de los filósofos y penetro en el laberinto de la sociedad, presto oído á las conversaciones, y mi asombro no tiene límites, porque en ninguna parte oigo hablar bien de nadie, y me encuentro con que jamás el hombre ha tenido peor idea del hombre. Jamás en boca de los hombres se ha visto la *humanidad* más despreciada.

Por otra parte, examino el mecanismo social dentro del que nos hallamos, y no veo más que precauciones, recelos, desconfianzas; la administración pública es una serie interminable de ruedas que se engranan para vigilarse, para intervenirse, porque, digan los filósofos lo que quieran acerca de la *dignidad del hombre*, aquí no se fía nadie de nadie; la propiedad y la vida necesitan el auxilio constante, asiduo de la fuerza armada, y sólo se atreven á dormir tranquilas entre el fusil del centinela, el revólver del municipal y la lanza del sereno. Diríase que nosotros, sociedad civilizada, vivimos en medio de un pueblo salvaje, y que el colmo de la civilización lo alcanzaremos el día en que podamos dedicar una pareja de Guardia civil á la vigilancia de cada ciudadano.

Debajo de la superficie que presentamos se es-

conde el fondo en que vivimos : el abismo aparece coronado de flores ; llevamos el afecto en las manos y la sonrisa en los labios; pero detrás de esta perspectiva consoladora palpita la más triste de las realidades : la envidia, que todo lo envenena ; la codicia , que todo lo corrompe ; la vanidad , que todo lo desprecia; el egoismo, que todo lo hiela ; los vicios , que todo lo degradan.

En el momento del saludo, en el instante en que dos manos se acercan, se juntan y se estrechan, los semblantes se iluminan con todas las dulzuras del agrado ; mas hay que separarse , se vuelven la espalda, y suele cambiar la expresión afectuosa de la fisonomía en indiferencia, en desprecio ó en burla. Yo pregunto : ¿Habita el hombre entre sus semejantes ó entre sus enemigos?....

A esas relaciones superficiales , á esa comunicación continua y frívola, insubstancial y amena al mismo tiempo, que se rompe con la misma facilidad que se teje, que nos toma sin reflexión y nos deja sin pena; á esa continuidad de apretones de manos, de saludos, de visitas; á esa concurrencia de conocimientos en que nos vemos envueltos, y que nos quitan la soledad sin hacernos compañía, es á lo que llamamos trato, mundo, sociedad; ella es la corte perpetua de todas las grandezas humanas, la delicia del género humano, el centro de la vida del hombre.

Si buscamos algo que nos indemnice del sacrificio de nuestros sentimientos, de nuestra sinceri-

dad y hasta de nuestra virtud, es preciso que le volvamos la espalda, y encontraremos por único desquite el refugio de la familia.

El padre, la madre, la mujer, los hijos, los hermanos: he ahí todas las figuras del cuadro. Es una sociedad cuya constitución permanente no se fraguó jamás en ninguna asamblea. La autoridad no se ejerce en ella ni por aclamación, ni por sufragio, ni por victoria, ni por convenio; no es un poder vencedor; ni se hereda, ni se compra, ni se impone, ni se contrata: potestad inamovible, que se ejerce por la fuerza de una ley que no está escrita en ninguna parte.

¿Qué distancia hay entre la sociedad y la familia?.... Ninguna. La familia multiplicada por diez, por ciento, por mil: he ahí la sociedad. Equivaldría á preguntar: ¿qué distancia existe entre las partes que forman un todo y el todo formado por las partes?.... Las familias son la sociedad misma. Esto es exacto.

Pues bien: yo me atrevo á decir que es una exactitud falsa; que entre la familia y la sociedad existe una inmensa distancia.

Ved al hombre que vuelve de la perpetua comedia de la sociedad á las realidades de la familia: llega cansado, como el viajero que viene de lejanos países, como el proscrito que vuelve á pisar la tierra de su patria. Entra, y respira, ni más ni menos que si se desembarazara de un peso enorme. Ojos solícitos le salen al encuentro y espían en su sem-

blante la más ligera señal de lo que apetece; manos cariñosas le quitan el sombrero, le acercan la silla, lo acarician; bocas risueñas pronuncian su nombre. Aquello es otro mundo, otras gentes; los seres que lo rodean no parecen seres humanos; todo lo que acaba de dejar es mentira, y es verdad todo lo que allí encuentra.

El corazón, escondido en el último rincón de la vida, se dilata, se ensancha y se determina á abrir las puertas de sus sentimientos, y, si puedo decirlo así, se apresura á asomarse á la ventana del rostro, de la que parecía estar desterrado. El hombre sale de sí mismo, se busca, se halla y toma posesión de su ser. Hasta entonces no se ha pertenecido; se debía á la sociedad; ahora ya es suyo, se pertenece, se debe á la familia; acaba de rehabilitarse á sus propios ojos.

En medio de los hombres, es egoista; en medio de sus padres, de sus hijos, de sus hermanos, es generoso.

Allí lo veréis siempre astuto, prevenido; aquí lo encontraréis siempre confiado, indefenso.

En la sociedad es malo ó finge serlo; en la familia es bueno ó quiere parecerlo.

Allí se burla de las virtudes, y aquí se indigna contra los vicios.

Cualquiera que sea la rectitud de sus principios morales, en la sociedad es tolerante, en la familia intransigente.

Parece que cambia de naturaleza. Observadlo

bien en el laberinto de la sociedad en que vive, y descubriréis en él un reo más, convicto y confeso; pero sorprendedlo en el hogar tranquilo de la familia, y lo veréis transformado en juez; ¡oh!, en juez inexorable.

Es otro hombre.

¿Por qué?

Porque respira otra atmósfera, porque la familia se encuentra á gran distancia de la sociedad, porque al abandonar la escena en que ha hecho su papel, se despoja del disfraz y se ve, se reconoce y se siente.

Hijo ó padre, hermano ó esposo, reviven en su alma los dulces afectos de la vida, y su corazón, fatigado de tanto engaño, de tantas mentiras, de tantas ficciones, descansa á la vez en cada uno de los corazones que lo rodean.

Vuelve de la soledad á la compañía, del frío de la calle al calor de la casa, del tumulto de la sociedad al sosiego de la familia, y allí, en la intimidad del cariño, su propio corazón le dice que no está solo en el mundo.

Vuelve; muy bien: ¿y qué trae? Trae tristeza, desaliento, ese amargo pesar que destila gota á gota el trato continuo con los hombres.... Los desengaños, las ingratitudes, las perfidias. ¡Oh qué desencanto! Mas le sale al paso la alegría de un niño todo inocencia, la voz de una mujer toda dulzura, la palabra de un anciano toda experiencia: alegría que lo anima, voz que lo consuela, palabra

que lo conforta : le hablan á la vez la vida que empieza , la vida que ama y la vida que acaba; el padre que lo bendice , la mujer que lo abraza, el hijo que lo besa.

Se adelantan á recibirlo la esperanza que le dice : «Vive»; el amor que le dice: «Cree», y la experiencia que le dice: «Espera». Voz que sale de la cuna; voz que sale del alma; voz que sale del sepulcro : la mañana que despunta, el día que resplandece , la tarde que cae.

Un nuevo horizonte se abre ante sus miradas. La sociedad : ¡ qué desierto ! ¡ qué tristeza ! La familia: ¡qué encanto! ¡qué alegría!, y , sobre todo, ¡qué consuelo!

Vuelve enfermo, y la dolencia extiende sobre su semblante la sombra de la muerte. No necesita decir «me muero», porque los ojos que lo ven lo adivinan , y el dolor se pinta en todos los semblantes, y las lágrimas se detienen en los ojos por no afligirlo. Su vida parece que es la vida de todos los que le cercan , y el cariño, que todo lo ve , que todo lo sabe y todo lo siente , es el bálsamo que templa los dolores de su cuerpo y las angustias de su alma.

Buscamos en la sociedad satisfacciones que sólo encontramos en la familia. El mundo nos olvida bien pronto ; pero el padre no nos olvida nunca, y el hijo nos recuerda siempre. Aquella que ha sido verdaderamente la compañera de nuestro viaje por la tierra ; la que ha partido con nosotros las ale-

grías y las tristezas, los temores y las esperanzas, jamás nos abandona; en su memoria vive nuestro nombre y en sus palabras nuestro recuerdo. Se puede decir que nos acompaña hasta el sepulcro, y allí, sentándose en el solitario umbral de la muerte, espera el momento en que deba seguirnos.

Esta sombra que nos sobrevive, este luto que dejamos en pos de nuestro paso, no lo busquéis en la sociedad, porque sólo se encuentra en los rincones de la familia. Es un dolor que se esconde, un luto que se oculta, un recuerdo solitario que se postra silencioso ante el altar de la Justicia Divina, pidiendo el perdón de nuestros extravíos.

En la sociedad encontramos aplausos, lisonjas; en la familia, consejos, advertencias.

La sociedad nos empuja por todas las pendientes de la vida, y ¡cuántas veces la familia nos detiene al borde del abismo!

Ajustad bien la cuenta, y veréis que á la sociedad le debemos muchos malos pensamientos, y á la familia algunas bellas acciones.

Decidme: ¿por qué las locuras que nos envanecen ante la sociedad nos avergüenzan ante la familia?... ¿No lo sabéis?... Porque la sociedad es nuestro cómplice y la familia nuestro remordimiento.

Caéis...., y la sociedad se ríe y la familia se aflige; porque en el día de las tribulaciones, la lisonja nos vuelve la espalda, y el cariño nos tiende los brazos.

La sociedad, en fin, es el placer, la vanidad, la holganza y el lujo; la familia es la economía, la virtud, el orden y el trabajo.

En la sociedad la mujer no es más que el deleite; en la familia es el amor.

FIN.

ÍNDICE

—

Paginas.

FISONOMIAS CONTEMPORANEAS.

I.—Cuatro palabras..... 7
II.—Vista exterior..... 11
III.—Vista interior..... 21

EL GRAN MUNDO.

I.—Fondo del cuadro..... 35
II.—Las primeras líneas..... 44
III.—Un tipo..... 55
IV.—El conjunto..... 68
V.—Pedro Fernández..... 80

LA GRAN CIENCIA.

I.—¿Es ciencia?..... 89
II.—Dios..... 91
III.—El hombre..... 94
IV.—Resumen..... 97
V.—El alma..... 98
VI.—Criterio de verdad..... 100
VII.—No es ciencia..... 103

EL FILÓSOFO MODERNO.

I.—La especie..... 107
II.—¿Qué son?..... 113
III.—El perfil..... 115
IV.—Su ciencia..... 119
V.—Su conciencia..... 123
VI.—Rasgos distintivos..... 127
VII.—Facción dominante..... 129
VIII.—Médico..... 134
IX.—Jurisconsulto..... 137

CONCLUSIÓN.

I.—Luz..... 141
II.—Sombra..... 145
III.—Boceto..... 148
IV.—Advertencia..... 152

HECHOS Y DICHOS.

IDILIO PATIBULARIO.

I.—Noemia Lescuyer..... 161
II.—El tribunal..... 167

EL BANCO.

I.—Los billetes..... 173
II.—Las acciones..... 179

CUENTA CORRIENTE.

I.—Haber..... 187
II.—Déficit..... 197

LA EMOCIÓN DEL DÍA.

I..... 211
II..... 223

LOS SUICIDIOS.

I..... 237
II..... 245
III..... 254
IV..... 261

FRASES HECHAS.

I.—Caprichos de la lengua..... 271
II.—Creer á puño cerrado..... 277
III.—Creer á pie juntillas..... 279
IV.—A ojos vistas..... 281
V.—Estar de monos..... 285
VI.—Pelar la pava..... 291
VII.—Dormir á pierna suelta..... 297
VIII.—Cantar la palinodia..... 301
IX.—Echar la casa por la ventana..... 305
X.—Sin contar con la huéspeda..... 309
XI.—El juego de las instituciones..... 311
XII.—Hacer atmósfera..... 315
XIII.—Enjugar la deuda y castigar el presupuesto..... 319
XIV.—Conclusión..... 323

La vida moderna..... 333
La casa..... 347
La familia..... 347

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN MADRID
EN CASA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL
EL DÍA X DE SEPTIEMBRE
DEL AÑO DE MDCCCLXXXIX

V

1899
8

LS.
S465xf
21231

Author Selgas, José
Title Fisonomías contemporáneas, y Hechos y Dichos.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU